HUGO BALL

LA HUIDA DEL TIEMPO

PRÓLOGO DE PAUL AUSTER

PRESENTACIÓN DE HERMANN HESSE

TRADUCCIÓN DE ROBERTO BRAVO DE LA VARGA


BARCELONA 2005 ACANTILADO

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2005*
TÍTULO ORIGINAL *Die Flucht aus der Zeit*

Publicado por:
ACANTILADO
Quaderns Crema, S. A., Sociedad Unipersonal

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

La publicación de esta obra ha recibido una ayuda de Pro Helvetia,
fundación suiza para la cultura.

En la cubierta, fotografía de Hugo Ball en el Cabaret Voltaire,
en mayo de 1916.

ISBN: 84-96136-99-X
DEPÓSITO LEGAL: B. 12.124 - 2005

SUSANA PELLICER *Corrección de primeras pruebas*
ROSA JULVE *Corrección de segundas pruebas*
MERITXELL ANTON *Asistente de edición*
ANA GRIÑÓN *Preimpresión*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

CONTENIDO

HUESOS DADÁ

De todos los movimientos de la primera vanguardia, el dadaísmo es el que sigue teniendo más significación para nosotros. A pesar de su corta vida—comenzó en 1916 con los espectáculos nocturnos del Cabaret Voltaire, en Zúrich, y acabó, de forma efectiva aunque no oficial, en 1922 con las descontroladas manifestaciones en París contra la obra de Tristan Tzara, *Le Coeur à gaz*—su espíritu aún no ha quedado completamente relegado al olvido en lo remoto de la historia. Incluso ahora, más de cincuenta años después, no pasa un año sin que se publique algún nuevo libro o se presente alguna exposición sobre el dadaísmo, y es más que un interés académico lo que nos mueve a continuar investigando los interrogantes que planteó. Porque los interrogantes del dadaísmo siguen siendo los nuestros y cuando hablamos de la relación del arte con la sociedad, del arte opuesto a la acción y del arte como acción, no podemos evitar recurrir al dadaísmo como fuente y ejemplo. Queremos conocerlo no sólo por sí mismo, sino porque somos conscientes de que nos ayudará a entender nuestro propio presente.

Los diarios de Hugo Ball son un buen punto de partida. Ball, una figura clave en la fundación del dadaísmo, fue además el primer desertor del movimiento, y sus anotaciones sobre el período que va del año 1914 a 1921 son un documento extremadamente valioso. El original de *La huida del tiempo* se publicó en Alemania en 1927, poco antes de la muerte de Ball, a la edad de cuarenta y

un años, a consecuencia de un cáncer de estómago, y está compuesto de pasajes que el autor extrajo de sus diarios y editó con una visión retrospectiva clara y polémica. No es tanto un autorretrato como un testimonio de su evolución interior, una rendición de cuentas espiritual e intelectual que va avanzando de asiento en asiento de una manera rigurosamente dialéctica. Aunque hay pocos detalles biográficos, la arriesgada aventura del pensamiento basta para cautivarnos, porque Ball fue un agudo pensador (como partícipe en los inicios del dadaísmo tal vez estemos ante el más fino observador del grupo de Zúrich) y porque el dadaísmo sólo marcó un estadio en su complejo desarrollo, de modo que la visión que obtenemos a través de su mirada nos ofrece una perspectiva que no habíamos tenido hasta entonces.

Hugo Ball fue un hombre de su tiempo y su vida parece encarnar las pasiones y contradicciones de la sociedad europea del primer cuarto de siglo de una forma extraordinaria. Estudioso de la obra de Nietzsche; director de escena y dramaturgo expresionista; periodista de izquierdas; pianista de *vaudeville*; poeta; novelista; autor de obras sobre Bakunin, la intelectualidad alemana, el cristianismo temprano y los escritos de Hermann Hesse; converso al catolicismo, parecía que, en un momento u otro, había tocado prácticamente todas las preocupaciones políticas y artísticas de la época. Y, sin embargo, a pesar de sus numerosas actividades, las actitudes e intereses de Ball fueron increíblemente coherentes a lo largo de su vida, y al final su carrera entera se puede ver como un intento metódico, incluso febril, de basar su existencia en una verdad fundamental, en una realidad única,

absoluta. Demasiado artista para ser filósofo, demasiado filósofo para ser artista, demasiado preocupado por el destino del mundo para pensar únicamente en términos de salvación personal, y con todo, demasiado introvertido para ser un auténtico activista; Ball luchó por encontrar soluciones que de algún modo pudieran dar respuesta tanto a sus necesidades particulares como a las generales, e incluso en la más profunda soledad nunca se vio a sí mismo separado de la sociedad que lo rodeaba. Fue un hombre que tuvo que afrontar grandes dificultades para lograr lo que buscaba, que nunca se fijó una idea de sí mismo y cuya integridad moral le permitió tener gestos decididamente idealistas que no encajaban en absoluto con su delicada naturaleza. No hay más que examinar la famosa fotografía de Ball recitando un poema sonoro en el Cabaret Voltaire para comprenderlo. Está vestido con un disfraz absurdo que lo hace parecer como un cruce entre el Hombre de Hojalata y un obispo enloquecido, y mira fijamente por debajo de un sombrero alto de hechicero con una expresión de incontenible terror en la cara. Es una expresión inolvidable, y esta imagen única de él viene a ser una parábola de su carácter, una perfecta interpretación del interior confrontándose con el exterior, de la oscuridad encontrándose con la oscuridad.

En el prólogo de *La huida del tiempo*, Ball ofrece al lector una autopsia cultural que marca la pauta de todo lo que sigue: «Éste es el aspecto que presentaban el mundo y la sociedad en 1913: la vida está totalmente encadenada a un entramado que la mantiene cautiva. [...] La pregunta última que se repite día y noche es ésta: ¿exis-

te en alguna parte un poder fuerte y, sobre todo, con el vigor suficiente para acabar con esta situación?» En otra parte, en su conferencia de 1917 sobre Kandinsky, expone estas ideas incluso con mayor énfasis: «Una cultura milenaria se desintegra. Ya no hay columnas ni pilares, ni cimientos..., se han venido abajo... El sentido del mundo ha desaparecido.» Estos sentimientos no nos resultan nuevos; confirman nuestra impresión sobre el clima intelectual europeo que se vivía en la época de la Primera Guerra Mundial y se hacen eco de muchas cuestiones que hoy damos por sentadas puesto que han acabado conformando la sensibilidad moderna. Lo que es inesperado, en cualquier caso, es lo que Ball dice un poco más adelante en el prólogo: «Podía dar la impresión de que la filosofía había pasado a manos de los artistas; como si los nuevos impulsos partieran de ellos. Como si ellos fueran los profetas de este renacimiento. Cuando hablábamos de Kandinsky y de Picasso, no hablábamos de pintores, sino de sacerdotes; no hablábamos de artesanos, sino de creadores de nuevos mundos, de nuevos paraísos.» Los sueños de regeneración total no podían coexistir con el más negro pesimismo, y para Ball no había contradicción en esto: ambas actitudes formaban parte de un mismo planteamiento. El arte no era una manera de dar la espalda a los problemas del mundo, era una manera de resolver directamente esos problemas. Durante sus años más difíciles, esta fe sustentó a Ball desde sus primeros trabajos en el teatro—«Únicamente el teatro está en disposición de conformar la nueva sociedad.»—hasta aquel planteamiento suyo, influido por Kandinsky, de servirse de «todos los medios y recursos

artísticos reunidos», y más allá, en sus actividades dadaístas en Zúrich.

La seriedad con que estas consideraciones aparecen elaboradas en los diarios contribuye a desterrar algunos mitos sobre los comienzos del dadaísmo, sobre todo la idea de que el dadaísmo era poco más que el desvarío rimbombante e inmaduro de un grupo de jóvenes que rehuían la llamada a filas, una especie de chifladura deliberada al estilo de los hermanos Marx. Hubo, por supuesto, muchas actuaciones del cabaret que fueron sencillamente estúpidas, pero para Ball estas bufonadas representaban un medio para alcanzar un fin, una catarsis necesaria: «El escepticismo consumado también hace posible la libertad consumada. [...] Prácticamente se puede decir que cuando desparece la fe, en una cosa o en una cuestión, esta cosa y esta cuestión retornan al caos, se convierten en mercancía no declarable. Aunque, tal vez, el caos alcanzado resueltamente y con todas las fuerzas y, por tanto, la revocación completa de la fe sean necesarios antes de que pueda triunfar una construcción radicalmente nueva sobre los fundamentos de una fe transformada.» Por tanto, para comprender el dadaísmo, al menos en esta primera fase, hemos de verlo como restos de los viejos ideales humanistas, una reafirmación de la dignidad individual en la era de la estandarización mecánica, como una expresión simultánea de esperanza y desesperación. La particular contribución de Ball a las representaciones del Cabaret, sus poemas sonoros, o «poemas sin palabras», confirma esto. Aunque desecha el lenguaje ordinario, no tuvo intención de destruir el lenguaje en sí mismo. En su deseo casi místico de recu-

perar lo que consideraba un habla primitiva, Ball vio en esta nueva forma de poesía, puramente emotiva, un modo de capturar las esencias mágicas de las palabras. «Con este tipo de poemas sonoros se renunciaba en bloque a la lengua, que el periodismo había corrompido y maltratado. Suponía una retirada a la alquimia más íntima de la palabra...»

Ball se fue de Zúrich sólo siete meses después de la inauguración del Cabaret Voltaire, en parte por agotamiento y en parte por desencanto con la forma en que el dadaísmo estaba evolucionando. Se enfrentó principalmente con Tzara, cuya ambición era convertir el dadaísmo en uno de los muchos movimientos de la vanguardia internacional. Tal como apunta John Elderfield en su introducción al diario de Ball: «Una vez fuera, creyó percibir una cierta "hybris dadaísta" en lo que habían estado haciendo. Había creído que estaban evitando la moral convencional para elevarse como hombres nuevos, que habían dado la bienvenida al irracionalismo como una vía hacia lo "sobrenatural", que el sensacionalismo era el mejor método para destruir lo académico. Luego empezó a poner en duda todo esto—había llegado a avergonzarse de la confusión y el eclecticismo del cabaret—y consideró que aislarse de su época era un camino más seguro y más honesto para alcanzar estas metas personales...» En cualquier caso, algunos meses más tarde, Ball regresó a Zúrich para tomar parte en los eventos de la Galería Dada y para dar su importante conferencia sobre Kandinsky, pero poco tiempo después estaba de nuevo discutiendo con Tzara, y esta vez la ruptura fue definitiva.

En julio de 1917, bajo la dirección de Tzara, el dadaísmo era lanzado oficialmente como movimiento total, con su propia editorial, manifiestos y campaña de promoción. Tzara era un organizador incansable, un verdadero vanguardista al estilo de Marinetti, y al final, con la ayuda de Picabia y Serner, fue apartando el dadaísmo de las ideas originales del Cabaret Voltaire, de lo que Elderfield denomina acertadamente «el primitivo equilibrio de construcción-negación», y acercándolo a la osadía de un anti-arte. Pocos años más tarde, se produjo una nueva escisión en el movimiento y el dadaísmo se dividió en dos facciones: el grupo alemán, liderado por Huelsenbeck, George Grosz y los hermanos Herzefelde, con un enfoque fundamentalmente político, y el grupo de Tzara, que se trasladó a París en 1920 y abogó por el anarquismo estético que a la postre desembocó en el surrealismo.

Si Tzara dio al dadaísmo su identidad, también es cierto que le sustrajo el propósito moral al que había aspirado con Ball. Al convertirlo en doctrina, al aderezarlo con una serie de ideales programáticos, Tzara llevó el dadaísmo a una contradicción consigo mismo y a la impotencia. Lo que para Ball había sido un auténtico clamor que partía del corazón contra todos los sistemas de pensamiento y acción se convirtió en una organización más entre otras muchas. La postura del anti-arte, que abrió el camino a incesantes ataques y provocaciones, era esencialmente una idea inauténtica, porque el arte que se opone al arte no deja por ello de ser arte; no se puede ser y no ser a un tiempo. Tal como Tzara escribió en uno de sus manifiestos: «Los auténticos dadaístas es-

tán en contra del dadaísmo.» La imposibilidad de establecer este principio como dogma resulta evidente, y Ball, que tuvo la perspicacia de advertir esta contradicción muy pronto, abandonó en cuanto vio signos de que el dadaísmo estaba convirtiéndose en un movimiento. Para los demás, sin embargo, el dadaísmo se convirtió en una especie de farsa que iba cada vez más lejos. Pero la auténtica motivación había desaparecido, y cuando el dadaísmo finalmente murió no lo hizo tanto por la batalla que había librado como por su propia inercia.

Por otra parte, la posición de Ball no ha perdido hoy la validez que tenía en 1917. Tal como yo lo veo, teniendo en cuenta lo que fueron los distintos períodos y las tendencias divergentes dentro del dadaísmo, el momento en que participó Ball sigue siendo el de mayor fuerza, el período que nos habla hoy con mayor poder de convicción. Tal vez sea una visión herética, pero cuando consideramos cómo se agotó el dadaísmo bajo la influencia de Tzara, cómo sucumbió al decadente sistema de intercambio en el mundo del arte burgués, provocando al mismo público cuyo favor estaba solicitando, parece que esta rama del dadaísmo debe verse como un síntoma de la debilidad esencial del arte bajo el capitalismo moderno, encerrado en la jaula invisible de lo que Marcuse ha llamado «tolerancia represiva». Sin embargo, como Ball nunca trató el dadaísmo como un fin en sí, conservó su flexibilidad y fue capaz de usarlo como un instrumento para alcanzar metas más altas, para producir una crítica genuina de su época. Dadaísmo, para Ball, era simplemente el nombre de una especie de duda radical, una manera de dejar a un lado todas las ideologías existentes

y avanzar en el análisis del mundo circundante. Como tal, la energía del dadaísmo no puede agotarse jamás: es una idea cuyo momento siempre es la actualidad.

El retorno final de Ball al catolicismo de su infancia, en 1921, no es en realidad tan extraño como podría parecer. No representa un verdadero cambio en su pensamiento y en muchos sentidos puede considerarse sencillamente un paso más en su evolución. Si hubiera vivido más tiempo, no hay razón para pensar que no habría experimentado nuevas metamorfosis. De hecho, en sus diarios descubrimos una continua superposición de ideas e inquietudes, de modo que incluso durante el período dadaísta, por ejemplo, hay repetidas referencias al cristianismo («No sé si, a pesar de todos nuestros esfuerzos, iremos más allá de Wilde y Baudelaire; si, a pesar de todo, no seguimos siendo simplemente románticos. Seguro que hay otros caminos para que se obre el milagro, también otros caminos para oponerse...: la ascética, por ejemplo, la Iglesia.») y durante la etapa de su catolicismo más serio hay una preocupación por el lenguaje místico que recuerda claramente a las teorías sobre los poemas sonoros de su período dadaísta. Como señala en uno de sus últimos apuntes, en 1921: «El socialista, el esteta, el monje: los tres están de acuerdo en que la moderna cultura burguesa es responsable de la decadencia. El nuevo ideal tomará sus nuevos elementos de ellos tres.» La corta vida de Ball fue una lucha constante por lograr una síntesis de estos distintos puntos de vista. Si hoy lo consideramos una figura importante no es porque lograra descubrir una solución, sino porque fue capaz de plantear los problemas con semejante claridad. Por su coraje

intelectual, por la convicción con que se enfrentó al mundo, Hugo Ball sobresale como uno de los espíritus ejemplares de nuestro tiempo.

PAUL AUSTER, 1975

ALGUNAS PALABRAS SOBRE *LA HUIDA DEL TIEMPO*

No hay muchas personas que hayan conocido de cerca a Hugo Ball. Entre esas pocas no hay ninguna que no haya conservado de él una profunda y gran impresión. Casi todos lo quisieron, algunos lo admiraron y veneraron ardientemente, algunos lo temieron. Esbozar una imagen suya hace cinco, seis años me hubiera parecido mucho más sencillo que hacerlo hoy, cuando la variedad de matices de su ser, de su obra, de su carácter plural se me empieza a desdibujar cada vez más.

Para formarse una idea de la vida y de la evolución de Hugo Ball es importante saber que ya en su más tierna juventud perdió todo el apoyo de su familia tan sólo porque no quiso hacerse comerciante de piel, sino estudiar. A partir de ese momento nunca más volvió a tener ningún tipo de seguridad, filiación, ni refugio burgueses en su periplo vital. Pasó muchos años duros recorriendo su camino en solitario, como un santo o un poseso, sin dejarse atrapar por ningún sentimentalismo, sin dejarse vencer por ninguna seducción, heroico y fatalista, casi siempre en la pobreza más extrema, sufriendo a menudo las amarguras del hambre, pero siempre trabajando, siempre un caballero del espíritu, un fiel servidor de la palabra. Su mujer Emmy ha descrito muy gráficamente en el delicioso libro que ha dedicado hace poco a la memoria de su marido[1] cómo Hugo Ball se convirtió en el

[1] Emma Hennings-Ball: *Hugo Balls Weg zu Gott* [*El camino de*

fundador y en una de las figuras más respetadas del dadaísmo, un movimiento artístico tras cuya apariencia agresiva y desconcertante no sólo se esconde la juventud y el ansia de renovar, sino también una gran desesperación por la indigencia de su época. Ése fue el primer intento de Ball de emprender una «huida del tiempo». El hecho de que por su talante tranquilo y profundamente moderado dijera «huida» y no «lucha» o «superación del tiempo», ha facilitado más tarde que muchos interpreten a Ball erróneamente, poniéndole en tela de juicio como un romántico que huye de la realidad.

Durante los dos últimos años de la guerra, Hugo Ball desarrolló una actividad singular como crítico de su época y autor político-filosófico. Fue el colaborador más prolífico del *Freie Zeitung*, que se publicaba entonces en Suiza, donde destacó por su importancia una incitante serie de artículos titulada «Para una crítica de la intelectualidad alemana». En 1919 apareció en forma de libro. A mi juicio, esta obra representa el intento más grandioso, honesto y profundo que se dio en el ámbito alemán para tomar consciencia de las fuerzas funestas que condujeron a la degeneración espiritual y moral de la Alemania moderna y a su íntima complicidad en la miseria general y el estallido de la Guerra Mundial. El libro es de una enorme parcialidad, de un proselitismo ardiente, difícil de comprender por los lectores de hoy; esta incandescencia sólo podía alcanzarse con un sufrimiento en todo extraordinario, en medio de la sangrienta locura de

---

Hugo Ball hacia Dios], Verlag Josef Kösel & Friedrich Pustet, Múnich, 1931.

esta abominable guerra. Entonces, en Suiza (yo fui testigo ocular y afectado), que bullía en medio de una exacerbada efervescencia de espías, soplones y propaganda política, de mercadeo y corrupción, que hacía tiempo que se había desquiciado, este intento casi suicida, propio de un mártir, de lograr una comprensión y una expiación en lo más hondo de lo moral fue un fenómeno que sólo unos pocos advirtieron y comprendieron, pero para esos pocos representa una de las grandes experiencias de aquellos años. La acusación que se formuló entonces contra Ball, y que fue repetida más adelante en otras circunstancias, afirmando que había estado, como todo el *Freie Zeitung*, a sueldo de los enemigos de Alemania y había podido darse la gran vida a costa de su patria, probablemente no fue nunca formulada con absoluta seriedad por parte de sus acusadores, sino que fuera utilizada sin más como un poderoso instrumento político. En realidad, justo en esa época, su actividad como autor político en Berna había sumido a Ball en una estrechez material incluso mayor que la que nunca antes hubiera padecido; en la Berna de entonces, donde los hoteles y los locales de lujo rebosaban de legaciones diplomáticas, hinchadas hasta lo absurdo, junto a espías y soplones, Ball vivió en una pobreza monacal, y pasó duros inviernos helándose de frío.

La huida del tiempo surgió de los mismos planteamientos que su *Crítica de la intelectualidad alemana*. En este libro se pone de manifiesto con particular intensidad lo más profundo del carácter de Ball, su inspiración original, lo que orientó sus pasos, lo que lo hizo situarse en la oposición irreconciliable tanto con las actuales técni-

cas científicas modernas como con el teatro actual, tanto con los políticos como con los oficialistas de la Iglesia católica: su religiosidad. No se trataba de una piedad o de una fe cualquiera, ni de un determinado tipo de cristianismo o catolicismo, sino de la religiosidad por antonomasia: la necesidad siempre despierta, siempre renovada, de una vida en Dios, de conferir un sentido para nuestros actos e ideas, de una norma de pensamiento y conciencia que esté por encima del tiempo, que se substraiga a las disputas y a las modas. Este impulso primigenio tuvo su traducción moral tanto en la vida política como en la personal, ejemplarmente desasida y atenta a los dictados del espíritu. Su correlato intelectual fue la incesante búsqueda de una norma espiritual, de una legitimidad en el pensamiento, así como el siempre despierto y agudo examen y control de su vehículo: la palabra. Su ideal intelectual era un método científico que resistiera a cualquier crítica; el hecho de que no viera ninguna posibilidad de realización de su ideal dentro de nuestras normas, convenciones y métodos académicos y literarios lo devolvió a las fuentes espirituales de su infancia, a la Iglesia católica, lo que le convirtió en un profundo amante y admirador del latín y le hizo enemigo mortal de toda palabrería, de toda literaturización, de todo periodismo.

A todo aquel que quiera seriamente conocer este pensamiento y esta piedad, debo pedirle algo más: ¡En lugar de «huida del tiempo» decid otra cosa, o no deis a la palabra «huida» un sentido miserable y mezquino, como si este hombre heroico, increíblemente valeroso y dispuesto al sacrificio hubiera sido una especie de cobarde y desertor! ¡El lugar que anhelaba encontrar en la

huida de la «realidad» no era la irrealidad, el sueño, la irresponsabilidad o simplemente el juego infantil con formas pretéritas de vida y pensamiento, el juego teatral con la Edad Media y el Romanticismo monacal! Más bien lo que Ball buscaba incesantemente era alcanzar la suprema realidad, la vida más fervorosa, el lugar donde surge Dios, donde el hombre en lucha por la ardiente realización de su potencial se despoja de todo juego y vanidad y entrega su vida para que sea renovado.

Por lo disciplinado de su pensamiento, por el rigor de su sentido de la responsabilidad con relación a la lengua, por el incesante servicio a la palabra, por su lucha consciente contra la tendencia de la época a la indolencia y a la irresponsabilidad en el pensamiento y en el discurso, Hugo Ball ha sido a lo largo de muchos años un ejemplo para nosotros, que en muchos momentos de necesidad nos ha estimulado confortándonos y en muchos momentos de debilidad nos ha reconvenido exhortándonos.

A su lado era imposible contentarse con una espiritualidad ramplona, vulgar, o con una virtuosa espiritualidad profesional. Al conversar con él siempre se trataba del todo, nadie era más enemigo de toda palabrería inconsciente que él. ¡También por eso le estábamos tan profundamente agradecidos, por el ardiente impulso hacia la verdad, sin miramientos, que inspiraba su crítica a su tiempo; respirábamos agradecidos y dichosos la atmósfera auténticamente mágica de su vida de santidad!

Junto a sus libros y pensamientos estuvo su vida, su pobre y valerosa vida de asceta: sirviendo al espíritu, de espaldas al mundo, despreciado por él.

Su vida pasó ante nosotros, pero nos dejó algo imperecedero: sus escritos estarán un día entre los mejores libros alemanes de nuestra época.

HERMANN HESSE, 1931

LA HUIDA DEL TIEMPO

Frontosus esto, prorsus frontosus esto. Quid times fronti tuae, quam signo crucis armasti?

AUGUSTINUS

PRIMERA PARTE

PRELUDIO: EL BASTIDOR

1.

Éste es el aspecto que presentaban el mundo y la sociedad en 1913: la vida está totalmente encadenada a un entramado que la mantiene cautiva. Impera una suerte de fatalismo económico que asigna a cada uno en particular, aunque intente resistirse, una función determinada y, con ella, un interés y un carácter propio. La Iglesia como «empresa redentora» cuenta con poco peso; la literatura funciona como una válvula de escape. Da igual cómo se haya llegado a este estado de cosas; está ahí y nadie puede substraerse a él. Las perspectivas no son halagüeñas, por ejemplo, en el caso de una guerra, cuando las masas son enviadas a la contienda para regular la tasa de natalidad. Sin embargo, la pregunta última que se repite día y noche es ésta: ¿existe en alguna parte un poder fuerte y, sobre todo, con el vigor suficiente para acabar con esta situación? Y de no ser así: ¿cómo se puede escapar a ella? La razón puede hacerse encajar y acomodarse. Sin embargo, ¿podrá el corazón humano aplacarse tanto que sea posible calcular sus reacciones? Por aquella época Rathenau escribió su *Crítica de nuestro tiempo*, sin que en realidad llegase a encontrar solución alguna. Se limitaba a constatar con toda precisión el fenómeno y su alcance. «Con propuestas políticas y económicas como las que desarrolla Rathenau al final de su libro», apuntaba yo entonces, «ya no se logrará nada. Lo que hace falta es una liga de todos aquellos que quieran escapar a este me-

canismo; una forma de vida que se oponga a la utilidad práctica. Una entrega orgiástica al polo opuesto de todo aquello que es útil y práctico.»

Por aquel entonces Johannes V. Jensen (*El nuevo mundo*) también andaba pregonando con bastante fuerza: «¡Paso a las masas! Vivimos en el siglo supremo de la democracia.» Cantemos himnos a esta época (la de las máquinas), que hay que afirmar en todos sus respectos. Intentemos desencadenar su *pathos* específico. «Con la técnica contra el mito», así rezaba la consigna brusca y agresiva. Como concepto alternativo se ofrecía un renacimiento del individuo en su dimensión física, visto desde la perspectiva de la Antigüedad: deporte, caza, movimiento. La escisión entre técnica y mito, entre máquina y religión se debía dejar de lado resueltamente, a favor de los logros patentados.

Múnich, verano de 1913. Carecemos de jerarquía en los valores individuales y sociales. En otro tiempo, el Código de Manú y la Iglesia Católica sabían de escalas distintas a las que hoy en día dan la medida. ¿Quién sabe aún lo que es bueno y lo que es malo? La nivelación es el fin del mundo. Quizá, en algún lugar en medio del océano Pacífico, exista una pequeña isla que todavía siga intacta, a la que todavía no haya llegado nuestra ansiedad. Algo más de tiempo y también ella será historia.

La moderna necrofilia. La fe en la materia es una fe en la muerte. El triunfo de esta suerte de religión es una aberración espantosa. La máquina confiere a la materia muer-

ta una especie de vida aparente. Mueve la materia. Es un fantasma. Combina materias entre sí y de esta forma da muestras de una cierta lógica. Es decir, es la muerte que trabaja sistemáticamente, que simula la vida. Miente de una manera todavía más flagrante que cualquier periódico que se imprima con ella. Es más, aniquila el ritmo humano influyendo ininterrumpidamente en el subconsciente. Quien aguanta toda una vida junto a una de tales máquinas ha de ser un héroe o acabará hecho pedazos. De un ser así ya no se puede esperar ningún arranque espontáneo. Un paseo por una prisión no puede ser tan terrible como un paseo por la ruidosa sala de una imprenta moderna. Los ruidos brutales, los líquidos apestosos. Todos los sentidos centrados en lo bestial, lo monstruoso y, sin embargo, irreal.

Dar forma a partir del mundo espiritual a un organismo vivo que reaccione a la más leve presión.

Entre 1910 y 1914, para mí todo giraba en torno al teatro: la vida, las personas, el amor, la moral. Para mí, el teatro significaba una libertad inaprensible. En este sentido, Frank Wedekind fue quien me causó la impresión más profunda, la del escritor como drama terrible, cínico. Lo vi en muchos ensayos y en casi todas sus obras. Su esfuerzo en el teatro se concentraba en disolver los últimos restos de una civilización—en otro tiempo fundada sólidamente—y a sí mismo en la nada. Todavía me acuerdo de mi querido Herbert Eulenberg con cuya bendición y mejores deseos me fui a Berlín en 1910 o 1911. Allí, en el Oeste, me encontré con una ciudad oriental e intenté

adaptarme a ella con todas mis fuerzas. Desde entonces me han tomado muchas veces por judío y no puedo negar que este Oriente berlinés me resultaba simpático.

Cuadros alrededor de 1913. Una vida nueva empezaba a manifestarse en la pintura más que en cualquier otro arte. En ella se estaba iniciando un adviento visionario. En la galería de Goltz vi cuadros de Heuser, Meidner, Rousseau y Jawlensky. Ilustraban la máxima: *primum videre, deinde philosophari*. En ellos se había logrado dar una expresión global a la vida, sin rodeos intelectuales. El intelecto quedaba suspendido como un mundo infame. Brotaban paisajes paradisíacos. La pintura hacía todos los esfuerzos por quebrar el marco, tan poderosa era la fuerza que la movía. Parecía que se anunciaban grandes cosas. El gozo de la visión podía servir como índice de su intensidad. Era como si la pintura quisiera alumbrar nuevamente, a su manera, al niño Dios. No en vano, durante siglos, se había postrado de rodillas ante el mito de la madre con el niño.

Cuando Hausenstein escribió: «La auténtica y suprema naturaleza, la del artista, siempre ha sido una mueca para quien no lo es; el artista, sin embargo, tiembla ante esta mueca y ante su carácter siniestro», fue cuando percibimos lo caricaturesco, lo demoníaco, lo fatal. Entonces se nos abrieron los ojos y buscamos «un mundo de máscaras de formas severas», ante las que nos asustamos y con las que nos pudimos reconciliar piadosamente en la creencia de que allí se escondía el sentido y el delirio.

Una vez, incluso me permitieron dirigir. Es algo bien difícil para un joven pedante. Cuando son personalidades, los actores lo saben todo mucho mejor que el director y, en realidad, la labor de éste sólo puede consistir en encontrar papeles para ellos y ofrecer directrices generales. Así que, con motivo del cincuenta aniversario de Hauptmann, propuse su fragmento «Helios» a la Asociación Libre de Estudiantes. Con lo importante que me pareció entonces, hoy, sin embargo, he olvidado todo lo que ocurre en este pequeño mito solar. Desde entonces empecé a verme con mucha frecuencia con Hans Leybold, un joven de Hamburgo, y el teatro perdió terreno frente a la literatura más moderna.

No, también representamos *La ola* de Franz Blei, con entradas a unos precios exorbitantes. Entre el público se sentaba la élite de Múnich. El autor representaba el papel de Spavento con mi máscara y lo hacía de forma tan convincente, que detrás del escenario lo confundían conmigo. En un descanso de los ensayos me presentó a Carl Sternheim, un hombre pequeño, con una agilidad pasmosa. De entre los actores todavía recuerdo a Karl Götz. Sólo con él se podría escribir un libro entero. Cuando representaba a Crainquebille en la obra homónima de Anatole France, el patio de butacas se levantaba de su asiento lleno de admiración, profundamente conmovido. *El mendigo* de Reinhard Sorge era una pieza que me gustaba mucho y que siempre propuse que se representara, pero nadie creyó que fuera a tener éxito.

Nuestras revistas se llamaban *Der Sturm* [«La tempestad»], *Die Aktion* [«La acción»], *Die Neue Kunst* [«El nuevo arte»] y, por fin, ya en el otoño de 1913, *Die Revolution* [«La revolución»]. El título de esta última era inconfundible, impreso en letras rojas sobre papel de periódico, con un pequeño grabado de Seewald con casas torcidas y tambaleantes debajo. Tenía más una intención estilística que un sentido político; la mayoría de los colaboradores y, en especial, el director, mi amigo L. [Leybold], prácticamente no tenían ni idea de política. En cualquier caso, el número 1 fue secuestrado; en el número 2 apareció una carta mía sobre la censura del teatro. Entonces, sin vacilar, hice un viaje de improviso a Dresde y me presenté allí para ocupar el puesto de director en un teatro. El viaje fue bastante interesante. En Hellerau vi una representación de *La anunciación*, de Claudel, y asistí a unas lecciones privadas que Hegner ofrecía sobre quien entonces todavía era nuevo autor y cónsul francés. Nadie podía hablar sobre él con una devoción más profunda y mejor conocimiento que Hegner, que era, a la vez, su traductor y su editor.

Por lo demás, en aquel entonces, Dresde era una ciudad muy activa. Fue allí donde, por esa misma época, vi una exposición colectiva de Picasso y los primeros cuadros futuristas. Allí estaban: *El entierro del anarquista Galli*, de Carrà; *La revolución* de Russolo; *El baile del Pan-Pan en el Monico* de Severini y *El poder de la calle* de Boccioni. Sobre ellos debió de aparecer un reportaje mío completamente entusiasta en el número 4 o 5.

Con el testamento de Oscar Wilde adquirimos la convicción de que había que hacer frente al *common sense*, siempre y a cualquier precio. En su caso fue el puritanismo inglés y la consabida moral. En nuestro caso eran otras cosas. Tal vez el letargo, que conformaba un orden abstracto y, ¡cómo no!, tan racional; el sistema de vigencias dominante, que sólo velaba por la suave docilidad.

Podía dar la impresión de que la filosofía había pasado a manos de los artistas; como si los nuevos impulsos partieran de ellos. Como si ellos fueran los profetas de este renacimiento. Cuando hablábamos de Kandinsky y de Picasso, no nos referíamos a pintores, sino a sacerdotes; no nos referíamos a artesanos, sino a creadores de nuevos mundos, de nuevos paraísos.

Sin embargo, la época rabiaba furibunda siguiendo el rastro de todo lo particular, de lo individual, para eliminarlo como un estorbo. «Una época destructiva, devaluadora, infame. Quien no se presta voluntariamente, es forzado. Incesante construcción y deconstrucción de las fuerzas que se encuentran en juego» (febrero de 1914).

Fue una época de lo «interesante» y de lo indiscreto. Una época psicológica y, como tal, una época de lo doméstico. Uno se ponía a escuchar a las puertas de la naturaleza. Nos agolpábamos y metíamos las narices incluso en los secretos más sublimes. La consigna era penetrar, empatizar. Fue una época indolente y cerrada; parece, en efecto, que tomar la psicología como piedra de toque siempre será lo característico de las generaciones dema-

siado humanas. No porque opere al margen de ellas; sino porque las supera. Porque lo decisivo no es la «verdad», sino el sentido y el objeto de la verdad. ¿Dónde se podría encontrar a un psicólogo que se contentase con una verdad? Conoce cien verdades diferentes y una le parece tan cierta como las demás.

Quien plantea un repertorio sólo puede partir de un punto de vista: ¿qué está muerto y qué está vivo? ¡Oh, Alemania, tierra patria y tierra madre, envuelta en cientos y cientos de vendas, eres la momia de los pueblos! Todo el mundo te carga con sus cadáveres. ¿Cómo podrá disolverse en juego y símbolo lo que se resiste a cualquier transformación, a cualquier apropiación y reproducción complaciente?

Ahora que el teatro se terminó y está cerrado, me dedico a estudiar las relaciones entre los muchos genios que había entonces y la mímica, la pose. El fondo mímico de un gran personaje le garantiza a éste una permanente libertad, pero de una forma peligrosa. Para quien se puede transformar, lo esencial también se convierte en un juego. Al genio le corresponde la intuición teatral, esa diversidad de reflejos de la que proceden los pensamientos. Luego, la disposición sexual lábil, como una capacidad de cambiar a discreción en sí mismo el campo de visión del hombre y de la mujer. Ahora que se han popularizado, uno puede estudiar en todas partes los impresionantes conocimientos y libertades que se derivan de ello. En todo este tiempo, lo hermafrodita ha llegado a convertirse sencillamente en una parte más de la constitución gene-

ral de lo proteico; ella en sí misma tiene fundamentos más profundos. Da lo mismo en qué pueda consistir, una cosa es segura: los hombres que están helados y secos en su raíz, los que ya no pueden transformarse ni ponerse en otro lugar, dejan de tener pensamientos y de ser creativos.

En aquel entonces, Múnich albergaba a un artista que con su mera presencia confería a esta ciudad una condición privilegiada de modernidad, por delante de todas las demás ciudades alemanas: Vasili Kandinsky. Puede que esta valoración parezca exagerada; en aquel momento, yo lo veía así. ¿Hay algo más hermoso y mejor para una ciudad que acoger y albergar a un hombre cuyas producciones son directrices vivas de la naturaleza más noble? Cuando conocí a Kandinsky, acababa de publicar *Lo espiritual en el arte* y el *Jinete azul* junto con Franz Marc, dos libros programáticos con los que después fundó el Expresionismo, tan desnaturalizado. La diversidad y profundidad de sus intereses eran sorprendentes; mayor aún era la altura y fineza de su concepción estética. Lo que le preocupaba era el renacimiento de la sociedad a partir de todos los medios y recursos artísticos reunidos. No había ensayado ningún género artístico sin recorrer caminos completamente nuevos, sin preocuparse de las burlas y de las risas. La palabra, el color y el sonido vivían en una extraña armonía en su interior y él sabía cómo hacer que incluso lo paradójico apareciera siempre como algo plausible y completamente natural. Sin embargo, su fin último no era sólo crear obras de arte, sino representar el arte como tal. Su objetivo era la ejemplaridad en cada manifestación artística en particular, romper la

convención y probar que el mundo seguía siendo tan joven como el primer día. Era inevitable que nos encontráramos y, todavía hoy, sigo lamentando que la guerra nos llevara por caminos separados; apenas nos hemos vuelto a reunir para algún proyecto extraordinario.

Cuando, en marzo de 1914, concebí el plan de un nuevo teatro, estaba convencido de que faltaba un escenario que mostrara las pasiones en auténtico movimiento; un teatro experimental más allá de los intereses cotidianos. Europa pinta, compone música y escribe poesía de una forma nueva. Síntesis de todas las ideas de regeneración, no sólo del arte. Únicamente el teatro está en disposición de conformar la nueva sociedad. Tan sólo hay que llamar a la existencia a los colores, palabras y sonidos del subconsciente, para que devoren la vida cotidiana junto con sus miserias.

Cuando considerábamos el peso y la envergadura de nuestro proyecto, la elección sólo podía recaer en el Teatro de los Artistas. En el Parque de Exposiciones había un teatro que parecía como hecho a propósito para nuestros fines. Una generación de artistas, que había ido envejeciendo, había acumulado mucha experiencia en él. ¿Cabía algo más natural que asegurarnos la simpatía de esta generación mayor y solicitar a la administración la cesión de los espacios para nuestros propios fines jóvenes y modernos? En la Casa de los Artistas tuvo lugar una entrevista. Las consultas a los profesores Habermann, Albert von Keller, Stadler y Stuck parecían ser favorables a nuestros planes. En la prensa apareció un mani-

fiesto firmado por ambas generaciones y muchos amigos del proyecto. Únicamente las finanzas y la dirección de la exposición parecían vacilar.

Nos reuníamos en casa de la señora Selenka, una gran dama, un poco anticuada. Todavía había conocido a Bismarck y traducía obras de caballería japonesas. Los voluntariosos asiáticos que se movían por allí se ofrecieron a registrar en un disco de gramófono música de su teatro tradicional y recuerdo que redactamos conjuntamente una carta a Tokio y leímos un artículo de Kellermann sobre el teatro japonés. Expuse nuestras ideas en la Sociedad Asiática Oriental y tuve la satisfacción de lograr una aceptable acogida.

El teatro expresionista, según rezaba mi tesis, tiene la idea de ser un festival y encierra una nueva concepción de la obra de arte total. La forma artística del teatro actual es impresionista. Los procesos se refieren al individuo, a la razón. No se altera el subconsciente. El nuevo teatro volverá a utilizar máscaras y zancos. Quiere despertar las imágenes primitivas y utilizar megáfonos. El sol y la luna pasarán por encima del escenario pregonando su sublime sabiduría. En alguna parte escribí también sobre la oposición entre lo antiguo y lo moderno, y sobre Múnich como ciudad artística.

Con el Teatro de Cámara me unieron múltiples inclinaciones. Y la circunstancia de que fuera yo quien encontró el nombre para su bautismo no fue un motivo menor. Cuando yo entré (¿en 1911?), el teatro, que estaba bajo la

dirección de Robert, se encontraba próximo a su fin. Estaba al borde de la liquidación. No me sirvieron de poco mis conocimientos comerciales para consolidarme. El entonces Teatro de la Comedia tenía la ambición de rivalizar incluso con París y el Grand Guignol en cuestiones de gusto. Yo provenía de Reinhardt y estaba marcado por la impresión que me habían causado sus representaciones en el circo y en teatros de cámara. Pero Kandinsky me presentó a Thomas von Hartmann. Él venía de Moscú y contaba muchas cosas nuevas de Stanislavski: cómo se representaba allí a Andréiev y a Chéjov, bajo la influencia de los estudios hindúes. Era algo distinto, más amplio, más profundo que lo que hacíamos nosotros, y más novedoso, y contribuyó mucho a ensanchar mis horizontes y a ampliar mis pretensiones sobre un teatro moderno.

Teóricamente el Teatro de los Artistas debía presentar más o menos el siguiente aspecto:

Kandinsky	Obra de arte total
Marc	Escenas para *La tempestad*
Fokin	Sobre ballet
Hartmann	Anarquía de la música
Paul Klee	Bocetos para *Las bacantes*
Kokoschka	Escenas y dramas
Ball	Expresionismo y escena
Yevreinov	Sobre lo psicológico
Mendelsohn	Arquitectura escenográfica
Kubin	Bocetos para *Pulga en la casa fortificada*

Los diletantes del milagro de Carl Einstein señalaban la dirección.

Justo al final, cuando la guerra ya estaba allí, el 29 de julio, aún me encontré en casa con un paquete de correo que traía lírica francesa. Incluía poemas de: Barzun, André Spire, Derème, Marinetti, Florian-Parmentier, antología de Lanson, Mandin, Veyssié, tres volúmenes de la *Vie des Lettres*, ocho números de las *Soirées de Paris* (antología privada del traductor Hermann Hendrich, Bruselas).

2.

BERLÍN, NOVIEMBRE DE 1914. Ahora estoy leyendo a Kropotkin, Bakunin, Merezhkovski. He pasado catorce días en la frontera. En Dieuze vi las primeras tumbas de soldados. En la fortaleza de Manonvillers, que acababa de ser atacada, encontré entre los escombros un Rabelais hecho trizas. Luego vine aquí, a Berlín. A uno le gustaría comprender, entender. Lo que se ha desatado ahora es la maquinaria global al completo y el diablo mismo. Los ideales sólo son etiquetas postizas. Todo se ha desmoronado, hasta los últimos fundamentos.

P. [Franz Pfemfert][1] y el círculo más íntimo de su redacción son antipatriotas y opositores a la guerra convenci-

[1] F. Pfemfert (1879-1954), periodista, fotógrafo y editor; fundó el periódico berlinés radical *Die Aktion*. (Esta nota, así como las siguientes, si no se indica lo contrario, es del editor.)

dos. Es evidente que saben más que uno, que hasta la fecha no se ha preocupado de la política. ¿Por qué no ha de poder defenderse un país y luchar por sus derechos? Además, cada vez me parece más claro que Francia y sobre todo Bélgica pueden invocar este derecho, y no llega a tanto mi patriotismo, para que yo pueda aprobar la guerra a pesar de la injusticia.

Kant..., éste es el enemigo jurado al que todo se remonta. Con su teoría del conocimiento puso todos los objetos del mundo visible en manos de la razón y del poder. Elevó la razón de Estado prusiana al nivel de la razón común y al imperativo categórico al que todo se tiene que someter. Su máxima suprema dice así: la razón ha de ser aceptada *a priori*; es algo inconmovible. Es el cuartel en su potencia metafísica.

El punto de partida de Nietzsche es bueno. Sin embargo, tampoco se puede decir que él haya aceptado finalmente la razón. Más bien acabó *perdiéndola* por completo en medio de la obscuridad en que estaba sumido. No es un filósofo clásico (no es clásico; es exagerado e impreciso). Pero es el primero que rompe toda razón y desmonta todo el kantismo.

Según Kropotkin (biografía) toda salvación procede del proletariado; si no existiera, habría que inventarlo. Su sistema de ayuda mutua se apoya en los campesinos, pastores y trabajadores de las riberas que, como geógrafo, se encontró en las estepas y páramos de Rusia. Más tarde vivió entre los pulidores de lentes y los relojeros del Jura suizo. Son gente que se fija bien y alarga la vista; todo lo

contrario que nuestros modernos obreros en sus fábricas. No obstante, sigue siendo cierto que alguien que lucha por su existencia y por mejorar su situación tiene la voluntad más firme, la meta más clara y, además, precisamente por ello, los pensamientos más humanos.

25.XI. Los nihilistas apelan a la razón (en realidad a la suya propia). Pero es precisamente con el principio racional con lo que hay que romper en aras de una razón superior. Por lo demás, la palabra «nihilista» significa menos de lo que da a entender. Lo que significa es que uno no puede confiar en nada, que ha de romper con todo. Lo que *parece* significar es que nada puede perdurar. Quieren escuelas, máquinas, economía racional, todo aquello que falta todavía en Rusia y de lo que aquí, en el Oeste, estamos saturados, tenemos tanto que resulta fatal.

Se debería dejar que el inconsciente probase en qué medida puede uno *haber tenido* uso de razón. Seguir el instinto más que la intención.

Política y racionalismo mantienen una desagradable relación entre sí. Tal vez el Estado sea el principal apoyo de la razón y viceversa. Todo razonamiento político, en la medida en que pone sus miras en la norma y la reforma, es utilitarista. El Estado no es más que un objeto de uso corriente.

De la misma manera, hoy el ciudadano es un objeto de uso corriente (para el Estado).

También el poeta, el filósofo, el santo han de convertirse

en objetos de uso corriente (para el ciudadano). Como dice Baudelaire: «Si yo le pidiera al Estado un ciudadano para mi establo, todo el mundo sacudiría la cabeza. Pero si el ciudadano exigiera al Estado un poeta asado, se lo proporcionarían.»

Hemos usado la metafísica para todo lo posible y lo imposible. Para acondicionar los cuarteles (Kant). Para elevar el yo por encima de todo el mundo (Fichte). Para calcular el beneficio (Marx). Sin embargo, desde que se ha descubierto que, la mayor parte de las veces, esas metafísicas no eran más que elementos de aritmética en manos de sus inventores y que se pueden reconducir a principios simples, incluso pobres en muchos casos, el valor de la metafísica ha caído mucho. Hoy he visto un producto para limpiar zapatos con el rótulo «La cosa en sí». ¿Por qué se ha perdido tanto el respeto por la metafísica? Porque sus presupuestos sobrenaturales se pueden explicar de una manera demasiado natural.

Incluso el demonismo, que hasta la fecha era tan interesante, tiene ahora un brillo apagado y trivial. En los últimos tiempos el mundo entero se ha vuelto demoníaco. El demonismo ya no distingue al dandy de lo cotidiano. Uno ha de convertirse en santo, si todavía quiere seguir distinguiéndose.

4.XII. Bakunin (biografía de Nettlau, epílogo de Landauer).

Sus comienzos están marcados por: Kant, Fichte, Hegel, Feuerbach (la filosofía ilustrada protestante).

Cuanto más conocía el carácter francés, tanto más se apartaba del alemán.

El carácter tendencioso de Marx le indica que la revolución no debe esperar nada de esos círculos de «filisteos y pedantes».

Tenía que procurarse por sí mismo todos los medios y apoyos. En todas partes, los demócratas establecidos lo veían como un revoltoso incómodo, que les impedía abandonarse por completo a la quietud y dormirse.

Su auténtica actividad consistía en conspirar, es decir, intentar ganarse a los elementos vivos de los distintos países para una acción común.

Sólo mantenía relaciones con los círculos más decididos y que más simpatizaban con él. En Londres, con Mazzini, Saffi, Louis Blanc, Talendier, Linton, Holyoake, Garrido.

Las masas inconscientes han de ser llevadas por una élite a la conciencia solidaria (idea fundamental que orienta sus esfuerzos de 1864 a 1874).

Al patriotismo religioso (de Mazzini) le opone la Internacional atea e incluso prefiere apoyarse en el «lumpenproletariado», que admitir y conceder validez al *statu quo*.

El levantamiento de Lyon hace temblar su fe en los instintos de rebeldía y en las pasiones del proletariado.[2]

La libertad a la que se refiere no es, en sus propias palabras, «aquella libertad completamente formal, que el Estado refrena, acompasa y regula, esa mentira eterna

[2] Bakunin quiso establecer en Lyon una república después de la caída de Napoleón III, sin éxito.

que, en realidad, representa el privilegio de unos pocos que se orienta a la esclavitud de todos. Tampoco la libertad egoísta-individualista, mezquina, ficticia, que recomiendan la escuela de J. J. Rousseau y todas las demás escuelas del individualismo burgués. Tampoco el derecho de todos, como se ha dicho, con lo que el derecho de cada individuo se reduce a cero. La única libertad es aquella que... se fundará y organizará tras la caída de todos los ídolos del cielo y de la tierra, el mundo de la humanidad solidaria.»

El ateísmo que Marx y Bakunin aportan a la Internacional es percibido entre los rusos como un don *alemán*.

Ni siquiera el cálculo pudo popularizarse hasta que no se hizo idea en la filosofía.

Al espíritu no le importa la masa, sino la forma. Sin embargo, la forma quiere imprimirse en la masa.

Es más necesaria una revuelta de la filosofía materialista que una revuelta de las masas.

12.XII. *El zar y la revolución*, de Merezhkovski, trata sobre el problema religioso en Rusia. Lo esencial es lo siguiente:

Todos los literatos y filósofos relevantes del siglo XIX, desde Chaadaiev a Soloviov, son teólogos. Bakunin parece ser la única excepción.

Equiparan las exigencias de la revolución social con las disposiciones de la ortodoxia bizantina.

En tanto que se rebelan, se apoyan en el Nuevo Testamento. Lo consideran un libro revolucionario. El Hijo se alza contra el Padre.

Conciben a Cristo como nihilista. Como Hijo, como rebelde, debe establecer antítesis.

Su conflicto con la ortodoxia recuerda a ciertas manifestaciones del siglo XVI, a Münzer, por ejemplo, con la diferencia de que la Reforma proclamaba la humanidad de Cristo como autoridad, mientras que los rusos ven la divinidad de Cristo en el pueblo, crucificado por una institución autoritaria.

Esporádicamente (como en Chaadaiev, en Dostoievski, Soloviov, Rosanov) se produce el intento de dar una nueva interpretación a los dogmas. La mayoría de estos rebeldes son, en realidad, doctores de la Iglesia heréticos.

La posición de Merezhkovski y sus amigos es sutil y, a decir verdad, nada popular. Parece dudoso que sus pensamientos puedan resultar plausibles en amplios sectores de población. Sí, es la duda de si una «revolución teológica» no es una contradicción en sí misma. Las últimas palabras pronunciadas en la cruz son: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»

De todos modos, aquí la relación Padre-Hijo adquiere un fuerte relieve y resulta creativa. En el Oeste, ya no es posible pensar en creatividad alguna hasta que revivan las luchas de religión y resurja de nuevo el pensamiento sobre las postrimerías.

La gran diferencia: allí el zar es la bestia apocalíptica desde hace cien años. Aquí es el pueblo quien representa ese papel y también quien es tratado como tal.

Considerándolo de forma práctica, los merezhkovitas fracasan. «No matarás», dice alto y claro el quinto mandamiento. Le dan vueltas y vueltas sin parar a este escollo, reiterándose. En el fondo saben bien con qué chocan, pero no siguen adelante. Son Hamlets teológicos.

Chaadaiev tiene algo de nuestro Schopenhauer. Sólo que es más piadoso y no está tan alejado del mundo. Escribió un libro, *Necrópolis*, en el que sepultaba a toda Rusia como en un cementerio. El zar hizo que lo declararan loco.

13.XII. Ahora es cuando empiezo a comprender el teatro. Es la tiranía que favorece el desarrollo de las capacidades dramáticas. La altura del teatro siempre está en relación inversa con la altura de la moral social y de la libertad civil. Antes de la guerra, Rusia tenía un flamante teatro y Alemania prácticamente le iba a la zaga. Eso indica que en ambos países existía un agotamiento de la autenticidad y de la franqueza debido a las constricciones externas. Quien tiende a reconocerlo todo, no puede ser actor. Sin embargo, donde no se reconoce nada, allí hay muchos actores.

Sólo el pensamiento puesto a prueba sin paliativos, el que conoce la tentación y la resistencia, sólo el pensamiento que vive y se encarna, sólo ése existe verdaderamente.

Uno ha de perderse si es que se quiere encontrar.

14.XII. Encuentro con Gustav Landauer.[3] Un hombre consumido por la edad, con sombrero ondeante y barba rala. Le rodea una cierta dulzura pastoral. Penúltima generación. Las teorías socialistas como refugio para naturalezas más nobles. Una impresión pasada de moda. No aconseja marchar, sino quedarse. Cree en la evolución «biológica» del alemán. Invitación de su parte para que le haga una visita en Hermsdorf.

Por la tarde, en casa de P. [Pfemfert]. Él dice que Landauer es «un político al que el esteta ha echado a perder». Le hubiera resultado imposible «mezclarse con los alemanes». Pero pongamos que haya tres anarquistas en Alemania; él es uno de ellos. «Un hombre inteligente, culto, que en otro tiempo no carecía de peligro.» Ahora escribe crítica teatral para el *Börsen-Courier* y edita, muy retirado, la revista *Der Sozialist* [«El socialista»].

AÑO NUEVO DE 1915. En el balcón de la traductora de Marinetti nos manifestamos contra la guerra a nuestro modo. Gritando a la silenciosa noche entre los balcones de la gran ciudad y las líneas de telegrafía: «À bas la guerre!» Algunos transeúntes se paran. Algunas ventanas iluminadas se abren. «¡Por el nuevo año!», exclama alguien y su brindis llega hasta nosotros. El inmisericorde Moloc de Berlín alza su cabeza de hormigón armado.

12.II. Un «acto conmemorativo en memoria de los poetas caídos» con algunos amigos en la Casa de la Arquitectura. No se quiso publicar una nota, porque entre ellos

[3] Filósofo y político anarquista y pacifista (1870-1919).

también se homenajeaba a un francés. Cuatro de los oradores hicieron constar que los homenajeados no habían encontrado una muerte que inspirase nada. Murieron con plena conciencia de que la vida se había vuelto absurda; exceptuando, tal vez, a Péguy.

II.IV. Todavía sigo dedicándome al teatro y, sin embargo, ya nada tiene sentido en absoluto. ¿Quién quiere ahora seguir haciendo teatro o siquiera verlo? Pero el teatro chino es distinto del europeo; se puede afirmar incluso en medio del delirio homicida.

El drama de Tao-tse se desarrolla en un mundo de magia, que, a menudo, adopta el carácter de un teatro de títeres y quiebra constantemente la unidad de la conciencia a la manera del sueño.

Cuando un general recibe órdenes de emprender una expedición a una lejana provincia, marcha alrededor del escenario dando tres o cuatro vueltas en medio de un ruido terrible de gongs, tambores y trompetas, y luego se detiene para comunicarle al público que ha llegado.

Cuando el dramaturgo quiere conmover o estremecer a su público, da paso al canto.

En la *Pagoda celestial*, el hombre santo agarra al caudillo de los tártaros por el gaznate y lo estrangula cantando con entonación dramática.

La letra de la canción es indiferente; es más importante cómo se regula el ritmo.

El heroísmo deja los ánimos indiferentes. La inspiración les resulta ajena y el entusiasmo les parece una fábula.

La comedia de magia es el drama filosófico de los chinos (exactamente como nos ocurre a nosotros ahora).

A mí, con el teatro, me sucede lo mismo que a un hombre al que han decapitado inesperadamente. Es probable que siga de pie e incluso que dé algunos pasos más. Pero luego cae al suelo y yace muerto.

22.IV. El *Llamamiento al socialismo* (1912) de Landauer se abstrae de la época e intenta despertar un interés por la idea. Cuando ofrece un esbozo, se va perfilando el esquema (huelga general, expropiación, trueque, felicidad). La cuenta se ha hecho sin consultar al hostelero. Pero las ideas incluso quieren ser más: quieren ser las que den la medida del orden terrenal.

«Hay trabajadores cristianos que son esclavos y sus condiciones de vida claman al cielo»: esto es lo que proclamaba el socialismo hace más o menos ochenta años. Desde entonces, el Estado, como empresario supremo, ha hecho algo para remediar la miseria y la filosofía ha ayudado voluntariosamente a destruir el espíritu cristiano. Cuanto más se hacía por ambas partes, menos inclinación mostraba el proletario a darse una vuelta por las barricadas por amor a los ideólogos. «Un esclavo gordo es mejor que un proletario flaco», éste es el lema que hoy en día podría aparecer en los papeles de algún partido.

En todos los sistemas socialistas anda enredando la peligrosa opinión de Rousseau, según la cual lo único que impide un paraíso en la tierra es la sociedad corrupta.

Sin embargo, el proletariado no es ningún Rousseau, sino un fragmento de barbarie en medio de la moderna civilización. Y ya no es tampoco, por lo menos no en Alemania, un fragmento de barbarie con culto y rito, sino

una barbarie descreída, a la que le falta resistencia frente a la corrupción, precisamente porque y en la medida en que pertenece a la prole.

¿Qué cabe esperar en estas circunstancias de una revolución proletaria? ¿Una regresión a un estado primitivo como poco? L. vota por la vida sedentaria en el paraíso (campesinado, colonización, comunas agrarias).

Agudizar la vista para la envergadura de una personalidad, la real y la posible.

12.V. «Velada expresionista» en la Harmoniumsaal; la primera de su género en Berlín.

«En el fondo fue una protesta contra Alemania en favor de Marinetti» (*Vössische Zeitung*).

No, fue una despedida.

3.

ZÚRICH, 29.V.15. Es curioso, de cuando en cuando no saben cómo me llamo realmente.[4] Luego llegan funcionarios y se informan. Ya en Berlín empezaron a tomar mi verdadero nombre por un pseudónimo, incluso mis amigos. «¿Cómo te llamas en realidad?», me preguntó una vez H. [Richard Huelsenbeck]. No querían creer que uno pueda estar tan despreocupado, sin más ni más, sin antes haber salvado y asegurado su yo como corresponde.

[4] Ball adoptó el nombre «Willibald» a su llegada a Zúrich, para evitar ser descubierto como prófugo del servicio militar alemán.

L. R. [Ludwig Rubiner] también está aquí. En cuanto llegó, me encontré con él y con su mujer en el Café Terrasse. Los tilos despedían un agradable aroma y el hotel era un castillo iluminado. Tal vez nos hagamos amigos. Una sola noche de primavera proporciona a los hombres una liberación más profunda que toda una literatura. Desgraciadamente, la noche de primavera no se puede reproducir a voluntad.

La ciudad es hermosa. El muelle del Limmat me gusta especialmente. Puedo recorrer un montón de veces este muelle arriba y abajo, y siempre me sigue gustando. Las gaviotas no son artificiales ni disecadas, vuelan realmente en medio de la ciudad. Las grandes esferas de los relojes de las torres en el agua, los barcos con sus ventanas pintadas de verde..., todo ello es hermoso y genuino. Es auténtico. Da igual que me quede aquí o no. En este lugar va a seguir habiendo hombres que tendrán tiempo, que todavía no están «forzados»; que no están hechos de aire y papel, que no confunden la coyuntura con la vida, y sus intereses con el destino. El ambiente me basta; no necesito ningún intercambio, ningún contacto directo. Aquí me puedo sentir tan en casa como el antiguo reloj de la torre o un suizo nativo.

11.VI. Brupbacher[5] habló sobre Rusia ante unos cin-

[5] Fritz Brupbacher (1874-1944), anarquista amigo de Kropotkin, Menzhinsky, Trotsky y Dukharin, asistió a las representaciones del cabaret Voltaire, y ayudó a Ball en su obra sobre Bakunin. Fue fundador de la formación obrera «Forderung» («Reivindicaciones»).

cuenta o sesenta emigrantes. La conferencia fue unánimemente rechazada en el debate que siguió. Se le tachó de romántico. B. ha visto la Rusia campesina preeconómica, fantástica, y descubre la salvación en la oposición de esta Rusia frente al Occidente americanizado. Su perspectiva es primitiva e infantil. Así es como ve las cosas en Rusia un colegial; sin una concepción sistemática, intelectual. No me pareció antipático que se escandalizaran por el tono de su discurso. Cuando un hombre de su importancia emprende un viaje tan largo, debe ver otras cosas distintas a las que vería un alcalde de aldea sumido en sus ensoñaciones o una dama de la buena sociedad que busca un viaje lleno de aventuras. Es como si uno quisiera hacer un viaje por Pomerania y hablar de Alemania. Se olvidó del público ante el que se encontraba; gente que sueña que la ahorcan o que la fusilan. Su conferencia, dada ante exiliados, ha debido de resultar sumamente paradójica. Los rusos estaban en su derecho de rechazarlo. Y lo hicieron sin excepción, de una forma decidida, aunque amable. Otra cuestión es lo que uno pueda pensar sobre su convicción. Por regla general son marxistas, es decir, lo opuesto a románticos. Esto, por lo menos, quedó completamente claro en la velada.

Como marxistas inveterados, los nuevos rusos son germanófilos. Como la emigración en su conjunto piensa así y tiene importantes inteligencias a su cabeza, habrá que contar con una Rusia calculadora y astuta.

13.VI. Tema de debate en la velada con Sonneck: «La relación del trabajador con el producto.» Todos admiten

que no tienen relación alguna con el producto que fabrican. Hay un hombre que ha trabajado para Mauser; fusiles todo el año. Para Brasil, para Turquía, para Serbia. «Sólo cuando llegaron los agentes que se hicieron cargo de los fusiles, y justamente el agente turco y el agente serbio el mismo día, nos empezamos a preocupar. Desde entonces tuvimos la sensación de que no estábamos haciendo lo correcto, pero seguimos trabajando.» Otro es interventor de billetes bancarios. «La mayoría de las veces en el trabajo me invade la irritante sensación de que no se confía en mí. Estás allí metido, enrejado hasta arriba, de modo que apenas te puedes mover y enseguida te das cuenta de que simplemente te están utilizando.» Cuando se pregunta a cada uno qué le gustaría hacer si estuviera en su mano elegir libremente, en todas sus respuestas está el hacer de aprendiz de brujo. «Inventar un método para llegar a Constantinopla en media hora.» «Inventar un botón que hiciera todo al momento con sólo apretarlo.» «Un botón automático que ni siquiera hubiera que apretar.» En pocas palabras: ninguno trabajaría, pero todos inventarían máquinas. Su ideal es el inventor a semejanza de Dios, porque logra el máximo resultado empleando el mínimo esfuerzo. De alguna forma, Br. [Brupbacher] acaba hablando sobre Tolstói, sobre la colonización (estar en consonante armonía con la naturaleza, inventar aparatos para producir automáticamente, prosperidad para la humanidad entera). Como conclusión me quedo con que la actitud hostil del programa socialista respecto a quien «trabaja con la cabeza» no está fundada en hechos psicológicos de ningún tipo. El inventor ilimitado también es el ideal de las artes y de

la religión. La escasa valoración del trabajo intelectual es un punto programático que proviene de teóricos abstractos, de escritorzuelos plumillas y lamentables chupatintas, de poetas de medio pelo e igual talento, que recogieron en el programa su propia liberación y, a la vez, su venganza. A quien «trabaja con la cabeza» le deben agradecer los proletarios no sólo sus programas, sino además sus éxitos.

15.VI. Los anarquistas establecen el desprecio a la ley como principio supremo. Cualquier medio es justo y lícito contra la ley y el legislador. Ser anarquista significa, por tanto, abolir el reglamento punto por punto. Se presupone la fe rousseauniana en la bondad natural del hombre y en el orden inmanente de la naturaleza originaria abandonada a sí misma. Toda intervención (gobierno, dirección) procede, como abstracción, del mal. Al ciudadano no se le reconocen derechos civiles. Es algo contrario a la naturaleza, un producto de su desarraigo y del orden y policía que le siguen pervirtiendo. Con semejante teoría, el cielo filosófico del Estado se rompe en pedazos. Las estrellas van en zigzag. Dios y el Diablo intercambian sus papeles.

He examinado mi conciencia cuidadosamente. Nunca daré el caos por bienvenido, ni tiraré bombas, ni haré saltar puentes por los aires, ni derogaré conceptos. No soy un anarquista. Cuanto más lejos y más tiempo esté apartado de Alemania, tanto menos lo seré.

El anarquismo se debe a la exageración o a la desnatura-

lización de la idea de Estado. Aparece especialmente allí donde individuos o clases que han crecido en lo idílico, íntimamente unidos a las condiciones de la naturaleza o de la religión, son encerrados en los estrictos límites estatales. La superioridad de tales individuos sobre las construcciones y mecanismos de un monstruoso Estado moderno salta a la vista. Sobre la bondad natural del hombre hay que decir que ciertamente es posible, pero no es una ley general en modo alguno. La mayor parte de las veces, esta bondad se nutre de un tesoro más o menos consciente de educación religiosa y tradición. La naturaleza, considerada sin prejuicios ni sentimentalismo, hace tiempo que no es necesariamente bondadosa y ordenada, como nos gustaría que fuera. Después de todo, los portavoces del anarquismo (de Proudhon no lo sé, pero de Kropotkin y Bakunin es seguro) son católicos bautizados y, en el caso de los rusos hacendados, es decir, terratenientes, han sido naturalezas poco amigas de la sociedad. Incluso su propia teoría se alimenta del sacramento del bautismo y de la agricultura.

16.VI. Los anarquistas sólo conocen un Estado monstruoso y, tal vez, hoy ya no haya otro Estado distinto. Si este Estado se cubre de ropajes metafísicos o se apoya en ellos, mientras que su praxis económica y moral está en flagrante contradicción con los mismos, es comprensible que un hombre que todavía no esté corrupto se empiece a irritar. La teoría de una destrucción incondicional de la metafísica del Estado puede convertirse en una cuestión de dignidad personal y de una conciencia sensible con la autenticidad y la impostura. Las teorías anarquistas de-

jan al descubierto la soterrada degeneración formalista de nuestro tiempo. La metafísica aparece como un mimetismo del que se sirve el ciudadano moderno para devastar, igual que una voraz oruga, la cultura entera al abrigo de las hojas (de periódico) que cuelgan sobre él.

Como doctrina de la unidad y solidaridad del género humano en su conjunto, el anarquismo es una fe en la obediencia filial a Dios que todos le deben de forma natural, una fe también en el máximo rendimiento productivo de un mundo sin constricciones. Si se considera la confusión moral, la catastrófica destrucción a la que han conducido en todas partes el sistema centralista y el trabajo sistemático, no habrá ningún hombre razonable que se niegue a afirmar que una comunidad de los Mares del Sur que trabaje u holgazanee en un estado primitivo, sin preocupaciones, es superior a nuestra loada civilización. Naturalmente, mientras el racionalismo y con él su quintaesencia, la máquina, sigan haciendo progresos, el anarquismo será un ideal para las catacumbas y los miembros de una orden, pero no para la masa, tan interesada e influida como está ahora y, previsiblemente, lo seguirá estando.

Los anarquistas consecuentes son muy raros o simplemente son absolutamente imposibles. Tal vez esta teoría sólo se hará efectiva por completo con el tiempo y la difusión, y se agudizará o se suavizará según la oposición estatal. Se han investigado con enorme minuciosidad las «Actividades anarquistas en Suiza». Toda la investigación no ha arrojado más resultado que una mistificación.

A un sastre, a un zapatero, a un tonelero les gustaría derribar la sociedad. Sin embargo, la mayoría de las veces ya basta con este simple pensamiento para sacarles completamente de quicio. Se sienten rodeados de terribles secretos, de un nimbo nebuloso y sanguinario. La inofensiva existencia cotidiana adquiere un cariz peligroso. Eso les satisface sobradamente; los hechos ya no son necesarios.

17.VI. De Bianchardi, algunos números de *Réveil.* Y Bianchi quiere hacerme llegar desde Italia un libro que orienta sobre los partidos. Me acompañan un trecho del camino a casa. «Uno podría pasarse llorando día y noche», dice Bia. Su padre es florista en San Remo; es un oficio tierno. Él mismo estuvo algunas veces en Leipzig; su novia vive allí. «Los alemanes», dice, «no tienen sentimientos; ni siquiera las muchachas», Cavatini (su portavoz).

20.VI. Mi pensamiento se mueve por oposición. En realidad quería decir que todo pensamiento se mueve por oposición, pero me parece que también existe otra posibilidad: penetrar. En cada hombre reside una fuerza que lo impulsa a lo más alto. La cuestión es, sencillamente, si todavía se puede penetrar hasta esa chispa sin derribar los muros que la limitan y la ahogan. Desde un punto de vista sociológico, el hombre es una suerte de crustáceo. Si se destruye la concha es probable que también se destruya el núcleo.

Nietzsche atacó a la Iglesia y dejó pasar al Estado. Fue

un tremendo desacierto. Al fin y al cabo no fue más que el hijo de un pastor protestante prusiano, que no llevó en vano su nombre de rey. Él mismo lo dice, «Ecce homo», justo en las primeras páginas. Afinando tanto en los detalles, de Alemania surge una confusión de los principios. Hay que guardarse de aumentar el número de los devastadores espirituales. Rezar la oración de las cuarenta horas a Goethe, nuestro señor, y pedir la gracia de mimar todas las pequeñas cosas.

21.VI. He reflexionado sobre los panfletistas. Son seres insaciables. Ya sea para atacar el alma (como Voltaire), a la mujer (como Strindberg) o al espíritu (como Nietzsche): su característica es siempre la insaciabilidad. Su prototipo es el tan criticado Marqués de Sade (al que leí en Heidelberg y que ahora me viene de nuevo a la cabeza). Perpetra crímenes con sus panfletos, incluso materialmente. Para eso no hace falta mucho.

El panfletista critica y repudia a un tiempo. Repudiar es lo que le da su fuerza. Está enamorado de lo extraordinario y lo está de veras hasta la superstición, hasta el absurdo. Empeña todo su espíritu en exaltar su pasión. En el momento en que el ideal refuta a un amante de esta naturaleza, éste estalla en críticas. En el caso del Marqués colma a Dios y al mundo con sus invectivas y sarcasmos. Constata la mediocridad de las intenciones naturales y sobrenaturales recurriendo a estridentes contrastes, muestra la «pobreza» de las ideas, de las disposiciones, de las leyes. Como compara los límites de la entrega con una posibilidad imaginaria, desprecia precisamente lo que en realidad demanda. Y es cruel en tanto que ama la

pasión bajo cualquier figura y la ama precisamente cuando hace padecer de verdad; porque es justo entonces, en medio del dolor, cuando la pasión no se puede negar. El ser humano—tal es su convicción—vive muy escondido, mucho más escondido de lo que puede y quiere reconocer. Hay que averiguar la auténtica pasión oculta del hombre o admitir que no existe pasión alguna.

Se podría reivindicar al vilipendiado Marqués como las auténticas antípodas del adulador Rousseau. Es él quien corrige su tesis de la virtud y la bondad naturales. Sonaría verdaderamente afectado si uno pretendiera decir que no es tan seductor como Rousseau. En todo caso, sí que es más libre; más libre de sentimientos y de ilusiones. Como filósofo es más bien un ideólogo patético que un cínico. Nietzsche le ha copiado en muchos fragmentos.

26.VI. La guerra se basa en un craso error. Se ha confundido a los hombres con las máquinas. Habría que diezmar las máquinas, en lugar de a los hombres. Si un día las máquinas marchan solas y por sí mismas, tendrá algo más de sentido. Entonces todo el mundo exultará de júbilo y con razón, cuando se destrocen entre ellas.

30.VI. Bertoni (en *Réveil*) comete el mismo error que Landauer. Lucha contra los programas en lugar de contra los caracteres. En los tiempos que corren, hay que estar vivo ante todo. No luchar contra abstracciones y doctrinas, sobre las que cada cual tiene su opinión y para lo que se necesitan muchas palabras nada claras; sino con-

tra los acontecimientos y las personas prominentes. Una sola frase basta, no tiene por qué ser todo el sistema.

La revolución como *art pour l'art* no es algo que me fascine. Quiero saber adónde conduce una cuestión. Si descubriera que la vida exige ser conservada para subsistir, entonces sería conservador.

Hay algo podrido y senil en el mundo. Las utopías económicas también lo están. Falta una conspiración de la eterna juventud con amplias ramificaciones, que tome bajo su protección todo lo noble.

I.VII. Proudhon, el padre del anarquismo, parece haber sido además el primero que supo de las consecuencias del estilo. Siento curiosidad por leer algo de él. Una vez que se ha reconocido verdaderamente que la palabra fue el primer poder, este reconocimiento conduce a un estilo fluctuante, que evita los substantivos y elude la concentración. Cada parte de la oración en particular, incluso los vocablos y los sonidos, recuperan su autonomía individual. Tal vez algún día le sea dado al lenguaje demostrar *ad oculos* lo absurdo de esta doctrina.

El mismo proceso de construcción lingüística habría de ser abandonado a su suerte. La crítica intelectual debería desaparecer, las afirmaciones procederían del mal, de la misma manera que cualquier distribución consciente de los acentos. Es previsible que la simetría se quebrara, la armonía dependería del impulso. Ningún tipo de tradición o ley debería tener vigencia. No me parece senci-

llo poner de acuerdo a la persona con la doctrina, al estilo con la convicción, siendo un anarquista consecuente. Y, sin embargo, los ideales deberían ser idénticos con la persona que los representa; el estilo de un autor debería representar su filosofía, incluso sin que la desarrollara propiamente.

En el fondo es una aventura en la que realmente no me involucro. Jamás pongo todas mis fuerzas en juego, tengo por costumbre no poner más que una parte. Soy espectador, me limito a ejercer el diletantismo. ¿Cómo será la empresa por la que un día tome partido en cuerpo y alma? ¿Con todo mi interés por lo más diverso en lo que respecta a la belleza, la vida, el mundo, y con toda mi curiosidad por lo contrario?

3.VII. La casualidad ha puesto en mis manos un libro: el *Saurapurānam* (compendio del sivaísmo, del doctor Jahn). En él encuentro confirmadas y reforzadas mis inclinaciones «fantásticas» de una manera que me resulta sorprendente.

De vez en cuando, la lengua de estos fragmentos, que celebran a Siva como el Atmán, se aventura en una ebriedad sin aliento de hipérboles salvajes, que está totalmente fuera del equilibrio del pensamiento y la consideración sensatos.

Siva hace su morada sobre campos de cadáveres y lleva una corona hecha de cuerpos mutilados alrededor de la cabeza.

Se puede transfigurar, puede cambiar su figura a voluntad. Ni los mismos dioses conocen a Siva.

Es quien aniquila el dolor, su cuerpo se funda sobre la dicha suprema.

Se le honra mediante la alteración de las condiciones normales de la voz, de los ojos, de los miembros del cuerpo (con convulsiones y espasmos, es decir, con el éxtasis).

Veintiún Parusas (ángeles) acompañan al lugar más alto a quien sacrifica su existencia a Siva, aunque sea un criminal.

Intuición, oído, olfato, vista, gusto, tacto: éstos son los seis *horrores* de Satvam (es decir, también la intuición).

A Siva no se le rinde por las obras.

El mundo visible es vano y fue construido por Maya. Por tanto, los maestros de la verdad son en realidad maestros de Maya (maestros de la ilusión).

Observo que no puedo llevar adelante mis odiosos estudios (político-racionalistas) sin inmunizarme una y otra vez, dedicándome simultáneamente a cosas irracionales. Cuando una teoría política me gusta, temo que es fantástica, utópica, poética, y que, por tanto, sigo dentro de mi círculo estético, es decir, que soy burlado.

8.VII. *La Comuna de París y la idea del Estado* de Bakunin. Quiero entresacar algunos de los puntos principales y glosarlos.

1. Define el partido del orden como «el representante privilegiado, oficial e interesado de todas las depravaciones religiosas, filosóficas, jurídicas, económicas y sociales del presente y del pasado». «El partido del orden busca mantener el mundo en la estupidez y en la esclavitud.»

(Tal vez habría menos que oponer al partido del or-

den si todavía existiera una jerarquía de valores eficaz, en la que el partido del orden ocupara un rango subordinado. Pero la antigua jerarquía se ha quebrado y no disponemos de una nueva. En Europa, el partido del orden aspira al máximo rango que la conciencia de hoy puede otorgarle.)

2. «El Estado se asemeja a un gigantesco matadero o a un cementerio, donde en medio de las sombras y bajo el pretexto de una idea de representación de los intereses generales se dejan sacrificar como víctimas obedientes todas las verdaderas aspiraciones, todas las fuerzas vivas de un país.»

(Parecerá exagerado. Pero no se negará una mutilación y un descenso del tono de todas las exigencias al mínimo, una *involución*.)

3. «Si en el universo el orden es posible y conforme a la naturaleza, es precisamente porque el universo no se rige por un sistema preconcebido, forzado. La quimera religioso-judía de una legislación divina conduce a un absurdo sin igual y a la negación de todo orden y de la naturaleza en sí.»

(Aquí se plantea la cuestión de qué es una ley y si existen leyes divinas. No obstante, tales leyes son, en realidad, aquellas verdades con las que la humanidad se mantiene en pie o cae, con las que prospera o se viene abajo. Si se proclama una verdad divina, se está estableciendo a la vez su carácter inviolable y necesario para el bien de la humanidad. Las verdades de esta naturaleza pertenecen a la esencia, a la *biología* del ser humano tanto como los órganos físicos. Constituyen la columna vertebral del espíritu, me parece a mí...)

9.VII. Marinetti me envía *Parole in libertà*, escrito por él mismo, Cangiullo, Buzzi y Govoni. Son simples carteles con letras; se puede desplegar un poema como si fuera un mapa. La sintaxis se ha sacado de quicio. Las letras están dispersas y apenas se pueden reunir de nuevo. Ya no existe lenguaje, anuncian los astrólogos y mayorales literarios; hay que volverlo a encontrar. Disolución hasta lo más profundo del proceso creador.

Es preciso escribir frases inexpugnables. Frases que resistan cualquier tipo de ironía. Cuanto mejor sea la frase, tanto mayor será el rango. Desactivando la sintaxis o la asociación susceptible de ser atacada se preserva la suma de lo que constituye el estilo y el orgullo de un escritor, como el gusto, la cadencia, el ritmo y la forma.

14.VII. Según Florian-Parmentier (*Histoire de la poésie française depuis 25 ans*) desde Rousseau «la sensación» se ha vuelto todopoderosa. Los escritores buscan las pasiones en lugar de ocultarlas. Eso indica un gran aislamiento y un empobrecimiento; un esfuerzo desesperado por recibir una buena acogida, por llamar la atención a toda costa. ¿Y por qué es así? «Parce que la démocratie refuse les moyens d'existence à l'écrivain, parce qu'elle encourage le monstrueux mandarinat des journalistes.»[6]

[6] «Porque la democracia priva al escritor de los medios de subsistencia, porque fomenta el monstruoso mandarinato de los periodistas.» *(N. del T.)*

16.VII. La palabra se ha revelado; habitó entre nosotros.
La palabra se ha convertido en mercancía.
A la palabra hay que dejarla tranquila.
La palabra ha perdido cualquier dignidad.

28.VII. Dos nuevos capítulos de la novela.[7] ¡Qué digo capítulos! Pequeños fragmentos, cada uno de ellos de cuatro a cinco páginas, en los que me dedico a cultivar la lengua y, a la vez busco la forma de quedarme con un resto de tranquilidad. Uno de los fragmentos se titula «Johann, el caballito de carrusel». En él, una figura imaginaria, que a su vez se convierte en objeto de ironía, dice: «¡Apreciado señor Feuerschein! Su genuina naturaleza humana confederada no nos impone. Ni tampoco su dramatismo cinematográfico. Sólo una palabra como aclaración: somos soñadores de quimeras. Ya no creemos en la inteligencia. Nos hemos puesto en marcha para salvar del populacho a este animal, que cuenta con todo nuestro respeto.»

31.VIII. Me han puesto el sello de la época. No se ha hecho sin mi colaboración. De vez en cuando lo echaba de menos. Pero ¿cómo se dice en los *Soñadores de quimeras*?[8] «Nos internamos en la noche y olvidamos colgarnos piedras pesadas como lastre. Ahora flotamos libremente en el aire.»

[7] *Tenderenda der Phantast.* El capítulo «Johann, el caballito de carrusel» se publicó en *Cabaret Voltaire*, junio de 1916.
[8] Se refiere de nuevo a *Tenderenda der Phantast.*

Delaisi me ha permitido conocer el complot económico de la guerra (*La guerre qui vient*). Ahora entiendo por qué un pequeño país como Bélgica era tan importante para todos los partidos. Para Alemania, Amberes significaba un nuevo camino más corto hacia el océano; para Inglaterra, una amenaza inmediata para sus costas. La propia Bélgica posee una rica industria carbonífera y metalúrgica, y desde Flandes se marcha a Francia con un frente amplio, sin obstáculos, mientras que la línea del Rin está llena de montañas y fortificaciones.

En Ginebra era más pobre que un pez. Ya no me podía mover. Me sentaba a la orilla del lago junto a un pescador con su caña y envidiaba a los peces por el cebo que él les lanzaba. Habría podido darles un sermón a los peces sobre esta cuestión. Los peces son seres místicos, no se les debería matar ni comer.

> Épargnez votre sang, j'ose vous en prier,
> Sauvez-moi de l'horreur de l'entendre crier.[9]
>
> (RACINE)

IX. Hay que quitarse la costumbre de los sentimientos líricos. Es una falta de tacto hacer alarde de emociones en tiempos como éstos. La decencia más elemental lo exige, la cortesía más llana obliga a que uno se guarde sus sentimientos para sí mismo. Además, ¿adónde iríamos a parar si cada cual quisiera hurgarle con el dedo al otro en la

[9] «Guardaos vuestra sangre, os lo suplico, / ahorradme el horror de oíros gritar.» *(N. del T.)*

cavidad de su corazón? Gracias a Dios todavía no somos tan desvergonzados como para ir cantando las letanías incluso por los mercados, entre el pescado.

Es un error creer en mi presencia. Soy cortés y servicial, nada más. He realizado todo tipo de esfuerzos para simular ante mí mismo una existencia real. Si un dependiente me vende un par de tirantes, sonríe con aire de suficiencia y de una forma inconfundible. La timidez de mi tono de voz, mi paso lento y vacilante hace tiempo que le han revelado que soy un «artista», un idealista, un personaje de aire. Si ocupo una silla, incluso acompañado, yo mismo noto a la legua que el que se sienta allí no es más que un fantasma. A cualquier ciudadano más o menos resuelto y enérgico le resulto sospechoso e inferior a él. También por eso evito dejarme ver.

15.IX. Una vez, en el corazón de Europa, hubo un país en el que parecía haber un campo de cultivo perfecto para la ideología altruista. Jamás se le perdonará a Alemania que este sueño haya terminado. El que acabó con las ideologías en Alemania de la forma más sistemática fue Bismarck. Contra él se dirige todo el desencanto. En el resto del mundo también le jugó una mala pasada a la ideología.

18.IX. El colapso adquiere dimensiones colosales. Ya ni siquiera podremos apoyarnos en la antigua Alemania idealista, es decir, veremos cómo el suelo desaparece por completo bajo nuestros pies. Porque aquella Alemania piadosa, protestante-ilustrada de la Reforma y de las

Guerras de Liberación trajo consigo una autoridad de la que se puede decir que ha destruido y confundido los últimos focos de resistencia frente al reino animal. En último término, toda esta civilización no era más que apariencia. Dominaba el mundo académico lo bastante como para corromper también al pueblo bajo; porque también el pueblo admitió las palabras de Bethmann[10] sobre la necesidad que no conoce precepto alguno; sí, los pastores protestantes fueron los portavoces con menos escrúpulos y los intérpretes de este discurso deshonroso.

20.IX. Puedo imaginarme que llegará el momento en el que busque la obediencia de la misma manera que he saboreado la desobediencia: a fondo. Ya hace tiempo que no me obedezco ni a mí mismo. No presto oído a ninguna voz que sea más o menos razonable, noble; así de desconfiado me he vuelto respecto a mi origen. Sólo admito que estoy esforzándome por desprenderme de mis costumbres germanas. ¿Acaso no está metido en cada uno de nosotros el cuartel, el protestantismo, lo inmoral, seamos conscientes de ello o no? ¿Y más profundamente cuanto menos lo reconocemos?

25.IX. La filosofía con la que los generales intentan fundamentar su actuación es una versión vulgarizada de Maquiavelo. Los curiosos términos del lenguaje del poder y, por desgracia, no sólo del lenguaje del poder, se remontan a un rancio ideal de Renacimiento: el «derecho del

[10] Theobald von Bethmann-Hollweg (1856-1921), canciller alemán entre 1909 y 1917.

más fuerte», la «necesidad que no conoce precepto alguno», el «lugar al sol» y cosas por el estilo. Sin embargo, el maquiavelismo se ha desprestigiado. Se llama a los maquiavélicos por su verdadero nombre; se recuerdan disposiciones legales en su contra. Las guerras maquiavélicas en la vieja Europa ya no serían posibles. A pesar de todo, existe una moral del pueblo. Las palabras de Federico II: «Si los príncipes quieren la guerra, la empiezan y hacen que venga un jurista trabajador para que pruebe que efectivamente es justa», estas palabras precisamente son las que están siendo contestadas de manera tajante.

¿Cómo puede sentirse bien un hombre, cómo debe vivir cuando se ve inclinado de manera fatal por su propia constitución personal a todo tipo de aventuras, a todo desorden, a toda suerte de problemas y de delitos, cuando siente que todo ello está íntimamente unido a su ser? ¿Cómo podría reafirmarse una persona cuyo fantástico yo sólo parece estar hecho para acoger en sí y sufrir hasta el fin lo inaudito, la contradicción, la indignación de todas estas fuerzas desatadas? Si es verdad que la lengua nos convierte en reyes de nuestra nación, entonces nosotros, los poetas y pensadores, somos sin duda los culpables de este baño de sangre y los que tenemos que expiarlo.

4.

ZÚRICH, X.1915. Han pasado dos días y el mundo tiene otro aspecto. Ahora estoy viviendo en la Grauen Gasse y me llamo Géry. En el teatro, a esto se le llama muta-

ción o cambio de escena. El extraño pájaro cuyo nido me ha acogido se llama flamingo.[11] Domina con sus desplumadas alas un pequeño barrio que por la noche se transforma todavía más. Aquí florece la magia egipcia y el *Libro de los sueños* está en las mesillas de noche de aquellos que pasan de largo ante los ojos cerrados del día.

Desprenderse del yo como de un abrigo agujereado. Lo que no se puede conservar hay que dejarlo caer. Hay hombres que no aceptan en absoluto prestar su yo. Se figuran que sólo tienen un ejemplar de él. Pero el hombre tiene muchos tipos de yo, como la cebolla tiene muchas capas. Nada importa un yo más o menos. En el interior siempre quedan más capas. Es sorprendente ver con qué tenacidad se aferra el hombre a sus prejuicios. Soporta el martirio más amargo con tal de no desprenderse de sí mismo. El ser más tierno, más íntimo del hombre ha de ser muy sensible; pero también es muy vulnerable, sin duda. Pocos llegan a esta intuición, a esta sospecha, porque temen por las heridas de su alma. El temor les cierra a aquello que es digno de respeto.

Aquel filósofo que buscaba hombres con un farol no lo tenía, ni con mucho, tan mal como nosotros hoy. No le apagaron de un soplo el farol ni su propia luz. Tuvieron la mínima deferencia de dejarle que siguiera buscando.

[11] Flamingo era el nombre del grupo de *vaudeville* en el que se integraron Ball y Emmy Hennings. Antes habría hecho referencia a su intento de suicidio en el lago de Zúrich.

3.x. La vida decente, resuelta, segura, se presenta en ciertas épocas de formas inciertas. Esto no es nuevo. Pero puede lograr que lo incierto sirva como atestado y prueba de una conducta honesta. Por eso parece oportuno atenerse a la distinción. El aventurero siempre es un diletante. Deposita su confianza en el azar y se abandona a sus fuerzas. No busca conocimientos, sino confirmaciones de su superioridad. Si se presenta la ocasión, arriesga su vida, pero confía en salir airoso. El curioso, el dandy es otra cosa. También él busca el peligro, pero no ejerce de diletante con él. Lo concibe como un enigma, intenta penetrar en él. Lo que le lleva de una vivencia a otra no es la veleidad de su humor, sino la consecuencia de un pensamiento y la lógica de los hechos espirituales. Las aventuras del dandy corren por cuenta de su tiempo; las vivencias del aventurero, por el contrario, surgen de la arbitrariedad y corren de su cuenta. También se podría decir que el aventurero se apoya en una ideología del azar; el dandy, en una del destino.

Mi vecino, el casero, está enfermo del estómago, porque ha bebido demasiado petróleo de una lámpara de bronce. Tiene que beber petróleo para escupir llamas de tres metros de largo. Pero ¿por qué tiene que escupir llamas? Se lo podría dejar tranquilamente al Estrómboli o, si no, a uno de los numerosos volcanes que existen. He ido con él a la farmacia. Es demasiado ambicioso. Intenta rodearse de un halo terrorífico. Lo que más le gustaría es ser Iván el Terrible. Las pasiones de los hombres no son en absoluto tan grandes como a veces parece. Tampoco llevan el diablo en el cuerpo, en modo alguno, aunque

también lo pueda parecer. En la mayoría de los casos éste sólo les sirve para su engrandecimiento y para infundir terror. Uno también puede alardear haciéndose un nombre con lo diabólico. Los satánicos de todas las épocas han sido más vanidosos que auténticamente perversos.

4.x. Tiendo a comparar mis vivencias particulares con las de la nación. Prácticamente considero una cuestión de conciencia el percibir cierto paralelismo. Puede que sea un antojo caprichoso, pero no podría vivir sin el convencimiento de que mi destino personal representa una versión abreviada del destino del conjunto del pueblo. Si tuviera que admitir ante mí mismo que me encuentro entre salteadores de caminos, no habría fuerza en el mundo que me pudiera convencer de que no son mis compatriotas, en medio de los cuales vivo. Hasta tal punto llevo sobre mí la marca de mi patria, que me siento rodeado por ella en todas partes.

Si en el momento de mayor quietud me pregunto para qué ha de servir todo esto, me respondo sin dudar:

Para que me desprenda para siempre de mis prejuicios.

Para que viva la parodia de lo que una vez tomé en serio: el bastidor.

Para que me desprenda del tiempo y fortalezca mi fe en lo improbable.

¡Qué ingenuidad la de estas gentes que se consumen víctimas de enfermedades incurables y se someten a un tra-

tamiento fundado en el racionalismo! No hay duda de que es una gran época: para un psiquiatra.

5.x. A quien ha consumido todas sus dudas y esperanzas ya sólo le pueden consolar las drogas. Las drogas son estados humanos de perplejidad y dicha concentradas, que permiten penetrar profundamente en un más allá imaginario. La dosis que uno necesita para que la vida todavía le parezca soportable, esa dosis, se regula, con independencia de su constitución física, según el grado de nostalgia o decepción. Los estupefacientes tienen un sentido complementario con relación al ideal. El Oriente no es sólo un paisaje, sino una región del alma. Si los comedores de opio y los morfinómanos consideraran oportuno dar explicaciones, descubriríamos que ellos construyen un mundo para sí mismos que, por desgracia, para nuestra Europa, siempre tan normal, se ha perdido o jamás existió. Un mundo de extremos en lo bueno y lo malo; un mundo peligroso para la vida, que sabe de apuestas formidablemente audaces y también de pérdidas; un mundo con una forma heroica de pensamiento.

Llevar una vida firme y, sin embargo, mantener los ojos abiertos: en estos tiempos es un empeño en el que hay que perder toda esperanza. El mero hecho de encontrar la voluntad para ello ya es motivo de admiración. Las montañas se desplazan y las ciudades se elevan en el aire. Así que, ¿por qué no habría de agrietarse y partirse el encalado que recubre el corazón humano?

6.x. Parece que hay una filosofía de los estupefacientes; sus leyes me interesan. Es un trigo de mil demonios el que crece allí. Uno ya no está seguro de sus pensamientos con todos los epilépticos que le rodean. Minan todo el terreno. Sonríen cuando uno dice «¡Salud!» y sienten aversión por todas las cosas nuevas y vivas.

Se habla de Cristo. Alguien dice: «Fue el primer líder socialista.» La costurera de los ojos cargados opina: «Fueron las mujeres quienes lo soportaron.» «Fue un caballero», replica la directora, «ofreció su sangre.» «Un hombre como Bismarck», dice el director para concluir el debate, adopta un gesto serio y se levanta de la mesa.

Los narcóticos vendrán a quebrar la esterilidad de la vida moderna. Completan la dimensión psicológica, que resulta demasiado simple. El yo desea revocar las circunstancias adversas en las que se ve inmerso. La alegría de vivir ha de acabar fortaleciéndose, adormeciéndose o siendo aniquilada. Se abre un mundo inquietante que está aún por explorar, un índice de transformaciones, que la conciencia aún no ha conquistado sistemáticamente en parte alguna. Se comprende que haya pueblos para los que los narcóticos pertenecen a la esfera religiosa; como un método o una escuela preparatoria para el desgaste, la humildad y el propio rejuvenecimiento.

11.x. ¿Qué pueden querer decir los rusos con «ir al pueblo»? Puede significar muchas cosas distintas:

1. Descubrir el pueblo, es decir, una capa de la hu-

manidad despreciada y mirada con desdén hasta ahora, como un nuevo continente.

2. Llevar la educación a este pueblo y obtener de él una nueva formación más sólida. Pero también puede significar

3. aquella experiencia vital que en el Credo se designa con las palabras: «Descendió a los Infiernos.»

La «Calavera»: ése es el nombre que los apaches le han dado en su lengua a una muchacha. A través de sus rasgos faciales consumidos se perfila su esqueleto. En otro tiempo llevé conmigo de ciudad en ciudad una calavera que había encontrado en una antigua capilla. Se habían abierto tumbas y, al hacerlo, quedaron al descubierto esqueletos centenarios. Sobre la tapa del cráneo escribían el nombre del difunto y añadían el lugar de nacimiento. Los huesos de los pómulos se pintaban con rosas y nomeolvides. El *caput mortuum* que llevé conmigo tanto tiempo era la cabeza de una muchacha de veintidós años, muerta en 1811. Estaba completamente loco por esta jovencita de ciento treinta y tres años, y me resultó muy difícil separarme de ella. Pero por fin, cuando me marché a Suiza, la abandoné precisamente en Berlín. A esa calavera me recuerda la que en este caso todavía vive. Cuando contemplo a la muchacha, me gustaría tomar las pinturas y dar color a su rostro consumido dibujándole flores.

Aquí, la vida palpita con un pulso más fresco y desenvuelto, porque no se conocen limitaciones de ningún tipo. Pero ¿de qué vida se trata? La creencia supersticiosa

de que la integridad y la moral se pueden encontrar en el pueblo bajo, y más en el de una gran ciudad, es un grave engaño. Aquí, la gente sucumbe a las peores influencias del prestigio burgués, está pendiente del récord más impresionante que celebran los periódicos, se entrega a cualquier placer caducado que le llega desde arriba como un desecho. Se ha escrito mucho sobre el carácter y la moral de la sociedad de hoy. Pero cuando los hombres ni siquiera poseen ese carácter y esa moral, y, a pesar de ello, sucumben a su sugestión, es ciertamente desconsolador.

13.X. Hay que guardarse de llamar a la época y a la sociedad por su auténtico nombre. Hay que pasar como a través de un mal sueño; sin mirar a derecha o izquierda, con los labios apretados y los ojos absortos. Hay que guardarse de hablar, de reaccionar. Al despertar haremos bien en no reconocer ni siquiera lo que hemos soñado. Será de utilidad olvidar y volver a olvidar; dejarnos caer y no armar jaleo si es que podemos olvidar. Pero, naturalmente, ¿quién tiene fuerzas para hacerlo? ¿Quién puede estar tan lleno de las cosas de Dios como para no verse afectado por el embate? ¿Quién tiene su corazón y su fantasía tan cerrados, tan a salvo como para que no penetre ningún tipo de substancia venenosa y los haga pedazos? De vez en cuando es como si ya hubiera caído sin remisión en la obscuridad de la magia; como si me hubiera sumergido tan profundamente en una pesadilla tan amenazadora que ya no alcanzo a ver la inocencia de las cosas. Porque, ¿qué importa que busque la vida por sí misma, desinteresadamente? ¿Tanta muerte hay en mí

o en mi entorno? ¿De dónde procede aquello que me mueve? ¿De la luz o de las tinieblas? Tu imagen busco, Señor. Dame la fuerza para reconocerla.

15.X. Repetidas notas me animan a releer la historia de Daniel.

Daniel es el intérprete de los sueños que es lanzado con sus amigos al fuego y arrojado a los leones. Pero sucede que el fuego «no había hecho ningún mal a la persona de aquellos jóvenes y que ni siquiera un pelo de su cabeza se había quemado, ni sus vestidos se habían alterado; más aún, ni el olor del fuego había quedado en ellos» (3, 27).

«Sólo yo, Daniel, contemplé la visión: los hombres que se encontraban conmigo no veían nada, pero un gran terror los invadió y huyeron a esconderse.

»Quedé así yo solo contemplando esta imponente visión; me sentí sin fuerzas, pálido el rostro casi hasta desvanecerme, porque las fuerzas me abandonaban.

»Oí entonces el rumor de sus palabras y, al sentirlo, perdí el sentido y caí de bruces, rostro en tierra.

»Una mano me tocó y me hizo enderezarme temblando sobre mis rodillas y sobre las palmas de mis manos.

»Y me dijo: "Daniel, hombre preferido por Dios, presta atención a las palabras que te voy a decir e incorpórate, pues ahora he sido enviado a ti." Al decirme esto, me incorporé temblando todavía.

»Él continuó: "No temas, Daniel, pues desde el primer día que tú, con el fin de comprender, decidiste hacer penitencia ante tu Dios, fueron escuchadas tus palabras y, debido a ellas, he venido yo"» (10, 7-12).

Son delirios de grandeza, pero de vez en cuando me parece como si la Historia entera estuviera ahí dispuesta para mí. Como si se hubiera convenido en secundar mi juego.

Si ahora quisiera huir de nuevo, ¿adónde habría de ir? Suiza es una jaula de pájaros rodeada de leones que rugen.

16.x. Como alemanes no tenemos espíritu formal alguno, porque somos ateos. Sin Dios, sin distancia respecto a la vida, ni siquiera queda la psicología. ¿Qué puede verse del hombre si no se le contempla con distancia y alejado? Además: si no se confiere valor alguno al alma, ¿cómo se habría de poder leer en ella? Sin Dios se pueden constatar leyes naturales, aunque incluso esto comporte una dificultad, porque el concepto de ley contradice la naturaleza. Pero ¿leyes del alma? Lo que Nietzsche llama psicología, por ejemplo, sólo es una reducción a hipótesis biológicas de manifestaciones intelectuales y culturales; una tendencia destructiva, con la que toda psicología acabará por desaparecer en lugar de experimentar un impulso.

Resulta de lo más sorprendente que del protestantismo pueda surgir una cultura. El protestantismo prácticamente viene a instituir la falta de creatividad como principio; porque, ¿qué puede surgir de la protesta? La protesta exige una y otra vez situaciones precarias en las que se enciende y se aviva. Educa para la hipocresía. Pero

cuando se dejan de lado las malas condiciones o éstas se han declarado como tales, ¿qué sentido tiene ya la protesta? No se puede protestar contra las leyes de Dios o de la naturaleza humana (y los dogmas exigen que se los entienda así) sin estar loco. ¿Acaso no hace tiempo que los presupuestos de los que surgió el protestantismo se dejaron de lado o fueron denunciados? Entonces, ¿no se ha vuelto superfluo el protestantismo e incluso un auténtico tormento?

Es bien curioso: como alemán soy a la vez un protestante rabioso y apasionado; no de nacimiento, sino por el entorno. Por ello, en ocasiones me parece que estoy equivocado, aunque no me haya quedado otra elección. La Alemania oficial está integrada en su mayor parte por protestantes. Sin embargo, ninguno protesta hacia dentro, todos lo hacen exclusivamente hacia fuera. Si Alemania sucumbe, sucumbirá esta tendencia. Sin embargo, como alemán y como protestante siento aversión hacia el protestantismo, y se me plantea la pregunta personal de cómo me puedo substraer a este *circulus vitiosus*. Mi problema es el protestantismo y, considerándolo más profundamente, la libertad. ¿O es que existe otra forma de interpretarla? ¿Por ejemplo, la católica? ¿Y sería entonces la libertad la aprobación incluso de una equivocación reconocida? Porque, de hecho, eso es lo que dicen las duras palabras: «Sabemos que no hacemos lo correcto...»

17.x. Estoy esforzándome con toda la pasión de la que dispongo en cerrarme por completo y para siempre cier-

tas vías y posibilidades (como, por ejemplo, una carrera, el éxito, una existencia burguesa y otras similares). Mi vida presente está dispuesta a apoyarme decididamente en esta intención. A veces, cuando la sospechosa «armonía» de mi naturaleza toma una decisión tras una larga lucha interior, huelo la basura y me esfuerzo instintivamente por cometer algún tipo de tontería, dar un mal paso, tener una equivocación, para hundirme de nuevo a mí mismo. No puedo permitirme que afloren en mí ciertos talentos y capacidades. Mi conciencia superior, mi intuición me lo prohíben.

«Conócete a ti mismo.» ¡Cómo si fuera tan sencillo! Como si para ello sólo se requiriera buena voluntad y una mirada vuelta hacia el interior. Allí donde encontramos un ideal eterno anclado en las formas fijas de la educación y la cultura, de la literatura y de la política, es donde el individuo puede compararse, donde puede verse y corregirse. Pero ¿cómo, cuando todas las normas están trastocadas y confundidas? ¿Cuando imágenes falaces dominan no sólo el presente, sino las generaciones; cuando raza y tradición, cuando sangre y espíritu, cuando toda posesión segura del pasado pierde su carácter divino, se desacraliza y se devalúa? ¿Cuando todas las voces de la sinfonía andan a la greña unas con otras? ¿Quién va a querer conocerse a sí mismo entonces? ¿Quién va a querer encontrarse a sí mismo?

Es necesario que me desprenda de todo mi respeto por la tradición, la opinión y el juicio. Es necesario que borre el texto trémulo que otros han escrito.

20.X. La Orden del Águila Negra, la Medalla al Valor, la Cruz del Mérito de 1.ª, 2.ª o 3.ª clase, todo ello lo he tirado hoy por la tarde junto a mi llamamiento a filas al lago de Zúrich, para que se hunda. Mi opinión es que cada cual tiene que luchar en su puesto. También se puede llevar la Cruz de Hierro en las espaldas. No ha de ser precisamente en el pecho.

Noto que caigo en una ligera locura que brota de mi ilimitado amor a ser otro.

21.X. Séllame la lengua, átame
y róbame el último don.
Derrama mi vino, dispérsame,
que yo he sufrido en ti.

¡Oh!, envuélveme en la noche, misericordioso,
rodéame con tu sagrado fuego.
Deja que siempre caiga como víctima,
pero sólo por tus manos sacerdotales.

Fue un día a finales de otoño cuando Caín mató a su hermano. Abel amaba la lengua de los pájaros. Se sentaba al fuego y construía una torrecilla con las cenizas. Los rubios cabellos le caían graciosamente sobre los hombros. Bromeaba con el fuego. Soplaba sobre la llama y la llama saltaba hacia sus claros cabellos y le tiraba de ellos. «Mientes», dijo Caín. Abel no le entendió. «Amas», dijo Caín, «lo que el Otro ha creado. Eres un traidor a nuestro orgullo.» Entonces Abel reconoció la voz y sus ojos

quedaron horrorizados. Ocultó sus ojos en el pecho de Caín, él lo estrechó entre sus brazos. Entonces Caín vio que Abel lo había reconocido y lo hirió. Abel, el niño, cayó vencido sobre el montón de leña que había cerca del fuego. La torrecilla de cenizas se elevaba como único testigo junto a los rescoldos del fuego. Y Caín miraba la conmovedora pobreza de aquel al que había dado muerte. Las manos de Abel yacían abiertas y vacías. Sus ropas se las habían arreglado los pájaros con sus alas. Su calzado era de flores trenzadas entre sí y una última abeja llegó para chuparles la miel. Aterrado, Abel yacía sumiso y su postura denotaba que nunca más volvería a jugar en los campos, nunca más atraería con halagos al cabrito pinto, nunca más instruiría a las fuentes ni conversaría con los vientos. Entonces, Caín sintió un dolor ardiente en la frente. Entonces, fue marcado con una señal. Vio alzarse una cruz de la que Abel, el niño, colgaba, y los corzos venían a amamantar a sus crías bajo sus pies y el cielo derramaba estrellas y lágrimas. Entonces, Caín se asustó y huyó. Pero la sangre de su hermano se levantó y gritó y lo persiguió.

22.X. Hay crímenes atroces que se convierten en votivos y lances que rayan con lo promisorio. Nosotros, los alemanes, somos un pueblo de músicos, lleno de una confianza ilimitada en la fuerza omnipotente de la armonía. Y eso puede servirnos como carta blanca para cierto tipo de tentaciones y experimentos, para todo tipo de osadías y aberraciones. Da igual que empecemos en mayores o en menores y entonemos las más arriesgadas disonancias: creemos, con todo, que al final, en la fuga, la

discordia más obscura, más áspera habrá de resolverse y encajar. Así que se podría decir que la armonía es el mesías alemán, que ha de venir a liberar a su pueblo de la diversidad que resuena de forma contradictoria.

24.X. ¿Acaso un árbol florecería más deprisa si se le regara? ¿Se les podría devolver la vida a las ramas secas de este modo?

Es humilde invitado en *variétés* de escoria,
donde patalean diablesas tatuadas con flores.
Su tridente le seduce para que se precipite dulcemente
 en el infierno,
cegado y engañado, pero siempre fascinado.

¿De qué sirve que me deje caer? No llegaré a perder la cabeza hasta el punto de que no siga estudiando las leyes de gravitación universal mientras caigo.

26.X. Un buen psicólogo logra infundir temor o tranquilizar, recurriendo a un único tema sobre el que distribuye los acentos según el caso. Cuanto más grande es el psicólogo, tanto más insignificante es el matiz decisivo. Puede encontrarse en un tono cadencioso, en un gesto de acompañamiento apenas perceptible; esto representa una objeción contra la psicología. Siempre es arbitraria y no caracteriza el objeto, sino el carácter proteico de quien presenta el objeto. El psicólogo siempre es un sofista. Me di cuenta de ello muy pronto, cuando de niño relataba alguna vivencia. Sabía de antemano la impresión que lograría con esta o aquella cadencia, con este o

aquel matiz: compasión, sorpresa, curiosidad o aversión, en cada caso. Me gustaba mucho sacar partido a este instrumento. Sin embargo, es curioso que el resultado fue que mi público se volvió para mí digno de desprecio.

El teatro vive de la misma sofística. Los dramaturgos clásicos exigen que cada figura se comporte adecuadamente, incluso el malvado más recalcitrante. Que cualquier acción y cualquier opinión, incluso la más osada y absurda, se haga plausible y esté motivada. Nada me parecía más fácil. En mis ejercicios de estilo infantiles intentaba despertar simpatías incluso por la abominación que más clamara al cielo. No sé si la *Dramaturgia de Hamburgo* es un regalo usual y adecuado para la primera comunión. Al final se logra que uno también se sienta legitimado de forma personal para todo tipo de audacia y extravío, dando por supuesto tácitamente que el más divino de todos nuestros dramaturgos no necesitaría una motivación terminante.

27.X. Ahora sé cómo se ven las cosas desde aquí abajo y las teorías socialistas, en la medida en que cuentan con el entusiasmo de las masas, me parecen bastante románticas e insulsas. A los que concibieron teorías de este estilo y se alimentaron de ellas, les gustaría haber sido afectuosos amigos del pueblo; conocedores de sus protegidos no lo fueron. Para la gente corriente son reformadores convencidos, que no han prosperado en la auténtica esfera de su ambición. Marx probó suerte como poeta antes de empezar a contar con los instintos de la masa. Con los reformadores sucede lo mismo que con los pe-

riodistas. Ambos han probado suerte como poetas antes de convertirse en pasantes de la vida cotidiana y salvadores del mundo. Se podría pensar que hubieran conservado un corazón abierto para los objetos superiores y, en muchos casos, así es, efectivamente. Sin embargo, muchas veces, lo que les ha resultado inalcanzable pasa a servir como fantoche para su venganza. En sus folletines lo critican y censuran, en sus programas se manifiestan en contra del trabajo intelectual.

5.

BASILEA, 2.XI. Una vez estuve estudiando en Basilea. Como cuando uno es estudiante nunca sabe por dónde debe empezar, hice que me enseñaran cuadros de Holbein y Böcklin, me encaramaba a las cuadernas de las torres de la catedral y admiraba los tres banquitos vacíos ante los que el joven profesor Nietzsche de Naumburg explicó a los griegos. Entonces, Basilea me parecía la ciudad de los humanistas. Ahora será la ciudad de los enterradores, las curiosidades y las anomalías; porque yo mismo me he convertido en curiosidad, anomalía y enterrador. A juzgar por los testimonios de mi entorno, Basilea es la escoba moral y, por así decirlo, el vigilante ojo de Argos de Suiza. Quien intentara, aunque sólo fuera en broma, quedarse aquí sin poder dar referencias sobre su madre y su bisabuela hasta la sexta generación lo pasaría mal. A quien, para colmo de males, le sobreviniera un tic nervioso ocasional justo en el momento en que le formulan la pregunta capital, la que se refiere a su ocu-

pación en este mundo, se encontraría en veinticuatro horas puesto en la frontera sin el menor cumplimiento y devuelto allí de donde es natural su nerviosa lengua.

Basilea no entiende la Inmaculada Concepción y tampoco la forma de hablar atropellada. Aquí, quien tiene algo en su corazón o, lo que es lo mismo, en su conciencia, hace sonar el tambor y se hace entender. Si en su visión del mundo hay una secreta melancolía, toca con algo más de fuerza. Pero si existen emociones que permiten deducir sin ningún género de dudas un defecto, entonces toca hasta que tienen que escayolarle los dos brazos. Sólo se toca el tambor una vez al año y de forma sumaria. Toda la ciudadanía participa. Se descarga lo acumulado sin consideración por el rango, el estado o la dignidad, con los redobles, quiebros y cadencias más diversos. Es una auténtica orgía de matracas y un día de oración y penitencia sonado. Afloran los sentimientos más ocultos. Todo lo soterrado y callado se revuelve y se saca afuera a golpes de tambor. Se recuerda a los amigos y parientes fallecidos, se recuerdan las dichas ilusorias de este mundo y, en un plano más amplio, todas las ejecuciones, fusilamientos, batallas y cuarteles imaginables; todas las ordenanzas municipales, hambrunas, sequías e incendios; todas las épocas de peste y los saqueos. Se recuerdan, en una palabra, todas las instituciones y acontecimientos espantosos y luctuosos de esta obscura existencia y se los expulsa del alma a golpes de tambor.

Aquí, todo el mundo, por así decirlo, lleva consigo el tambor (ahora hablo del pequeño, no del grande) como

adorno en la cadena del reloj o como amuleto colgado del cuello. Es el vientre del tiempo, que emite sonidos malhumorados, y el parche de las generaciones. Como, en cada caso, todos disponen de un año para concebir una nueva dificultad en el redoblar, siempre hay alguien que va a la zaga de otro haciendo ruido y le reta a duelo con el bombo. Y se puede decir que, en determinados momentos, el ceño adquiere un aspecto tan imponente y amenazador que, en el Juicio Final, uno de Basilea haría bajar a otro al Orco más obscuro a golpes de tambor, infundiéndole un terror absolutamente insuperable.

Esto del tambor es demoledor. Considerado como alarma y despertador es la resurrección de los muertos. Tengo que meditar si no haré de Basilea mi ciudad natal. Es la ciudad más obscura de Alemania.[12] Aquí no puedo esperar nada bueno. Llegué con dolor de muelas. La lluvia tamborileaba sobre los tejados y la habitación que me enseñaron es fría y se parece a una sala de operaciones en un hospital de tercera clase. Uno siempre se imagina que no puede ser peor. Pero la vida es inagotable en grados y matices por lo que se refiere al malestar. Así que me procuraré velas, algodón y alcohol.

3.XI. ¡Qué arruinado está todo y cuánta desesperación! ¿Qué saldrá de aquí? Hay que considerar como una gracia el poder vivir en este albergue de piedra, e incluso *es* una gracia; esto es lo peor. «Si les place, pueden irse...»

[12] En sentido espiritual, naturalmente. Aunque en la frontera, Basilea es una ciudad suiza.

No me place en absoluto. Pero tampoco me place para nada quedarme aquí. A veces un muñeco de paja tiene más valor que un hombre. La corneja más ordinaria tiene consideración por él. ¿O acaso una corneja se limpia el pico en un muñeco de paja?

De los *Soñadores de quimeras* (Berlín, otoño de 1914): «Damas y caballeros», dijo el conquistador, «ahora les mostraremos al famoso maestro Hans Schütz que tendrá el honor de agasajarles con siete nuevas posiciones inglesas inventadas sobre la cuerda floja. También la *demoiselle* realizará a pie juntillas sobre el tenso alambre del funámbulo algunos bailes, y prodigará besos y cumplidos, como si dos curiosos amantes se buscaran entre el cielo y la tierra para insinuarse con la mayor perfección. También hará una exhibición un magistral equilibrista con mucho arte, que tocando las castañuelas llevará a nuestra *demoiselle* en un cochecito sobre una cuerda tan delgada como la cinta de un sombrero al ritmo de la música. Y para acabar, nuestra vaca marina siciliana tocará para ustedes con una concha en forma de cuerno "Las grutas de las estalactitas de la miseria".»

Los aislados depositarios del espíritu de esta última época tienden a la persecución, la epilepsia y la parálisis. Son poseídos, expulsados, maníacos por amor a su obra. Se dirigen al público como si éste tuviera que encargarse de su enfermedad; le presentan el material, para que juzgue sobre su estado.

4.XI. La dama tatuada recibe el nombre de señora Ko-

ritzky y se hace llamar Nandl. Tiene un gabinete en una cervecería desde el que atrae a sus clientes. Se pagan treinta céntimos; para los artistas es gratis. Se descubre el pecho, los brazos y los muslos (excluyendo la moralidad, el arte mantiene el equilibrio) y entonces aparece cubierta por completo de retratos, nenúfares, guirnaldas de flores y coronas de hojas. El marido toca la cítara mientras tanto. Las nalgas están cubiertas por dos alas de mariposa. Es tierno y da un testimonio a favor de la norma estética. Una vez leí en algún sitio sobre una mujer india tatuada, que se hizo marcar el nombre de su amante sobre la piel. Éste no es el caso. Con sus medallones y retratos Nandl ofrece más bien un curso de música e historia de la literatura alemana. Se trata de cultura, no de erotismo. Por lo demás, la operación de tatuarse ha de ser muy dolorosa; en ocasiones pone en peligro la vida. Aparecen síntomas de envenenamiento, que se deben a los pigmentos. Las figuras aterciopeladas en la carne no carecen de hermosura y brindan un placer primitivo.

El tatuaje fue originalmente un arte más bien hierático. Si los poetas se tuvieran que grabar sus versos o simplemente sus ideales en la propia carne, seguramente se escribiría menos. Por otra parte, ya no podrían substraerse tanto al sentido original de la publicación como una forma de desnudarse a uno mismo. Algunos líricos—no quiero dar nombres—también quedarían por completo desenmascarados al exhibir su humanidad. Ítem: habría que someter a consideración si los libros se garabatean con tinta o se tatúan. Y si la belleza pende del vestido o arde en la carne.

Después he visitado a la negra gorda Miss Ranovalla de Singapur. Sus brazos son como panes. Se sienta junto a la estufa de una taberna de Basilea y pasa frío. Sobre la piel negra lleva un vestido amplio de color azul y sobre los hombros un abriguito ribeteado en color rojo. Se sienta allí, triste y con la vellosa cara negra de una mona melancólica que se ha arreglado. Ante ella, Europa ha fracasado.

Su empresario, un Casti Piani con duros dientes risueños, me ofrece un cigarrillo que acepto agradecido. Miss Ranovalla viajaba antes con un tipo bávaro con el que formaba un dúo. Me he quedado sin vivir la experiencia de esta mezcla de pueblos. Pero ella lamenta su pérdida visiblemente. ¡Figúrense a una camarera suiza de semejantes proporciones abandonada entre los negros del Congo! A veces, la vida es verdaderamente complicada.

5.XI. Los «cohetes» [*Fusées*] de Baudelaire son una fiel compañía. Quiero asimilarlos.

Las asignaturas que estudió en la École des Chartres: historia francesa y latín eclesiástico.

Tertuliano y [san] Agustín son sus lecturas.

Entusiasmado con las teorías satánicas de Gregory Lewis y Maturin.

En 1857 compone en latín eclesiástico el poema «Franciscae meae laudes», dedicado a una modista culta, piadosa.

Tuvo alucinaciones olfativas.

Despreciaba a la burguesía y la naturaleza.

La biografía de su amigo Charles Asselineau es una colección de anécdotas.

El poeta de Francia con el vocabulario más rico.

Su participación en los esfuerzos humanitarios: trato con socialistas como Thoré, Proudhon y H. Castille.

Su «entusiasmo literario» se remonta a un empleo transitorio como redactor de *Salut Public*, un periódico que fundó a finales de febrero de 1848 con sus amigos Champfleury y Toubin, pero que dejó de publicarse por falta de capital después de tan sólo dos números.

Renuncia a sus arrebatos políticos después del golpe de Estado de diciembre de 1851.

El 20 de marzo de 1952 escribe a Poulet-Malassis: «Estoy decidido a mantenerme alejado de toda polémica humana de ahora en adelante, y más decidido que nunca a perseguir el sublime sueño de la aplicación de la metafísica en la novela. Esté usted tan convencido como yo de que la filosofía lo es todo.»

Oeuvres posthumes, 1908.

Lettres de Ch. Baudelaire (Ed. Crepet).

En cuanto haya inspirado el temor y la aversión general, dice, habré conquistado la soledad.

Su doctor Estraminetus Crapulosis Pedantissimus.

Hay una frase de Vauvenargues que es interesante por la transición de una deslumbrante secuencia vocálica a un sonoro diptongo: «La fatuité dédommage du défaut du coeur» (La fatuidad compensa de que se rompa el corazón).

Voltaire le parece el antipoeta, el rey de los mentecatos, el príncipe de los superficiales, el antiartista, el pre-

dicador de los porteros, el Papa Gigogne de los redactores del Siècle (¡Dios mío, si alguien escribiera algo así sobre Wolfgang!).

Lo que le atraía del dandismo de Brummel y D'Aurevilly era la supresión de lo natural a favor de lo artístico y lo artificial.

La mujer (la naturaleza, el tiempo) es, como lo natural, lo opuesto al dandy, demasiado humano e intimidatorio.

La victoria sobre lo feo presupone su experiencia.

El dandy debe aspirar incesantemente a ser sublime. Ser un gran hombre y un santo por sí mismo: lo único importante. Querer ser el mayor de los hombres cada día.

Llevar una vida transcendente. Nuestros alabados pensadores se daban por satisfechos con una teoría transcendente. Abandonar las cosas probables y confiarse a las improbables.

6.XI. El perfil apocalíptico de la guerra apareció justo al comienzo. *Dies irae, dies illa* (el 4 de agosto).

En la infancia, los hombres sueñan con un ideal de sí mismos y del mundo tan natural que la experiencia posterior siempre acaba decepcionándolos. La rectificación se realiza de improviso y la conmoción que resulta de ello, la mayoría de las veces, es de tal naturaleza que nunca desaparece una cierta susceptibilidad respecto a este punto. Quien logra sacar adelante el tesoro de sueños

del hombre puede convertirse en su salvador. Entre sueño y experiencia se encuentran las heridas de las que los hombres mueren. Allí se encuentran las tumbas de las que serán despertados.

Todos los sueños de la infancia son desinteresados y sirven al bienestar y liberación de la humanidad. Todos los hombres en conjunto nacen como reyes y libertadores. Pero sólo la minoría es capaz de mantenerse firme o, cuando ya se ha perdido, de volver a encontrarse. Quien quiera liberar la vida, ha de liberar los sueños.

7.XI. Arte, filosofía, música, religión: todas las aspiraciones superiores se han intelectualizado, se han vuelto racionales. Por lo menos, la guerra ha proporcionado al diablo una expresión liberadora, y el diablo ya no pertenece a la esfera racional, sino a la mitológica. Por eso, incluso los sacerdotes lo aprueban. La indiferente cohabitación de los opuestos del bien y del mal se ha acabado. Spinoza y Hegel han sido superados. Nadie parece notarlo todavía.

Dorian [Gray] dice que la peor inmoralidad para un hombre de cultura sería aceptar las convenciones de su tiempo. Pero estas convenciones abarcan un lapso de tiempo muy amplio.

8.XI. Hay diferencias. Se puede estar en pie fuera de la sociedad y estar echado fuera de ella. No obstante, ante un agravamiento de la situación, uno puede incluso buscarse un domicilio fuera del tiempo, y no sólo de la so-

ciedad, y conformarse únicamente con el trato de los muertos. Si ya se ha renunciado una vez a conseguir la comprensión, entonces ningún género de sacrificio depara ya dificultades.

Alejarse del tiempo tanto como sea posible para contemplarlo con perspectiva. Pero no asomarse demasiado a la ventana para no precipitarse al vacío.

Daniello quiere que tome nota de su historia. ¿Sabes—dice—que precisamente estuve como jefe de los hereros en el Circo Busch? Ganaba quince marcos por noche y sólo tenía que trabajar dos minutos. Al principio, como un herero más, lo hacía por un marco con veinte. Luego llamé la atención y llegué a ser el segundo al mando y, más tarde, jefe. Como jefe subo galopando la «cascada» de treinta y ocho metros de alto. Es un entablado, una pared empinada con escalones. Tengo que derribar al blanco apuñalándolo desde mi caballo. Ambos caemos. Me subo al caballo del otro, doy un silbido y sigo corriendo cascada arriba, hasta el techo. Allí me alcanza un disparo desde abajo. Me precipito junto con mi corcel desde la cúspide más alta de la cascada hacia abajo, hasta caer en un tanque de agua que surge del piso del escenario. Naturalmente, mientras lo hago, tengo que desembarazarme del corcel.

Una vez, en Friedenau, me precipité desde una altura de cinco pisos, desde el edificio en construcción de una nueva escuela. Esto también lo tienes que anotar. El tejado cedió, el paranieves se rompió, yo caí abajo y afortunadamente acabé en un foso de cal. No te puedes ha-

cer ni idea de ello. En esos momentos cierras los ojos automáticamente y tu vida entera pasa en imágenes delante de ti. Cuando eras un niño. Lo que has amado. Todas las cosas importantes. Y si has hecho algo malo—porque a veces uno también hace cosas malas—, todo eso también lo ves.

Luego fue asistente de los entrenamientos en las pistas de carreras. En Holanda, conduciendo un coche de carreras para marcar los tiempos al resto de los pilotos; noventa y dos kilómetros. Luego la caída: aceite, sangre, arena, gasolina. Habla de sus amigos de entonces, de curvas y máquinas. Su rostro adquiere la expresión de un lobo. Describe cómo hizo que los demás volcaran en la arena y fue llevado ante la federación. «No tenía padre, ni madre, ni hermanos, ni parientes, a nadie. Lo que se acabó, se acabó.»

Aprovecha una pausa para hacerme una pregunta sobre su novia: «¿Crees que sus intenciones son sinceras? En realidad, nunca se sabe.»

Le han ocurrido cosas completamente inauditas. En el golfo de Vizcaya estuvo trabajando de lardero. Rumpeldibum, los grandes cierres de la maquinaria se movían por toda la sala de máquinas. Si uno de esos cierres te golpea en la cabeza, estás muerto. El barco yacía sobre su costado, las hélices zumbaban en el aire. Eso es lo que ocurría alrededor del *Stella*. ¿Quién lo sostuvo, quién lo remolcó fuera del golfo? Hazte una idea de los pescadores.

Y eso fue también lo que le ocurrió con los leones. Llega un domador recién salido del horno, que actúa con veinte leones y nadie se atreve a hacer de asistente suyo.

¿Quién haría algo así con unos gatos tan grandes? Nadie más que F. [Alexander Fischer]. Así que cambia su nombre por el de Daniello (Danielito) y se mete dentro con él. «La primera vez te tiembla todo el cuerpo ante la presencia de las bestias, cuando te miran de refilón. La segunda vez ya va mejor. Al final te agarras firmemente a la melena y metes la cabeza entre sus fauces.»

Muestra una tarjeta postal grasienta y llena de arañazos, en la que se le ve «todo tembloroso», el primer día en medio de los mansos leones que se sientan a su alrededor. Ésta es la historia de Daniello.

10.XI. Los hombres que anotan sus vivencias son hombres rencorosos, vengativos, cuya vanidad ha sido herida. Se aferran compulsivamente a su certificado, a sus pruebas y documentos como Shylock. Creen en una suerte de Juicio Final. Entonces presentarán sus libros de notas. Un gesto del Creador frunciendo las cejas y señalando hacia la izquierda les recompensará. Hay que guardarse de caer en esta especie de misantropía. El realismo del último siglo revela una fe pedante en la justicia punitiva. ¿Para qué sirve si no toda esa cantidad de diarios, epistolarios y memorias anticipadas?

Se ha hecho toda una ciencia de la vida e incluso del cristianismo. Todo este mundo se ha intelectualizado. Razón y ciencia, incluso Goethe las nombra a la vez. Sin embargo, lo insondable refuta a la ciencia, y no se puede decir que a veces no provenga de una esfera superior. Dentro de poco se aprovecharán los latidos del corazón y las potencias del alma para mover turbinas. Con seme-

jante ampliación del aparato legal se llegará a formas absurdas, cuando el arte, en la lucha por su libertad, tome por fin conciencia de la situación. Entonces propondrá y abogará por formas que sean irreductibles en sus contradicciones y se burlen de toda aproximación e intento de hacerlas inteligibles.

El camino más corto de la autoayuda: renunciar a las obras y convertir el propio ser en objeto de enérgicos intentos de revitalización.

12.XI. Cuando las ratas corren tan libres de un lado a otro, siempre acabo pensando que podrían ser de cartón y correr sobre ruedecitas. La casera habla tranquilamente de ello. Pero desde que una se sentó de repente delante de mí sobre la mesa en la que quería escribir, siempre pienso que algún día me encontraré una en la cama, tapada hasta el cuello y con la patita sobre la colcha. Estaría muy bien que yo mismo fuera esa rata, que me quedara metido en la cama, con un cigarrillo entre los dientes de roedor y leyendo el periódico. Seguro que esto proviene de las ratas gigantes que una vez vi de niño en la feria anual. Aunque seguramente fueran sólo hámsters disfrazados. El feriante que las mostraba había escrito en el cartel: «Ratas gigantes de París.» En el dibujo se veía a un joven que llevaba una jarra de leche y que caía en las profundidades por una tapa de alcantarilla mal ajustada. Allá abajo era conducido ante el rey de las ratas y se le hacía un proceso. El feriante había logrado apoderarse de cuatro de estos magníficos ejemplares y los mostraba en una jaula de hierro. Los alimentaba con

raíces amarillas y, en el recuerdo, me parece incluso que tenían un aspecto verdaderamente humano. ¿Dónde he visto yo una cara así?

Volver siempre a Sade, dice Baudelaire, es decir, al «homme naturel», para explicar el mal.

13.XI. Al considerarlas más detenidamente, las cosas se deshacen en fantasmagorías. Toda organización parece una sucesión fatal de ilusiones ópticas, en la que el error consciente y la mentira decidida conservan, en el mejor de los casos, una suerte de sentido y consistencia, una perspectiva. Lo que comúnmente se llama realidad es, dicho con exactitud, una nada inflada. La mano que agarra se descompone en átomos; el ojo que quiere ver se deshace en humo. ¿Cómo puede afirmarse el corazón si concede validez a los hechos? Quien se sintiera inclinado a insistir en los hechos, tendría que hacer cuanto antes la experiencia de ver que ha reunido menos que nada, que sólo ha conseguido sombras de la nada y llevar una mancha por estas sombras. Estaría obligado a considerar en cualquier parte lo bueno como una ilusión de lo malo. Y la unidad y la duración como ardides bienintencionados que no tienen lugar alguno en la naturaleza. Tendría que constatar (y se ha constatado muchas veces) que el mundo no se rige en modo alguno por un ser bienpensante, sino por un monstruo espantoso, que sucumbe a su desatado apetito y gusta del poder. Nuestra época ha llamado la atención precisamente sobre todas estas cosas y ha invitado a penetrar en ellas. Quien quisiera creer en la realidad de lo que sucede a su alrededor, tendría que

ser muy corto de vista y duro de oído para que no lo asaltase ningún temor ni vértigo por la nada de lo que las pasadas generaciones llamaron humanidad.

15.XI. Evitar la jerga de lo abstracto. Luchar con procesos mentales o con molinos de viento es lo mismo. La Academia es la calculadora de la época mecanicista. Dos piezas de una lámpara troqueladas por una máquina son idénticas entre sí; dos liebres vivas, no. La liebre como tipo ya no es verdad. Si se contara más seriamente con los individuos, en lugar de con los patrones, las cifras serían tan grandes que la cuenta, afortunadamente, habría de ahogarse en sí misma y lo mismo este sobredimensionado sistema de pensamiento. El idealismo abstracto en sí mismo no es más que un patrón. Los seres vivos nunca son ni actúan de forma idéntica, a no ser que estén amaestrados y preparados para los rígidos esquemas de la cultura.

Cuando la «cosa en sí» se encuentra con el lenguaje, el kantismo ha acabado.

17.XI. Si Baader tiene razón en que en la moral reside el auténtico ser del hombre, en oposición al devenir, entonces, la existencia de la mayoría de los hombres es sólo aparente e inmoral. Participamos de la descomposición general y de los delirios que van unidos a ella mucho más de lo que somos conscientes. La moral al uso es un autoengaño. La rigidez tetánica ya no es una idea y la rigidez cadavérica de este tiempo no dice nada a favor de su participación en la inmortalidad. Hay tipos de es-

carabajo que con el más mínimo roce se hacen los muertos para salvarse de la aniquilación. Pero sólo hay que esperar un instante para que vuelvan a la vida de la forma más desagradable.

Antes de que la moral pueda ser restituida, tal vez deba producirse la restitución de la naturaleza en un sentido fantástico. Sigue estando en cuestión en qué medida sucumbe al devenir y al decurso general eso que habitualmente llamamos moral, es decir, si no es en absoluto una moral. Y sigue estando en cuestión cómo se puede defender y proteger el mundo de las ideas contra los instintos generales.

20.XI. Pasan los días. Uno debería poder pensar y hacer algo más serio, vivir metódicamente como los yoguis o los jesuitas. De vez en cuando me gustaría perderme y desaparecer por completo. He visto suficiente. Sentarme en una celda y poder decir: aquí estoy en clausura, aquí no tiene acceso nadie.

En Basilea vivían dos grandes hombres de los cuales uno cantaba el elogio de la locura; el otro, el de la inteligencia.[13]

Cuando uno se pone del lado de los que sufren, ¿no tiene también que ponerse del lado de los que sufren tanto que ya no es posible reconocerlos? Y si ahora aceptamos

[13] Nietzsche y Schopenhauer. El tema de la tesis doctoral de Ball se centró en la obra de Nietzsche en Basilea.

que Satán sufre eternamente, reconoceremos que ésta es una simpatía peligrosa. Se podría descubrir en él, con un interés mezcla de curiosidad y de compasión, al hombre que está deformado por tormentos hasta quedar completamente irreconocible, hasta ser completamente irrecuperable, hasta echarse a perder. Es duro tener que creer en una condenación eterna. Si uno cree verdaderamente en la *vulneratio in naturalibus* de lo bueno y lo bello, uno puede matar, mentir, robar y adulterar cada vez que respira, con cada gesto que hace sin darse cuenta y, de algún modo, contará con la probabilidad de ser en sí mismo el mal en persona, incluso aunque se tenga por un modelo de piedad. Una cuidadosa introspección y, más aún, un conocimiento adecuado de la fragilidad de los sueños humanos hacen que se imponga el deseo de que el Juicio Final se desarrolle con extrema piedad y clemencia.

23.XI. *Melanchthon*, de Ellinger, 1902, contiene cosas interesantes sobre los humanistas y la Reforma. Por ejemplo:

«El abandono generalizado de los ideales humanistas, la decadencia de las universidades, las actividades de algunos predicadores tuvieron que despertar en ellos (los humanistas en general) la idea de que la doctrina reformista, de la que se había esperado que combatiera la barbarie, no hacía más que fortalecer las tinieblas espirituales; la antigua aversión que estos aristócratas del espíritu habían sentido por los "hábitos apestosos" (se referían naturalmente a los franciscanos, hostiles a la educación), se volvió, como es completamente natural, contra los nuevos detractores de la ciencia y suscitó la

pregunta de si no sería preferible el antiguo estado de la Iglesia a la tiranía despótica de esta gente.»

En 1523 aparece *Uso de la elocuencia*, de Melanchthon.

En 1524, el libro de Erasmo *De libero arbitrio*.

En 1525, *De servo arbitrio*, de Lutero.

En 1526, la dura réplica de Erasmo *Hyperaspistes*.

El resultado de este enfrentamiento: Erasmo logra que Melanchthon desista del acertado *Organon Lutheri*. La idea de que Dios sea también el causante del pecado le resulta escandalosa a Melanchthon.

El mismo, sobre el carácter del pueblo alemán (1525):

«Sí, sería necesario que un pueblo tan salvaje, tan maleducado como es el alemán, tuviera todavía menos libertad, pues la tiene; es un pueblo petulante, ávido de sangre, el alemán, a quien en justicia habría que tratar con mucha más dureza.»

25.XI. Toda palabra es un deseo o una execración. Hay que guardarse de hacer palabras una vez que uno ha conocido el poder de la palabra viva.

El secreto del artista reside en el temor y en el respeto. Nuestra época lo ha convertido en miedo y horror.

Los hombres que viven rápida y atropelladamente, pierden fácilmente el control sobre sus impresiones y sucumben a afectos y motivaciones inconscientes. La práctica de algún tipo de actividad artística (pintar, escribir, componer) les hará bien, dando por supuesto que, en su

ámbito, no se persigue ninguna intención, sino la imaginación libre y sin freno. El proceso autónomo de la fantasía saca a la luz indefectiblemente aquellas cosas que han traspasado la frontera de la conciencia sin descomponerse. En una época como la nuestra, en la que los hombres se ven asaltados a diario por las cosas más monstruosas, sin que se pueda tomar conciencia de las impresiones, en una época así, la producción estética se convierte en dieta. Sin embargo, todo arte vivo será irracional, primitivo y complejo, manejará un lenguaje secreto y no dejará como legado documentos edificantes, sino paradójicos.

28.XI. Por la noche soy Esteban, que es lapidado. Llueven guijarros y yo siento el deleite del que es aplastado y molido sin compasión por las piedras, con tal de formar una pequeña pirámide tosca que se ha teñido con su sangre.

ROMANTICISMOS: LA PALABRA Y LA IMAGEN

I.

ZÚRICH, **2.II.1916.** «Cabaret Voltaire. Con este nombre se ha constituido un círculo de jóvenes artistas y literatos, cuyo objetivo es crear un punto de encuentro para el esparcimiento artístico. El principio que regirá el cabaret será que los artistas que concurran a las reuniones diarias reciten y ofrezcan actuaciones musicales, de modo que se hace una invitación a los jóvenes artistas de Zúrich para que acudan con sus propuestas y aportaciones sin que importe su orientación particular» (Nota de prensa).

5.II. El local estaba lleno a rebosar; muchos ya no podían encontrar sitio. Hacia las seis de la tarde, cuando todavía se martilleaba activamente y se colgaban carteles futuristas, apareció una delegación de aspecto oriental integrada por cuatro hombrecitos con carpetas y cuadros bajo el brazo, que se inclinaban una y otra vez cortésmente. Se presentaron: el pintor Marcel Janco, Tristan Tzara, Georges Janco y un cuarto señor cuyo nombre se me ha ido. Daba la casualidad de que Arp también estaba allí y nos entendíamos sin muchas palabras. Los generosos *Arcángeles* de Janco colgaron pronto con el resto de aquellas hermosas obras, e incluso Tzara leyó esa misma tarde versos de estilo antiguo, que rebuscaba en los bolsillos de su chaqueta de una manera bastante simpática.

6.II. Versos de Kandinsky y Else Lasker. La «Canción de la tormenta» de Wedekind:

En el prístino esplendor de la juventud
entra ella, ¡rayos y truenos!
Llena a rebosar de vanidad,
con el corazón todavía vacío, ¡rayos y truenos!

«Danza de la muerte» con la asistencia del Coro de revolucionarios. «À la Villette» de Aristide Bruant (traducido por Hardekopf). Había muchos rusos. Organizaron una orquesta de balalaicas de bastante más de veinte personas y quieren quedarse como habituales del local.

7.II. Versos de Blaise Cendrars y Jacob van Hoddis. Yo leo «Ascensión del visionario» y «Café Sauvage». Madame Leconte debuta con canciones francesas.

Piezas humorísticas de Reger y la 13.ª Rapsodia de Liszt.

11.II. Ha llegado Huelsenbeck. Aboga por que se refuerce el ritmo (el ritmo negro). Lo que más le gustaría sería hacer que los tambores de la literatura redoblaran radicalmente.

26.II. Versos de Werfel: «Los autores de palabrería de la época» y «Extranjeros somos todos en la tierra».

Versos de Morgenstern y Lichtenstein.

Un frenesí indefinible se ha apoderado de todos. El pequeño cabaret amenaza con salirse de quicio y se convierte en un hervidero de emociones locas.

27.II. Una «Berceuse», de Débussy, confrontada con «Sembre et Meuse», de Turlet.

La «Canción del revolucionario», de Mühsam:

> Hubo una vez un revolucionario,
> que en la vida civil era farolero,
> marchaba con paso revolucionario
> con los revolucionarios.
> Y decía: «¡Estoy haciendo la revolución!»,
> y se calaba sobre la oreja izquierda
> la gorra de revolucionario.
> Tenía la sensación de ser altamente peligroso.

Ernst Thape, un joven trabajador, lee un relato breve, «El egoísta». Los rusos cantan a coro el «Sarafán [mandil] rojo».

28.II. Tzara lee repetidas veces fragmentos de *La Côte* de Max Jacob. Cuando dice con mimosa melancolía: «Adieu ma mère, adieu mon père», las sílabas le salen tan conmovedoras y decididas que todos caen enamorados de él. Luego se queda de pie sobre la pequeña tarima, fornido y sin amparo, bien armado con un monóculo negro, y uno se convence fácilmente de que el tocino y los pasteles de papá y mamá no le han sentado nada mal.

29.II. Leí con Emma *La vida del hombre*, de Andréiev, una pieza teatral legendaria, dolorida, que me gusta mucho. Sólo los dos personajes principales aparecen como hombres de carne y hueso, todos los demás lo hacen simplemente como marionetas de un sueño. La pieza co-

mienza con los gritos del parto y termina con una danza salvaje de sombras y larvas. Incluso lo cotidiano linda con lo terrible. En la cúspide de su vida, en medio de la riqueza y el esplendor, el artista es llamado respetuosamente «Señor hombre» por las máscaras que se sientan a su alrededor. Eso es todo lo que consigue.

I.III. Arp se declara en contra de la presunción de los dioses que pintan (expresionistas). Los toros de Marc le resultan demasiado gordos; las cosmogonías de Baumann y Meidner y los extravíos de sus estrellas fijas le recuerdan las estrellas de Bölsche y Carus. Le gustaría saber que las cosas están ordenadas de forma más rigurosa, menos arbitraria, menos rebosantes de color y poesía. Recomienda la planimetría frente a las auroras y los ocasos del mundo. Cuando aboga por lo primitivo, se refiere al primer trazado abstracto que es consciente de las complicaciones, pero que no las hace caso. Hay que abandonar tanto el sentimiento como el análisis primario del lienzo. Enamorarse del círculo y del cubo, de las líneas secantes bien definidas. Está a favor del empleo de colores (papeles y telas multicolores) nítidos (sobre todo impresos); y, en general, de introducir la meticulosidad y precisión mecánicas. Me parece que le gustan Kant y Prusia, porque (tanto en el campo de instrucción como en la lógica) están a favor de la división geométrica de los espacios. En cualquier caso, lo que más le gusta es la Edad Media, por su heráldica, que está ahí, fantástica y, no obstante, precisa, hasta en el último contorno que destaca. Si lo entiendo bien, no le importa tanto la riqueza como la simplificación. El arte no debe despreciar aquella parte del

americanismo que pueda incorporar a sus principios; de lo contrario se quedará en un romanticismo sentimental. Para él, dar forma significa marcar fronteras que nos separen de lo indefinido y nebuloso. Le gustaría limpiar la imaginación y dirigir todos sus esfuerzos al descubrimiento no tanto de su riqueza de imágenes, como de aquello que constituye estas imágenes. El presupuesto del que parte es que las imágenes ya están compuestas en la imaginación. El artista, que trabaja a partir de la libre imaginación creadora, sucumbe a un engaño en cuanto a su carácter original. Utiliza un material que ya está configurado y lo que hace son composiciones.

Producere significa «sacar hacia fuera, llamar a la existencia». No tienen por qué ser libros. También pueden producirse artistas. Sólo cuando las cosas se agotan comienza la realidad.

2.III. En un artículo titulado «Los viejos y los jóvenes» alguien considera que me burlo del espíritu y que esto no se puede hacer impunemente. Para ello cita mis siguientes versos:

El niño Jesús, el pequeño bambino, gatea por las escaleras
y los anarquistas cosen ropa militar.
Tienen montones de escritos y máquinas infernales.
El fusilamiento da con ellos en la pared del calabozo.

Schickele[14] planea una exposición (Meidner, Kirchner,

[14] René Schickele era el editor de la revista *Die Weissen Blätter.*

Segal) y una exposición internacional estaría bien. En cambio, una específicamente alemana tiene poco sentido. Tal y como están las cosas, caería bajo la rúbrica de propaganda cultural.

Nuestro intento de entretener al público con cosas artísticas nos empuja sin tregua a lo vivo, lo nuevo, lo ingenuo de una forma tan estimulante como instructiva. Es una carrera con las expectativas del público que requiere de todas las energías para la invención y el debate. No se puede decir que el arte de los últimos veinte años haya sido precisamente alegre, ni que los poetas modernos sean muy entretenidos y populares. En ninguna parte se ponen tan de manifiesto las debilidades de una composición poética como al declamarla públicamente. Una cosa es segura, que el arte sólo es alegre en la medida en que no prescinde de la plenitud ni de la vitalidad. La recitación en voz alta se ha convertido para mí en la piedra de toque de la bondad de un poema, y he aprendido (gracias a la tarima) hasta qué punto es problemática la literatura de hoy, es decir, ha sido cuidadosamente pensada en el escritorio y producida para la lente del coleccionista, en lugar de para los oídos de personas vivas.

«La gramática es la dinámica del reino del espíritu.»

(NOVALIS)

El artista como órgano de lo inaudito amenaza y sosiega a un tiempo. La amenaza provoca un rechazo. Sin embargo, cuando se demuestra que es inofensiva, el espectador comienza a reírse de sí mismo por su temor.

4.III. Soirée rusa.
Un señor pequeño, bonachón, a quien ya se aplaudía antes de que subiera a la tarima, el señor Dolgaleff, presentó dos piezas humorísticas de Chéjov, luego cantó canciones populares. (¿Puede uno imaginarse a alguien cantándole canciones populares a Thomas o a Heinrich Mann?)

Una señora desconocida lee *Yegorovska* de Turguéniev y versos de Nekrásov.

Un serbio (Pavlovac) canta apasionadas canciones militares entre estrepitosos aplausos. Ha participado en la retirada hacia Salónica.

Música de Skriabin y Rachmaninoff para piano.

5.III. Aplicar siempre las teorías, las de Kandinsky, por ejemplo, al hombre, a la persona, y no dejarse llevar hacia la estética. Se trata del hombre; no del arte. Por lo menos, en primera instancia, no se trata del arte.

El hecho de que la imagen del hombre esté desapareciendo poco a poco de la pintura de esta época y que todas las cosas ya no aparezcan más que en estado de descomposición es otra prueba de lo desagradable y manido que se ha vuelto el rostro humano y lo abominable de cada uno de los objetos de nuestro entorno. La poesía ya está casi decidida a abandonar el lenguaje por razones análogas. Son cosas que, tal vez, nunca se hayan dado hasta ahora.

Todo funciona, salvo el propio hombre.

7.III. El domingo se lo habíamos reservado a los suizos. Sin embargo, la juventud suiza es demasiado circunspecta para un cabaret. Un señor muy exquisito hizo honor a la libertad del lugar y cantó la canción de la «Hermosa doncella Lieschen», que nos hizo enrojecer y bajar la mirada a todos. Otro señor recitó «Poemas de roble» (poemas de su propia cosecha).

Algunas frases de Suarès sobre Péguy se me han quedado en el oído:

> Le drame de sa conscience l'obsédait.
> Se rendre libre est la seule morale.
> Être libre à ses risques et périls, voilà un homme.[15]

He enviado estas frases a aquel señor que dijo que yo me burlo del espíritu.

11.III. Huelsenbeck leyó el 9. Cuando sale a escena no suelta su bastón de caña de Indias y de vez en cuando lo agita en el aire. Esto produce un efecto sensacional en los que lo escuchan. Se le considera arrogante y tiene aspecto de serlo. Le tiemblan las ventanas de la nariz, arquea las cejas enormemente. La boca, en la que se transluce una mueca irónica, se muestra cansada y, sin embargo, contenida. Así es como lee acompañado del gran bombo, de gritos, silbidos y risas:

[15] El drama de su consciencia le obsesiona. / Liberarse es la única moral. / Ser libre con sus riesgos y peligros, he ahí a un hombre. *(N. del T.)*

Lentamente, el conglomerado de casas abrió el centro de su cuerpo.
Entonces, las gargantas hinchadas de las iglesias gritaron a las profundidades por encima de ellas.
Luego se persiguieron como perros los colores de todas las tierras nunca vistas.
Todos los sonidos jamás oídos se precipitaron al centro estruendosamente.
Los colores y los sonidos quedaron hechos trizas como cristal y cemento, y blandas gotas obscuras cayeron pesadamente...

Sus versos son un intento de captar en una melodía iluminada la totalidad de esta época innombrable, con todos sus desgarros y saltos, con todas sus comodidades perversas y trastornadas, con todo su ruido y su sordo estrépito. En medio de los fantásticos naufragios sonríe la cabeza de la Gorgona, de un horror sin medida.

12.III. En lugar de principios, introducir simetrías y ritmos. Rebatir los órdenes del mundo y las acciones de Estado, transformándolos en parte de una oración o en una pincelada.

La invención que crea distancia es la vida misma. Seamos radicalmente nuevos y creativos. Refundamos, cada día, la vida en un poema.

Lo que celebramos es una bufonada y una misa de difuntos a un tiempo.

14.III. Soirée francesa.

Tzara leyó versos de Max Jacob, André Salmon y Laforgue.

Oser y Rubinstein tocaron la primera parte de la Sonata op. 32, de Saint-Saëns, para piano y chelo.

Lautréamont, del que yo quería traducir y leer algo, no llegó a tiempo.

Arp leyó en su lugar fragmentos de *Ubu roi*, de Alfred Jarry.

El piquito de Madame Leconte cantó «À la Martinique» y algunas otras cosas graciosas.

En tanto que el entusiasmo y el éxtasis no se apoderen de toda la ciudad, el cabaret habrá fracasado en su objetivo.

15.III. El cabaret necesita un descanso. Salir a escena a diario con esta tensión no sólo agota, desmoraliza. En medio del trajín me invade un temblor por todo el cuerpo. Entonces, sencillamente, no puedo soportar más, lo dejo todo tirado, abandono y salgo huyendo.

26.III. Hoy he leído por primera vez *Decadencia de la danza de la farsa*, una pieza en prosa, en la que describo una existencia socavada por todos los miedos y temores; un poeta que, sufriendo inmensas e inexplicables depresiones, se viene abajo entre espasmos nerviosos y parálisis. El insidioso punto de partida es una hipersensibilidad apasionada, que busca la claridad obsesivamente. No puede substraerse a las impresiones ni controlarlas. Sucumbe a las fuerzas subterráneas.

30.III. Todas las variantes estilísticas de los últimos veinte años se dieron cita ayer. Huelsenbeck, Tzara y Janco aparecieron con un «Poème simultan». Es un recitativo contrapuntístico en el que tres o más voces hablan, cantan, silban o hacen otras cosas por el estilo simultáneamente, de modo que sus coincidencias constituyen en realidad el contenido elegíaco, divertido o extraño de la cuestión. En este tipo de poemas simultáneos alcanza su drástica expresión el capricho de un órgano, tanto como la dependencia del acompañamiento. Los ruidos (un *rrrrr* prolongado durante varios minutos, o taconeo, o ruido de sirenas y similares) tienen una presencia que supera en energía a la voz humana.

El «Poème simultan» trata del valor de las voces. El órgano humano representa el alma, la individualidad en su errar entre acompañantes demoníacos. Los ruidos representan el trasfondo; lo inarticulado, lo fatal, lo determinante. El poema quiere poner de manifiesto la forma en que el hombre ha quedado enredado en el proceso mecanicista. Con una perspectiva típica se muestra el conflicto de la *vox humana* con un mundo que la amenaza, cautiva y aniquila, cuyo ritmo y ruidoso decurso son inevitables.

Al «Poème simultan» (que sigue el modelo de Henri Barzun y Fernand Divoire) le siguen «Chant nègre I y II», ambos se llevan a escena por primera vez. «Chant nègre (o funèbre) n.° I» estaba especialmente bien preparado; los ejecutantes vestían hábitos negros y tocaban tambores exóticos de todos los tamaños, grandes y pequeños, como en un tribunal secreto de la Edad Media. Las me-

lodías para «Chant nègre II» las proporcionó nuestro apreciado anfitrión, Mr. Jan Ephraim, que hace algún tiempo se involucró en la realidad africana y prestó su amable ayuda para la representación, como una *prima donna*, asesorando y animando.

2.IV. Frank[16] y señora han honrado el cabaret con su visita. Igual que el señor Von Laban,[17] con sus señoritas. Uno de nuestros invitados más incondicionales es el poeta suizo, ya entrado en años, J. C. Heer, que hace las delicias de muchos miles de personas con sus soberbios libros dulces como la miel. Siempre aparece con un abrigo Havelock con esclavina; cuando pasa entre las mesas, su amplia mantilla va rozando las copas de vino que hay en ellas.

5.IV. Los *maudits* y *décadents* siguen vivos; en cambio, aquellos que les disputaban la gloria han desaparecido. ¿Cómo es posible? Deben de haber sido más sanos y menos perversos de lo que parecía. Pero ¿es que la muerte y el diablo no son idénticos? Y quien puede morir, ¿es porque ha vivido?, ¿no se quedó desde el principio atrapado en la materia? Toda jerarquía, tal vez, incluso todo orden sobre la tierra depende de su duración y su gradación. Lo que puede ser superado y mejorado ya está sentenciado.

[16] Leonhard Frank (1882-1961), novelista y pacifista, se hizo muy amigo de Ball.

[17] Rudolf von Laban, coreógrafo y profesor de danza húngaro.

Con H. [Huelsenbeck] se puede debatir muy a gusto, aunque o precisamente porque en el fondo no escucha en absoluto. Sabe demasiado, por instinto, como para hacer algún caso a palabras y pensamientos. Discutimos las teorías artísticas de los últimos decenios y siempre lo hacemos en un sentido que, efectivamente, toca la cuestionable esencia del arte mismo, su completa anarquía, sus relaciones con el público, la raza y la cultura del momento. Se puede decir, sin duda, que para nosotros el arte no es un fin en sí mismo—para ello necesitaría de una ingenuidad más incontrovertible—, sino una ocasión para hacer una crítica de la época y sentirla verdaderamente, cosas que, en efecto, son la condición previa de un estilo típico y lleno de pretensiones. Esto último no nos parece en absoluto una cosa tan sencilla como en general se tiende a creer. ¿Qué significa un poema hermoso y armónico si nadie lo lee porque no puede encontrar resonancia alguna en la sensibilidad de la época? ¿Y qué significa una novela que en realidad se lee por adquirir cultura, pero que, a su vez, está muy lejos de dinamizar esa cultura? De modo que nuestros debates son una búsqueda ardiente, cada día más flagrante, del ritmo específico, del rostro soterrado de esta época. De su fundamento y esencia; de la posibilidad de conmoverla, de despertarla. El arte es sólo una ocasión para ello, un método.

6.IV. El proceso de autodestrucción en Nietzsche. ¿De dónde habrían de venir la calma y la sencillez si no las precediera el socavar, el desmontar y despejar la base hinchada por la humedad? Incluso el estilo de Goethe,

cortés, peripatético, no es más que fachada. Tras él, todo es problemático y desequilibrado, lleno de contradicciones y disonancias. Su mascarilla mortuoria lo revela. Sus rasgos no dicen mucho del optimista. Un examen sincero no lo podría disimular. El llamado *furor teutonicus*, el odio, la terquedad, la pedantería, la alegría instintiva por el mal ajeno y el deseo de venganza frente a los triunfos espirituales, todo ello es consecuencia de una incapacidad, acaso racial, fisiológica o, si no, de una catástrofe que ha afectado al núcleo esencial. Pero si uno no llega a ver el carácter auténtico, específico, a pesar de todo el tanteo y la búsqueda, ¿cómo va a poder amar y cuidarlo?

Dos males hereditarios han condenado el carácter alemán de raíz: un falso concepto de libertad y el cuartel pietista. Todo entusiasmo se ha vuelto sobre una beata apostasía del uno; todo dominio, sobre una sumisión engañosa. De este modo, la sucesión de adelantos en su conjunto, el concepto de cultura al completo fue poco a poco alterándose y trastornándose hasta la raíz, un palimpsesto de desfiguraciones. Es posible que una catástrofe pueda enmendarlo, en tanto que toda una clase pierda su prestigio y su influencia. Pero también es posible que el fundamento permanezca intacto y que todo se complique todavía más, hasta el infinito. Entonces, todas las perspectivas auguran que el «judío errante» encontrará su pareja en el «alemán errante» y que nos convertiremos en ejemplo de una conciencia que rebaja todas las cuestiones capitales de la vida a elementos de la periferia y a accesorios.

Afinar el sentido para la peculiaridad específica de una cosa. Evitar las subordinaciones. Abrirse paso siempre de forma franca y directa.

8.IV. El escepticismo consumado también hace posible la libertad consumada. Cuando ya no se puede, no se tiene o no se debe creer nada determinado sobre el perfil interior de un objeto, entonces éste queda a merced de su opuesto y sólo importa si el nuevo orden de los elementos, que el artista, el erudito o el teólogo acomete de esta manera, es capaz de lograr el reconocimiento. Este reconocimiento es equivalente al hecho de que el intérprete ha conseguido enriquecer el mundo con un nuevo fenómeno. Prácticamente se puede decir que cuando desaparece la fe en una cosa o en una cuestión, esta cosa y esta cuestión retornan al caos, se convierten en mercancía no declarable. Aunque, tal vez, el caos alcanzado resueltamente y con todas las fuerzas y, por tanto, la revocación completa de la fe sean necesarios antes de que pueda triunfar una construcción radicalmente nueva sobre los fundamentos de una fe transformada. Lo elemental, lo demoníaco es entonces lo primero que brota; los antiguos nombres y palabras desaparecen. Porque la fe es la medida de las cosas, por medio de la palabra y la denominación.

En su fantasía, el arte de nuestro tiempo, que procede del escepticismo consumado, no tiene, en principio, tanto que ver con Dios como con el Demonio; él mismo es demoníaco. Por otra parte, todo el escepticismo y toda la filosofía escéptica que han deparado este resultado también lo son.

11.IV. Se está planeando una Sociedad Voltaire y una exposición internacional. Los beneficios de las soirées se quieren dedicar a la publicación de una antología. H. [Huelsenbeck] se pronuncia en contra de la «organización»; ya hemos tenido suficiente. Comparto por completo su opinión. De un estado de ánimo no debe hacerse una orientación artística.

Tarde, sobre las doce de la noche, llega todo un grupo de jóvenes holandeses. Han traído consigo banjos y mandolinas y se comportan como locos absolutos. A uno de su pandilla lo llaman «Aceite en la Rodilla». Este señor Aceitenlarodilla es el actor principal, ya que sube a la tarima engalanado y ejecuta excéntricos pasos de baile con toda clase de contorsiones, flexiones y bamboleos de rodilla. Otro, larguirucho, rubio («muchacho formal, cuya mirada revelaba algo de bondad»), me llama «señor director» de una manera forzada, una e infinitas veces, sin parar, y pide permiso para poder bailar un poco. De modo que se ponen a bailar y acaban poniendo todo el local patas arriba. Incluso al viejo Jan, con su barba cuidada y su pelo encanecido, nuestro noble padre en la posada y el asador, comienzan a chispearle los ojos y a írsele los pies. La sonada fiesta se extiende hasta la calle.

13.IV. Arte abstracto (que Hans Arp defiende impasible). La abstracción se ha convertido en objeto del arte. Un principio formal anula otro, o: la forma anula el formalismo. En principio, la época abstracta está superada. Gran triunfo del arte sobre la máquina.

Ayer, cuando Huelsenbeck volvió a entonar con fuerza sus umbas, no pude evitar pensar en Freiligrath. Escribir sobre vacas marinas y monos, mientras se utiliza con toda tranquilidad el tirabotas de una *chambre garni*,[18] no puede estar bien. «Yoshiwara» y «Sycamore» son, al fin y al cabo, uno y lo mismo. Rimbaud huyó realmente, vivió el exotismo y se trajo a casa una prenda suya que le costó la vida. Los demás, en cambio, nos entusiasmamos con el rey del desierto y somos apacibles tartarines.

14.IV. Nuestro cabaret es un gesto. Cada palabra que se dice o se canta en él significa, por lo menos, que esta época degradante no ha logrado infundirnos respeto, ni imponiéndolo por la fuerza. Además, ¿qué hay de respetable e imponente en ella? ¿Sus cañones? Nuestros grandes tambores los superan, los cubren y acallan. ¿Su idealismo? Hace tiempo que se ha convertido en motivo de risa, tanto en su versión popular como en la académica. ¿Las grandiosas matanzas que celebra y sus hazañas caníbales? Nuestra locura voluntaria, nuestro entusiasmo por la ilusión desbaratará sus planes.

16.IV. Si alguien echa de menos los «valores humanos» en las comedias de Sternheim, debería pensar que es absolutamente imposible ofrecer una comedia y lograr que se aprecie sin humanidad. Toda comicidad surge de la contemplación de objetos desfigurados a la luz de la humanidad. El comediógrafo percibe la vida de dos for-

[18] *Chambre garnie*, término francés asimilado al alemán.

mas: como utopía y como realidad, como trasfondo y como figura. La distancia entre ambos se le muestra como una deformación de la imagen, y tanto mayor cuanto más del lado del ideal esté. Un autor así siempre está inclinado a la crítica. Sufre por su época y su entorno. La comicidad surge de su actitud conciliadora, tanto hacia la vida como hacia la forma. Es absolutamente imposible hacer patente la distancia respecto del ideal sin disponer del correctivo. Otra cuestión es en qué medida se muestran además estas vacilaciones, de cuya contradicción vive su obra, dentro de la persona del autor en cuestión. El descubrimiento de Sternheim es el mediocre cultivado, el esnob, el iluso idealista convencido, un estereotipo de cierto alcance. Para identificarlo y transformarlo en las formas más diversas se requiere un gusto muy sensible para la extravagancia y la exaltación, además de una observación tan rica en perspectivas como aguda a la hora de penetrar en las resistencias a las que la belleza normativa sucumbe diariamente. No resultará fácil decir que todo esto no son «valores humanos».

17.IV. El dandismo es una escuela de lo paradójico (y de la paradoxología). Heráclito relata conscientemente historias prodigiosas. Es por ello (según Diógenes Laercio) un paradoxólogo. Las grandes paradojas de Brummel, Baudelaire, Griffith, Wilde, y de los últimos encuentros parisinos:

Lucien de Rupembré (un personaje de Balzac)
Gérard de Nerval (vida de Delvau)
Chatterton, Poe, Huysmans, Xavier de Montépin.

Hay un ensayo de Wilde que resulta muy esclarecedor en este sentido: *De la decadencia de la mentira*. Quiero tomar nota de algunas frases entresacadas de él:

«Una de las principales causas que se pueden aducir para explicar el carácter particularmente trivial de la mayor parte de nuestras letras de hoy consiste, sin duda, en la decadencia de la mentira como arte, como ciencia y como entretenimiento social.»

«La mentira y la poesía están, como reconoció Platón, ligadas la una a la otra.»

«Más de un joven llega a la vida con una disposición natural para la exageración, una disposición que habría que cuidar con solicitud y cultivar de la mano de los ejemplos más elevados, para que de ella saliera algo grande y maravilloso.»

«En todas las partes donde el orientalismo ha prevalecido, bien sea por contacto directo, como en Bizancio, Sicilia y España, o como en el resto de Europa, por las influencias de las Cruzadas, han surgido soberbias obras de espíritu creador, en las que las cosas visibles de la vida se transforman artísticamente, y aquellas que la vida desconoce son creadas para su deleite.»

«El siglo XIX, tal y como lo conocemos, es en su mayor parte una invención de Balzac.»

«Por lo que respecta a la Iglesia, en mi opinión, no existe nada más favorable para la cultura de un país que hombres que consideren como su obligación creer en lo sobrenatural y obrar milagros cada día, porque con ello alimentan el espíritu que configura los mitos, que es el alma de la fantasía.»

18.IV. «O-Aha!» [¡Oh, ya caigo!] es el nombre que se da al alma del mundo en la pieza homónima de Wedekind. Aparece hacia el final de esta sátira, en concreto es llevada a escena montada sobre un cochecito y dicta, en su completa demencia, sus profundos oráculos al consejo de redacción de un conocido semanario satírico. Hoy he vuelto a ver esta pieza y me parece verdaderamente graciosa. *O-Aha* apenas tiene ya relación con el alma del mundo hegeliana. En todo este tiempo ha tenido lugar una degeneración considerable. Con todo, *O-Aha* sigue siendo un símbolo que tiene activos apoyos. En su representación en Múnich, en 1913, se produjo un fuerte alboroto. En realidad, no hay nada que haga que los hombres se enfaden tanto como que se les obsequie con un derroche de cultura e inteligencia. No han escatimado en gastos. Dominan cinco lenguas, veintitrés historias de la literatura y la vida intelectual desde Nemrod hasta Zeppelin. Y ahora resulta que llega uno y les anuncia alegremente que a él no lo han podido engañar.

Tzara se atormenta por la revista. Mi propuesta de llamarla *Dadá* ha sido aceptada. En la redacción se podría alternar: un consejo de redacción conjunto, que deje al cuidado de cada uno de sus miembros la selección y composición de un número cada vez. En rumano *Dadá* quiere decir «sí, sí»; en francés, «balancín» y «caballito de madera». Para los alemanes es un signo de simpleza e ingenuidad y está unido prolífica e íntimamente al cochecito de niño.

21.IV. Ha aparecido el número 1 de la suiza *Weissen Blätter*. Quiero ocuparme de consolidar el cabaret y luego dejarlo.

Ahora hay una suma fabulosa de intelectuales que están de viaje; muy especialmente hacia Suiza. Cae una lluvia formidable de *bonmots*. Las cabezas están de parto e irradian un brillo etéreo. Existe un partido de los intelectuales, una política del intelecto; precisamente las sutilezas dificultan la comunicación. «Nosotros, los intelectuales» se ha convertido ya en un adorno del lenguaje coloquial y en una muletilla para los viajantes de comercio. Hay tirantes intelectuales, botones de camisa intelectuales, los periódicos rebosan de intelecto y los folletines culturales compiten intelectualmente unos con otros. Si esto sigue así, ya no estará lejos el día en el que una central de acumulación intelectual decrete espontáneamente la psicostasia general y el fin del mundo.

7.V. «Pero la estrella de este cabaret es la señora Emmy Hennings. Estrella de muchas noches de cabaret y poemas. Igual que hace años, cuando aparecía junto al fragoroso telón amarillo de un cabaret berlinés, los brazos en jarras sobre las caderas, exuberante como un arbusto en flor, así, con la frente muy alta, presta hoy su cuerpo, sólo un poco socavado desde entonces por el dolor, a las mismas canciones» (*Zürcher Post*).

24.V. Somos cinco amigos y lo curioso es que, en realidad, nunca estamos de acuerdo por completo y a la vez, aunque en las cuestiones capitales nos une la misma con-

vicción. Las constelaciones cambian. De pronto Arp y Huelsenbeck se entienden entre sí y parecen inseparables, luego Arp y Janco se unen contra H. [Huelsenbeck], después H. y Tzara contra Arp, y así sucesivamente. Es una alternancia ininterrumpida de atracción y repulsión. Basta una ocurrencia, un gesto, una inquietud, y la constelación se cambia sin que ello perturbe gravemente el pequeño círculo.

En este momento, Janco me resulta particularmente próximo. Es un hombre alto y delgado, que llama la atención por su cualidad de sentirse azorado por cualquier locura o extravagancia ajena y pedir luego indulgencia o comprensión con una sonrisa o un movimiento delicado. Es el único de nosotros que no necesita la ironía para arreglárselas con la época. En los momentos de descuido, una seriedad melancólica le da a su ser un matiz desdeñoso y una solemnidad soberbia.

Para la nueva soirée, Janco ha hecho un buen número de máscaras que están más que logradas. Recuerdan al teatro japonés o al de la antigua Grecia y, sin embargo, son completamente modernas. Concebidas para que causen efecto a distancia, provocan una impresión sorprendente en el espacio relativamente pequeño del cabaret. Estábamos todos presentes cuando Janco llegó con sus máscaras y cada cual se puso una enseguida. Entonces sucedió algo extraño. La máscara no sólo exigía un disfraz, dictaba además un gesto patético totalmente determinado, que rayaba incluso en la locura. Sin haberlo siquiera sospechado cinco minutos antes, nos encontramos moviéndonos, haciendo las figuras más singulares, adorna-

dos y engalanados con objetos imposibles, rivalizando unos con otros en ocurrencias. La fuerza motriz de estas máscaras se transmitió a nosotros de una manera sorprendente e irresistible. En un momento habíamos aprendido qué importancia tenían para la mímica, para el teatro, unas caretas así. Las máscaras exigían sencillamente que sus portadores se pusieran en movimiento para una danza trágico-absurda.

Después examinamos más detenidamente aquellos objetos hechos con recortes de cartón, pintados y pegados, y abstrajimos de su carácter propio, abierto a múltiples significados, cantidad de danzas, para cada una de las cuales inventé sobre la marcha una breve pieza musical. A una de estas danzas la llamamos «Atrapamoscas». A esta máscara sólo le iban pasos torpes, pesados y algunas poses que consistían en atrapar algo rápidamente, estirándose mucho, acompañadas de una música nerviosa y estridente. A la segunda danza la llamamos «Cauchemar». La figura que baila parte de una posición encogida y va desarrollándose en línea recta y hacia delante. La boca de la máscara está muy abierta, la nariz es ancha y atravesada. Los brazos de la mujer que hace la representación, levantados de forma amenazadora, se han alargado por medio de unos tubos especiales. A la tercera danza la llamamos «Solemne desesperación». De los brazos arqueados formando una bóveda cuelgan largas manos recortadas en oro. La figura da varias vueltas a izquierda y derecha, luego gira lentamente alrededor de su eje y finalmente se desploma sobre sí misma de manera fulminante, para retornar poco a poco al primer movimiento.

Lo que a todos nos fascinó de las máscaras es que no

encarnan pasiones y caracteres humanos, sino de una dimensión sobrenatural. El horror de esta época, el trasfondo paralizante de las cosas se ha hecho visible.

3.VI. Annemarie[19] obtuvo permiso para acompañarnos en la soirée. Acabó fuera de sí por el montón de colores y el delirante ajetreo. Quería subir enseguida a la tarima a «recitar también algo». Sólo con mucho esfuerzo pudimos hacer que desistiera de su empeño. El «Auto de la Natividad» (*concert bruitiste*, acompañando al texto del Evangelio) tuvo un efecto sorprendente y tierno, con su dulce sencillez. Las ironías habían limpiado el ambiente. Nadie osaba reírse. En un cabaret, y mucho menos en éste, difícilmente se habría podido esperar algo así. Dimos la bienvenida al Niño, en el arte y en la vida.

Ha aparecido Szittya.[20] Es un anciano con cara de joven; un mendigo que combate en su interior las sutilezas de los últimos sistemas. Un bailarín de Nuestra Señora conmovedor, sonriente, hecho pedazos, que masculla sus oraciones contra las reglas de la ortografía quejándose y haciendo pucheros y al que la Virgen prodigará sus caricias hasta que se le olviden todas sus blasfemias infantiles y se quede dormido. En el bolsillo de la chaqueta se trajo un trozo desmigajado de tarta de fresa para Anne-

[19] La hija de Emmy Hennings, que entonces contaba nueve años de edad.

[20] Emil Szittya (Adolf Schenk, 1886-1964), escritor húngaro, periodista y pintor, cronista de la bohemia. En 1915 coeditor de la revista *Mistral* en Zúrich.

marie. Siempre está sonriendo, así que uno nunca sabe si es un sátiro o un serafín sagrado.

Había japoneses y turcos que observaban el trajín bien asombrados. Por vez primera advertí con vergüenza el jaleo que originaba nuestra actividad, la confusión de estilos y orientaciones, cosas que físicamente ya no soporto desde hace semanas.

4.VI. *Cabaret Voltaire* incluye colaboraciones de Apollinaire, Arp, Ball, Cangiullo, Cendrars, Hennings, Hoddis, Huelsenbeck, Janco, Kandinsky, Marinetti, Modigliani, Oppenheimer, Picasso, Van Rees, Slodki y Tzara. Es la primera síntesis sumaria de las modernas orientaciones literarias y artísticas. Los fundadores del expresionismo, el futurismo y el cubismo están representados en él con colaboraciones.

12.VI. Lo que llamamos Dadá es un juego de locos a partir de la nada en el que se enredan todas las cuestiones elevadas; un gesto de gladiadores; un juego con los despojos raídos; una ejecución de la moralidad y la plena pose.

El dadaísta ama lo extraordinario, incluso lo absurdo. Sabe que la vida se afirma en la contradicción y que su época tiende a la aniquilación del generoso como ninguna otra anteriormente. Por ello, da por bienvenido cualquier tipo de máscara. Cualquier juego del escondite al que vaya aparejada una fuerza embaucadora. Lo directo y primitivo le parecen lo auténticamente increíble en medio de la enorme desnaturalización.

Como la bancarrota de las ideas ha deshojado la imagen del hombre hasta sus capas más íntimas, los impulsos y las motivaciones ocultas aparecen de manera patológica. Como parece que no hay ningún tipo de arte, política o credo que pueda contener la rotura de este dique, sólo queda la broma y la pose sangrienta.

El dadaísta confía más en la autenticidad de los acontecimientos que en el ingenio de las personas. No concede demasiada importancia a las personas, sin excluir a su propia persona. Ya no cree en la comprensión de las cosas desde *un* punto de vista y, sin embargo, sigue estando en tal modo convencido de la unión íntima de todos los seres, de su solidaridad, que sufre por las disonancias hasta la liquidación de su propio yo.

El dadaísta lucha contra la agonía y el delirio de muerte de esta época. Poco amigo de cualquier reserva prudente, cultiva la curiosidad de aquel que todavía experimenta un placer gozoso con la forma más cuestionable de oposición. Sabe que el mundo de los sistemas está en ruinas y que la época que conmina al pago en metálico ha inaugurado unas rebajas por liquidación de las filosofías desacralizadas. Donde, para el dueño de la tienda, comienza el horror y la mala conciencia, allí es donde comienza para los dadaístas una risa clara y un dulce sosiego.

13.VI. La imagen nos distingue. En la imagen captamos. Sea lo que sea—es de noche—, conservamos la impresión en las manos.

La imagen y la palabra son uno. Pintores y escritores se corresponden. Cristo es palabra e imagen. La palabra y la imagen están crucificadas.

Hay una secta gnóstica cuyos adeptos estaban embargados de tal forma por la imagen de la *infancia* de Jesús, que se echaban lloriqueando en una cuna y hacían que las mujeres les dieran el pecho y los envolvieran en pañales. Los dadaístas son parecidos, niños en pañales de una nueva época.

15.VI. No sé si, a pesar de todos nuestros esfuerzos, iremos más allá de Wilde y Baudelaire; si, a pesar de todo, no seguimos siendo simplemente románticos. Seguro que hay otros caminos para que se obre el milagro, también otros caminos para oponerse...: la ascética, por ejemplo, la Iglesia. Pero ¿acaso estos caminos no están completamente cerrados? Hay que temer que lo único que se renueve, una y otra vez, sean nuestros errores.

Huelsenbeck viene a pasar a máquina sus versos más recientes. Cada dos palabras vuelve la cabeza y dice: «¿O esto es algo tuyo?». Propongo burlón que cada cual elabore un registro alfabético de sus constelaciones y frases más características, para que la producción pueda seguir adelante sin estorbos; porque yo también me siento en la repisa de la ventana rechazando asociaciones y vocablos ajenos, garabateo y observo al carpintero que anda abajo en el patio con sus ataúdes. Para ser precisos, habría que reconocer que dos tercios de las palabras con un carácter maravillosamente triste, a las que ningún ánimo hu-

mano se puede resistir, proceden de conjuros antiquísimos. El uso de «sellos», de palabras aladas repletas de magia y figuras sonoras caracteriza nuestra forma común de escribir. Tales constelaciones de palabras, cuando están logradas, se graban irresistiblemente y con una fuerza hipnótica en la memoria y vuelven a surgir de ella igual de irresistibles y fluidas. Muchas veces he tenido la experiencia de que personas que asistían de improviso a nuestras veladas han quedado impresionadas por una única palabra o una frase de tal naturaleza que ya no les ha abandonado durante semanas. Es precisamente en las personas indiferentes o apáticas, cuya resistencia es limitada, en las que se desarrolla este tipo de trastorno. Las oraciones de Huelsenbeck para ídolos paganos y ciertos capítulos de mi novela producen estos efectos.

16.VI. Los ideales de cultura y arte como programa de *variétés*...: éste es, a nuestro modo, el *Cándido*[21] con el que nos oponemos a esta época. Hacen como si no hubiera pasado nada. El desolladero crece y se aferran al prestigio de la magnificencia europea. Intentan hacer posible lo imposible y trocar por mentiras la traición al ser humano, la explotación sistemática del cuerpo y del alma de los pueblos, esta matanza civilizada, haciéndonos creer que se trata de un triunfo de la inteligencia europea. Representan una farsa, decretando que ahora ha de imperar un ambiente de Viernes Santo, que no puede ser perturbado ni afrentado ni por un rasgueo furtivo de laúd, ni siquiera por un parpadeo. Frente a ello hay que decir

[21] De Voltaire, naturalmente, que da nombre al cabaret.

que no pueden exigirnos que nos traguemos con gusto la nauseabunda empanada de carne humana que nos ofrecen. No pueden exigirnos que las temblorosas ventanas de nuestra nariz absorban con entusiasmo el tufo a cadáver. No pueden esperar que confundamos con heroísmo el embotamiento y la frialdad de corazón que cada día se revelan más funestos. Alguna vez tendrán que admitir que reaccionamos de forma muy cortés, incluso conmovedora. Los panfletos más estridentes no han alcanzado a empapar como es debido, con lejía y burlas, la hipocresía que domina en la generalidad.

18.VI. Ahora hemos llevado la plasticidad de la palabra hasta un punto que difícilmente podrá ser superado. Alcanzamos este resultado a costa de la frase construida de forma lógica, conforme al sentido y, por tanto, renunciando también a una obra documental (como la que sólo es posible agrupando frases en una sintaxis ordenada de modo lógico, lo cual exige mucho tiempo). Lo que nos vino como a propósito para nuestros esfuerzos fueron, en primer lugar, las circunstancias especiales de esta época, que no permite que un talento noble repose ni madure y, por ello, se obliga a poner a prueba los medios. Pero, justo después, lo que más nos ayudó fue el empuje y el énfasis de nuestro círculo, cuyos miembros intentaban siempre superarse entre sí aumentando las exigencias y los acentos. Que se ría quien quiera: la lengua nos agradecerá alguna vez nuestro tesón, aunque no le haya sido dado tener ninguna consecuencia directamente visible. Hemos cargado la palabra con fuerzas y energías que nos permitieron volver a descubrir el concepto evangéli-

co de la «palabra» (logos) como una compleja figura mágica.

Con la renuncia a la frase por amor a la palabra, el círculo en torno a Marinetti comenzó resueltamente con las *Parole in libertà*. Sacaron la palabra del marco oracional (la imagen del mundo), que se le había adjudicado automática e irreflexivamente, nutrieron el consumido vocablo de la gran ciudad con luz y aire, le devolvieron su calor, su movimiento y su despreocupada libertad original. Nosotros, por nuestra parte, fuimos todavía un paso más allá. Intentamos otorgarle al vocablo aislado la plenitud de un conjuro, el ardor de un astro. Y resulta extraño: el vocablo llevado a plenitud mágicamente conjuró y alumbró una *nueva* frase, que no estaba ligada ni condicionada por ningún tipo de sentido convencional. Acariciando cientos de pensamientos a la vez, sin indicar su nombre, esta frase hizo resonar el ser irracional, original y lúdico, pero abismado, del oyente; despertó y fortaleció las capas más profundas de la memoria. Nuestros ensayos tocaron ámbitos de la filosofía y de la vida, con los que nuestro entorno, desgraciadamente tan racional y precoz en su prudencia, apenas podía permitirse soñar.

20.VI. En nuestra astronomía no puede faltar el nombre de Arthur Rimbaud. Nosotros somos rimbaudistas sin quererlo ni saberlo. Él es el patrón de nuestras múltiples poses y pretextos sentimentales; la estrella de la moderna desolación estética. Rimbaud se descompone en dos partes. Es un poeta y un refractario, y esto último prevalece. Sacrifica el poeta al fugitivo. Como poeta ha producido grandes cosas, pero no lo definitivo. Le falta la

paciencia, el don de saber esperar. Un carácter natural salvaje o indómito se opone hasta la aniquilación a las fuerzas básicas sacerdotales, delicadas y comedidas de un hombre sintético. Armonía y equilibrio le parecen, no sólo ocasionalmente, sino casi permanentemente, debilidades sentimentales, como encantamientos lujuriosos; como una prenda envenenada del mundo europeo nostálgico de la muerte. Teme sucumbir a la relajación y al sopor general; teme ser la víctima de una decadencia indigna si sigue sus impulsos apocados y más reposados. No puede decidirse a sacrificar a esta Europa los *fata morgana* de esplendorosas aventuras.

El descubrimiento de Rimbaud es el del europeo como el «falso negro». Haber sufrido la barbarie cafre e hipócrita de Europa, la pérdida de espíritu general de la que ella misma es culpable, la Capua humanitaria de los espíritus hasta el sacrificio de su talento, ésta es su especificidad. Cuando, más tarde, fue a Harare y a Kaffa, tuvo que reconocer que ni siquiera los negros auténticos correspondían a su ideal. Buscaba un mundo fabuloso: lluvia de rubíes, árboles de amatista, reyes de los monos, dioses con figura humana y religiones fantásticas, en las que la fe se convierte en servicio fetichista a la idea y al ser humano. Al final llegó a pensar que los negros tampoco valían la pena. Renunció a ser amable curandero e ídolo en medio de un paisanaje limitado y mezquino. Podría haber obtenido lo mismo, algo más lentamente, en la Bretaña o en la Baja Baviera. Ahora los negros eran negros, antes eran blancos. Éstos criaban avestruces, aquéllos criaban gansos. Ésa era toda la diferencia. Todavía no

había descubierto el prodigio de la banalidad y el milagro de lo cotidiano. Se puede aprender de él lo que no hay que hacer. Recorrió un camino equivocado hasta el final.

Tenía un ideal religioso, de culto, del que él mismo sólo sabía a ciencia cierta una cosa, que era más grande e importante que un talento poético extraordinario. Este presentimiento le dio fuerza para apartarse voluntariamente, anulando lo que había creado, aunque fueran auténticas obras maestras de lo que en su época se entendió como poesía europea.

22.VI. *Sapienti* Sade. Al sabio le basta una mirada a los libros del depravado Marqués para reconocer que incluso los trabajos más crudos surgen con la pretensión de defender la causa de la verdad y la rectitud.

Sade opina que el vicio constituye la «auténtica» naturaleza del ser humano. Sin embargo, sólo confiesa los pecados del *Ancien Régime*. Por ello estuvo encarcelado veintisiete años en la Bastilla. Existe una categoría de libros que sólo se pueden aceptar sin indignación si se consideran... como confesiones.

¡El Marqués participó en una campaña! Las frases moralizantes de su época llegan a ponerlo furioso. Quiere restablecer el texto original. Es completamente desenfrenado e infantil. Comete los peores delitos sin percibirlo así en modo alguno. Lo meten en un manicomio; pero allí se convierte en rey de los locos y pone patas

arriba todo el establecimiento con sus obscenas comedias escritas *ad hoc*. El médico del manicomio implora al rey que aleje a este hombre terrible de la clínica. Pero ¿adónde van a llevárselo? Procede de una familia a la que pertenecen altos funcionarios, poetas y cardenales.

23.VI. El resultado es infinitamente más importante que el experimento. Para ver las objeciones sólo se requiere una vista aguda. Para penetrar en ellas y disolverlas se precisa además una fuerza creativa. Lo realmente difícil y especial de una cuestión sólo surge en el momento en que se exige lo definitivo. Al dandy todo lo definitivo le resulta odioso. Procura evitar las decisiones. Antes de reconocer su debilidad, se inclinará a desacreditar la fuerza como una muestra de brutalidad.

He inventado un nuevo género de versos, «Versos sin palabras» o poemas fonéticos, en los que el equilibrio de las vocales sólo se pondera y distribuye según el valor de la secuencia de la que se parte. Esta noche he leído los primeros versos de este tipo. Para ello me había construido un vestuario especial. Mis piernas estaban metidas en una columna redonda de cartón azul brillante, que me llegaba esbelta hasta la cadera, de modo que hasta allí tenía el aspecto de un obelisco. Por encima llevaba una enorme capa hasta el cuello, recortada en cartón, forrada de escarlata por dentro y de oro por fuera; estaba sujeta al cuello de tal manera que, subiendo y bajando los codos, podía moverla como si se tratara de unas alas. A esto había que añadir un sombrero de chamán con forma de chistera, alto, a rayas azules y blancas.

En los tres lados de la tarima frente al público había dispuesto atriles y puesto sobre ellos mi manuscrito redactado con lápiz de color rojo; iba oficiando la celebración ora en uno ora en otro. Como Tzara sabía de mis preparativos, hubo un pequeño estreno, pero en toda regla. Todos sentían curiosidad. Así que, como no podía caminar vestido de columna, hice que me llevaran a la tarima en la obscuridad y comencé a decir lenta y solemnemente:

gadji beri bimba
glandridi lauli lonni cadori
gadjama bim beri glassala
glandridi glassala tuffm i zimbrabim
blassa galassasa tuffm i zimbrabim...

Los acentos se volvieron más duros, la dicción se elevó al agudizarse las consonantes. Muy pronto me di cuenta de que, si quería seguir serio (y lo quería a cualquier precio), mis medios de expresión no estarían a la altura de la pompa de mi puesta en escena. Entre el público vi a Brupbacher,[22] Jelmoli,[23] Laban,[24] la señora Wigman.[25] Tuve miedo de hacer el ridículo y pegarme un planchazo, y me contuve. Había acabado entonces con el «Canto de Labada a las nubes» en el atril de la derecha y la «Caravana de elefantes» en el de la izquierda, y me vol-

[22] Probablemente Fritz Brupbacher. Cf. nota 5.
[23] Hans Jelmoli (1877-1936), compositor y crítico musical suizo.
[24] Rudolf von Laban. Cf. nota 17.
[25] Marie Wiegmann (1886-1973), bailarina y coreógrafa.

ví de nuevo al caballete central, agitando las alas diligentemente. Las pesadas series vocálicas y el ritmo arrastrado de los elefantes me habían permitido incluso una última subida. Pero ¿cómo iba a rematarlo ahora? Entonces advertí que mi voz, a la que no le quedaba otra vía, adquiría la arcaica cadencia de la lamentación sacerdotal, aquel estilo del canto de la misa, tal y como suena, con aflicción, por las iglesias católicas de Oriente a Occidente.

No sé qué fue lo que me sugirió esta música. Pero comencé a cantar mis series vocálicas de forma recitativa al estilo eclesiástico e intenté, no sólo seguir serio, sino además forzarme a la seriedad. Por un momento me pareció como si en mi máscara cubista apareciera el rostro de un jovencito pálido, azorado, aquel rostro mitad asustado, mitad curioso de un muchacho de diez años que, en las misas de difuntos y en los oficios solemnes de la parroquia de su pueblo, está pendiente, tembloroso y ávido, de la boca del sacerdote. Entonces se apagó, como yo había dispuesto, la luz eléctrica, y fui bajado de la tarima al escotillón, cubierto de sudor como un obispo mágico.

24.VI. Antes de los versos había leído algunas palabras programáticas. Con este tipo de poemas sonoros se renunciaba en bloque a la lengua, que el periodismo había vuelto corrupta e imposible. Suponía una retirada a la alquimia más íntima de la palabra, se abandonaba incluso la palabra para preservar así un último recinto santísimo para la poesía. Se renunciaba a hacer poesía de segunda mano: es decir, a asumir palabras (por no hablar ya de

frases) que no se hubieran acabado de inventar para uso propio, enteramente nuevas y flamantes. Ya no se deseaba alcanzar el efecto poético por medios que, a la postre, no son nada más que el reflejo de intuiciones o de arreglos ofrecidos furtivamente y ricos en lo intelectual, pero no en lo plástico.

2.

VIRA-MAGADINO, I.VIII. Pisamos tierra aquí, viniendo de Locarno, como Robinson en su isla de papagayos. Todo ese paisaje completamente intacto..., *quanto è bello!* Montañas de azul acero sobre jardines de rosas. Pequeñas islas que brillan a la luz del amanecer. Nuestras maletas estaban sobre la gravilla al sol. Muy poco a poco fueron acudiendo algunos niños curiosos y pescadores, que nos condujeron arriba, hasta el pueblo.

4.VIII. Tzara ha inaugurado una colección Dadá con *La première aventure céleste de Monsieur Antipyrine*. Sin embargo, para mí, la aventura celeste ahora es la apatía y aquella nostalgia de la convalecencia que hace brillar todas las cosas con una luz nueva, que lo inunda todo dulcemente. Tres veces al día sumerjo los miembros blancos, desnudos, en el agua azul plata. Los verdes viñedos colgantes, el repicar de las campanas, los ojos pardos de los pescadores corren por mi sangre. ¡Ya ni siquiera necesito poemas! Todas las colinas quedan reposando sobre la orilla, guardadas por una serpentina que vela sobre ellas con una corona de oro.

Me escriben sobre los nuevos materiales que se emplean en el arte (papel, arena, madera y otros). Y yo les respondo que me he enamorado de los vaqueros sordomudos que cuidan de sus animales y busco elementos descriptivos, gráficos, para procurarme «garantías reales» para mi presente.

5.VIII. La infancia como un mundo nuevo, y toda la fantasía infantil, toda la inmediatez infantil, la figuración infantil contra las senilidades, contra el mundo de los adultos. El niño será el fiscal el día del Juicio Final, el Crucificado dictará sentencia, el Resucitado perdonará. La desconfianza de los niños, su reserva, sus evasivas frente al conocimiento y, con todo, no ser entendidos.

La infancia no es, de ningún modo, tan transparente como generalmente se piensa. Es un mundo al que apenas se le ha prestado atención, con leyes propias, sin cuya proclamación ningún arte existe, y sin cuyo reconocimiento religioso y filosófico ningún arte puede subsistir ni ser aceptado.

A pesar de ello, la fiel fantasía de los niños, siempre dispuesta a creer, también está expuesta a toda corrupción y a toda confusión. Superarse en sencillez y alma de niño..., ésta sigue siendo la mejor defensa.

6.VIII. Cuando me pongo a reflexionar sobre nuestros ensayos en Zúrich, pienso que se podría hacer un hermoso artículo antifantástico, que constara, por ejemplo, de las siguientes tesis:

No se puede confundir la lógica, pero tampoco se puede confundir la fantasía con el logos.

El presente no existe en los principios, sólo existe aún en las asociaciones. Por tanto, vivimos en una época fantástica que en sus decisiones se remite más a la asociación que a fundamentos inconmovibles. En esta época, el espíritu creador puede emprender lo que se le antoje. Es, en toda su extensión, mercancía no declarable, materia.

En su fantasía, el arte, según figura en mis notas anteriores, se debe al escepticismo consumado. En consecuencia, los artistas, en la medida en que son escépticos, desembocan en la corriente de esta época fantástica; forman parte de la decadencia, son sus emisarios y sus parientes consanguíneos, por mucho que quieran adoptar la actitud contraria. Su oposición es un engaño.

Aunque ciertamente sea contrario a las normas y a la cultura, no es necesario que el artista se sirva obligatoriamente de su fantasía. La nueva ley que simula puede estar tomada de las normas del futuro e incluso de las de un pasado muy remoto.

No obstante, la intuición también es fantástica. Se configura a partir de los cinco sentidos y nunca ofrecerá al artista más que hechos probados por la experiencia, nunca elementos formales.

En la medida en que las ideas, la moral, los principios de nuestra época no son ya más que nombres; en la medida en que la Academia ha caído en un enorme nominalismo, es la madre nutricia de toda fantasía. Sólo porque no quiere convencerse de ello, porque muestra una desmedida hipocresía, puede uno engañarse sobre el mis-

mo hecho de que el sacrificio del intelecto no es lo indicado para enfrentarse a ella. La Academia misma es fantástica e irracional. Su fe en la «ciencia objetiva» es el fundamento de todas las fantasmagorías. Así que, seguramente, el futuro no sacrificará el intelecto, sino que lo opondrá al fantástico culto a la ciencia de una forma aleccionadora.

Novalis sobre la fantasía: «Sé que lo que más le gusta a la fantasía es lo amoral, lo más brutal intelectualmente. Por otra parte, también sé cuánto se parece la fantasía a un sueño, que ama la noche, el absurdo y la soledad. El sueño y la fantasía son la propiedad más personal, son a lo sumo para dos, pero no para más personas. Uno no se puede detener en ella, mucho menos perpetuarla» (A Carolina, 27 de febrero de 1799).

Mi manifiesto para la primera velada *pública* de Dadá (en la casa gremial Waag) fue un desaire apenas velado a mis amigos.[26] Ellos también lo percibieron así. ¿Se ha visto alguna vez que el primer manifiesto de una causa recién fundada contradiga la causa misma ante sus partidarios? Y, sin embargo, así fue. Cuando las cosas están agotadas, no puedo permanecer más tiempo en ellas. Es algo que me viene por naturaleza; toda consideración en sentido contrario obtendría escasos frutos.

8.VIII. De la biblioteca, *Genio y locura*, de Lombroso. Hoy, mi opinión sobre los internos de los manicomios es

[26] Reproducido al final de la presente edición.

diferente a la de hace diez años. Las nuevas teorías que formulamos rozan esta esfera peligrosamente, con todas sus consecuencias. La cándida inocencia que linda con lo infantil, con la demencia, con la paranoia, viene de la fe en un recuerdo originario, en un mundo reprimido y sepultado hasta hacerlo irreconocible, que en el arte se libera mediante un entusiasmo desenfrenado y en el manicomio, en cambio, mediante la enfermedad. Los revolucionarios a los que me refiero han de buscarse más bien allí que en la literatura y la política mecanizadas de hoy. En lo disparatadamente infantil, en la locura, donde las limitaciones se han echado abajo, aparecen capas originales nunca antes alcanzadas, que no han sido tocadas por la lógica y el aparato, un mundo con leyes propias y su propia figura, que plantea nuevos enigmas y nuevas tareas, al igual que un continente recién descubierto. En el propio hombre se encuentra la palanca para sacar de quicio este mundo nuestro agotado. No es necesario que busquemos un punto de apoyo fuera del mundo como aquel mecánico de la Antigüedad.

10.VIII. En la iglesia de Vira con Emmy, para la oración de la tarde. ¡Cuántos son los fenómenos y los grandes personajes de la tradición para los que la Iglesia es la única clave! A Rembrandt, por ejemplo, sólo se le entiende en una de estas oraciones católicas de la tarde, donde una única vela ilumina toda la bóveda mística. De la misma manera, basta un solo pensamiento iluminado para llenar de claridad todo el espacio espiritual, toda la noche espiritual. Mi vestimenta de obispo y mi lamentable irrupción en la última soirée me dan que pensar. El

marco del Voltaire en el que tuvo lugar era poco adecuado para ello y mi interior no estaba preparado. El *memento mori* de la Iglesia Católica adquiere en esta época un nuevo significado. La muerte es la antítesis del barullo y las baratijas terrenales. Eso penetra en uno más profundamente de lo que se cree.

También la Iglesia es fantástica y multicolor..., pero sólo vista desde fuera. Su (aparente) fantasía proviene de que lo sencillo esté tan profundamente abismado en sí mismo. El observador superficial no logra encontrar ningún acceso; el secreto permanece oculto para él. El trato con la muerte es la preocupación central de la Iglesia. El problema de la muerte está en el centro de todas sus consideraciones. Sobre la tumba y la catacumba se eleva toda la construcción que se despliega en la imagen.

II.VIII. Hemos leído la *Casa de los muertos* de Dostoievski. La Katorga y cualquier prisión (a decir verdad, Suiza no es más que otra prisión) educa enterrando a los delincuentes y haciéndoles olvidar su antigua vida anterior. Estar prisionero invita a la oración y a la lectura, a la reflexión y a la transformación poética de la vida anterior y del ser. Los que han sufrido prisión, los penados de esta época, no deben caer en el desaliento. No deben tolerar la amargura. «¡Salid de las prisiones!», clama Isaías. El profeta sabrá por qué invoca precisamente a los presos.

Las campanas de Magadino, Ronco, Ascona y Brissago son relojes de música, que tocan graciosas melodías. Pa-

san el día entero entonando su aire romántico y soñador. Las montañas y el mar; una heroica naturaleza muerta, cercada por llamas plateadas.

13.VIII. No hay más que ser directo, exteriorizar el interior, y ya se estará maduro para todo tipo de cuidados. Eso quiere decir que sólo una minoría de las personas pueden atreverse a reconocer y exponer sus motivaciones más profundas y auténticas. ¡Qué despliegue de astucia y prudencia utiliza cada individuo para controlar y reprimir los estados de ánimo, extravagancias, manías, deseos y celos que surgen en él continuamente! Así se explican todas las desavenencias en los matrimonios, uniones y negocios donde los hombres ponen su confianza y se descuidan. Lo que llamamos nuestros asuntos privados, lo más personal, es un hervidero de contravenciones de la ley y locuras inconfesadas. Que cada cual compruebe en sí mismo con qué frecuencia le gustaría apartar de sí, en esos momentos íntimos, a un amigo o incluso a un familiar próximo, por el más mínimo motivo. Esto es así porque de nuestro entorno y, en realidad, de las cosas sólo tenemos las imágenes que hay en nuestro interior y nos gusta creer que las podemos borrar o alterar a voluntad. Sin embargo, las imágenes son las cosas mismas, aun cuando las cosas no sólo sean imágenes. Con la creciente atención al lenguaje desaparecerá también la falta de atención a la imagen del hombre. Toda la contención en el comportamiento, en la que la mayoría de las veces desemboca la moral, no sirve de mucho. La fuerza de las imágenes reprimidas no queda por ello eliminada. Las depuraciones han de empezar con el len-

guaje, la imaginación ha de ser purificada. No mediante prohibiciones, sino mediante un perfil más preciso en la expresión literaria.

El *desperado* como el tipo experimental. No ha de tener ninguna consideración, ni tiene que arriesgar nada. Tiene toda su persona a su disposición. Puede ser su propio conejillo de Indias y puede someterse a la vivisección en su propia carne. Nadie puede prohibírselo. ¡Cuántas cosas extraordinarias se pueden encontrar así!

16.VIII. El lenguaje como órgano social puede ser destruido, sin que el proceso creativo tenga que sufrir por ello necesariamente. Parece incluso que, de ser así, las fuerzas creativas saldrían ganando.

1. El lenguaje no es el único medio de expresión. No alcanza a comunicar las vivencias más profundas (algo que hay que considerar al hacer una valoración de la literatura).

2. La destrucción del órgano lingüístico puede convertirse en un medio de dominio sobre uno mismo. Allí donde se interrumpen las asociaciones, allí donde acaba la razón, es donde crece el recogimiento en el propio yo, la abstracción, la soledad.

3. Escupir palabras: el lenguaje yermo, esclerótico, vacío, del ser humano en sociedad. Simular una moderación gris, castrense o una locura. Pero permanecer en máxima tensión interiormente. Alcanzar esferas inexpugnables, incomprensibles.

«Locamente hermoso» quiere decir: creado a partir de

una profundidad extrema, peligrosa. Pero ¿qué ocurre para que ahora una palabra así ya no me entusiasme, sino que me disguste? Quien choca con las cosas, ¿ha de ser también quien las devuelva a su armonía? Esto es seguramente lo que me entristece.

ASCONA, 15.IX. En *Die Aktion*, Rubiner defiende a los literatos contra diversos ataques reales e imaginarios. También yo pertenezco a los atacantes de los que hay que defenderse. «Todos insultan diciendo "literato", deshonran la palabra "literato", trabajan por el descrédito de la voz "literato".» —Pero no es cierto en absoluto que yo también pertenezca a los atacantes; para mí, esta palabra es incluso un título honorífico. El literato es uno que cuida la palabra por amor a la palabra misma. La profunda especialización de la época es la única responsable de que se haya producido una escisión entre el literato, por una parte, y el poeta y el erudito, por otra, que, en mi opinión, es perversa. Existen hoy poetas reconocidos que han perdido todo respeto y consideración, porque la palabra determina, sobre todo y antes que nada, sobre su grandeza y su mérito. Y hay eruditos cuyas frases habrían de espantarle a uno si las tuviera que citar sin haberlas pulido antes estilísticamente. No obstante, también hay un tropel de literatos que, pasando por encima de los trabajosos estudios y de cualquier reflexión ordenada y coherente, se creen legitimados, pese a todo, para cualquier crítica. En este sentido, se puede hablar de literatos eternos o bohemios, de la misma manera que se habla de estudiantes eternos o bohemios. Sería bueno que los poetas y eruditos volvieran a ser más lite-

ratos (artistas de la palabra, hostigadores de las letras); y los literatos, más eruditos y poetas (lógicos y maníacos de lo maravilloso). La literatura presupone ante todo a los literatos, aunque también tiene su parte en los poetas y eruditos. Y, cuando se presentan libros, la crítica literaria, ante todo, no debería perder de vista a los literatos y juzgar el conjunto por la sintaxis. Parece que son lugares comunes, pero no se llevan a la práctica en modo alguno. ¿Cómo si no iba a existir esta sobresaturación de poetas y profesores reconocidos, que ni siquiera saben escribir correctamente?

En el tipo del literato moderno (en el dandy) pervive algo del estilo elegante y del carácter reflexivo de los humanistas. La estilización literaria de los hechos, es decir, su incorporación a una forma personal, es más importante que la conclusión más interesante, pero carente de forma, que se pueda deducir de los hechos mismos. Lo cual no excluye una doble dificultad: 1) que el literato alcance una estilización objetiva, y 2) que el erudito presente una *conclusio* estilizada.

De *Flaubert y la crítica*, de Heinrich Mann:

«Sólo hay que amar una cosa: la belleza, la belleza absoluta, que independientemente de lo personal, independientemente del tema y, tal vez, incluso del sentido de las palabras, tiene en las frases (que son como fórmulas cabalísticas) una existencia que resulta incomprensible a su mismo sacerdote.»

Eso es la «belleza objetiva». Pero una frase más sobre el autor:

«Siempre que fue posible, vio odio en las críticas; y cuando eso no fue posible, se quedó atónito. Ha de haber mostrado un desprecio desmedido por aquellos que le exigían "corazón". Esta gente con tanto corazón no puede tolerar la modestia y la divina mezcla de desprecio y comprensión en un maestro que esconde la cabeza detrás de su mundo.»

Es comprensible; porque buscan la «naturalidad» de lo que no puede reconocer lo natural sin renunciar a sí mismo.

Propongo un nuevo juego de sociedad. Se leen las frases que uno quiera tomadas de los principales periódicos y, luego, a ver quién adivina su autor.

18.IX. Frank opina que hay que trabajar hasta que a uno le arda la piel del cerebro, hasta que uno se caiga del escritorio. Hasta que uno se llene de asco y repulsión ante el trabajo. Entonces el trabajo estará listo. Ya lo dijo Flaubert. Se trata del artista del lenguaje como asceta.

No se quiere reconocer que no hay forma de «hacer» una revolución si no es mediante una apresurada reorientación del aprendizaje. En Alemania, el impulso vendrá previsiblemente de la descomposición, de un estado de agotamiento. No es algo que uno pueda hacer, es algo que se hace por sí mismo. A uno sólo le queda esforzarse por ajustarse a los hechos y al auténtico estilo de la época. Si entonces las cosas se tambalean, que se tambaleen. Surgirá una nueva base.

«Nuestra señora de Orléans»:[27] es éste un capítulo de delicadas banderas y de espadas; agudo con las palabras, entusiasmado con las palabras.

22.IX. Sobre el curioso poder que esta época ejerce sobre mí. Creía que sólo la belleza y la pobreza poseían auténtico poder sobre mí y debo reconocer que me engañaba. Para confesar sus crímenes, la época necesita un médium. Como consuelo sólo puedo decirme una cosa: tal vez no dependa tanto de lo que uno hace como de dónde tiene uno los oídos.

Como dadaístas exigimos que se buscara y mostrara a las personas jóvenes con todas sus virtudes y defectos, con toda su maldad y su bondad, con todos sus aspectos cínicos y extáticos, independientemente de cualquier moral y, sin embargo, partiendo de una moral que sirve para elevar al ser humano en conjunto (y no solamente una parte del hombre, a la que educarse le resulta agradable, que promueve la sociedad o que se adapta a los sistemas existentes). Fue un error. Entonces, ¿es divina la infancia y la juventud natural? Es muy improbable.

De modo que queríamos procurar a los hechos sus derechos; aquellos hechos, fueran de la índole que fuesen (espantosos, ridículos, sublimes o descorazonadores), que en su conjunto constituyen lo «irracional, lo necio-sublime, el inagotable milagro de la vida». En esto también se entremezclan lo verdadero y lo falso. Hay que abandonar los irracionalismos. Tanto lo suprarracional como lo irracional son ambos irracionales. En busca de

[27] Obra de Johannes R. Becher.

la vida caemos en la superstición de que hay que contar la vida misma entre nuestros irracionalismos. Pero hay que separar lo natural de lo sobrenatural.

Al momento surge la cuestión de los límites. Nuestra época también intenta hacer que lo sobrenatural aparezca como algo completamente natural. ¿Dónde residen las garantías de lo sobrenatural? No encuentro más respuesta que ésta: en el aislamiento; en el abandono, en substraerse a la propia época. Así es como uno se vuelve sobrenatural antes de darse cuenta. Mirar bien y controlar siempre cómo puede aislarse uno de esta época, pero sin abandonar la vida, la belleza, lo insondable. Así es como uno afrontará la separación en las mejores condiciones.

24.IX. Lo superlativo tiene toda una tradición en Alemania: con Kleist, Wagner y Nietzsche. También en el judaísmo oriental; en el judaísmo de los alemanes en general. Desde Rousseau, lo sensacional sirve para liberarse de la mazmorra de silogismos de la Ilustración; para desviar la atención pública de la Academia. Ésa es la razón por la que Kleist fue desgraciado; también Nietzsche. ¿Cómo se puede uno proteger?

¿Acaso puede uno olvidarse de sus propios pensamientos? Me parece que ya anoté en Berlín que lo demoníaco está acabado; que uno ya no se distingue por lo demoníaco. Una nueva prueba de que los productos intelectuales no significan mucho; porque no he podido resistir la música del impulso y me he dejado arrebatar por él.

25.IX. Ya antes había tomado también algunas notas sobre la intuición, que cuento entre los «horrores de Satvam». Y he sucumbido a ella. Seguramente, la ciencia tiene razón cuando se enfrenta a la arbitrariedad de la fantasía y el sentimiento. Es cierto que eso no cambia nada en su posición, pero sí demuestra que es estricta con una irracionalidad que se podría poner en tela de juicio.

Resulta sorprendente que para Spinoza, que, por otra parte, también era un erudito, la *scientia intuitiva* represente la forma máxima de conocimiento. Según los hindúes es un engaño, un error aceptarla como divina. La *scientia intuitiva* llevó a Spinoza a considerar la naturaleza como un ser divino precisamente porque tomó la intuición por algo divino, cuando en realidad ésta sigue encerrada en la naturaleza.

Hay que andar con cuidado. También en el mal existe una eternidad y una inmortalidad. Si no fuera así: ¿dónde aprenderían los destructores a realizar su tarea?

26.IX. Un día maravilloso. Haberlo disfrutado ya es algo. Las hojas se caen. Los nobles racimos azulados cuelgan con sus uvas redondas y maduras sobre las colinas. Ahora ya sé adónde se podía huir estando en Zúrich: al Tesino.

A Emmy le parece que la lengua alemana es pobre en vocablos de ternura y pasión. La danesa es infinitamente más rica en este sentido. Conversación sobre la gracia a las cinco de la mañana. Es aquella invención de mil pe-

queñas formas de ternura que adornan, regalan y enriquecen. Sosiego en todo momento. Un pequeño derroche constante, la facultad de inventar por el placer de adornar. Modelar minuciosamente y jugar crean gracia, y toda gracia une, obliga. Quien modela minuciosamente tiene en cualquier instante cosas listas para poder regalarlas. Esto humaniza las relaciones, da lugar a que el regalo sea correspondido con otro, a la conversación, al esparcimiento. La gracia es el auténtico elemento vital de las naturalezas creativas. Tal vez la creatividad misma no sea más que una gracia. *Gratiae gratis datae*... En alemán se pone demasiado acento sobre la voluntad, sobre la construcción. Incluso se valora el carecer de gracia y el resultar áspero, es decir, carecer de creatividad. Por eso no nos comprometemos con nadie y no contamos con simpatías.

La actitud cortés frente al entorno está estrechamente relacionada con la gracia. No todos los pequeños detalles tienen por qué ser ciertos y auténticos; de vez en cuando, también se dice algo que no es cierto por cortesía, por gracia: para quedar al mismo nivel. Quien habla en contra de la gracia, no se puede gustar a sí mismo; porque se requiere gracia incluso para con la propia intimidad, para con nuestra alma querida, que muchas veces se encuentra tan contrariada que sólo la gracia puede alegrarla y estimularla ya. Uno mismo no puede comportarse como un policía. La falta de gracia vuelve a las personas amargadas y descontentadizas. Vitalidad y gracia son casi idénticas. La vida no quiere ser formada, amada e iluminada sólo en ciertos momentos, sino a cada instante. Confrontar a cada instante los acontecimientos ás-

peros y difíciles de aceptar con la ilusión: éste es el triunfo de la gracia.

29.IX. Amo a mi nación como a ninguna otra; en mi corazón sé que nadie puede disputarme este hecho. Pero no amo mis vicios ni mis perversiones. ¡Menudo amor ciego y ñoño sería ése! Sin embargo, cuando la perversión se ha convertido en una segunda naturaleza, ¿cómo puede extirparla uno si no es con un dominio y un control férreo y firme? Muchas veces casi estoy por creer que soy el único que experimenta esta dificultad y no puedo ni quiero asumir que sea así. Tampoco se me oculta, en modo alguno, el peligro que corro al perseverar en este empeño. Tendré en mi contra a toda la jauría de aquellos cuyos intereses se reflejan en mi falta de interés.

En sus diarios, Hebbel opina que el judío puede convertirse fácilmente en un hombre como todos los demás si se empeña a fondo y con toda su voluntad en eliminar aquellas cualidades suyas que lo separan de la sociedad. Respecto al carácter alemán, en la singularidad que todo el mundo le reconoce, una cuestión que tiene que ver con la formación y la deformación, un repugnante producto artificial fruto de una humanidad anclada en las normas: ¿es que este carácter alemán habría de dominar el núcleo esencial de cada uno de nosotros hasta tal punto que sus huellas sean indelebles? Eso es algo que no se puede aceptar.

«Convertirse en un ser humano es un arte.»

(NOVALIS)

1.X. «La gente que participa en la batalla del Somme», dice Emmy, «no puede sostener luchas interiores. Así es como debe ser.» Considera la batalla del Somme el auténtico Infierno, del que se habla en las profecías. Ha visto una imagen, gente con fieras máscaras de gas, que parecen trompas y hocicos. «Desde entonces creo con toda firmeza que aquello es verdaderamente el Infierno, según está escrito. ¿Por qué no habría de ser posible?»

El material más próximo y original siempre es el hombre en sí mismo. Trabajar en uno mismo como en una columna con figuras, a la que no se puede hacer temblar y sobre la que no se puede sutilizar. Todos los sistemas de los filósofos no son más que glosas a grandes personalidades. La gran personalidad es el sistema de una época *in nuce*. Doble tarea: educarse y protegerse.

Las sanguijuelas abstractas que Kant prescribe a la nación se han multiplicado alarmantemente. Es hora de retirarlas si no queremos que el paciente sucumba.

3.X. Tzara, Arp y Janco me han escrito una carta desde Zúrich, diciendo que debo volver sin falta; se requiere mi presencia urgentemente.

Querer ser y representar algo en una época así sería un placer decorativo.

Lo que es un filósofo. Hay hombres que se esfuerzan por compendiar lo elemental. Los hombres anteriores, que

crecieron en una época firmemente articulada, podían dedicar toda su fuerza a la sublimación. El filósofo de hoy consume dos terceras partes de su vida en esfuerzos infructuosos para orientarse en el caos.

4.x. Supongamos que me invitaran a colaborar en una revista que:

1. rechaza la guerra,
2. su opinión es que la burguesía internacional es la culpable de esta guerra,
3. aspira a un entendimiento, a un hermanamiento de aquellos individuos que, más allá de su nación, anhelan vivamente una nueva sociedad,

declinaría tal invitación por los siguientes motivos:

1. porque me parece más importante investigar, en primer lugar, hasta qué punto están justificadas las objeciones que se hacen a mi nación y qué acciones se pueden emprender para eliminarlas;
2. porque es más importante hacer frente, en primer lugar, a las falsas opiniones de los propios compatriotas que buscar un hermanamiento que no es deseado por el partido opositor;
3. porque la intensa actividad crítica respecto a la situación de la propia casa creará poco a poco un fondo esencial, un perfil auténtico, que tendrá como consecuencia la armonización de las naciones por su base.

Así es como yo veo que nacerá un nuevo ideal de entendimiento; sólo a partir de un trabajo intelectual intensivo, no extensivo. Todo lo demás me parece una pérdida de tiempo y un derroche de energías.

6.x. La construcción levantada con mentiras se desploma. Apartarse lo más lejos posible y refugiarse en la tradición, en la singularidad, en lo sobrenatural, para no ser alcanzado.

Humillaciones y mortificaciones.

Huelsenbeck envía sus *Oraciones fantásticas*. «Hace semanas que estoy decidido», escribe, «a volver a Alemania, pero por el momento no puedo marcharme, porque padezco una grave enfermedad nerviosa en el estómago. Es espantoso, el infierno tres veces, sin dormir, siempre escupiendo, tal vez, el castigo por aquella *hybris* dadaísta que tú crees haber identificado ahora. También yo he manifestado siempre una fuerte resistencia frente a este arte. He encontrado a un francés que es extraordinario: Léon Bloy. Por mi libro verás que no me faltan ganas de hacerme jesuita.»

Las exageraciones me resultaban saludables.

Es poco artístico y perjudicial para la salud querer representar el sexo de uno.

Burdo naturalismo, animismo, marinettismo.

Por todas partes la desesperación por un mundo sin Dios, que se aferra a la frase clasicista.

Ocultarse detrás de los objetos. Desaparecer.

8.x. Más de uno, con sueños y deseos, con la magia de la palabra, se ha envuelto en votos de tal modo que, sin darse cuenta, ha quedado obligado a una vida sacramental para el resto de su existencia, si no quiere ser tenido por falso y traidor a su propio espíritu.

Objetivo de mi *Novela fantástica*, que empecé hace dos años, en el otoño de 1914: destrucción de mi duro contorno interior. Cuando la acabe, habré escrito de antemano su crítica.

10.X. Toda sátira y toda ironía remiten a la ingenuidad. Sólo una persona ingenua puede sentir regocijo con aquella contradicción que surge cuando las personas y las cosas rebasan sus límites naturales y su independencia hasta la total oposición. El desconcertante embate de esta época fracasó en nuestra ingenuidad. Cuando un soldado pierde su ojo, mientras sueña con el campo de batalla como un «paisaje violeta»; cuando el profesor se hace militante y el diablo aparece como una agradable tía *au cul de Paris*; cuando una cultura envejecida por los años recupera, a pesar de todo, un estilo juvenil y empieza a insinuarse, entonces sólo los niños y los dadaístas notan lo inapropiado y absurdo de tales representaciones deformantes. Naturalmente, la ingenuidad del niño puede parecer cruda, sin corazón, y toda risa se interpreta como una extraña contracción de ciertos músculos de origen incierto. La propia contradicción tampoco se elimina en modo alguno ni se cura por completo al percibir su carácter absurdo. Pero la ingenuidad pertenece a la salud, y ¿adónde llegaríamos si abandonar aquello que nos conviene ya no fuera percibido como un desorden?

Una orientación antiintelectualista consecuente debería tratar de doblegar los juicios en general y sus propias valoraciones.

Bufonería y quijotismo: ambos son irracionales; una, por lo profundo, por lo vulgar; el otro, por lo elevado, por lo generoso. No se puede pretender ser Sancho Panza y Don Quijote a un tiempo.

13.X. Con un extraño estado de escisión en mi ser he acabado hoy *Flametti*, una novelita de unas ciento setenta páginas. Como un escrito de circunstancias, como una glosa al Dadaísmo, puede que desaparezca con él.

Una tarea ante la que cualquier otro sentiría escalofríos y a la que nadie quiere acercarse, una tarea, incluso, que nadie considera posible y tampoco auténticamente necesaria, ésa bien podría ser una tarea para mí.

17.X. Visita a la «Madonna del Sasso». La Alta Señora no parece encontrarse en casa. Su influencia en toda la comarca. En cualquier momento puede aparecérsele a cualquiera. Es cierto que ya hace algún tiempo que se le apareció a Fray Bartolomeo, fue precisamente en el año 1480. Pero ¿qué importa la época ante tales potestades celestiales? Sus juguetes están abajo, en la pequeña capilla: el cordero con la nariz larga; el camello apocalíptico de estuco con los ojos curiosamente torcidos. Sus imágenes votivas están arriba, en la iglesia: niños moribundos en camas imposibles, románticas sillas de postas volcadas, culebras sobre escaleras. El peligro de peste e inundación me produce hasta náuseas, pero está bien que sea así. En su casa hay muchos corazones de plata. Un cua-

dro hermoso y dulce de Giorgione, lleno de consonancia y armonía. Los monjes rezaban una rápida letanía detrás de una cortina azul con estrellas. La escena de ballet del encuentro de María con su prima también me conmovió profundamente. Pero, a pesar de todo, toda esta ciudadela celestial me pareció bastante abandonada. Los *patres*, sus lacayos, despedían un aroma de galerías de flores lleno de despreocupación. Los antiguos castaños del desfiladero eran como un parque abandonado, como si la divina Majestad hubiera ocupado alguna otra morada. La residencia estaba vacía. Habrá que venir cuando vienen los numerosos peregrinos, cuando es día hábil y concede audiencia.

3.

ERMATINGEN, 2.XI. He pasado cuatro días en Zúrich con Frank,[28] por cuya angustiada carta emprendí viaje hacia allí. Su «soledad». Yo soy el único que siente y piensa como él. Durante el viaje a Mannenbach me lee algún manuscrito nuevo: lo primero que ha escrito en semanas. Su ser concentrado en sí mismo.

En Zúrich: como ando distraído, Tzara me lee y me entrega un buen número de poemas nuevos. De camino a casa pierdo todo el paquete. Ya no me acuerdo de dónde me he podido dejar esos versos, duermo mal, me levanto y a las cuatro de la mañana estoy en Niederdorf, para buscar los poemas en el canal, con los barrenderos. En vano. Oficina de objetos perdidos, periódicos, todo

[28] Leonhard Frank. Cf. nota 16.

en vano. Los manuscritos se han extraviado; casi no me atrevo a decírselo. Frank opina: «El subconsciente. Usted ya no tenía ningún interés en ellos.»

Ermatingen, este pequeño nido huele a todo tipo de variedades de manzana. En los jardines todavía florecen asteres y rosas. Amplias calles y carteles ornamentales en las tabernas. Napoleón III tenía un palacete de recreo en esta comarca, Arenenberg o algo así. Las casas campesinas tienen algo del arte industrial. Además, tampoco me gustan mucho las colinas y la planicie.

Ahora se mantienen conversaciones de este estilo:

Uno dice: «¿Qué hará usted si Rusia firma una paz por separado?»

Entonces, el otro le responde: «Ya no creería en la divina Providencia. No quedaría otra cosa que la lucha de clases más brutal.»

Sólo hay ruido. Ya sea con cañones o con debates, al fin y al cabo no supone una gran diferencia.

5.XI. En el hotel, Frank me leyó fragmentos de su novela burguesa. El «Salto mortal en el circo»,[29] el capítulo bohemio de antes y aquel que describe la atormentada conciencia del funcionario Jürgen. En el capítulo bohemio, me he prestado como modelo para el poeta Vorlang, como «expresionista».

[29] «Todessprung im Zirkus.»

La quema de los individuos ante el negro trasfondo. Grandes desesperaciones, himnos, cortinas de fuego y gritos de muerte sobrenaturales.

De los veinte genios alemanes en los que ya no quería creer en 1914, no me podrán convencer tampoco en 1916. Pero el editor [René Schickele] los cita uno a uno y debatimos cada día sus puntos fuertes y sus debilidades.

7.XI. Sólo se puede esperar algo de la sinceridad incondicional, aunque vaya en contra de los propios intereses. F. [Frank] habla mucho sobre la mentira. ¿Qué es lo que no se podrá decir de él? ¿Por qué le gustará tanto usar esa palabra constantemente? Respuesta: sobrevalorar la injusticia sufrida convierte a los hombres en tartufos hipócritas. Concede demasiada importancia a algunas vivencias juveniles traumáticas. Se ha hecho una «causa» a partir de ellas, sin convicción, poco inclinado a atacar el punto de partida.

Buscar en la persona lo absoluto para vivirlo. Parece ser lo que flota en la mente de Frank. El dominio de sí mismo no puede ser entonces lo bastante riguroso. Y este dominio también debe salir a la luz, debe compararse. Pero ¿con qué? La gente bohemia no es un modelo en absoluto y los poetas expresionistas tampoco lo son. ¿Es posible siquiera el absoluto en la persona? ¿Y hay que renunciar entonces a la época? Tal vez sólo haya que someterse a una crítica total y seguir sometiéndose a ella una y otra vez, hasta que, por fin, la crítica enmudezca.

¡Oh! ¡También algo espantoso y funesto!
¡Algo muy alejado de la vida pequeña y piadosa!
¡Algo no probado, algo extático!
¡Algo que se ha soltado del ancla y se mueve libremente!

(WALT WHITMAN)

8.XI. F. [Frank] me dicta *La locura de Jürgen* en la máquina de escribir. Jürgen, ése es el burgués que ha perdido su alma y que cabalga al galope hacia el manicomio para volver a encontrarla allí. Es una idea que sólo se le puede ocurrir a Frank. Él os mostrará cómo perder vuestra alma y cómo volver a recuperarla. Os contará cómo os volvéis infieles a vuestra infancia y cómo, a pesar de todo, ella no os abandona; cómo sigue acompañándoos permanentemente, en el arte, en la novia y en el recién nacido. Os demostrará que, en las noches de boda y en las aventuras furtivas, y aunque os obstinéis en ideas fijas y finalmente lleguéis a una neurosis por agotamiento, no os quedáis sin la infancia ni sin vuestra querida alma. Os pondrá en consonancia con vuestro mayor anhelo, el que sabe cómo salir vencedor por encima de negocios, documentos y sequedades faltas de corazón, aunque queráis ocultaros cien veces detrás de conchas.

Pero diréis que lo que está haciendo no es más que escribir una novela y que lo que exponga en ella serán sus propios conflictos. Lo que tiene que ver con el alma y con nuestro yo no son más que melindres. ¿No se pierde uno al escribir novelas, cuando se lo carga todo a otro y cuando todo se queda en apariencia, cuando uno se atiene a editores y a lo que es bueno para el negocio y le sur-

gen preocupaciones existenciales..., no pierde uno mismo su alma como autor?

Sí, seguramente es así. Sería absurdo negarlo. Uno la pierde, el alma, antes de que pueda decir que la está perdiendo. Y, por eso, este poeta odia su proyecto, por eso odia a sus personajes.

10.XI. Hay algo nuevo en esta novela: el artista (se trata del artista burgués, despersonalizado, romantizante) consumido por el moralista. La novela, el romanticismo y el propio novelista se vuelven dudosos. La decidida representación de uno mismo en el sentido de [san] Agustín o de Rousseau sería la solución. Pero para eso se requiere mucho valor y para ello es preciso un carácter sensible, que se puede simular con demasiada facilidad recurriendo a imágenes oníricas «objetivadas». En cambio, si hubiera que prescindir incluso del peso específico del autor, sería indispensable una conciencia que se reconociera, que se agotara a sí misma.

11.XI. Schickele me trae algunas cosas para traducir: notas de prensa sobre la autonomía de Polonia y un artículo sobre Maurras, Lemaître y Barrès del *Mercure de France.*

¿Al final habré venido hasta aquí para acordarme de la Madona del Rin y de la catedral de Estrasburgo? Prácticamente parece que sí.

15.XI. «Alegría, hermosa chispa divina», murmuro para mí mismo, cuando Frank viene a dictarme. Me pregunta qué es lo que estoy murmurando. Pues bien, esto es lo que murmuro:

Alegría, hermosa chispa divina,
hija del Elíseo,
penetramos ebrios de fuego,
celestes, en tu santuario.

Él asiente e incluso sonríe un poco. Por la tarde llega silbando una melodía para sí mismo.

Si en Alemania se necesita una canción revolucionaria: no hay otra mejor.

Según Monsieur Giler, la naturaleza del hombre puede adoptar dos formas antitéticas: o bien la de un salvaje, si sus sentimientos imperan sobre sus principios; o bien la de un bárbaro, si sus principios destruyen sus sentimientos. Así que, según Mr. Giler, Alemania es hoy salvaje y bárbara a un tiempo.

He traducido el artículo de Gillouin. Se me ha cruzado con Giler y Beethoven. Me tienen que pagar cien francos por el artículo; en realidad, tendría que pagar yo por la feliz coincidencia.

16.XI. Como no se puede llegar a ningún entendimiento, ahora es frecuente que las conversaciones tomen un giro teatral. Sch. [Schickele] me pide que le adapte *Hans en el mentidero* para la representación en el Neues Theater. Y Frank prepara una narración para el número navideño del *Berliner Tageblatt*. Un pequeño volumen de ese tipo de relatos breves de carácter programático (la novela la ha dejado de momento) constituiría un buen género.

17.XI. Por fin tengo tiempo para escribir unas palabras. Controversia Blei-Schickele sobre *Consideraciones humanas sobre política*, del primero.

«El cristiano debe querer liberar a las masas porque cree en el libre arbitrio del hombre, de cualquier hombre, y eso significa creer en general. Y creer significa querer que el ser humano crea.»

«No representamos intereses de ningún género, sino al hombre libre, al hombre eterno de mañana. También a usted, Blei.»

«Ahora hay veces que descubro en usted la peligrosa tendencia a huir y refugiarse en el anteayer, por el asco que le produce la insuficiencia del ayer y del hoy y, con este trasfondo, decretar la *Civitas Dei* "interior". Yo no quiero la *Civitas Dei* sólo en el interior, sino también en el exterior. E inmediatamente, por cierto. Y si no inmediatamente, sí por lo menos mañana. Escriba usted rápidamente un segundo libro, *Consideraciones políticas sobre la humanidad*.»

18.XI. *Apologistas intelectuales*,[30] de Gillouin, analiza los puntos débiles de la posición de tres destacados Pro católicos y, como tales, sólo especulativos, sólo católicos teóricos, pero, por lo demás, unidos en conjunto por un poso de reserva renacentista. El artículo es muy instructivo. Francia tiene una tradición católica que llega viva hasta el presente y que no ha podido ser quebrada por tres revoluciones. Cuanto más profundamente penetren

[30] Ése es el artículo del *Mercure de France* citado anteriormente.

los literatos, más seguro es que choquen con esta tradición. También la monarquía tiene una tradición completamente distinta de la nuestra. Hasta la gran Revolución, los reyes eran populares como católicos. Crearon la literatura francesa y lo hicieron sobre valores que, todavía hoy, mantienen parte de su vigencia. Es imposible comprender, aceptar e imitar los nuevos modelos de la literatura francesa, en los que el catolicismo vuelve a abrirse camino victorioso, sin acometer a la vez un cambio de dirección que invierta el rumbo de nuestra historia intelectual. De otro modo quedará en esnobismo y decoración. La asimilación de Francia y Alemania no puede salir adelante si no es mediante una asimilación en el carácter religioso. Francia no se hará protestante. La Iglesia nunca se va a convertir al protestantismo. Pero es posible que Alemania retorne algún día al catolicismo. ¿Por qué habría de quedar excluida esta posibilidad? Ahora comprendo mejor mis simpatías francesas. Son simpatías por la Francia católica, son simpatías religiosas, no políticas. Soy católico de nacimiento, y un católico renano, por cierto.

Sch. [Schickele] llega con algunas botellas de vino. ¿Es que vamos a celebrar una boda? Faltan cigarrillos y bebemos el café en la jarra del aguamanil. Se hace tarde, las cuatro de la madrugada. Le acompaño a casa. Me abre su corazón sobre algunos de sus colaboradores y, en realidad, sobre sus amigos más cercanos. Así, de noche y a la luz de la luna, nos entendemos muy bien. Si editáramos juntos una revista, no tuviéramos que tener miramientos y encontráramos colaboradores que se esforzaran un po-

co, podría resultar algo verdaderamente hermoso. Pero, de día, ambos volvemos a tener caras por completo distintas. Entonces él gana en carácter enérgico exactamente tanto como yo pierdo, y así no saldrá nada de ello. «Del Expresionismo», dice, «querría hacer una cosmovisión, un radicalismo en toda regla.» Yo también lo quise hacer una vez.

20.XI. El escepticismo europeo, el paganismo europeo, ha acabado minando en Alemania incluso el catolicismo, mediante los estudios clásicos, mediante los institutos de humanidades (lo sé por mí mismo). Seguir siendo hoy un auténtico católico, sin caer en el ornamento o en el fariseísmo hipócrita y mojigato, exigirá duras luchas interiores. El gran escritor católico no es posible en Alemania, porque siempre que toque los fundamentos chocará con las posiciones protestantes y escépticas, que no tienen motivo alguno para soportarlo, y porque el propio catolicismo en Alemania se ve obligado por el entramado político y por la mayoría protestante a ponerse a la defensiva, incluso a renunciar a aspectos esenciales de su tradición, si no a los mejores. Las luchas interiores de las que hablo adquirirán, por lo que respecta al destino de los combatientes, una similitud en el encono y en el ardor con aquellas que conocemos de la época romana. No hemos logrado nada siendo piadosos o volviéndonos piadosos; hay que romper con la tradición, eso quiere decir negar siglos enteros de evolución nacional. Para ello se necesitan, si no me engaño, infinitos esfuerzos y sacrificios. Crítica, estilo, forma de vida, psicología, precisamente en Alemania todos los recursos se han agudi-

zado y refinado en un sentido antieclesiástico, de tal modo que afirmar y hacer creíble la conciencia ortodoxa en nuestro siglo es sinónimo de un duro destino.

Los símbolos individuales de Nietzsche, Spitteler, Wagner y Böcklin. ¿Quién podrá seguir construyendo sobre ellos? ¡Qué despilfarro para una mitología carente de creatividad, cerrada en sí misma! Porque, ¿qué se puede derivar de ella? Como mucho, una religión natural y elemental; un animismo de los espíritus del fuego, el agua, el aire y la tierra. Goethe llama a Mefistófeles grotesco aborto de fango y fuego. Los otros dos elementos, viento y agua, han pasado a la prensa moderna y mantienen en movimiento con su impulso los molinos de la banalización.

21.XI. Las libertades de la Reforma nos deparan para hoy una completa servidumbre. La negación del libre albedrío fue lo peor. ¿Cuál es la ley: la autoridad de Dios o la del individuo? ¿La de la Iglesia objetiva o la de la ciencia objetiva? ¿Ha ahondado en la razón el culto a la ciencia o la ha vuelto completamente superficial? El Estado como fetiche, la ciencia como fetiche y ambos unidos en una alianza catastrófica: éste es el sentido de las secularizaciones de la Reforma.

En un principio, Lutero rechazaba la cultura en favor de la moral. Estaba pensado incluso monásticamente. Pero una moral arbitraria desemboca de inmediato en categorías culturales; sucumbe a impulsos y apetitos.

La destrucción de la moral en Alemania es una consecuencia de la falta de dogmas y de individuos canóni-

cos. De la falta de un arquetipo incontrovertible y un modelo de conducta para la vida. El protestantismo intentó incluso enmarañar la tradición paulina, incluso la de Jesús; eso equivale a construir una torre de Babel.

Sobre la crítica del individualismo. Siempre que se resalta el yo, es que el yo tiene intereses, ya sea avaricioso, despótico, vanidoso o indolente. Siempre sigue impulsos y apetitos en tanto que no se inserta en la sociedad. Quien renuncia a sus intereses, renuncia a su yo. El yo y los intereses son idénticos. Por eso prosperó el ideal individualista-egoísta del Renacimiento, hasta llegar a la unión general de los apetitos mecanizados que vemos sangrar y corromperse ante nosotros.

22.XI. La fe es una potencia ordenadora de primera fila. Otorga su forma a las cosas, incorpora las cosas a la ley. Cuando en el Génesis se dice que Adán dio nombres a los animales, se está diciendo con ello que era el hombre fiel que creía en su entorno; además podía creer en él porque procedía directamente de las manos del Creador. Es una generosa participación en la obra de la Creación la que Dios le concedió a Adán permitiéndole que, junto con los nombres, adjudicara una personalidad.

4.

ZÚRICH, 25.XI. De vez en cuando, sí que aparecen libros realmente interesantes. *Fortinbrás o la lucha del siglo XIX con el espíritu del Romanticismo* es uno de esos

libros. Su autor, Julius Bab, ve una contradicción entre ciertos «principios cristianos elementales» y el moderno positivismo. Lo metafísico, que ya no tiene base alguna en la cultura popular, constituye, según él, el Romanticismo. Incluso Hauptmann, e Ibsen y Strindberg son, en este sentido, plenamente románticos: los instintos realistas, mundano-paganos pugnan con el «anhelo del cielo cristiano-romántico». Esta conciencia experimenta su más fuerte revitalización con la entrada de la Rusia bizantina en la comunidad de trabajadores europea. Con ello, al Occidente realista le llega una crisis violenta y definitiva, que, sin embargo, así lo espera el autor, habrá de ser superada con acero y fuego por «los que actúan piadosamente y se complacen con la tierra». Para Occidente, incluso el lenguaje simbólico de Dostoievski no es más que Romanticismo. Como señalan el título del libro y una cita referida a ello al final, el autor se siente muy esperanzado por los cañonazos actuales. La guerra traerá el fin del Romanticismo alemán, el fin del cristianismo. Se acabará resueltamente con los «devaneos y quimeras erótico-artístico-políticas» de la gente joven. Goethe y Nietzsche son la garantía de ello.

Durante una larga fase de mi evolución me he sustentado con pretextos. He emprendido huidas, he iniciado caminos que sólo habían de ocultar una inmadurez de la que era consciente y que, sin embargo, no quería reconocer. Extravíos de la vergüenza: tal vez la juventud sea eso; tal vez lo sea el Romanticismo. En primer plano, vocaciones; un escenario de los intereses y pasiones más diversos para disimular y poder crecer en paz y madurar.

Renacimiento del cristianismo de Oriente. A Occidente, nuestra patria, le repugna. ¿Podemos convertirnos y volver a hacernos cristianos? Parece más bien como si los rusos tuvieran que sucumbir ante Occidente. Tal vez se produzca un cambio. Nosotros asumimos la ortodoxia y, a cambio, les entregamos las máquinas. El mundo ruso, hasta ahora pasivo, se ve obligado a disparar, a matar, a convertirse en pecador. Está viviendo su caída del sueño puro al satanismo occidental. Dejan de ser inmaculados. Tal vez luego se levanten doblemente reforzados y deseen retornar a su pureza.

27.XI. La Reforma fue una negación de obediencia *política*. Las pruebas son evidentes:

1. Melanchthon no reconoce a los gobernados ningún derecho a la resistencia, sino que recomienda resignación y renuncia. Acallando incluso la violencia y la injusticia.

2. Antes de la convocatoria de la Dieta de Augsburgo, el príncipe elector había preguntado a Lutero y a Melanchthon si era lícito oponer resistencia al emperador. Ambos habían respondido a la pregunta en sentido negativo (el 6 de marzo de 1530).

3. Melanchthon confía en que su causa triunfe con astucia y diplomacia. La «apología» de Augsburgo está determinada a defender a los protestantes contra la acusación de herejía, que el emperador estaba autorizado para castigar.

4. La confutación de Eck parte de la idea de que los protestantes habían encubierto y pasado por alto, a la

manera de los herejes, la auténtica peligrosidad de su doctrina en la Confesión de Augsburgo (leída públicamente el 3 de agosto). Con la confutación, el emperador declaró a los protestantes refutados y les exigió que se unieran a la Iglesia. En caso contrario se vería en la necesidad de «afirmarse como protector y defensor de la Santa Iglesia Cristiana».

a) Además de acuñar fórmulas ambiguas, Melanchthon se sirvió del método de «pasar por alto» (*dissimulare*), procedimiento que había recomendado repetidas veces en casos difíciles. Algunas cuestiones que no tenían en absoluto una importancia menor ni siquiera llegaron a discutirse.

b) El propio Lutero escribe a Jonas: «Satán sigue vivo y se ha dado buena cuenta de que vuestra apología, que pretendía pasar de puntillas, no menciona ante el Papa los artículos del purgatorio, de la veneración de los santos y, sobre todo, del Anticristo.»

5. El 19 de noviembre de 1530 se hace pública la disolución de la Dieta Imperial. Peligro de guerra. Ahora Lutero se deja convencer por los juristas sajones de que la posición de los príncipes que reinan en los territorios del Imperio no puede entenderse como una simple relación de sumisión al emperador. Si el emperador no cumple con su deber, queda justificada la resistencia por la fuerza.

6. Lutero despacha con ironía y desdén la disolución de la Dieta en una *Glosa al pretendido Edicto Imperial*.

7. El príncipe elector de Sajonia es declarado hereje y, como tal, pierde el derecho al voto.

De los puntos 2 y 5 se desprende que los príncipes fueron los principales interesados y los principales pro-

motores de la rebelión y que los teólogos, en cambio, fueron meros instrumentos en sus manos. De todos modos, la idea fundamental de la Reforma, la «improcedencia de una obligación moral de la conciencia por imperativo del Estado», ya se había puesto de manifiesto en la Dieta de Spira. Las cuestiones de fe no se pueden vincular a las decisiones de la mayoría.

¿Quién se acuerda todavía de que las ideas pueden matar, hacer desdichado, incluso traer la confusión? ¿Y cuando uno alberga en su interior pensamientos contradictorios que lo hacen pedazos? ¿Quién puede haberse reservado tanta libertad como para poder prescindir de toda decisión sobre el mañana, porque cualquier idea, por no hablar ya de los hombres, puede cruzarse en su camino y cambiar todos los aspectos? Son una minoría los pensadores que han intentado vivir según sus ideas.

28.XI. «Con el alemán», dice Nietzsche, «como con la mujer, nunca llega uno al fondo, no tiene ninguno: eso es todo. Pero, no obstante, no carecemos por completo de relieve.»

Muchas veces he reflexionado largo y tendido sobre estas palabras.

Me parece que la solución al enigma es ésta: que los hombres y naciones naturales, anclados en la naturaleza, no tienen rostro alguno. Que solamente el espíritu y la forma les dotan de un rostro y que, en Alemania, este rostro se va convirtiendo más y más en una máscara en el curso de la Reforma. Nietzsche, que descubrió el rostro natural de la nación, fue esencialmente un gran psicólo-

go, y no pudo encontrar el fundamento del carácter alemán, porque la naturaleza, como tal, tampoco tiene fundamento alguno.

A Schickele: «Si edita usted a Bakunin...: ¿puedo encargarme yo? Creo que nadie puede hacerlo tan bien. Hace años que me dedico a él. En Alemania apenas se le conoce.» (A decir verdad: sólo me mueve a ello un interés estudiantil. Me gustaría revisar mis estudios anteriores y llevarlos a término.)

3.XII. ¿Cómo se le puede devolver su poder a la palabra? Identificándose cada vez más profundamente con la palabra.

Penetrando hasta el núcleo más íntimo de la persona y de la nación, donde llegan las ideas dinámicas.

Para entender el cubismo, tal vez haya que leer a los Padres de la Iglesia.

Incluso Janco reconoce que el último Picasso pertenece a la arquitectura y que de la pintura apenas conserva ya más que los colores y el marco de los cuadros. La arquitectura empieza donde la pintura termina: en la planta.

4.XII. El arte empieza a ocuparse de los ideales ascéticos y sacerdotales. ¿Qué se podría entender de las miniaturas medievales, de Giotto, Duccio y Bizancio si no fuera así? Se trata de cortejar al arte allí donde arde más vivamente; de un gusto por la expresión definitiva de las cosas y de la vida. Y, en este sentido, viene dictado por la época, no por la inclinación. Es un sentido para el yo amenazado.

El arte está, con mucho, más cerca de la religión que la ciencia. Me parece una contradicción inconcebible cuando Nietzsche contrapone un hermanamiento de la religión y la ciencia frente al arte. Algo que sólo es comprensible si percibe el arte como antítesis de..., bueno, de la religión y la ciencia precisamente. Pero formular esta contradicción exige además probar que existe.

11.XII. Mis estudios dan vueltas en un torbellino. Las disonancias me asustan. De vez en cuando me parece como si fuera despedazado y descuartizado miembro a miembro.

Schickele deja a mi cuidado el breviario de Bakunin.

Sólo soy un artista en pequeñito, un cabaretista. ¿Qué pasaría si quisiera predicar moral? Pero algún día, tal vez, no haya diferencia. Por ahora tengo todos los motivos para insistir en los derechos del más humilde, del más pobre, del más abandonado. Si tuviera algún sentido sería republicano.

14.XII. Hoy leo a Rimbaud de forma diferente a como lo leía hace sólo un año.

Intenta superar el europeísmo haciendo hincapié en la raza y el instinto en medio de la (ruinosa) esfera moral. Para él, Cristo es el «éternel voleur des énergies»; la moral, «une faiblesse de la cervelle».[31]

[31] «Eterno ladrón de energías (...) una debilidad del cerebro.» *(N. del T.)*

«La raza inferior lo ha velado todo..., el carácter nacional, como lo llaman, la razón, la nación, la ciencia» (uno de sus argumentos más fuertes).

Él mismo se preciaba, unas veces, de tener antepasados galos y, otras veces, escandinavos, que renacían en él. Luego, él mismo volvía a calificarse de nuevo de «raza indigna».

El problema de la decadencia (en él como en tantos otros). La agudeza de los instintos contra su tibieza e hipocresía.

«Nunca he pertenecido a este pueblo, nunca he sido cristiano. Pertenezco a la raza que cantó al escuchar la condena de muerte; no entiendo las leyes, no tengo moral, soy un hombre rudo.»

O: «Soy un animal, un negro, pero tal vez sea salvo; vosotros sois falsos negros, locos, salvajes, mezquinos.»

Algunas veces habla en una especie de tierno dialecto de la muerte, que trae el arrepentimiento; de los desdichados, que ciertamente existen; de los duros trabajos, de las despedidas que desgarran el corazón.

«Entonces me expliqué mis *mágicos sofismas* con la alucinación de las palabras...»

18.XII. ¿Niega el cristianismo los valores estéticos? Lo dice Nietzsche (sobre *El nacimiento de la tragedia*): «Un profundo silencio hostil al cristianismo en todo el libro. No es ni apolíneo ni dionisíaco; niega todos los valores estéticos; es nihilista en el más profundo sentido.» ¿Es ello cierto? Franz von Baader, muy al contrario, caracteriza la religión, y por tanto el cristianismo, como la poesía más elevada, en referencia a Baco. Hay pasajes de

Baader—sólo los tengo en la memoria—, en los que se habla de verdades ficticias; de la misma manera que un poema es verdadero sin que pueda ser contrastado en la realidad. También me viene otra vez a la memoria el artículo de Wilde sobre el arte de fingir y lo que dice sobre ello en relación al Oriente en la Iglesia. Pero podría ser que el cristianismo pusiera el arte más en la personalidad que en las obras y que conozca un camino especial para la inmortalidad, un camino que no otorga valor al esteticismo.

21.XII. La «Carta de un cadáver» que Emmy dirige a Frank. En ella se trata de una manera cáustica, dejándose de bromas, el instinto de autoconservación del cadáver.

8.I.17. Vuelvo a estar ocupado con los esbozos para la *Novela fantástica*. No logro avanzar ni tampoco librarme de ella. El tono fundamental es de un encanto irresistible.

Las enormidades de Rabelais son una mala lectura. La confusión de los instintos de Rimbaud, también. Al hombre del farol tampoco le permiten cualquier lectura. Da igual: nuestro mundo será más grande, más rico, más profundo, cuando nos encontremos. Satán sufrirá una merma más que notable cuando apostatemos de él. Echará espumarajos de rabia e impotencia.

9.I. La autoafirmación insinúa el arte de la autotransformación. El que está aislado busca afirmarse en medio de

las condiciones más desfavorables; ha de volverse inexpugnable. La magia es el último refugio de la autoafirmación individual, tal vez del individualismo en general.

Habría que quemar las bibliotecas y no dejar de ellas más que lo que cada uno sabe de memoria. Comenzaría una hermosa época de leyendas.

La Edad Media no sólo alababa la locura, sino incluso la idiotez. Los barones enviaban a sus hijas a que vivieran con familias de idiotas para que aprendieran la humildad.

15.I. Visita al doctor Brupbacher. Pone amablemente a mi disposición la edición completa de las obras de Bakunin, la gran biografía manuscrita de Nettlau (4 tomos) y otras cosas.

22.I. Para Schickele, la traducción de Rubakin sobre las intrigas políticas de Rasputín. El número de enero de *Weissen Blätter* incluye *Don Quijote*.

1.II. Emmy se ha desmayado en la calle. Estábamos esperando el tranvía bajo una farola. Se apoyó contra el muro, vaciló y se desplomó blandamente. Llamé a los transeúntes y la llevamos al puesto de socorro que hay en el cercano edificio de la policía. Mientras la llevaba, su cabecita yacía muy tranquila y pegada a mi hombro. En el edificio de la policía, una imagen extraña: nosotros dos, ella en el camastro y yo a su lado, y a nuestro alrededor seis o siete caras preocupadas de agentes de policía, que traían agua y acariciaban los rubios cabellos.

Cuando volvimos a casa, sonriendo: «¿Por qué tienes la boca tan amarga?»

4.II. Pensar significa juzgar. Juzgar significa analizar los aspectos originales a la luz de sus orígenes. Para ello es necesario un conocimiento de los orígenes, y un conocimiento doble, a decir verdad: de la esencia original y de la ausencia, que ejecuta el salto desde la esencia original. Si la esencia se corrompe es sencillamente consecuencia de un extravío.

Los juicios prácticamente ya no son posibles; se han olvidado los orígenes. Todo el mundo vive de prejuicios, que, en realidad, son juicios que uno ha recibido y transmite sin reparar en ellos.

Al final se ha renunciado incluso a los prejuicios y se vive con la máxima naturalidad, exclusivamente al día. Carecer de prejuicios se considera el *non plus ultra* de la cultura de hoy. El razonamiento ha sido reemplazado por una simple vinculación y un asentimiento a algunos hechos y convicciones que se consideran inquebrantables y que, a pesar de ello, han acabado haciéndose pedazos.

6.II. Clauser[32] me ha traído un artículo sobre Bloy. Como nadie lo quiere publicar, quiero anotar los aspectos principales que se extraen de él:

«Sólo un gran dolor puede crear grandes obras. Sólo cuando el alma se ve devorada, puede transformar su última gota de sangre en una obra de arte.»

[32] Frédéric Clauser (Friedrich Glauser, 1896-1938), escritor vienés que trató estrechamente a Ball cuando estudiaba en Zúrich en 1916.

«Las prostitutas se convierten en santas, sólo en el pueblo se encuentra auténtica grandeza. Para encontrar al hombre hay que vivir con aquellos que sólo tienen un vestido, que se ha lavado con incontables chaparrones y está tieso por la suciedad acumulada durante años.»

«El único poeta moderno de Francia que descendió y vivió en la miseria, Jéhan Rictus, comprendió la mística de la pobreza.»

«Resistir sigue siendo la única ley eterna de la compasión con los depravados, que son más grandes que todos los reputados de este mundo, porque han reconocido su auténtica maldad.»

«Místico y católico, no estéticamente, como Claudel, sino convencido, penetrado de su importancia, lucha Bloy. La única seguridad de este mundo son las profecías tradicionales, las del Apocalipsis y las que siguen dando a conocer hoy las Vírgenes puras (Notre-Dame de la Salette).»

«El escepticismo de Anatole France fue una tradición. Léon Bloy es una excepción, un anacronismo. Su lenguaje es el de Rabelais, pertenece a la Edad Media, donde se rezaba y se araba el campo, con el temor constante de que Cristo pudiera volver a la tierra. Donde todavía existía compasión e incluso los más sanguinarios se doblegaban ante Dios.»

«El sarcasmo incisivo lo saca de su profesor, el último aristócrata, cuya gran figura llena el cielo, Barbey d'Aurevilly. De él le viene a Bloy el odio contra Bourget. D'Aurevilly fue el último crítico de Francia, que todavía sabía cómo fustigar con palabras y matar con frases. Representaba el papel de satánico para irritar al burgués; era creyente, el último apoyo de la Iglesia.»

La farsa de esta época, que se refleja en nuestros nervios, ha alcanzado un grado de infantilismo y desamparo de Dios que ya no se puede reproducir con palabras.

10.II. Los amigos planean una

«Manifestation internationale d'art et de littérature».

En definitiva, no se puede seguir produciendo sin más, sin saber a quién se dirige uno. El público del artista ya no está limitado a su nación. La vida se diluye en partidos; el arte es lo único que sigue a contracorriente, pero sus receptores se vuelven cada vez más dudosos. ¿Se puede escribir, componer poesía o música para un público imaginario? ¿O ya sólo se hace para quien comercia con las obras de arte? El comercio con obras de arte se ha convertido en un negocio bursátil por cuenta propia, un negocio que comercia con papel impreso y lienzos pintados; valores para los que el receptor apenas entra ya en consideración. Así que los artistas y literatos, en la medida en que son seres humanos y no sólo proveedores, desarrollan una lucha por la existencia también por cuenta propia. Las obras contienen en conjunto una filosofía de su propia justificación. Los precursores recurren a la última línea de defensa. Se trata de la base, y las obras contienen en conjunto una filosofía de la base. En otras palabras: la imagen misma se vuelve problemática como imagen original, reproducida y modélica. Los pintores y escritores se convierten en teólogos.

Emmy me dicta su correspondencia con Herzen y Ogariov. Su *Carta a Seidengrieder* contiene un detalle muy hermoso. En los anuncios luminosos de una gran ciudad, en lo alto de los grandes almacenes aparecen las palabras:

«Aunque hable las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor...»

12.II. Tal vez se acabe el prestigio educativo de Prusia y de la sala de máquinas en el instante en que el arte y la filosofía vuelvan a adquirir aquel rigor extremo de la ordenación conjunta, que ahora ya sólo se podía encontrar fuera de sus ámbitos respectivos. Con la conmoción que sufrió el monacato se perdió el cultivo medieval de la técnica y de lo militar. Tal vez la máquina no sea más que un monje secularizado. En cambio, al arte le corresponde volver a conquistar el territorio en cuestión, que se ha perdido.

13.II. *Marx y Bakunin* de Brupbacher ahonda en la disputa ideológica de la Primera Internacional. El libro se revela más fructífero cuanto más profundizo en él. El breve apartado sobre los fracasos de la Comuna es magistral por lo conciso de su exposición. En general, la exposición tiene una energía singular.

La contraposición de los congresos es el extracto de una peripecia histórica que en Mehring se presenta muy germánicamente. Los federalistas Defensores de la Libertad y no la centralista Unión de Consumo triunfaron en aquellos memorables años de 1868-1876 y dominaron la Internacional.

Característica del estilo del libro es una frase sobre los del Jura, la vanguardia anarquista: «No eran ciertamente», según se dice allí, «obreros fabriles esmirriados, sino gente a la que las circunstancias le permiten el lujo de poseer un puñado de ansias de libertad.» En frases como ésta reside el valor del libro: su irónica indulgencia respecto a los hombres, su vacilante simpatía con la impaciente exaltación de Bakunin.

20.II. Hacer de los estéticos fenómenos morales, tomando el arte, simplemente, como pretexto para emitir juicios. Esto es precisamente lo que sucede hoy dentro del arte mismo, que así se convierte, en sus principios formales, en su campo más propio, en filosofía y en religión. Las conversiones de círculos de artistas están aumentando excesivamente. El propio arte parece querer convertirse. Cuando puede estar en juego el destino de un asunto, como está ocurriendo hoy con el destino del arte y de la nobleza espiritual, como consecuencia de la guerra y del populacho plebeyo, entonces este asunto no puede ser absoluto en sí mismo. Los más consecuentes de entre los artistas empiezan a reconocer este hecho.

«L'esprit modern est profondement plébéien.»[33] También esto es una consecuencia de la emancipación de la Iglesia, en particular, de sus disposiciones jerárquicas; una consecuencia del llamado sacerdocio laico, que, como tal, no ha conducido en realidad a un sacerdocio general, sino al desánimo y a la degradación de la dignidad.

[33] «El espíritu moderno es profundamente plebeyo.» *(N. del T.)*

28.II. La permanente antítesis, el juego original con su risa majestuosa...: en Berlín aprendí a apreciar esas cosas. Ya no puedo escuchar la palabra «espíritu». Me pone furioso que simplemente alguien la pronuncie.

La consecuencia última del individualismo es la magia, ya sea negra, blanca o románticamente azul. Después de este breviario, volveré a mi *Novela fantástica*, en la que intento desplegar un mundo mágico-anárquico, un mundo sin leyes y, por ello, encantado hasta el absurdo. La «naturaleza» que lo rodea, acompasada con lo sobrenatural y grotescamente inventada.

5.III. No puedo encontrar equilibrio alguno entre el socialismo y el arte. ¿Dónde está el camino que une el sueño con la realidad y, además, el sueño más remoto con la realidad más banal? ¿Dónde está el camino hacia una creatividad social de este arte en particular; una aplicación de sus principios que sea más que un arte fabril? Mis estudios políticos y mis estudios artísticos parecen contradecirse entre sí y, sin embargo, no hago más que esforzarme por encontrar el puente que los una. Sufro una escisión esencial, aunque creo sinceramente que un único rayo la podría fundir; pero la sociedad, tal y como la veo y tal y como debo creer en ella, no la puedo aceptar y tampoco dispongo de otra. Así que me sirvo del socialismo contra el arte y del arte contra los moralismos y, en realidad, tal vez no haya dejado de ser sencillamente un romántico.

5.

ZÚRICH, 18.III.17. Junto con Tzara me he hecho cargo de los locales de la Galería Coray (en la Bahnhofstrasse, 19) y ayer inauguramos la Galería Dadá con una Exposición «Tempestad». Es una continuación de la idea del cabaret del año anterior. Entre propuesta e inauguración mediaron tres días. Había unas cuarenta personas. Tzara llegó demasiado tarde; así que hablé yo de nuestra intención de constituir una pequeña comunidad de individuos que se cultiven y se apoyen mutuamente.

La Serie I de «Tempestad» incluye cuadros de Campendonk, Jacoba van Heemskerk, Kandinsky, Paul Klee, Carl Mense y Gabriele Münter.

Fiesta de disfraces, el domingo pasado, en casa de Mary Wigman. Se pudieron escuchar por primera vez versos de Hans Arp, que leyó su amigo Neitzel, sentado sobre una alfombra como un derviche. Los versos están bien configurados, como una fábula cerrada; recuerdan a aquel vestido de mujer de la catedral de Maguncia, que lleva una cola sobre la que los duendes bailan y dan volteretas.

22.III. «Todo el secreto para que nuestro espíritu se desprenda de su actividad nocturna a menudo consiste, sencillamente, en darle algo para jugar» (Baader, *Diarios*, p. 48).

El arte no puede mostrar respeto alguno por la imagen del mundo existente, sin renunciar a sí mismo. Amplía el

mundo negando los aspectos vigentes y conocidos hasta el momento y poniendo en su lugar otros nuevos. Éste es el poder de la estética moderna; no se puede ser artista y creer en la Historia.

Las barbaridades del cabaret han sido superadas. Entre Voltaire y Galería Dadá media un margen de tiempo en el que cada cual ha reunido fuerzas y ha acumulado nuevas impresiones y experiencias.

25.III. Conferencia de Tzara: «L'Expressionisme et l'art abstrait.»

La denominación de «arte abstracto» no me parece que haya sido una elección afortunada. Tampoco se alude a la abstracción en el sentido habitual, sino a lo categórico y a lo típico; el plano que se convierte en un fin en sí mismo. Pero lo absoluto no necesita ser abstracto. Si yo pregunto con qué se puede defender el ser y la duración contra los instintos generales, entonces puedo hablar con un término abstracto del «mundo de las ideas», pero con uno estético del «mundo de las imágenes y de los arquetipos». Lo que me interesa de la galería es precisamente la imagen, y no la abstracción. Si este arte fuera abstracto, entonces, mi planteamiento sería que la lógica se abriera paso a través de la imagen, que la filosofía fuera conquistada por el arte y lo formal, por la forma.

Un hombre natural es uno que no tiene ni juicios ni prejuicios.

Comparto los reparos contra el Expresionismo; también contra el Expresionismo de Marc.[34] ¿Qué le pasa con los animales que los eleva hasta el cielo? ¿Están más cerca de nosotros que las personas? ¿No es una mitología del instinto, una creencia en el «puro instinto», lo que eleva sus tigres y sus toros a la categoría de quimeras?

Que los artistas modernos son gnósticos y practican cosas que los sacerdotes suponían olvidadas hace muchísimo tiempo; tal vez cometan pecados que uno ya no creía posibles.

29.III. Fiesta de inauguración de la Galería

Programa

Danzas abstractas (de Sophie Taeuber; versos de Ball, máscaras de Arp). – Frédéric Clauser: Versos. – Hans Heusser: Composiciones. – Emmy Hennings: Versos. – Olly Jacques: Prosa de Mynona. – H. L. Neitzel: Versos de Hans Arp. – Madame Perottet: Música moderna. – Tristan Tzara: Versos negros. – Claire Walther: Danzas expresionistas.

Entre el público: Jacoba van Heemskerk, Mary Wigman, Von Laban, la doctora Tobler, miembros del club de psicoanálisis, la señora Rubiner-Ichak, la señora de Leonhard Frank, el comandante de la plaza Thomann, el con-

[34] Franz Marc (1880-1916), pintor, cofundador del grupo *Der Blaue Reiter*.

sejero de la corte Rosenberg, unas noventa personas. Más tarde llegaron Schickele y Grumbach; este último improvisó un teatro de títeres político bajo el marco de la puerta que separa dos salas, con *Zar* y *Zarina* de Emmy.

Danzas abstractas: un sonido de gong basta para sugerir al cuerpo de la bailarina las figuras más fantásticas. La danza se ha convertido en un fin en sí misma. El sistema nervioso apura todas las vibraciones del sonido, tal vez incluso toda la emoción que oculta la persona que hace sonar el gong y permite que se transforme en imagen. En un caso especial bastaría una poesía de secuencias fonéticas para procurar a todas y cada una de las partículas lingüísticas la vida visible más singular en el cuerpo articulado de cien maneras diferentes de la bailarina. De un «Canto del pez volador y el caballito de mar» salió una danza llena de puntas y espinas, llena de sol resplandeciente y cortante agudeza.

30.III. El arte moderno resulta simpático, porque ha preservado la voluntad de la imagen en una época de total desgarro; porque tiende a obtener la imagen por la fuerza, por mucho que los elementos y las partes quieran enfrentarse entre sí. La convención triunfa en la valoración moral de las partes y particularidades; el arte no puede tenerlo en cuenta. Insiste en el nervio vital que vive dentro y todo lo une; la contradicción exterior no lo perturba. También se podría decir que la moral se substrae a la convención y se aplica exclusivamente a agudizar el sentido de la medida y del peso.

Llevar la chaqueta del dandy y del dadaísta: precisamente aquella que llevó Carlos de Orleans, en cuyas mangas estaban cosidos los versos de una canción, que comenzaba: «Madame, je suis tout joyeux.»[35] El acompañamiento se había llevado a cabo con hilos de oro, mientras que cada una de las notas cuadrangulares de entonces llevaba cuatro perlas.

La danza, como un arte que se sirve del material más directo e inmediato, está muy cerca del arte del tatuaje y de todas las aspiraciones representativas primitivas que aspiran a una encarnación; muchas veces, va más allá que ellas.

I.IV. Ayer el doctor Jollos habló sobre Paul Klee. Cuando la conferencia acababa de terminar, llegó el señor Hans Klee de Berna, el padre del pintor. Había venido ex profeso para la conferencia, pero se retrasó. Un hombre mayor, de unos setenta años. Lo que más me hubiera gustado habría sido que la conferencia hubiera empezado de nuevo y haber podido volver a reunir al público telefónicamente. El anciano señor dice que ahora no harán más que burlarse de él, cuando vuelva a Berna, sin haber escuchado la conferencia. Pero se llevó una gran alegría al ver los cuadros de su famoso hijo. Difícilmente podrán volver a lucir tan hermosos como aquí y en un entorno tan vivo.

Traducción de Barbusse *Le Feu* (18 páginas), el día 24, para Schickele. – Janco ha vuelto de Ascona.

[35] «Madame, estoy lleno de júbilo.» *(N. del T.)*

Se podrían decir cosas muy distintas de Klee. Por ejemplo: da la impresión de ser pequeño y juguetón en todo lo que hace. En una época de colosos se enamora de una hoja verde, de una estrellita, de un ala de mariposa, y como el cielo y todo el infinito se reflejan allí, los pinta junto con ellos. La punta de su lápiz, de su pincel le induce a ser minucioso. Siempre se queda muy cerca de su primera impresión y, por tanto, en el formato más pequeño. El ímpetu lo domina y no lo deja libre. Cuando llega al borde, no echa mano inmediatamente de una nueva hoja, sino que empieza a retocar la primera. Los pequeños formatos se colman con intensidad, se convierten en cartas mágicas y palimpsestos de colores.

¡Cuánta ironía, hasta llegar al sarcasmo, debe de percibir este artista en nuestra época hueca, vacía! Tal vez no haya hoy otro hombre que sea tan dueño de sí mismo como él. Apenas se aparta de la inspiración. Siempre recorre el camino más corto de la idea a la hoja. La dispersión que Kandinsky necesita para rellenar con colores sus lienzos de gran formato, estirando mucho la mano y el cuerpo, comporta necesariamente esfuerzo y fatiga; exige una extensa exposición, una explicación: cuando quiere afirmar unidad y alma, la pintura se convierte en un sermón o en música.

7.IV. El 9 de abril comienza la Serie II de «Tempestad», con cuadros de Albert Bloch, Fritz Baumann, Max Ernst, Lyonel Feiniger, Johannes Itten, Kandinsky, Klee, Kokoschka, Kubin, Georg Muche, Maria Uhden.

«¡Los cuadros le hacen bien al alma! Son su auténtico sustento. Su ingestión, su rumia brinda placer y, sin este sustento, no puede existir salud para el alma» (Baader, *Diarios*, p. 26).

«Intento librarme de esta naturaleza terrible (demoníaca) huyendo, como es mi costumbre, y yendo a refugiarme detrás de un cuadro» (GOETHE).

La creación artística es un proceso mágico, que juega con conjuros y tiene como efecto un encantamiento.

8.IV. Ayer fue mi conferencia sobre Kandinsky; he hecho realidad un antiguo proyecto que llevaba acariciando largo tiempo. El arte total: cuadros, música, danzas, versos—ahora lo tenemos aquí. A Coray le gustaría publicar esta conferencia junto con otra conferencia de Neitzel y algunas reproducciones.

Los pintores como defensores de la *vita contemplativa*. Como heraldos del lenguaje de símbolos de un mundo sobrenatural. Todo ello también tiene sus efectos sobre la imaginería de los poetas. El modo simbólico de ver las cosas es una consecuencia de la larga inmersión en las imágenes. ¿Es el lenguaje de símbolos la auténtica lengua del paraíso? Los paraísos personales...: puede que sean errores; pero volverán a dar color de nuevo a la idea del paraíso, a la imagen original.

Viaje de Arp y Sophie Taeuber a Ascona.

10.IV. Preparativos para la Soirée II. Ensayo una nueva danza con cinco mujeres de Laban, que hacen de negras vestidas con largos caftanes negros y antifaces. Los movimientos son simétricos, el ritmo fuertemente marcado, la mímica de una fealdad selecta, deforme.

La conciencia de la belleza es lo primero. ¿Cómo se la puede salvar? La fealdad despierta la conciencia y lleva finalmente al reconocimiento... de la propia fealdad.

El esteta necesita de la fealdad como contraste. El moralista intenta abolirla. ¿Existe una hermosura que remedie, que sane? ¿Acaso, según reza el principio, todo ha de ser bello, no sólo el yo? ¿Cómo pueden llegar a concordar el esteta y el moralista?

Nuestra solicitud de ahora por el estilo—¿qué busca? Liberarse del tiempo, liberar también el subconsciente y, de esta manera, dar al tiempo su forma más íntima.

11.IV. La consecuencia de la *vita contemplativa* es una unión mágica con las cosas y, en un sentido más amplio, la culminación de la ascética, como un método consciente para la simplificación y el descargo de las pasiones en el lenguaje y en la imagen. La *vita contemplativa* se opone al pensamiento abstracto; pero la *vita aesthetica* también. Nietzsche, el esteta, cuando se declara a favor de las maldades de Lutero en contra de la *vita contemplativa*, está completamente ciego. Wilde y Baudelaire, los artistas más conscientes, abogaban por la *vita contemplativa* (y, lógicamente, por el monacato) de forma totalmente

expresa. Las imágenes presuponen una contemplación; en cambio, los arquetipos, acaso un estupor.

Para el diccionario alemán. Dadaísta: «hombre infantil, quijotesco, que está envuelto en juegos de palabras y figuras gramaticales».

14.IV. Programa de la Soirée II («Tempestad»)

I.

Tristan Tzara: Presentación.
Hans Heusser: «Prélude», «Luna sobre el agua» (interpretadas por el compositor).
F. T. Marinetti: «La literatura futurista».
V. Kandinsky: «Fagot», «Jaula», «Mirada y relámpago».
G. Apollinaire: «Rotsoge», «Le dos du Douanier».
Blaise Cendrars: «Crépitements».
Musique et Danse Nègre, exécutées par 5 personnes avec le concours de Mlles. Jeanne Rigaud et Maria Cantarelli. (Masques par M. Janco).

II.

H. S. Sulzberger: «Cortège et fête», exécuté par l'auteur.
Jakob van Hoddis: Versos, recitados por Emmy Hennings.
Herwarth Walden: August Macke †, Franz Marc †, August Stramm †.
Hans Heusser: «Burlesques turques», «Desfile en Capri» (interpretadas por el compositor).

Albert Ehrenstein: Versos. Sobre Kokoschka.

III

«La esfinge y el hombre de paja», curiosidad de Oscar Kokoschka.
Máscaras y escenografía: Marcel Janco.

El señor Firdusi	Hugo Ball
El señor de Caucho	W. Hartmann
Alma femenina, Ánima	Emmy Hennings
La muerte	F. Clauser

La galería resultaba demasiado pequeña para tantos asistentes, aunque los precios de las entradas son altos. Un poeta alemán ofende a los invitados llamándolos «camellos». Otro poeta alemán se permite preguntar si saben que Herwarth Walden es un patriota entusiasta. A un tercer poeta alemán le parece que en la galería debemos de ganar una «cantidad de dinero exorbitante» y no acaba de decidirse a permitir que se lea su relato breve de la paz «El padre». En suma: se está a disgusto, en parte por el «radicalismo», en parte por los celos.

La pieza fue representada en dos espacios que estaban uno a continuación del otro y con máscaras trágicas, que cubrían todo el cuerpo; la mía era tan grande que podía leer cómodamente mi papel dentro de ella. La cabeza de la máscara estaba iluminada con luz eléctrica, lo que en el espacio obscuro, con la luz saliendo de los ojos, tenía que dar un aspecto bastante extraño. Emmy era la única que no llevaba máscara. Su figura era mitad sílfide,

mitad ángel, violeta y azul claro. El patio de butacas llegaba hasta muy cerca de los intérpretes. Tzara, desde el espacio de atrás, tenía que preocuparse de los «rayos y truenos», así como de decir como un papagayo «¡Ánima, dulce Ánima!». Pero, al mismo tiempo, se encargaba de las entradas y las salidas de escena y acabó tronando en el momento equivocado, causando toda la impresión de que aquello era un efecto especial del director, una confusión buscada deliberadamente entre bastidores.

Al final, cuando el señor Firdusi tiene que caer, todo se enredó con los cables tirantes y las luces. Durante algunos minutos reinó la noche y la confusión más completa; luego, la galería volvió a tener su aspecto anterior.

De parte de Schickele, el último capítulo de *L'Aube* de Barbusse, para que se lo traduzca para *Weissen Blätter*. Es como si me hubieran endosado el libro sólo para hacerme recordar constantemente los sucesos de allá fuera.

18.IV. Se dice que cuando Goethe había acabado la segunda parte de *Fausto*, al ordenar su cajón, encontró un legajo de aforismos que podía repartir, tal y como estaban, entre los personajes de su tragedia, sin que por ello se apartaran gran cosa del texto. Eso significa que en el origen primigenio de las cosas se verifica una cierta equivalencia de las partes, en la medida en que cualquier detalle acaba por servir únicamente como símbolo e ilustración del elemento eternamente invariable.

Nosotros estamos intentando encontrar ahora este origen y este fundamento. El fundamento de los símbolos, donde toda imagen no hace más que ilustrar e ilumi-

nar otra, y donde parece indiferente lo que se diga, porque los enunciados se agrupan por sí mismos, porque proceden de un centro común, cuando el individuo mismo sólo tiene un eje.

Tal vez el arte que buscamos sea la clave de cualquier arte anterior; una clave salomónica, que revela los secretos.

El reloj que regula una época abstracta ha explotado.

20.IV. Lo que me interesa de todas estas creaciones es una disposición ilimitada para fabular, para exagerar, convertida en principio. Wilde me ha enseñado que éste es un poder muy valioso, y es precisamente el vínculo que nos une a todos. Los sistemas nerviosos se han vuelto extremadamente sensibles. Danza absoluta, poesía absoluta, arte absoluto...: quiere decirse que un mínimo de impresiones bastan para sacar a la luz imágenes de formas extraordinarias. El mundo entero se ha vuelto medial: por miedo, por temor, por tormento, o porque ya no hay leyes..., ¿quién lo sabe? Tal vez lo único que pasa es que nuestra conciencia está tan angustiada, tan lastrada, tan atormentada, que a la mínima incitación reacciona con las mentiras y pretextos más sorprendentes (ficciones e imágenes); dando por supuesto que se quiera aceptar que las imágenes no sirven más que para cubrir, curar, despistar y distraer de las heridas recibidas.

Hay pueblos primitivos en los que los niños más sensibles son retirados de la vida corriente desde su más tierna infancia, para recibir, por parte del Estado, una for-

mación especial como videntes, sacerdotes y médicos. En la moderna Europa, estos genios siguen expuestos a todo tipo de impresiones destructivas, necias, desconcertantes.

23.IV. Traducción de *L'Aube* durante los preparativos para la Soirée III. Resulta un tormento reconducir el estilo folletinesco, frecuentemente desgarrado, de este libro tan sobrevalorado, a una forma con un estilo más sólido. Las partes dialécticas son especialmente flojas. Termina apabullándote físicamente con sus espantosos detalles.

«Sacerdote, soldado, poeta: saber, matar, crear» (dice Baudelaire). Por lo tanto, la ciencia sólo parece concedérsela al sacerdote. En cambio, el poeta es el «creador»..., tan evidente se ha vuelto que el poeta «crea». Y, tal vez, cuando lo hace, en realidad no esté más que rebelándose. Sólo puede reproducir imágenes, no crear figuraciones. Es un esfuerzo vano.

¿Qué es en realidad un ideólogo? Un maestro en leer el libro de las imágenes sobrenaturales. ¿Son nuestros pensadores adictos a las imágenes? No se puede decir que sea así. ¿Qué enseñan del ser y el pensamiento plástico? Platón fue un ideólogo; Hegel no lo es; Kant, tampoco. Ante todo hay que exigir la fusión de nombres y cosas; evitar, en todo lo posible, las palabras para las cuales no hay imágenes. Para ser ideólogo habría que conocer las leyes de la magia. ¿Quién las conoce ya? Jugamos con un fuego que no podemos domesticar.

26.iv. Visita de Madame Werefkin y Jawlensky. Estuvieron en Lugano, ayudaron a Sacharoff a poner en escena sus danzas y admiran los cuadros de Janco.

Clauser ha accedido a mis ruegos, traduciendo *Lohengrin* de Laforgue.

Grumbach me envía su libro *La Alemania anexionada*, que en esta edición lleva el pseudónimo X. Y. Ni siquiera he tenido tiempo de echarle un vistazo. Seguro que está bien.

A Huelsenbeck le gustaría volver a Suiza; nos pide que le hagamos saber al detalle qué es lo que pasa por la galería.

28.iv. Programa de la Soirée III

I

S. Perottet: Composiciones de Schönberg, Laban y Perottet (piano y violín).
Clauser: «Padre», «Cosas» (versos).
Léon Bloy: «Extraits des l'exégèse des lieux-communs», traducido y leído por F. C. [Frédéric Clauser].
Ball: «Gran Hotel Metafísica», prosa disfrazada.

II

Janco: «Sobre el cubismo y los propios cuadros».
S. Perottet: Composiciones de Schönberg, Laban y Perottet (piano).
Emmy Hennings: «Crítica del cadáver», «Apuntes».

Tzara: «Froide lumière», poème simultan, lu par 7 personnes.

Entre el público: Sacharoff, Mary Wigman, Clotilde von Derp, Werefkin, Jawlensky, el conde Kessler,[36] Elisabeth Bergner.

Las veladas se han llevado a cabo a pesar de Nikisch y el cuarteto Klingler.

La repugnancia que sentimos ante la vida, ¿no es más que una pose? Huelsenbeck solía decir que así era y, seguramente, tuviera razón. Pero la pose se convertirá en algo serio. Si nosotros no queremos ir, la época nos arrastrará. Hay que dirimir una disputa que se ha adueñado de nuestros órganos más íntimos.

Hacemos que el desfile de la fiesta de mayo pase por debajo, delante del «Gran Hotel Metafísica».

5.V. La irracionalidad y la vacuidad de la naturaleza desnuda ya la expuso ampliamente Schopenhauer. Las profecías se han cumplido. Habría que escribir una exégesis del carácter terrible de Dios; una tauromaquia con las funestas insinuaciones de la naturaleza y del estado salvaje.

El espíritu europeo se debate en una lucha a muerte por su existencia. Los medios con los que intenta afirmarse

[36] Harry Kessler (1868-1937), diplomático, escritor y observador del mundo artístico. Redactó unos interesantísimos *Diarios*.

son inhabituales desde cualquier punto de vista; en la escuela no nos enseñaron que debíamos recogerlos de todas partes, por nuestra cuenta y riesgo, y algunos probos maestros de escuela se extrañarán. Sin embargo, inhabituales y extrañas son también las soterradas explosiones de la naturaleza humana; innombrables y tristes, los crímenes de los que son capaces el Estado y la sociedad, cuando caen las cadenas. Haremos bien en tomar en consideración lo uno y lo otro en los nuevos programas escolares.

La belleza de las melódicas cadenas de palabras es poderosa; pero no fustiga a nadie. Sólo nuestra voluntad de establecer distancia será nueva y digna de consideración.

7.v. Buscar la imagen de las imágenes, la imagen original. ¿Se trata de la pura simetría? ¿Dios como el geómetra eterno? Los egipcios tomaron las medidas de las estrellas; la topografía terrestre es un reflejo de la celeste. Pero nuestro arte, por ejemplo, el abstracto, ¿opera igual? ¿Acaso nuestros cuadros no son arbitrarios, y no viven más que del recuerdo de otros cuadros? Y en el lenguaje: ¿de dónde tomamos las ideas y las series autoritarias que configuran el estilo? ¿Qué es lo que constituye nuestro espíritu? ¿Qué es aquello a partir de lo que creamos las creencias, la forma? ¿No vamos robándoles elementos a todas las religiones mágicas? ¿No somos acaso eclécticos mágicos?

El infierno es más profundo y espantoso de lo que imagi-

nan aquellos que sienten nostalgia de su fuego. El poeta no procede del infierno. Si lo busca, le pierde.

> A todo lo que gira oculto
> en el cielo y en la tierra, en la leche mística...
> La substancia se convertirá por la palabra
> en cuerpo y alma y en espíritu todopoderoso.
>
> (NOSTRADAMUS)

Por la palabra, no por la imagen. Sólo lo que se nombra está ahí y tiene ser esencial. La palabra es una abstracción de la imagen y, por tanto, vendría a ser lo abstracto absoluto. No obstante, hay palabras que, a la vez, son imágenes. A Dios se le representa como el crucificado. La palabra se hizo carne, imagen: y, sin embargo, siguió siendo Dios.

10.V. La galería ofrece entre sus actividades el té de la tarde. La doctora Gyr; el señor Heymann, arquitecto; el doctor Jollos; el señor Goetz, escritor; el señor Barbizon, escritor. «Guío» a un funcionario con botas sucias y pantalones de ciclista a través de las salas (durante el té). Él, por su parte, va inspeccionando los espacios, sospecha que detrás de los cuadros hay todo tipo de puertas falsas y demás secretos.

11.V. Preparativos con Janco para la exposición gráfica. También Neitzel y Slodki prestan su ayuda.

La galería tiene tres caras. Durante el día, es una especie de cuerpo docente para pensionistas y damas de la alta

sociedad. Por la tarde, es la Sala Kandinsky iluminada con velas, un club para las filosofías más remotas. Las veladas, en cambio, se celebran aquí con fiestas de un esplendor y un delirio como Zúrich no ha visto hasta ahora.

«Nuestros filósofos y teólogos», dice Baader (X, 31), «se han mantenido mucho tiempo a una casta y prudente distancia de las palabras «imaginación» y «magia», y del significado de las mismas; mientras que los filósofos alemanes de la naturaleza, Paracelso y Jacob Böhme, encontraban la clave de toda la creación espiritual y natural en la unión de los conceptos de magia, *imaginatio* y magnesio (*magnesium*).»

(*Sobre la racionalidad de las tres doctrinas fundamentales del cristianismo.*)

El *Spiritus phantasticus*, el espíritu plástico, pertenece, por tanto, a la filosofía de la naturaleza. La metáfora, la imaginación y la propia magia, cuando no están basadas en la Revelación y en la tradición, sólo acortan y garantizan los caminos hacia la nada; son engaños para cegarnos, artificios del diablo. Tal vez todo el arte asociativo, con el que creemos atrapar y encadenar el tiempo, sea una ilusión. La fuente en la que penetramos será el paraíso natural; el secreto que experimentamos, el de la génesis natural. Con otras palabras: no se puede sostener una antítesis puramente plástica respecto a la naturaleza y al acontecer del entorno.

12.V. Soirée cerrada IV: «Arte antiguo y moderno».

Programa: Alberto Spaïni:

Jacopone da Todi, e anonimi popolari del XIII secolo.
Corrado Alvaro «Cantata».
Francesco Meriano «Gemma».

Hans Heusser:

Preludio y fuga.
Cortège exotique (piano).

Emmy Hennings:

«Oh, vosotros, santos» (versos).
Del libro de la *Luz que fluye de la Divinidad* (1212-1294): Hermana Mechthild.
Del libro *Johanser zum Grünen Werde de Estrasburgo*: De la insondable unidad.
El monje de Halsbrune: «Quien cree en la verdad se engaña» (1320).

Hans Arp:

Crónica del duque Ernst (1480): «De cómo luchó en una isla con pájaros muy grandes y también de cómo los venció».
Del diario de Durero: El viaje a los Países Bajos.
Aurora en el amanecer, de Jacob Böhme: De la cualidad de amargo. De la calificación de frío (1612).

Marcel Janco:

«Principes de l'architecture ancienne, Brunneleschi, L. B. Alberti, F. Blondel, xve–xviiie siècle, concernant la peinture et l'art abstrait».

14.v. Sobre la Hermana Mechthild: ¿por qué tenemos que remontarnos tan lejos para encontrar sosiego? ¿Por qué desenterramos fetiches de mil años de antigüedad? ¿Las perturbaciones son tan graves que la conmoción alcanza hasta los tiempos más remotos y hasta las cotas más altas del pensamiento? Sólo las cosas más ordenadas y reducidas nos pueden deparar todavía alegría.

La mística moderna se refiere al yo. No nos podemos librar de ello. Estamos enfermos o tenemos que defendernos. La Edad Media creaba de forma anónima. ¿Quién publicaría ya libros si su nombre no estuviera en la portada?

También tomamos de los negros las piezas mágico-litúrgicas exclusivamente y sólo la antítesis las hace interesantes. Nos adornamos como curanderos, con sus distintivos y sus extractos, sin embargo, nos dispensamos con gusto de recorrer el camino por el que ellos han llegado a estas piezas ceremoniales y de culto. Por lo demás, una cruz es más sencilla que una escultura negra.

15.v. Visita de un tal señor Baumgarten, delegado de R. [Rubiner]. Le declaro sin ambages que la «propaganda contra el arte» la considero una propaganda contra las

estrellas. Es un empeño nihilista querer banalizar incluso los restos de resistencia; no importa cuánto pueda tener que luchar el arte consigo mismo por su consistencia y su claridad. Política y arte son dos cosas distintas. Se puede invocar al artista como particular; pero no se puede ni se debe conminarle a pintar arte propagandístico (para carteles alemanes).

Es formidable que toda empresa fresca y audaz obligue a todos los que hay a su alrededor a mostrar su auténtica cara, y a hacerlo de la manera más rápida y sorprendente. La galería, que nos acarrea tantos esfuerzos y penalidades, despierta la envidia expresa y tácita de todos aquellos que hasta hace tan sólo dos semanas se consideraban personalidades indiscutibles. Lástima que tengamos que cerrar. Me hubiera gustado mucho que continuara.

Los estetas *heroicos*: Baudelaire, D'Aurevilly, Wilde, Nietzsche. Hoy en día, hay una gnosis estética y no se debe al sentimiento, sino a una inaudita síntesis de los medios de expresión. Pero el aislamiento del artista no se elimina por ello, simplemente se agudiza todavía más.

16.v. Mañana jueves tengo una visita guiada a nuestra nueva exposición de

Grafismo, bordado y relieve.

Esta exposición resulta interesante por cien trabajos de Arp, Janco, Klee, Slodki, Van Rees y Prampolini. Las deudas de la galería ascienden a 313 francos.

19.V. Repetición de la Soirée IV

(«Arte antiguo y moderno»)

Hardekopf lee parte de los *Fragmentos para la lectura*: Manon.

Angela Hubermann lee cuentos de la China.

Después de la Soirée: debates psicoanalíticos.

El doctor Hochdorf todavía tarda en venir. Trae esmoquin, como es debido.

El psicoanálisis sugiere una pregunta importante: ¿son padre y madre los arquetipos... y no las simetrías? El arte abstracto...: ¿traerá algo más que una revitalización de lo ornamental y un nuevo acceso a ello? Las curvas decorativas de Kandinsky...: ¿son acaso simples alfombras pintadas (sobre las que habría que sentarse y resulta que las colgamos de la pared)?

Tendemos a tomar la conciencia por la creación, por la obra; pero abandonamos la vida y la persona a su suerte, como si fueran incurables. Pero es eso lo que rebaja al artista mismo al nivel de la decoración, del ornamento. Las personas no deberían tener menos valor que sus obras. Hay que tomar la palabra al artista, es decir, asumir la simetría que exterioriza.

Tal vez no se trate en absoluto del arte, sino de la imagen incorrupta.

DOMINGO, 20.V. Visita guiada por la galería para trabajadores. Aparece un único trabajador, así como un señor misterioso, que quiere comprar la mitad de la galería, en particular Slodkis, y Jancos, Kokoschkas y Picassos algo más antiguos.

21.V. La liturgia es un poema que es celebrado por los sacerdotes. El poema es la realidad transpuesta. La liturgia es el poema transpuesto. La misa es una tragedia transpuesta.

Si nuestros cuadros abstractos estuvieran colgados en una Iglesia, no haría falta cubrirlos el Viernes Santo. El abandono mismo se ha convertido en cuadro. Ya no se puede ver ningún Dios, ninguna persona. ¿Y aún nos podríamos reír, en lugar de hundirnos en el fondo de consternación? ¿Qué significa todo esto? Tal vez una única cosa, que el mundo ha llegado a un punto muerto, se encuentra bajo el signo de la pausa general. Que ha amanecido un Viernes Santo universal, que, en este caso concreto, se percibe con más fuerza fuera de la Iglesia que en ella misma; que el calendario litúrgico se rompe y que Dios sigue muerto en la cruz el día de Pascua. Las famosas palabras del filósofo, «Dios ha muerto», empiezan a tomar forma a nuestro alrededor. Pero si Dios ha muerto, el Demonio se volverá todopoderoso. Cabría pensar que, de la misma manera que un año litúrgico, también existe un siglo litúrgico y que, en el nuestro, el Viernes Santo y, más exactamente, la hora de la muerte en la cruz desaparece.

23.V. Preparativos para una Soirée de Hans Heusser (piano, armonio, canto, recitado).

El Dadaísmo... ¿un juego de máscaras, una carcajada? ¿Y tras él una síntesis de las teorías románticas, dandistas y... demoníacas del siglo XIX?

La tromba dará una nota en falso
que rompe la cabeza al mismo cielo.
La sangre manchará la boca sedienta de sangre,
leche y miel en el rostro del loco.

(NOSTRADAMUS)

6.

MAGADINO, 7.VI. Extrañas coincidencias: mientras teníamos el cabaret en Zúrich, en la Spiegelgasse 1, vivía enfrente de nosotros, en el número 6 de la misma Spiegelgasse, si no me equivoco, el señor Uliánov Lenin. Debía de oír cada noche nuestras músicas y tiradas, no sé sin con gusto y agrado. Y mientras inaugurábamos la galería en la Bahnhofstrasse, los rusos viajaron a Petersburgo para poner en pie la revolución. ¿No será el Dadaísmo, como símbolo y como gesto, la contra del bolchevismo? ¿No opone la cara quijotesca, inoportuna, inaprensible del mundo a la destrucción y al cálculo total? Será interesante observar lo que sucede allí y aquí.

14.VI. Algo tendrá que pasar en Alemania; los años incendiarios de Francia, 1789, 1793, han dejado poderosas

huellas en la filosofía alemana; sólo de naturaleza inmunizadora, naturalmente, no liberadora. La filosofía pretendía proteger al Estado y a los príncipes; como resultado, lo que hizo fue proteger a Prusia y ayudarle en su ascenso. Ahora comienza la Revolución Rusa en la otra frontera. ¿De qué naturaleza será su influencia? ¿Logrará derribar la monarquía prusiana, su más peligroso oponente? ¿Tendrá la Revolución Rusa un efecto contagioso en Alemania? ¿Y qué tradiciones libertarias acoge? En realidad, no veo ningún punto de contacto auténtico. El marxismo, como «movimiento judío», tiene pocos visos de popularidad en Alemania. Al contrario, tiene al mundo oficial al completo, a la Universidad y al Estado Mayor cerrados frente a él. Sólo un cambio teológico podría sacarnos adelante; sólo un cambio moral, no uno económico, por mucho que la economía pueda estar unida con las cuestiones morales.

Las doctrinas de Marx pertenecen a una tradición, en sí misma, pseudolibertaria; son mucho más apropiadas para fortalecer esta tradición que para romperla. La diferencia es únicamente ésta: que la filosofía alemana es fiel al Estado y, a la vez, monárquica, lo cual quiere decir que representa un inmoralismo autoritario, mientras que los rusos, aunque no rechacen lo inmoral, sí que rechazan la autoridad hereditaria consagrada. Como socialistas radicales están deseosos de aniquilar la teología. Su revolución, por lo tanto, sólo vendrá a complicar el problema alemán, y lo hará, por cierto, de la manera más infructuosa. Me parece que esto explica además por qué se daban gustosamente pasaportes a los rusos para que viajaran por Alemania.

18.VI. «Toma al niño y a su madre y huye», le dijo el ángel a José. Y José huyó a Egipto, al país de la magia. Lo que hemos vivido es más que un infanticidio en Belén.

Bakunin, en una carta a Elisée Reclus, Nápoles, 6 de enero de 1867: «Sólo en los escasos momentos en los que una nación representa realmente el interés general, el derecho y la libertad de toda la humanidad, puede un ciudadano, si se llama revolucionario, ser, a la vez, un patriota. Ésa fue la situación de los franceses en 1793; una situación única en la historia, para la que se intentaría en vano buscar un paralelo antes o después. Los patriotas franceses de 1793 pelearon, lucharon y triunfaron en nombre de la libertad del mundo; porque el destino futuro de la humanidad entera era idéntico con la causa de la Francia revolucionaria; estaba unido a ella. La Convención Nacional presentó el programa de libertades más amplio y universal que el mundo haya conocido; fue una suerte de revelación humana en contraposición con la Revelación divina que ofreció el cristianismo. Fue la teoría de la humanidad más completa que se había propuesto hasta entonces.»

¿Qué habría que cambiar antes de poder volver a ser patriota? ¿Qué podríamos ofrecerle a la humanidad como presente, para reconciliarla de inmediato y predisponerla a la gratitud e incluso al amor? Esta pregunta contiene el ideal alemán de futuro y el ideal al que quiero dedicar todas mis fuerzas, mi mejor entendimiento.

Una república cristiana se distinguiría en lo más esencial de las «ideas democráticas modernas». Exigiría que cada individuo y, en particular, el más miserable, fuera contemplado como si de él tuviera que nacer toda majestad y todo género de bendición. Aquel dominico que luchó por los derechos de los indios del Perú, De las Casas, reclamaba el alma inmortal incluso para los primitivos habitantes de un país conquistado. ¿Por qué no se iba a poder pedir de una nación civilizada que acabara con la arbitrariedad política? ¿Se convierte uno en un revolucionario cuando se vuelve contra aquel monstruo, cuyas máximas repetidas cientos de veces han confirmado que el derecho y la ley no son más que palabras para él? Sin la vuelta a una autoridad cristiana clara no puede existir una vida superior auténtica y, sin insistir en esta claridad, todos los proyectos buenos y hermosos que imaginan las personas nobles, se quedarán, sencillamente, en romanticismo y arabesco.

20.VI. La incomparable candidez infantil y la contención del nuevo arte no se deben a elementos de estilo conscientes, sino visionarios, futuros. Hay un esfuerzo por captar el marco más íntimo, la última prisión de la persona espiritual. Los proyectos rozan aquella línea profética que linda con el delirio. Entre esta esfera y el decrépito presente media todo un mundo (social, político, cultural y sentimental), a cuyos presupuestos renuncia el artista. La lucha contra los patéticos fantasmas que proceden de él es su ascética.

Una piedrecita que se desprende de una pared rocosa

basta para convertirse en origen de leyendas y sagas fabulosas. El joven pastorcillo no pintará la piedrecita desprendiéndose, sino que relatará un cuento. Siendo absolutamente coherente, el artista moderno evitará el choque que supone referir sus imágenes estéticas a las vivencias que dan testimonio de ellas. Sólo transmitirá la oscilación, la curva, el resultado, pero callará la causa que lo suscitó. Intentará, sencillamente, restablecer de nuevo su paz y armonía interior, pero no representará aquello que la excita (eso sería ciencia, no arte). Depende, por tanto, de su constitución interior que quien está dotado artísticamente no transmita más que alucinaciones visuales y auditivas absurdas, igual que el loco; que cree imágenes con fuerte sensibilidad social, que encuentren su cumplimiento en una ley evocadora; o que, como el santo, que sólo vive en consonancia, siga desarrollando esa consonancia. Puede que la consecuencia de esto sean quimeras y romanticismos, pero también obras clásicas y nuevos miembros del cuerpo místico. El alma receptiva puede ser pura o impura, confusa o clara, malvada o santa.

25.VI. El comunismo no es más que un sistema de liquidación y, como tal, deseoso de una economía todavía más rígida, de una concentración todavía más exclusiva de las fuerzas y medios auxiliares existentes. Su fundador, el señor Baboeuf, presentó su sistema justo en el instante en que la Revolución Francesa había agotado su sabiduría económica y había llevado a término su sistema de administración. Tras una guerra como la de ahora, tras el agotamiento de todas las finanzas, a un pueblo razonable tal vez no le quede más elección que el procedi-

miento de quiebra más implacable contra su propia casa; como una secularización de todos los bienes y el patrimonio que realmente existe. El error se encuentra, sencillamente, en que no se pueden contemplar las fuerzas intelectuales y morales igual que las materiales, como patrimonio nacional; y, en conjunto, en que se menosprecia la resistencia de aquellos que han obtenido enormes ventajas, aprovechando, precisamente, las condiciones extraordinarias, desordenadas de los últimos tiempos. La guerra ha agotado los idealismos, mientras que ha centralizado las brutalidades y todos los elementos egoístas. Los interesados no cederán voluntariamente, de ninguna manera; habrá que alejarlos por la fuerza. ¿Quién puede sentirse con ganas o con ánimo para hacerlo? ¿Y cuál sería el resultado? ¿Qué es lo que quedaría después de renovar semejante carnicería?

Los acontecimientos ponen en cuestión el sentido de la existencia en su conjunto. ¿Dónde se va a mantener uno si no es en este mundo? Acaso en el más allá. Pero precisamente ha sido la filosofía alemana la que ha acabado de raíz con ese más allá. Incluso la transcendencia más remota parece muy de este mundo bajo la lupa de la ciencia. Los esbirros de la Academia están por todas partes, con los brazos abiertos.

28.VI. Nietzsche tiene todo tipo de salidas de tono de lo más maliciosas e impertinentes para con su herencia nacional. Como ésta:

«Allá donde llega Alemania, la cultura se corrompe.»

O esta otra:

«Sólo creo en la cultura francesa y me parece que el resto de lo que en Europa se llama cultura no es más que un malentendido, por no hablar ya de la cultura alemana.»

O un tercer ejemplo:

«¡Primero dos siglos de disciplina psicológica y artística, mis señores germanos!... Pero eso no se recupera.»

Estos pasajes—he citado sólo los más suaves de *Ecce homo*—se podrían multiplicar hasta el infinito. Pero, y aquí viene un pero muy delicado: el maestro de estas frases sólo es germanófobo en un primer término. En sus cartas (V, 777) se encuentra un pasaje que testimonia suficientemente el trasfondo de la naturaleza a la que siente que pertenece. La frase se refiere a Wagner, pero luego también se aplica al ser alemán en general. «Entonces», se dice allí, «era wagneriano, por el gran ejemplo de Anticristo que Wagner representaba con su arte y su estilo. Soy el más decepcionado de todos los wagnerianos, porque en el momento en el que era más decente que nunca ser pagano, Wagner se volvió Cristo.» Y ahora la auténtica declaración: «Nosotros los alemanes, supuesto que en todo tiempo hemos tomado en serio las cosas más serias, somos todos blasfemos y ateos. Wagner también lo fue.»

El que escribió estas frases conoce, por tanto, un germanismo con un primer término y un germanismo con un trasfondo, una máscara y un rostro auténtico; un germanismo para el pueblo, «con Dios, por el emperador y la patria», y un germanismo para los eruditos y filósofos, que conocen el bastidor, el engaño, pero que, incluso así, siguen creyendo en el pretexto y en la máscara, cuando la máscara alemana cae. ¿Hay una tradición secreta?

Verdaderamente parece que sí. Pero ¿qué pasaría entonces si ahora, un día, viniera uno que reconociera esta tradición con no menos claridad; que tampoco se dejara seducir por todas las hermosas palabras de cultura, moral y formación; y que, por el contrario, se decantara contra los blasfemos, contra la religión natural, contra la belleza del animal de rapiña, contra la confusión en su conjunto? ¿Qué harían con él? ¿No debería echarse a temblar en lo más profundo de su ser? La soledad del de Sils-Maria llegará a su término en breve. Pero ¿qué ocurriría si le siguiera un católico; si viniera uno que comprendiera que los tiempos de Bonifacio e Ignacio no han pasado todavía, que, en realidad, no han fructificado lo suficiente? ¿Qué harían con él los sajones y los prusianos unidos?

BRUSADA, 10.VII. Llevo diez días aquí arriba, en el Brusada alpino, en el valle de Maggia. Hay que realizar una ascensión por zonas con peligro de desprendimientos y aludes, desfiladeros y pasos rocosos, si uno quiere encontrar los Alpes. Los forasteros los pueden ver desde lejos, pero no alcanzarlos. Una senda angosta, perdida entre matorrales, por la que hay que pasar agachado, conduce hasta nosotros por una empinada pared rocosa. Un verdadero infierno de agua, gargantas y estruendo sale al encuentro del visitante. Entre cerezos en flor, sobre un prado habitado por miles de cigarras, se encuentra entonces con nuestra cabaña. Estamos igual de alejados de las nieves eternas que del pueblo más próximo. Una familia de salutaristas de Ronchini, que se afinca en los Alpes para la inminente época de persecución de los

cristianos, nos ha proporcionado además un pastor para que nos sirva de guía y una cabra blanca. Hacemos pan y removemos la polenta en la olla de cobre. La expedición hasta aquí arriba fue penosa, la cabra atada y la máquina de escribir a cuestas.

Sobre *Empire knoutogermanique* (de Bakunin, Oeuvres III).

Toda la Edad Media (y no sólo la Edad Media) afirmaba que los hechos religiosos representan la base esencial, el principal fundamento en el que, necesariamente, tienen su punto de partida todos los demás hechos (intelectuales, morales, políticos, y sociales). Karl Marx afirma exactamente lo contrario. Fue él quien hizo por primera vez esta afirmación «científicamente» y le proporcionó popularidad. Bakunin no está del todo de acuerdo: no le gustaría tomar el descubrimiento marxista en términos absolutos, no acierta a considerar la economía como única base de todo desarrollo. Le interesa afirmar la libertad individual. Tiene una mentalidad antiautoritaria y teme que Marx pueda ir, como de hecho lo hizo, un paso más allá y se identifique con la base económica de una manera dictatorial. Si uno asume una ejecutiva autónoma de las leyes económicas, ha de percibir necesariamente a su descubridor como un Jehová económico en la oficina central de sus intuiciones. Pertenece a la lógica de la cuestión. Sin embargo, no se puede hacer como Bakunin, reconocer el hado económico, pero permanecer, por lo demás, al margen y reivindicar un estatuto especial para la libertad. Su ofrenda al pueblo, su «corazón», su compasión son, según Marx, tendencias muy material-

mente condicionadas. El altruismo desinteresado de los rusos, que, sin duda, era mayor que el de Marx, contradice esto. No es un pensador fundamental, sólo es un propagador; si no, tendría que haberse dado cuenta de que uno no se puede defender contra las tendencias autoritarias de los materialistas convencidos apelando a su tacto y a su decencia. ¿Dónde están los límites de la materia y de los apetitos personales?

14.VII. «Dios lo es todo y el hombre no es nada; pero el hombre debería ser todo y Dios desaparecer»: ésta es la antítesis de Feuerbach, que, al igual que Bruno Bauer, se enfrenta más con el judaísmo que con el cristianismo en este punto. No hay ninguna antítesis cristiana entre Dios y hombre. Cristo es Dios y hombre a la vez, con dos naturalezas. La filosofía de este mundo está orientada originalmente contra las abstracciones hegelianas y prehegelianas. Estas abstracciones, sin embargo, se basan en el protestantismo; no toman en consideración la mediación entre Dios y el hombre, la imagen de Dios, la Iglesia.

Espíritu, corazón, razón, todo para el pueblo; todo para la emancipación del pueblo y, precisamente, del pueblo reducido a la miseria, del abandonado a sí mismo, del desamparado. Es una consigna noble. Sólo me gustaría que, en tiempos como los nuestros, cuando se ha enterrado la última certeza y el castillo en el aire que hemos ido construyendo hasta llegar a las alturas tiembla de arriba abajo, sólo me gustaría que se tuviera a bien investigar dónde pueden garantizarse y fundarse, con carácter general, el espíritu, el corazón y la razón. La cues-

ción última es si el hombre «natural», es decir, el hombre inquebrantable en su carácter animal, puede reconocer realmente la justicia y la verdad.

15.VII. La *fama vulgans*, como todas las tonterías, no tiene nada de casual; ya que, en determinadas circunstancias, un calambur con poca gracia basta para abonarla. El intento hegeliano de encerrar la razón divina en la historia profana es una calumnia inaudita, una torpe degradación de la doctrina paulina de la quiebra de la fatalidad del destino por el hijo de Dios. El espíritu, y cualquier individuo particular, cuando se asienta en el espíritu y en la forma, puede hacer de la Historia lo que se le antoje. Ésta es doctrina cristiana; la forma suspende la Historia. En Hegel la fatalidad del destino sólo se quiebra por la gracia del príncipe. La causalidad de la Historia descarta el libre albedrío; pero, con ello, cae la libertad de Dios mismo. En otras palabras: para Hegel, Dios y el destino fatal son idénticos. Se trata de una concepción pagana y anticristiana. Supone, en cada caso, la absoluta renuncia a uno mismo o una reserva megalómana. El profesor de historia se percibe como cómplice del destino y él mismo se vuelve fatal.

22.VII. Es bien curioso. Aquí arriba, a mil ochocientos metros por encima del nivel del mar, hago hoy un descubrimiento que viene muy a propósito para distanciarme por completo de un trabajo de gran calado. Al leer el tercer tomo de Nettlau concretamente, me encuentro con que Bakunin, que siguió con el mayor interés el *Kulturkampf* de Bismarck, tomó una decisión muy importante.

Puesto ante la disyuntiva de dejar de lado su anticlericalismo y declararse a favor de la Iglesia contra sus más rabiosas antípodas o, si no, sacrificar su anarquismo y aplaudir a Bismarck, se decidió por esto último, y de una manera ciertamente *écrasante*, de lo más insospechada. ¡Racionalistas del mundo, uníos! ¡Por la razón y la libertad (¡con Bismarck!) contra las artes embrutecedoras y arrulladoras de la Iglesia; con el bastón del sargento y el sable contra la jerarquía! Puedo comprender que un amigo del pueblo luche contra la consagración de una autocracia despótica que se ha vuelto imposible. También puedo entender que la conciencia de nuestra época perciba cualquier alianza de la metafísica y de la Iglesia con un cínico aparato monetario como burla y origen de toda corrupción. Pero rebasa mi entendimiento cómo un enemigo declarado de la dictadura militarista puede justificar el *Kulturkampf* prusiano. Está fuera de cuestión que, en este caso, yo tomaría partido por la Iglesia, contra los estadistas y antiestadistas unidos en la *bêtise*. La Iglesia, ésa es la respuesta, una y otra vez la Iglesia, contra el asalto de los apóstoles de la naturaleza, de izquierdas y derechas, conservadores y rebeldes.

7.

ASCONA, **2.VIII.** Mi habitación abanderada (Casa Poncini): banderas rojas y azules cubren la pared. En el centro, la cama baja reposa sobre el suelo rodeada de libros y artículos de fumador. Por lo demás, la habitación está completamente vacía.

Emmy también vive muy bien: bajo la cúpula pintada de azul de una antigua capilla de oración rebosante de sol. En las paredes con colores, imágenes de santos campesinos.

Descripción de los asconeses, que cazan ágiles liebres con arcos y flechas. Se dice que hay una liebre en particular que, cada vez que baja de Bellinzona, infesta la comarca, por lo que los asconeses están en armas contra ella.

Los auténticos asconeses comen hierba como Nabucodonosor y llevan largas barbas ondeantes. Se curan las heridas poniéndoles alas de mariposa. Contar los puntos de las alas de mariposa tiene que ser bueno contra el mal de esta época.

8.VIII. A un editor (sobre la primera parte de Bakunin): «Es cierto que lo que le envío (las primeras cien páginas) está cerrado en sí mismo, pero todavía no es indicativo del carácter del libro. Sólo es el preludio, los años de estudiante. Muestra cómo Bakunin se traza una vida amplia, europea. Muestra ante todo—y por eso he aportado preferentemente documentos de la época de 1848-1849—que B. pertenece, con toda justicia, a la literatura alemana y no, por ejemplo, a la rusa o a la francesa, aunque sus obras tardías principales estén escritas en estas lenguas. Los años 1848 y 1849, en Dresde, fueron su vivencia más fuerte, porque se enlazó a ellos una larga prisión y Bakunin ya no se volvió a librar de los alemanes. Toda su acción posterior (tal y como pretendo exponer en las partes II y III) se ocupa críticamente del pensa-

miento alemán, es un enfrentamiento con métodos y oponentes alemanes. Pertenece a nuestra literatura, como Heine y Nietzsche pertenecieron a ella, aunque les pese a los alemanes, pero, con todo, profunda e indisolublemente unidos a ellos. Por eso era necesario aportar completos y sin huecos los documentos de la introducción (así como las manifestaciones de Ruge, Marx, Varnhagen y Wagner).»

Es una cuestión sumamente absurda que haga propaganda de un ateo. ¿Tan mal están las cosas que para alcanzar la antítesis hay que acabar luchando además por una clara formulación de la tesis? ¿Cómo se va a entender lo que uno piensa si no se ha percibido antes lo que pensaron sus predecesores?

10.VIII. Un estilista tan claro como Heine no podía acabar con Alemania; un espíritu tan penetrante como Nietzsche, tampoco. Ni un judío ni un protestante lo podrían hacer. Es necesario tener una visión de conjunto de *toda* la tradición, tener sensibilidad para todas sus vías. Eso sólo lo podría hacer un católico. Hay tres tradiciones alemanas: la más fuerte es la hierática del Sacro Imperio Romano. La segunda, la individualista de la Reforma; la tercera, la filosofía natural del socialismo. Hoy, todo el mundo se esfuerza por resolver el enigma alemán. ¿Lo lograrán? Habría que remontarse mucho más para datar correctamente los elementos. ¿Dónde se ofrecen puntos de conexión para reducir el ser alemán a una forma, para darle un perfil estable y una expresión unitaria? La república reduciría los problemas considera-

blemente, facilitaría su clasificación; porque las órdenes rigurosas y la sumisión, los pretextos y la secreta reserva condujeron en los puntos decisivos a un estilo que apenas se puede combatir, porque se substrae a cualquier interpretación unívoca con astucia y recelo.

II.VIII. El Romanticismo guarda una relación muy estrecha con el problema de la tradición alemana. De vez en cuando, me parece que la palabra se refiere al Sacro Imperio *Romano*, que fue tildado de Imperio romántico por la Reforma, que en Alemania se convirtió en normativa. Con ello, los corazones perdieron su arraigo; no obstante, perduró la nostalgia del suelo perdido. La definición que da Bab del Romanticismo (añoranza y anhelo de un culto catolizante, al que se le ha substraído la base) me reafirma en ello. Según esto, se podía tomar la decisión de sacrificar el Romanticismo, abogando (como Goethe, Hegel y Nietzsche) por un resuelto anticristianismo y contemplando el ordo católico como un residuo insignificante en el ámbito de la cultura moderna. Pero también se podía deducir que la Reforma debe su origen al declive del ideal de disciplina eclesiástico y que una nueva tensión universal de este ideal desató las nostalgias románticas, con el debilitamiento de la autoridad de la Reforma.

Si el catolicismo recobrara su importancia normativa en Europa, desaparecería el aislamiento de los espíritus románticos; volverían a encontrar en suelo eclesiástico todo el espacio interior que pierden en la vida moderna y que les conduce a los grotescos saltos en el aire, que cualquiera conoce y de los que se ríe. Por de pronto, en

mi opinión, al Romanticismo se le debería proteger más que atacar; en el transcurso de los siglos nunca ha renunciado a su relación con los ideales cristianos más antiguos. Baader y Görres son la continuación directa del antiguo germanismo católico. En ellos han quedado restos de la antigua grandeza. Baader fue todavía tan poderoso como para derrocar al primer Napoleón.

¿Por qué el Romanticismo adquirió una dimensión tan grande precisamente en Alemania? Porque una vez hubo un Sacro Imperio y porque, por ello, la presión del mecanismo protestante-prusiano-napoleónico se percibió de una manera doblemente dura. Los espíritus más finos, más tiernos, renunciaron al intento de adquirir validez social. Sabían de espacios y vaivenes, himnos y alturas que no habían encontrado lugar en la sociedad y en la vida pública desde Friedrich y Napoleón. El artículo de Novalis «La cristiandad o Europa» y el *Hiperión*, de Hölderlin, son aleccionadores en este sentido. Los sentimientos reprimidos se vuelven a pueblos extranjeros, a la Antigüedad, a la magia, a Satán; en todos los extremos y extravagancias, en todos los extravíos inconscientes y campos substitutivos. Con la caída de la monarquía protestante, el Romanticismo también se relajó; los espíritus intentaron, con más perspectiva, poner la antigua coherencia en el lugar de los gastados ideales de la Reforma.

15.VIII. La idea del paraíso natural... sólo pudo nacer en Suiza. El mundo primitivo más apartado se encuentra aquí con el idilio más querido; el aire helado de la nieve de las alturas, con el más suave son de las campanas del

sur. Suiza es el refugio de todos aquellos que llevan un nuevo proyecto en la cabeza. Fue y es ahora, durante la guerra, el gran espacio natural protegido en el que las naciones custodian su última reserva. Aquí estuvo la cuna de aquel legislador en cuya fantasía rejuvenecida se encontraban el mundo del artista y del reformador, el entusiasmo estético y el político: la cuna de Jean Jacques Rousseau. Desde aquí, partiendo de Suiza, Europa recobrará su vitalidad. Todos los que se rompen o se rompieron la cabeza con la cuestión de cómo ayudar a la humanidad a levantarse de nuevo, cómo podría garantizarse una nueva humanidad, viven o vivieron una vez en este país.

16.VIII. Hacer temblar la jerarquía del Estado de Hegel, junto con todos los coros de sus funcionarios angélicos. Su razón se refiere a las leyes naturales históricas, ¡como si las hubiera!; es spinozista. Sólo reconoce una razón; pero hay dos órganos que perciben: uno físico, el Estado; y otro metafísico, la Iglesia. Quiere exaltar la razón natural de una manera sobrenatural. Por tanto, no niega en absoluto lo sobrenatural. ¿Cómo puede entonces llegar a discutir que hay una razón sobrenatural, que junto con su filosofía absoluta del Estado plantea una atípica exigencia?

Tal vez el motivo de todo aislamiento sea simplemente la falta de una auténtica emancipación del pueblo. Si se llegara a despertar el entusiasmo por la república, por la exaltación de los verdaderos méritos, por la historia del pueblo, sería una gran fortuna. Con la caída de la mo-

narquía protestante, las cuestiones religiosas deben encauzarse. El rey de Prusia se ha convertido en una suerte de zar militar para el protestantismo. Con la despedida de este déspota tirano, el protestantismo habría perdido su protector más importante. Desaparecería la causa principal de la debilidad del carácter alemán y de la tergiversación de la historia de Alemania.

El protestantismo iconoclasta y el idealismo abstracto son ambos hostiles al arte, «antirrománticos», y no tienen raíz alguna en la milenaria imaginería de nuestros antepasados, que sentían más rigurosa, elevada, grande, amplia y humanamente. El clasicismo no conoce la compasión cristiana; sólo conoce la *canaille*, no la calamidad ni la miseria.

19.VIII. *El caso Wagner*, de Nietzsche, de 1888, señala el problema de la decadencia; el laberinto de la cultura, como hace Rimbaud en Francia. El menguante sentido de lo auténtico, la farsa de los ideales; aquel carnaval burgués en el que giran, todos revueltos unos con otros, elementos culturales cristianos, paganos, reformadores y clasicistas. La decadencia de la religión, del arte, la decadencia del carácter; la «conciencia tranquila, a pesar de la mentira», la «inocencia entre dos opuestos», los modales de Cagliostro de la Modernidad.

«Un diagnóstico del alma moderna», dice el autor, «¿con qué empezaría? Con una resuelta cala en esta contradicción del instinto, con la disolución de sus valores contrapuestos.»

En este caso, el par de opuestos se llaman cristianis-

mo o Antigüedad, y la recomendación sirve para todo lo pagano, lo clásico, toda la distancia señorial. Si me preguntaran mi opinión, yo me decantaría por lo contrario. Entre los monjes cristianos hay miles de aliados desinteresados a disposición de una nueva disciplina. Un gigantesco aparato distanciador, la jerarquía sigue teniendo fuertes raíces en el pueblo. El tesoro cristiano simbólico e iconográfico no se ha extinguido, a pesar de todas las embestidas. ¿Qué pasa en cambio con la «moral de los señores»? Sus modelos son ajenos al pueblo, sus fundamentos son construcciones, sus postulados siguen siendo inaceptables. Este ideal no se extenderá más allá de algunos prosélitos dispersos y sólo tendrá el valor que corresponde a una contradicción concentrada, profunda.

22.VIII. He traducido el estatuto de la «Fraternité internationale», de Bakunin. Con estos treinta párrafos, más o menos, el anarquismo fundó su conspiración. El título «Fraternité» remite a un tiempo en el que B. se dedicaba a la masonería; acaso pertenecía a ella. Llegó a Florencia con recomendaciones de Manzini para el gran maestre Dolfi; sus argumentos antiteológicos comienzan aquí con una contestación al Sílabo papal del año 1864. Ya en el mismo año, Talendier y Garrido deben de haber sido miembros de la Fraternité en Londres. Mientras tanto, empezaron a aparecer adeptos entusiastas en Nápoles (primavera de 1866). Entre sus miembros se encontraban entonces Fanelli, Friscia, Tucci, Talendier, Elie y Elisée Reclus, Malon, Naquet, Rey, Mroczkovski y otros.

Según este estatuto, de la Fraternité, como de una familia internacional que está dispersa por las distintas naciones, parten todas las iniciativas intelectuales; las familias nacionales dependen necesariamente de una directiva secreta.

La destrucción incondicional de todos los elementos culturales hostiles al pueblo es uno de los puntos capitales. Lo que Nietzsche llama «decadencia» y Marx «superestructura ideológica», aquí se llama directamente Academia, Universidad. La «nueva moral» no es ni clásica ni cristiana, sino una moral de la clase trabajadora en contraposición con la tendencia parasitaria de toda la cultura moderna. La decadencia se declara por la falta de una lucha por la existencia, por la ociosidad; a la cultura moderna le falta la necesidad. «Yo predico la revolución de la vida contra la ciencia», dice.

29.VIII. *Historia de la Revolución Rusa* de Ludwig Kulczicki (o el fin de la Ilustración).

Según Pestel la protección de la propiedad es el objetivo principal de la sociedad civilizada y un deber sagrado del gobierno. (La Edad Media no conocía propiedad alguna; por lo tanto, no había nada que proteger.)

A las ideas de Europa occidental que empujaron al progreso social y político se opondrá inmediatamente la «naturalidad rusa»: es decir, la ortodoxia, el despotismo y el carácter del pueblo ruso.

Chaadaiev: nadie antes de él había juzgado el pasado, el presente y, parcialmente, también el futuro de Rusia tan escéptica y desfavorablemente. Fomentó las cone-

xiones con los decembristas, pero le faltó temperamento político.

Bakunin como propagador de Hegel: inició a Belinski, Chaadaiev, Herzen y Proudhon en el hegelianismo. Según Hegel, los alemanes son la encarnación del espíritu del siglo. (Apenas han pasado cien años y todo el siglo se ríe de ello.)

El realismo de Belinski se mostraba tirando por la borda todos los sistemas de pensamiento metafísico y entregándose por completo a las «auténticas preguntas vitales», así como a ámbitos tanto sociales como individuales. Su famosa carta a Gógol, en la que le reprocha que idealice la Rusia oficial y sus terribles condiciones.

Spencer, Darwin, Mill, Buckle fueron tremendamente leídos, el sistema de Comte también disfrutó de gran popularidad. (Tienen necesidades distintas a las nuestras. El ir-al-pueblo del nihilismo tendría poco sentido entre nosotros. Nos falta una nueva tarea, una nueva expectativa para la inteligencia; se cultiva por mor de sí misma, nadie piensa ya en su aplicación fructífera. Tenemos otro problema, el de ajustar cuentas con el racionalismo. No se trataría de ir-al-pueblo, sino de volver a ir-a-la-iglesia, ése podría ser nuestro lema.)

Chernishevski, el representante más sobresaliente del movimiento intelectual, social y revolucionario entre 1860 y 1870 es discípulo de la doctrina de Feuerbach, centrada en la inmanencia (exactamente como Bakunin por la misma época).

El nihilismo, tal y como lo predicaban Pisarev y Zaicev, fue la protesta de aquellos grupos que vivían en condiciones sociales y materiales soportables, pero que su-

frían bajo la opresión de las costumbres e ideas tradicionales. Aspiraban a la libertad del individuo y combatían todas las cadenas intelectuales y morales. (De todo ello hemos tenido más que suficiente. La imitación sólo podría significar un anacronismo. Mientras se sacan las consecuencias prácticas de nuestras envejecidas teorías, nos pertrechamos ya para una vuelta ideológica.)

En Rusia (exactamente igual que en el Oeste), el nihilismo allanó los caminos para el anarquismo. El Estado representaba la suma y el común denominador de todas las autoridades hostiles al pueblo.

Con el comienzo del año 1862 se intenta soldar en un todo a las fuerzas revolucionarias. El impulso lo proporcionan los emigrantes. Rusia reúne ahora las ideas europeas «más radicales», para hacer una prueba con ellas, de manera similar a Francia en 1793. (Con ellos se puede aprender mucho del sentido práctico de la política de los jóvenes alemanes, Hegel, Feuerbach, Marx.)

El movimiento agrario no había producido resultados grandes ni visibles (hasta 1864). Por eso se esperaba que el renacimiento de la humanidad procediera de las fábricas. En 1873 aparece en ruso la obra de Guillaume *La Internacional* y *El Estado y la anarquía*, de Bakunin.

Marx exige la democratización del Estado existente, Bakunin rechaza el Estado como no reformable. Uno está por el centralismo; el otro, por la cooperativa de producción autónoma.

La cuestión de qué papel definitivo le corresponde al Estado en una futura sociedad socialista sin clases no es que no fuera resuelta, ni siquiera fue estudiada y discutida a fondo. Lo mismo se puede decir de la unificación de

la Iglesia Oriental y Occidental, un sueño que la cristiandad alberga desde hace más de un milenio, sin que su realización haya sido posible.

SEGUNDA PARTE

DE LOS DERECHOS HUMANOS Y DIVINOS

I.

BERNA, 7.IX.1917. He viajado hasta aquí para ver al editor,[37] he hablado con él fugazmente, luego emprendió viaje a Beatenberg. Ahora me siento verdaderamente abandonado en esta ciudad que me resulta extraña. En Zúrich, la parte estética; aquí, la parte política; pero me siento tan dividido en mis intereses, que verdaderamente estoy a punto de sacrificar la estética a la política. El diario de Tolstói (de los años 1895-1899), que me he traído aquí junto con unas pocas cosas más, me viene muy a propósito para esto. Tengo tiempo suficiente y puedo sentarme en la terraza a entender el mundo tal como es y tal como podría ser.

«El arte», dice Tolstói, «que se iba haciendo cada vez más exclusivo, cada vez más egoísta, ha acabado por volverse loco, porque la locura no es más que el egoísmo llevado al extremo. El arte se ha vuelto egoísta hasta el grado más extremo y con ello se ha vuelto loco.» Él ve la solución en la música popular y en la poesía popular. Temporalmente; porque parece que no se puede contentar con ello.

«Constantemente», dice, «reflexiono sobre el arte y sobre las tentaciones y seducciones que oscurecen el es-

[37] Ball intenta publicar su libro sobre Bakunin.

píritu; y veo que también el arte pertenece a esta categoría, pero no sé cómo debo explicar esto» (p. 81).

Que Dios haya creado el mundo, él lo llama «una superstición absurda».

Y le parece que es «un error entender a Dios como persona». Persona significa limitación. ¿Cómo iba Dios a ser una persona? «Con respecto a Dios», dice, «el concepto de número no puede tener sentido, por lo que no se puede decir que haya *un* solo Dios.»

Si lo entiendo bien, su pesar es éste: que, en realidad, no considera a Dios como el Creador, sino al artista, y, a decir verdad, considera a cada uno en particular como un creador especial. Esto da como resultado un politeísmo. Dado que rechaza la personalidad como una limitación y la percibe como una seducción del egoísmo, tiene mucho interés en discutir la personalidad del creador y al creador mismo. La belleza le tienta para que sea creador y egoísta; así que se percibe como un elemento hostil.

Por lo demás, me parece que el pensamiento también puede ser un arte y estar sometido a las leyes del arte: en caso de que uno oriente su atención a separar ciertos pensamientos y series de pensamientos; a trazar fronteras; a dar cabida y admitir exclusivamente ciertas percepciones, evitando otras. Dios no habrá creado el mundo de manera distinta. Es el *artifex* en persona; el artista no hace más que imitarle. Como ocurre con el resto de las artes, en el pensamiento también es decisivo lo que se ha dejado y no se ha nombrado, la manera en que uno se ha limitado. Sólo así aparece el carácter propio y distintivo.

9.IX. Un artículo en *Weissen Blätter*, «La vivencia del tiempo y el libre albedrío». El artículo trata de Bergson. Su concepto de «intuition créatrice» no me da ningún juego. La intuición como principio creador me parece una posición imposible. Sólo puedo entender la intuición como una facultad perceptiva. Puede estar orientada hacia arriba o hacia abajo, hacia la naturaleza o hacia el espíritu. En este sentido, la *scientia intuitiva* no es más y no puede ser más que... la psicología. Si se vuelve hacia el espíritu, se encuentra la inspiración. Pero que pueda ser determinante para la comprensión del libre albedrío, me parece dudoso. En la época del cabaret nos dedicamos mucho a Bergson; también a su simultaneidad. La consecuencia fue un arte puramente asociativo.

10.IX. Ahora tengo un ejemplar encuadernado del manuscrito de Bakunin. Sólo contiene la primera parte, la parte democrática. Lo que sigue sería la confrontación de los congresos y organizaciones, la lucha con Marx y Manzini por la Internacional, el desarrollo de la teoría anarquista. Sin embargo, de vez en cuando, me parece que el libro ha dado de lleno en el corazón, mientras que yo todavía sigo hilando. Ya no tiene ningún sentido y, sin embargo, sigo afanándome. Si quiero trabajar así, si un simple pensamiento logra casar el proyecto entero, ¿adónde me conducirá?

14.IX. En la librería encuentro un libelo con el título: *Grünewald, el romántico del dolor*. Ante tal título, es inevitable preguntarse: ¿puede hacerse romántica una nación entera? Sí que puede, es muy fácil; sólo es necesario

que perciba el tormento y la moral como Romanticismo. En esto, el librito es absolutamente fabuloso. Aquella curiosa mezcla de estrella y cruz, de lírica y realismo, que caracteriza el estilo de Grünewald, encuentra una explicación verdaderamente acertada; en concreto ésta: «La increíble intensidad de ciertos momentos de realidad tiene como consecuencia que el conjunto ya no tenga un efecto real, sino completamente fabuloso, y fue, fundamentalmente, este carácter fabuloso lo que Grünewald buscó de muchas maneras diferentes. Ante todo, a lo fabuloso se llega por medio de esta intensidad que acabamos de mencionar, así como mediante una particular asociación de los detalles; cada uno de ellos, considerado en sí mismo, no tiene nada de fabuloso, pero en conjunción, asociándose entre sí, se asemejan a un sueño de fábula.»

Vi el concierto de los ángeles en 1913, en Isenheim: sobre el dulce ángel que vuelve su arco, hay una alegoría que también toca el violín, pero está completamente petrificada.

Ya no puedo leer novelas. Lo intento una y otra vez, pero no logro sacarle ningún gusto a esta forma artística excesivamente poblada, que aparta del asunto. En ella siempre se da noticia de un montón de cosas, de las que el autor no puede saber demasiado. Es un derroche tan excesivo y un aparato tan recargado que, en parte, es más propio de las ciencias exactas que de la literatura. Además, el autor no debería tener la cabeza tan repleta de la cantidad de cosas fabulosas y fantásticas, que han de aparecer necesariamente en una novela para mantener

entretenido al lector. El autor mismo debería ser una novela y entregarse en cuerpo y alma (lo mejor de su cuerpo y su alma). Pero ¿cómo se pueden soportar los libros romantizantes de personas que nunca estarían en condiciones de ser lo que sueñan?

15.IX. La doctrina del carácter propio de una nación (la carta de naturaleza alemana) es cuestión de la filosofía naturalista, a la que no se debería conceder una importancia exagerada, como tampoco se hace con las cuestiones de raza en la política. En este sentido, Rubakin hace notar que esa teoría está extendida, sobre todo, en pueblos poco desarrollados, que siempre se consideran el pueblo elegido (mientras que, se podría añadir, todavía no están seguros de su personalidad cultural). Todo niño cree iluso que la escuela está concebida necesariamente con arreglo a sus propias necesidades y que toda la organización pone sus miras exclusivamente en el provecho de su propia persona, que tiene una importancia suprema.

Unidad y realidad: ambas son grandes palabras del siglo XIX que mantendrán su influencia en el siglo XX. La forma de interpretarlas determina la categoría del individuo y la fisonomía de la colectividad.

18.IX. *Antithéologisme* y *Dieu et l'État*, de Bakunin, anticipan todo Nietzsche. La genealogía del Estado y de la moral, las investigaciones sobre el origen de la religión son más claras, más objetivas en Bakunin, porque se refieren a la sociedad; Nietzsche sólo filosofa como rentis-

ta y para sí mismo. Ambos están influidos por la concepción zoológica de Darwin: Bakunin, ya en 1864 (por Nozin); Nietzsche, a partir de 1870 (en Basilea). Ambos son emigrantes y, como tales, creadores de primera mano. La carencia del plano jurídico en Nietzsche es un descubrimiento que me sorprende. El planteamiento del problema que, de un modo nada estético, hacen los rusos en *Antithéologisme* (pp. 177-179), se queda fijado profundamente en la memoria: «Toute morale collective et individuelle repose essentiellement sur le respect humain. Qu'entendons-nous par respect humain? C'est la reconnaissance de l'humanité, du *droit humain* et de l'humaine dignité en tout homme, quelle que soit sa race, sa couleur, le degré de développement de son intelligence et de sa moralité même.»[38] Habla de la «faculté, toujours vivante» del ser humano, «de s'éléver à la conscience de son humanité—pour peu que s'effectue un changement radical dans les conditions sociales».[39] Su propósito es descomponer el Estado divino militar-burocrático-industrial en una religión universal de los derechos humanos que también englobe la miseria. La teocracia se percibe como una violación del ser humano; el sacerdote

[38] «Toda moral colectiva e individual se fundamenta esencialmente en el respeto humano. ¿Qué entendemos por respeto humano? El reconocimiento de la humanidad, de los derechos humanos y de la dignidad humana de todo hombre, cualquiera que sea su raza, su color, el grado de desarrollo de su inteligencia y de su propia moralidad.» *(N. del T.)*

[39] «(...) facultad siempre viva (...) de cobrar consciencia de su humanidad—a poco que se efectúe un cambio radical en las condiciones sociales.» *(N. del T.)*

representa un enemigo para el pueblo; el sacrificio, una renuncia a la dignidad del hombre.

22.IX. La nueva revista de Schickele debe aparecer en noviembre. Así que sigo en Berna. Petroso me ha cedido su habitación, pegada a una hermosa biblioteca internacional. Me recomienda las obras de su compatriota Unamuno, en particular *Le sentiment tragique de la vie.*

Las novelas se hacen realidad. El director del Ministerio Revolucionario de la Marina es Ropschin (Savinkov), el autor de *El caballo pálido*. Es el que repartió diez mil fusiles a los maximalistas. Y el adjunto del comandante de la plaza de Petersburgo es otro «literato» y terrorista, el antiguo teniente y actual coronel Kusmin.

El espíritu goethiano: ¿no surge de una situación apurada, encontrar a la persona entre cien posibilidades? ¿No es consecuencia de refrenar en muchos aspectos los talentos y disposiciones individuales? Este espíritu siniestro se ha extendido por todas partes, a través de sus comentarios y llamamientos, y siempre se ha remitido a sí mismo: una imagen de toda la nación. Pero lo extraordinario es que se decida a renunciar a la persona, en lugar de obligarse a la unidad. Por su magnitud como artista, es algo inconcebible y debe de surgir de una filosofía, de una voluntad.

26.IX. Quebrar las relaciones abstractas respecto a la nación. Si el gobierno actúa injustamente...: ¿es lícito ofrecerle resistencia? Según el párrafo 34 de los «Derechos

del hombre», que hoy están vivos en la conciencia de todo el mundo civilizado, la resistencia no es sólo un derecho, sino el deber supremo. El gobierno no es una institución para la injusticia, es una institución para la justicia, aunque el derecho a la resistencia contra abusos no esté garantizado en ninguna carta constitucional alemana. Si el Estado ha de tener algún sentido y no ocultar en sus principios jurídicos una contradicción lógica, entonces ha de instalar en él, necesariamente, la conciencia del individuo, porque tal conciencia existe, y el Estado debería ser expresión de *todos* los intereses, también de los más altos, y en particular de éste. Un gobierno no sólo es responsable ante sus hombres de negocios y sus militares, también lo es ante sus moralistas. De poco le serviría discutir esto. Quien dispone de la forma, dispone también de la nación, y en última instancia nadie más, aunque tuviera a su disposición los cañones más grandes.

Según Kant, el hombre funda su vida sobre la ciencia; naturalmente, sin que éste pueda probar que vive auténticamente, no sólo en apariencia. La ciencia tiene que ver con la explicación, se dice. Pero existe un saber que renuncia a este rodeo y aspira a lo directo. En Alemania, a la ciencia se le permite todo; la única condición es que del saber no se deriven consecuencias y se insista en su aplicación. Esto es lo que explica el punto en que nos encontramos, con la hipertrofia simultánea de literatura y erudición.

28.IX. Alguien me tocó en el hombro, mientras paseaba bajo las arcadas de los soportales: Siegfried Flesch. An-

tes de la guerra estaba en el Consejo de Administración del Teatro de Cámara de Múnich y publicaba, como editor de Manzini, una revista republicana con Wehner en Leipzig. Nosotros, los jóvenes, nos reíamos entonces de su publicación, en la que sin embargo colaboraba un gran número de conocidos publicistas alemanes (como Bahr, Blei, Gerlach, Jaekh, Nordau y muchos otros). Me alegra mucho encontrar a un antiguo conocido y él me cuenta su historia en pocas palabras. Como precisamente en estos días está publicando una serie de artículos sobre Austria, le pido que me informe sobre éste su tema preferido, lo que resulta doblemente interesante, porque con ello me entero de algunas novedades sobre Manzini.

El número 48 del *F. Z.* [*Freie Zeitung*] incluye un comentario mío sobre la conmemoración de la Reforma. «Una solución radical de la cuestión política», se dice allí, «no es posible sin la solución de la cuestión religiosa.» En 1914, ya escribí sobre Münzer en Berlín. Desde entonces me acompaña su grabado, que también ahora, mientras escribo esto, cuelga ante mí.

2.X. Sobre los serbios y croatas con los que comparto mesa al mediodía. Por su ardiente inteligencia y su carácter, me cae particularmente bien Tschokitsch. Tenemos puntos en común por nuestro interés por la literatura rusa y francesa y nos hemos hecho amigos rápidamente. Tributa toda su admiración al profesor Masaryk, cuya actividad a favor de la liberación de los checos sigue con viva atención en todos los periódicos que tiene a su alcance. Es conmovedor ver la consideración de que gozan

nuestros clásicos, Herder y Grimm en particular, entre esta gente. Conocen nuestra literatura clásica mucho mejor y en un sentido más directo y práctico que la mayoría de nuestros estudiantes. Nuestra filosofía ha abonado su conciencia nacional; ahora que defienden su autonomía hasta la última gota de sangre, se les asesina y se les ahorca.

Un país no se conquista en modo alguno si no se conquistan sus ideas y su corazón.

6.x. Las libertades de los mercachifles burgueses; las pretendidas libertades profanas, que vuelven a la gente superficial. Con ellas se olvida sin más que uno ni siquiera las tiene y que el «liberalismo humanitario de las democracias occidentales» (América y Francia) se aparta, en aspectos muy esenciales, del humanismo romántico y entusiasta de Herder, Humboldt y Fichte. Estos días he comparado la «Déclaration des droits de l'homme» de 1789 con los «Derechos fundamentales» alemanes de 1848. La diferencia es manifiesta.

1. La *Déclaration* contiene una filosofía (del hombre y del Estado), los Derechos fundamentales no contienen nada similar.

2. Los Derechos del hombre establecen, en un sentido universal, la soberanía del pueblo sobre el Estado y sólo confieren al Estado el derecho negativo de velar sobre esa constitución. Los Derechos fundamentales, por el contrario, no contienen ningún tipo de determinación primaria sobre los límites del Estado o siquiera sobre la dependencia del Estado sobre la nación.

3. La *Constituante* francesa establece algunos derechos inalienables del individuo (seguridad, propiedad, igualdad ante la ley, así como el *Derecho a la resistencia* contra la supresión de todas estas leyes). La Constitución está garantizada por la colectividad y por cada individuo. Sólo reconoce a las personas (por lo tanto, implícitamente, también reconoce al proletariado) y se dirige a las personas. Los Derechos fundamentales, por el contrario, sólo hablan de derechos del ciudadano y del súbdito, no de la persona. Como no establecen la soberanía del pueblo, tampoco reconocen el derecho a sublevarse contra abusos o actuaciones indignas o peligrosas del gobierno.

4. La *Déclaration* establece la tripartición de los poderes y, en concreto, una división del Estado en un poder legislativo, uno ejecutivo y uno judicial. Estos tres poderes juntos están instaurados por el pueblo soberano y se relacionan con la ley, como se relacionan en el dogma católico las personas de la Trinidad respecto a la persona conjunta de Dios. Esta idea hace que el rey, al que sólo le queda el poder ejecutivo, se convierta en representante del pueblo en la misma medida que el legislador y el juez, e intenta evitar una acumulación de la autoridad. Los Derechos fundamentales, por el contrario, no reconocen tal reparto de poderes; ni siquiera son conscientes del problema.

Para caracterizar los Derechos fundamentales no se puede

5. dejar de mencionar que se redactaron medio siglo después de la Revolución Francesa, es decir, con las experiencias que median en ese período de tiempo y con

todos los resultados del clasicismo alemán. A pesar de todo, en ellos no se registra el aliento auténtico de la humanidad alemana y de la filosofía alemana. La rica conciencia intelectual de las generaciones precedentes ha quedado lejos de los Derechos fundamentales. El humanismo alemán, evidentemente, no se presta a una formulación clara de los derechos constitucionales.

14.x. Los *Droits de l'homme* son derechos naturales; nacen con el hombre. Son la condición previa más básica para una situación ordenada, en particular, desde que el soberano ya no está obligado por la subordinación a la Iglesia. Otorgan al individuo *eo ipso* el sentimiento de su dignidad humana y se asientan sobre este sentimiento. Con todo, siguen siendo derechos de nacimiento. Pudiera ser que algún día la conciencia religiosa exija que los derechos que nacen con el hombre, encuentren un complemento en los derechos que adquieren Dios y el hombre mediante los sacramentos (del Bautismo y de la Confirmación). Como la vida religiosa y eclesial se desarrolla en la sociedad y como la religión adquiere, sin duda, un rango superior al de la simple naturaleza, si se han de evitar graves conflictos y reunir todas las fuerzas de una nación, hay que suponer que inmediatamente se encenderá una disputa por los derechos divinos, como la que una vez se lideró por los derechos humanos y todavía hoy sigue causando estragos. La Ilustración tuvo su momento y no se la podrá borrar de la Historia; pero no es el único *modus vivendi*. Tampoco seamos hipócritas. No pidamos la paloma antes de tener el gorrión. Tal y como están hoy las cosas, hay que exigir una separación más

clara de Iglesia y Estado, antes que una unión más estrecha.

15.X. Según Mignet, el liberalismo data de las tres negativas que Lutero dio a los legados, al Papa y al emperador. Esto es lo único que se conoció y se hizo popular en el extranjero sobre la Reforma política. En la política interior, la cuestión se plantea de una forma radicalmente distinta. En la *Confesión de Augsburgo*, que incluso Hegel señala como la Carta Magna de los protestantes, no se habla en absoluto de los derechos del pueblo. Allí sólo se fundamenta el individualismo del soberano. Según manifiesta Lutero expresamente, el hombre común, el campesino, pertenece en cuerpo y alma a su señor, de modo que, en la época de la Contrarreforma, en las crisis confesionales, ya sólo deciden los príncipes. Los súbditos se hacen católicos o evangélicos según decida el príncipe. En la Augustana sólo se habla de los derechos de los señores territoriales frente al Papa; e incluso de estos derechos se habla muy escasamente y, en realidad, no se hace más que de forma implícita, ya que algunos príncipes presentaron su revuelta teológica al emperador de forma contenida. Sólo tras la disolución de la Dieta y el anuncio de la excomunión de los príncipes electores sajones, ésta hace que sus juristas definan un derecho a la resistencia contra el emperador. Los teólogos, Lutero y Melanchthon ya habían rechazado este derecho *antes* de la querella de Augsburgo. La Augustana sólo representa una secularización de la dignidad episcopal por algunos príncipes. Lo único que muestra es un poderoso fortalecimiento del particularismo dinástico. La ausencia de

derechos estatales y eclesiásticos del pueblo no sólo se ha quedado como estaba, al contrario, se ha agudizado de la manera más palpable. Porque antes había una instancia eclesiástica neutra, que protegía con la excomunión de la violencia y arrogancia de los príncipes.

17.X. Conocer el hecho de que el mundo natural no consta más que de errores hace más fácil encontrar el punto débil de los sistemas filosóficos.

Los Derechos fundamentales de 1848 contienen un párrafo gracioso, el 6 (antes incluso del artículo 1). «El Estado», según dice este párrafo, «no limita la libertad de emigración.» Eso lo dice todo. Por lo menos tienen la deferencia de permitir la huida.

19.X. Sobre la descripción del carácter romántico. El juego de apariencias del antiguo Imperio Habsburgo también tiene relación con ello. Ferdinand Kürnberger menciona que «el deber doméstico, cortesano y estatal del austríaco no es ser, sino parecer». La «Reforma» sajona hizo que bajo Fernando II se levantara en Alemania una muralla china contra todo progreso y que se fortaleciera aún más el impulso de los países católicos hacia lo transcendente, que ya existía en sí. La consecuencia es una desconfianza frente a todo lo que es real. Lo real es el enemigo. Los hombres, según reza la consigna, son alevosos, y por tanto, traidores. Se intenta evitar el hecho, porque el hecho, ciertamente, es realidad y podría convertirse en herejía. Se intenta eludir con todas las fuerzas una identificación de palabras y hechos. El éxito

de Federico II, de Napoleón I e incluso de Bismarck se explica a partir de semejantes premisas. «Todo lo real es racional», dice Hegel, y él es precisamente el filósofo que está en el cambio entre dos épocas alemanas; el filósofo de la era Metternich, cuyos métodos degeneraron entonces en las disputas y rivalidades entre los Habsburgo y los Hohenzollern en los gabinetes prusianos.

El Sacro Imperio Romano unificaba las razas, lenguas, pueblos y temperamentos más diferentes. En su época de esplendor abarcaba desde Turquía, pasando por Holanda, hasta llegar a España y a Sicilia. Los emperadores alemanes tenían una suerte de hegemonía cultural sobre Occidente, de la que al carácter alemán le ha quedado una cierta universalidad y polifonía en la estructura del alma. Para esta estructura, el nacionalismo que Lutero fundó y el protestantismo fue elaborando significa una limitación y una constricción insoportable, incluso una afección libidinosa que reacciona a la más leve llamada. La política expansionista que se introdujo justo después de la caída de Bismarck se alimenta del sentimiento de que ahora, después de la reforma que ha tenido lugar en la representación dinástica y confesional, el protestantismo debe recuperar la hegemonía europea perdida bajo los Habsburgo. Los planes de expansión pangermánica bajo Waldersee y Bülow abarcan, de hecho, los Balcanes y los Países Bajos, Lille y Dunkerque, Luxemburgo y Suiza, además de Turquía y Marruecos, Creta, Armenia, Siria, como en tiempos de las Cruzadas, y otros territorios de todo tipo. Esto sería una perfecta locura, visto desde cualquier otra nación. Pero si se toma en conside-

ración la antigua misión cultural romano-germánica, el programa se vuelve completamente comprensible.

El mismo chauvinismo de las clases superiores también aparece en los comienzos de la socialdemocracia alemana. Lassalle,[40] su fundador, es monárquico y sueña con que ejércitos de trabajadores alemanes formarán en el Bósforo. Confesando sus creencias religiosas, incluso se permite imaginar a Franz von Sickingen como «emperador y cabeza *evangélica* al frente de un gran Imperio».

25.x. El carácter providencial de los alemanes se debe a su antigua posición de privilegio respecto al Reino de Dios. Considerándolo desde una perspectiva puramente política, en las luchas racistas de la Unión y en la Inglaterra de Pitt, en la Francia revolucionaria y en la Rusia más moderna sucedieron un número infinito de cosas mucho más importantes que en la Alemania de Bismarck. No obstante, todas las naciones están convencidas de la situación excepcional de Alemania y, curiosamente, incluso los protestantes, que fueron quienes hicieron pedazos el universalismo del Sacro Imperio Romano. Si esta fe, esta confianza, ha de tener algún sentido, este sentido sólo puede residir en que Alemania todavía sigue albergando la posibilidad de retornar tarde o temprano a su posición prevista originalmente. Si los protestantes, como guardianes actuales del prestigio na-

[40] Ferdinand Lasalle (1825-1864), socialista alemán y miembro de los Jóvenes Hegelianos, fundó el *Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein* en 1863, base de la socialdemocracia.

cional, velan tan celosamente sobre una metafísica del Estado que consideran trasnochada, es porque intuyen en ella un destino superior y hay que sabérselo agradecer; aun cuando uno quiera evitar reconocérselo, antes de que sus principios queden definitivamente invalidados.

Nunca antes se había dado un esfuerzo tan importante y multilateral para conciliar lo real con lo posible. También se pueden hacer burlas y sarcasmos de una época de mártires, héroes y santos. Cuando el principio choca con la realidad, es cuando comienza la resistencia, y hoy estas resistencias son tan poderosas que se necesita algo más que la razón natural para aceptar la lucha. En la época del Renacimiento hubo algo semejante en lo que se refiere a dureza y atrocidad. Aretino se vio obligado en ocasiones a hacer causa común con una obscura banda, y Savonarola entró en un monasterio porque en el mundo ya no tenía espacio sobre el que poderse afirmar.

29.X. Nietzsche intenta quebrantar el culto a la razón, el culto al Estado de la Reforma, por medio de una doctrina de lo genial. Pero el mismo concepto de genio (de *genius*, «semidiós») es clásico, humanístico; su análisis nos devuelve a los misterios naturales de la Antigüedad, al despliegue de los instintos.

Los preceptos del derecho canónico que Lutero quemó (*sicut fecerunt mihi, sic feci eis*)[41] afectan casi por com-

[41] «Como me hicieron a mí, así hago yo con ellos.» *(N. del T.)*

pleto a la supremacía del Papa (en concreto, en lo que respecta al intelecto, el derecho y la moral).

«No desprecio a los compañeros», dice, «que cantan para conseguir pan. Yo también he sido un asno que iba mendigando su pan y he aceptado pan de muchas casas, particularmente en Eisenach, mi querida ciudad.»

9.XI. Invitación para visitar a Schickele en su casa y conversación con él mientras yace en cama. Me devuelve la *Liga de la paz y la libertad* y me insinúa la idea de que, en su lugar, le escriba un libro sobre los «intelectuales alemanes». Quedamos en que le presentaré un *exposé*.

He conocido también al doctor Sch. [Hans Schlieben].[42] Fue cónsul en Belgrado hasta que estalló la guerra y el gobierno lo declaró amigo de los serbios. Entonces pertenecía a la Liga Nueva Patria y recuerdo haber leído todavía hace poco colaboraciones suyas bajo el pseudónimo de «Cives Diplomaticus» en *Weissen Blätter*. Habla de los métodos del Servicio de Exteriores, así como de su actividad como negociador en el asunto de Algeciras. Yo ya había oído hablar de él muchas veces y me había imaginado a un señor con una barba gris y cerrada. Es lo contrario. Una personalidad flexible, franca, que sabe marcar límites, pero que siempre se muestra sonriente, como los japoneses, dispuesto a dejar que su compañero

[42] Hans Schlieben (1865-1943), diplomático, colaborador de la asociación pacifista Neues Vaterland y fundador del periódico *Die Freie Zeitung*, en el que Ball colaboró.

gane y se sienta superior. Su presencia revela una cauta delicadeza; su inteligencia tiene algo cautivador.

11.XI. Berna resulta un ambiente seco con todos sus racionalistas. Pero, al presente, es la mejor biblioteca política que se puede encontrar en Europa y va a más día a día.

14.XI. El *exposé* está listo. Pero ¿cómo es posible? Las ideas se enredan alrededor de mi pluma. Debería haber sido un libro sobre los intelectuales modernos como, por ejemplo, los autores de *Weissen Blätter*, y lo que ha salido es un perfil de la evolución alemana o, más bien, un borrador contra el *Manifiesto de los 93 intelectuales*. No tengo ninguna aptitud para llevar a cabo un encargo. En la Biblioteca Europea no pueden publicar a Sch. [Schickele]. Tal vez lo publique Orell Füssli.[43] Ahora da lo mismo. Siento que esta incitación es lo único que necesitaba; todo mi interior se contrae. Una tormenta pasa por encima de mí.

No perder nunca la conciencia: somos la última reserva.

17.XI. Antes de que me mude a la otra habitación, quiero anotar lo que contiene la biblioteca de Petroso (en caso de necesidad):

Achalme, *La science des Civilisés et la science allemande*.

Charles Péguy, *Oeuvres choisies*.

[43] Editor suizo de Berna.

La libertad alemana, Perthes, Gotha.
Maurice Millioud, *La caste dominante allemande.*
Sidney y Beatrice Webb, *El problema de la pobreza.*
Andler, *Les origines du socialisme d'État en Allemagne.*
Guilland, A., *L'Allemagne nouvelle et ses historiens (Niebuhr, Ranke, Mommsen, Sybel, Treitschke).*

18.XI. Cuando pienso que Alemania está separada del gran torrente de la vida, que aquí, en Suiza, nos llegan a diario cosas nuevas—también nuevas conmociones, naturalmente—, mientras que arriba todo aliento de libertad es reprimido, entonces me pregunto cómo nos íbamos a poder entender si algún día cayeran las fronteras. El Oeste comunica con más intensidad que nunca sus experiencias, planes y disposiciones; en un sentido propio, ya se ha producido la unión del mundo, pero Alemania desempeña el papel de proscrito, con todas sus terribles consecuencias.

Scheler[44] estaba allí y se esperaba al profesor Borgese.[45] Ahora también me veo más a menudo con un amigo utópico, E. B. [Ernst Bloch], que me sugiere que lea a Moro y a Campanella, mientras que él, por su parte, estudia a Münzer y a Eisenmenger.

22.XI. Apuntes sobre la «inteligencia». Estetas modernos. A lo largo de mis apuntes he ido desarrollando toda

[44] Max Scheler (1874-1928), filósofo alemán.
[45] Giuseppe Antonio Borgese (1882-1952), historiador de la literatura.

esta línea. Aunque es verdad que he hablado poco de ello. Sch. [Schickele] tiene una falsa imagen de mí. Resulta lamentable que no tenga aptitud alguna para orientarme hacia lo que me conviene. Tengo que hacer lo que mi interior me dicta.

Jacob ter Meulen, *El pensamiento internacional en su evolución entre 1300-1800* (para que no se me olvide).

30.XI. Uno de los mayores defectos de los filósofos alemanes es que no comuniquen sus resultados, sino solamente sus procesos. En Hegel resulta particularmente negativo. Tiene muy pocas ideas y una cantidad extraordinaria de tesis. Es uno de los pensadores más pormenorizados que uno pueda imaginarse.

Hoy por la noche se me ha ocurrido algo importante sobre Kant. Una disociación tan completa de las potencias del pensamiento en la medida, el peso y el cálculo de las cosas, como la que se da en él, donde el entendimiento se refiere tanto a la sociedad y al sentido como a lo abstracto, un embrollo tal de la razón en la reflexión, al fin y al cabo, lo único que denotan, dicho sea suavemente, es que hay algo que no marcha bien, tanto en el entorno del filósofo como en su propia persona. No le faltan motivos muy serios para separar con tal rigor la potencia reguladora, la razón natural, de los objetos, y devolverla a sí misma. No está libre de la necesidad más apremiante cuando hace de la lógica un absoluto, convirtiéndola en fin en sí misma, con la prudencia más escrupulosa. Buscando una explicación para ello, se llega primordialmen-

te a dos argumentos. De repente, las estrictas prohibiciones del despotismo político se cruzan en el camino del ingenuo uso de razón. Al filósofo se le prohíbe un uso directo de la razón. Pero este fenómeno, que sirve para el Estado, se repite también en la esfera personal y privada: puesto que el pietismo ha decretado las mismas prohibiciones contra las opiniones e inclinaciones. Impera un rigorismo policial respecto a opiniones y costumbres, que complica la posición de un individuo genial y de un filósofo ilustrado hasta la maldad y el deseo de venganza. En Kant, el torrente reprimido se dirige contra las raíces de la imaginación, contra el instinto, contra la fantasía misma, y no sólo en un sentido vulgar, sino también elevado. Así es como surge aquella construcción filosófica propia de un barroco tardío, que ha llevado un enorme desequilibrio a la vida y al pensamiento humano. La persona decente se ve desviada y apartada de toda expresión visible y concreta en el Estado y en la sociedad, así como de su propia naturaleza; en cambio se confiere al entendimiento, es decir, a un *medio* de la razón, el valor y la capacidad opuestos a lo que es la norma de un *fin*.

Las consecuencias del sistema de tutela ya las describió Humboldt admirablemente en su escrito sobre los *Límites de la actuación del Estado*. «Todo aquel que confía en la solícita asistencia del Estado, le entrega, de la misma manera y hasta en mayor medida, el destino de su conciudadano. Sin embargo, este hecho hace que la participación disminuya y que la gente caiga en la apatía a la hora de prestarse ayuda mutuamente [...] Cuando el ciu-

dadano muestra una mayor frialdad al ciudadano, también lo hace el marido con la mujer; el padre, con la familia.» En esta obra temprana, de 1792, Humboldt sólo quiere que el Estado garantice la seguridad del ciudadano, en cambio, todo lo demás, y en particular la moral, ha de quedar al «arbitrio» del individuo, a cuya grandeza hace un hermoso llamamiento para que no sucumba ante el egoísmo. Desgraciadamente, no se le puede conceder mucho valor a este «idealismo» de Humboldt, porque más tarde lo revocó por completo. Y es una auténtica lástima que sea tan difícil derivar una línea directriz inconfundible y unívoca de toda la riqueza que nuestros clásicos sacan a la luz. Deben de haber sido las circunstancias desfavorables que existían en las cortes las que hicieron que pareciera preferible evitar cualquier directiva clara y fiable.

Con la posibilidad de que las garantías generales y perdurables de la moral individual se eleven a fundamento del Estado comienza una nueva fase: en concreto, la disputa teológica y filosófica sobre la esencia de la naturaleza humana. Esta disputa, que ya no se desarrolla en el plano abstracto, sino que tendría que referirse a la sociedad y al Estado, prácticamente no ha dado comienzo en Alemania; todo el mundo está convencido todavía de que la esencia del hombre se encierra en la naturaleza. Pero antes de que esta disputa se haga consciente y se decida, antes de que se examinen los documentos y se dicte un fallo, sería ocioso disponer nuevas Constituciones. Cuando llegue la ocasión, se hará bien en ir al fondo de las consecuencias que se pueden extraer, no sólo las teo-

rías, sino también las experiencias de esta guerra. Por lo pronto, lo cierto es que en la nueva época que comienza, incluso con una solución democrática, habría que empezar a hablar de una nueva manera de los derechos humanos y divinos.

15.XII. Poner en juego todas las fuerzas, agotar los recursos. Nada puede permanecer reservado e inalterado. Sólo se vive una vez. Sólo cuando se agotan las cosas comienza la realidad.

La historia moderna de Alemania es una leyenda continuada y una idealización vergonzosa de hechos en parte muy dudosos y la mayoría de las veces exagerados. Hay que apartar de la historia profana de los héroes estos impulsos y estas energías ficticias, valiosas, y recuperarlos para la historia religiosa. Será un proceso doloroso.

La lengua alemana es la espada del arcángel san Miguel, y éste, por mucho que se diga, fue católico, no protestante.

16.XII. «¡Exaltado, *radikalinsky*!», me digo burlándome de mí mismo. Una muestra de afecto más o menos no importa. Será mi primer libro.[46] Escribo prácticamente de memoria. La excitación no me deja tiempo para volver a leer las notas que he ido amontonando anteriormente.

[46] El libro de Ball *Zur Kritik der Deutschen Intelligenz* no aparecerá hasta 1919, aunque ya había publicado dos obras de teatro y, en 1918, su novela *Flametti*.

Para empezar, es preciso no resaltar más que las relaciones y dejar atrás las particularidades. Si lo que quiero es mantener la forma, en cierta medida, le daré un relieve único y, más tarde, podré volver a las cuestiones que se susciten. No es momento de trabajar tranquilo, equilibrado. Cada día trae nuevos frutos, nuevos sentimientos en este choque entre todos los sistemas. Todo está por encima y más allá de la norma.

Lumen supranaturale...: ¡qué asombrosa palabra! Ante la que sólo cabe inclinarse y llorar. Primero, la obscuridad que es absorbida por la luz; luego, la claridad de las tres aes.

2.

BERNA, 2.VI.18. Hallar al hombre entero y elevarlo: desde lo más perdido y profundo del abismo hasta la cabeza de los ángeles. ¿Quién osaría hacerlo? ¿No estamos obligados precisamente a suspender toda oposición entre ver y hacer, entre la percepción y la representación? ¿No se nos ha instado a no tomar los nombres en vano? ¿No juramos cuando nombramos? O por lo menos: ¿no deberíamos jurar al nombrar? Ésta es la sugestión onírica de esta hora, que vemos cosas que son inauditas y que, rodeados de mil mentiras, tenemos que ser idénticos con nuestros rostros..., incluso si no llegamos; incluso si el corazón se nos rompe por ello; incluso si, elevados por una mano invisible, fuéramos llevados a alturas que se burlaran de nuestra desnudez y flaqueza.

5.IV. Los opuestos de obra y vida, de público y privado, de conocimiento y fe, de Estado e Iglesia, de libertad y ley, de justicia humana y cristiana, todos estos opuestos se remontan a la contraposición luterana entre ley y Evangelio. Aunque, tal vez, no sea en absoluto una contraposición. El Evangelio podría ser ley; y la ley, Evangelio. Esta separación es ajena al catolicismo; los Papas leyeron a [san] Pablo de forma distinta que Lutero. Y, con esta interpretación, evitaron aquella terrible fisura que recorre toda la vida intelectual alemana: la pérdida de interés en las cosas mundanas, con el simultáneo incremento del poder terrenal. Hay que temer que el Evangelio se convierta en romanticismo sin la inclusión de la ley. Y, de hecho, muy pronto, los regentes protestantes no interpretaron el Evangelio de otra manera; pero no sólo el Evangelio, sino todo el pensamiento filosófico de la nación. La «libertad inteligible» o el asentimiento a la ley por intuición moral ha demostrado ser un correctivo sumamente cuestionable. En Kant, la «ley» es el Estado despótico prusiano. El asentimiento voluntario a esta ley puede ser reprobable. Y ya se ve adónde conducía el principio de la libertad meramente «inteligible» en el desarrollo prusiano (-germano). Primero se asintió a la ley; luego, a la fuerza; luego, a la injusticia; por último, al mismo diablo. Siempre con la salvedad de que ese asentimiento tenía lugar voluntariamente y no afectaba a la moral propia, privada.

12.IV. Lutero, Böhme, Kant, Hegel, Nietzsche estaban igualmente convencidos, aunque con expresiones muy

distintas, de la *falta de libertad* de la voluntad humana, de la inexistencia del libre albedrío. La unión con la naturaleza, el amor alemán por lo natural es el motivo más profundo para ello. No creen que uno se pueda substraer al dominio de la naturaleza, que pueda escapar a este dominio. Incluso Schopenhauer, que en muchos pasajes constituye una excepción, considera extremadamente difícil escapar a los instintos. La renuncia al principio de la ascética lleva aparejada como consecuencia la desaparición del libre albedrío. Sólo el santo domina el instinto y sólo él es la prueba visible de la libertad. Con la ascética, la Reforma despachó el presupuesto de toda la grandeza y la humanidad medievales. Todos los pensadores que están convencidos de la falta de libertad desprecian la ascética como una fantasmagoría. Aunque sean de la opinión de que el hombre natural puede pensar de forma metafísica, no logran, sin embargo, salir de una cultura psicológica. Su metafísica, en la medida en que la presentan como tal, ha de ser necesariamente un engaño; su fe en Dios, en la medida en que niegan la libertad, una ilusión supersticiosa.

Para la naturaleza inquebrantable, satisfecha de su fuerza germinativa, no puede existir libertad alguna; e, incluso quebrantada, sólo se aproxima en algo a la libertad. Los santos son los únicos metafísicos dignos de confianza; sólo ellos dan una noticia legítima de Dios. No hay santo en la Iglesia que no haya sido un enérgico asceta, es decir, que no haya contemplado la naturaleza en general y la suya propia con el mayor escepticismo. La ascética cristiana es una doctrina de los métodos con los

que se someten la naturaleza y el instinto, con los que se conquista la libertad; porque, en efecto, según el evangelista, el Reino de los Cielos exige ser conquistado. La bondad del pensamiento, el conocimiento, el heroísmo: toda la jerarquía descansa sobre el principio de la ascética. Las cosas elevadas son caras, costosas. Tienen como precio el dominio de sí mismo o, incluso, la completa destrucción del hombre egoísta. Uno no puede quedarse en la tierra de Jauja y en la *Civitas Dei* al mismo tiempo.

15.IV. G. A. Borgese investiga el *furor teutonicus* en su libro *Italia e Germania*. El espíritu alemán muestra una divergencia entre dos cualidades reconciliadas y equilibradas en otras naciones. Una se agota en lo orgiástico, en la efervescencia dionisíaca, en la manía; la otra, en la forma, lo jurídico, la lógica. El autor habla de «intima sfrenatezza» y «esterna regolarità».[47] En los genios y en los grandes cambios de época el fanatismo quiebra la presión formal y, entonces, se percibe como liberación de cadenas indignas y penosas (como son: leyes, contratos y convenciones). «Non fanno nulla a mezzo»,[48] dice. Alemania es una nación «dello slancio trascendentale, ricco di tutte le virtù *fuorché di misura*».[49] El clasicismo no es alemán, que ha seguido siendo impopular, sino la Reforma, que rompió las cadenas, el *Sturm und Drang* y, luego,

[47] «Íntimo desenfreno» y «regularidad externa». *(N. del T.)*

[48] «No hacen nada a medias.» *(N. del T.)*

[49] «(una nación) de impulso transcendente, rico en todas las virtudes excepto en la mesura.» *(N. del T.)*

el Romanticismo. Para la concepción del derecho como una insinuación cita a Karl Moor (y no, por ejemplo, a Franz) en los *Bandidos* y la apoteosis del derecho del más fuerte en Götz von Berlichingen. La arbitrariedad individual del titán pasa por encima de la tradición y el Estado. El culto al titán y lo superlativo se encuentran en el joven Goethe (Prometeo, Fausto), en Kleist (Pentesilea), Wagner (el mito de Sigfrido), Hebbel (Holofernes) y Nietzsche (el Superhombre). Ni la arquitectura, ni la política; la lírica y la mística son lo típico. «Uomini della natura» quieren ser estos héroes; pero de una naturaleza «quale è veramente, crudele, sanguinosa, inflessibile premiatrice della potenza effettiva.»[50] El ciclo místico que celebra la poesía alemana es una gigantomaquia, una prometeida, «tutto uno scrollare di tirsi dionisiaci».[51] El corazón del poeta siempre está con los titanes, aunque sucumba. Titán y Anticristo son lo mismo.

El punto cardinal se encerraría, por tanto, en la cuestión de si se puede contemplar la Reforma como una expresión de carácter antropológico o como una consecuencia de una especulación teológica errónea. En el último caso, la desgracia sería reparable y se podría remediar como una decisión intelectual libre, con fundamentos racionales. En cambio, en el otro caso, si la Reforma se ve desacreditada, sólo cambiaría la ideología, pero la reticencia volvería a surgir en la primera ocasión que se presentara.

[50] «(de una naturaleza) tal como es ella verdaderamente, cruel, sanguínea, inflexible, que se rinde ante el auténtico poder.» *(N. del T.)*

[51] «Todo un desmoronarse de los tirsos dionisíacos.» *(N. del T.)*

No deja de resultar sospechoso que sólo los linajes alemanes más indómitos apoyaran la Reforma: los de Hesse (Chatten, Tácito escribe sobre ellos), los sajones (de los que da noticia la Historia de Carlomagno) y los prusianos (que ya en el año 997 dieron muerte al obispo Adalberto de Praga, y al monje Bruno de Querfurt, en el año 1008; en ambos casos por predicar el Evangelio).

19.IV. Una y otra vez, en Alemania se pone de manifiesto la antítesis entre cultura y civilización. Las personas más inteligentes se afanan por distinguir estas dos palabras de manera satisfactoria. El resultado es que nosotros, los alemanes, poseemos la cultura; los franceses, en cambio, sólo la civilización. La confusión afecta únicamente a la definición del concepto y, como los alemanes suelen definir un concepto de cultura que, en general, está en profunda contradicción con los hechos de hoy, la palabra «coultour» en Francia se ha vuelto un poco ridícula desde la guerra.

Tal vez la disputa se pueda solventar. Lo que el alemán entiende por cultura es un vago recuerdo medio hundido de la antigua unión del Imperio con los Papas, junto con las órdenes sagradas procedentes de él, tal y como se representan y circunscriben en la «misión cultural» de su Apostólica Majestad. Esta misión cultural abarcaba entonces: 1) la conquista y evangelización de los territorios paganos limítrofes (los llamados pueblos marginales); 2) la fundación de seminarios, escuelas monacales y fortalezas; 3) la supervisión militar de los territorios limítrofes ocupados. – Para todos los que estaban bajo su brazo, su Apostólica Majestad resultaba, en ver-

dad, de lo más formidable, y esta Majestad sagrada es la que, todavía hoy, yace en lo más profundo del espíritu de cada alemán que se incorpora a filas sin preguntar. Estos recuerdos también son la explicación del carácter monárquico alemán, que, para los propios católicos, por ejemplo, tampoco perdió su encanto, cuando en lugar de su Apostólica Majestad apareció el Sumo Obispo protestante. Ha perdurado, aunque sea como abstracción, la subordinación a una Majestad de índole teológica del tipo que sea.

La civilización, por el contrario, supone el concepto de cultura profanado, hostil a la devoción y a la religión, que encierra en sí la Ilustración, los derechos humanos y un mundo sin Dios, mecánico-industrial. Scheler y Sombart son, cada cual a su manera, los representantes modernos de esta forma de pensar. Sin embargo, los primeros que introdujeron tal antítesis fueron los románticos, que, no cabe duda, al principio sólo formularon su concepto de cultura contra Francia, no contra los «mercachifles anglosajones», como últimamente también hace Sombart. Voltaire, el ilustrado y anticristo, es el archienemigo de los románticos. Ellos también quieren ver simbolizada en lo político la fuerza sobrenatural que gobierna el mundo; considerar a los que ostentan el poder principal, vicarios de Dios, como quiera que se presenten.

¿De qué sirve que se quiera objetar que, desde De Maistre, Bonald y Chateaubriand, es decir, desde hace bastante más de cien años, la antítesis romántica carece ya de toda validez para Francia; que una vez Francia poseyera un rey de todos los cristianos y si vuelve su vista

al pasado pueda contar como treinta reyes católicos y que, incluso, nos dispute a Carlomagno; que, por tanto, lo que llamamos cultura, pudiera servir tanto allí como aquí, con la diferencia de que allí todavía sigue habiendo un poderoso partido católico-realista,[52] para el que nosotros somos, precisamente, los discípulos de la Reforma, los fundadores del liberalismo y de todas las desgracias que se han abatido sobre Europa? ¿De qué sirve todo eso? Tenemos un emperador, en la guerra incluso dos, y confundimos cien veces el poder con la justicia y a los ojos modernos somos Don Quijotes sangrientos...: tenemos la cultura, estamos en comunicación directa con Dios misericordioso, los demás son inferiores, personas de segunda clase. Sólo hay que aceptar que la Edad Media en la que basamos nuestra cultura, manejó una lengua más discreta y, por lo menos, siempre estaba dispuesta a vindicar una odiosa superioridad ante el otro.

La extensión del Imperio bajo los Staufer y los Habsburgo, la disputa de los derechos de la Iglesia bajo Enrique [IV] y [Federico I] Barbarroja: de todo ello han tomado buena nota los modernos representantes de las aspiraciones continentales. Pero la otra Edad Media, la espiritual, ha experimentado un giro copernicano a partir de Lutero y Kant. Que un Imperio tan grande como el que ambicionan presuponga una terrible profundidad y un elevado fundamento para existir, eso lo pasan por alto; todo lo miden con el sable y esperan sacar par-

[52] Action Française, de Charles Maurras.

tido de la fuerza bruta. Que en la Edad Media no sólo ha habido emperadores y ejércitos, hidalgos y siervos de la gleba, sino también santos a montones, miles de santos, grandes filósofos y juristas, de eso no quieren oír ni hablar. Hay que prescindir de una vez para siempre del poder unificador del amor, que unía el Imperio Sacro y no sólo Romano. Sólo la matanza, el arsenal, la invasión y la aniquilación han de perdurar. Que [san] Gregorio [Magno] y [san] León [I, el Grande], [santo] Tomás [de Aquino] y [san] Bernardo [de Claraval], [san] Francisco y [santo] Domingo vivieran y sufrieran profundamente la Edad Media; que ésta, construida, en palabras de Léon Bloy, sobre diez siglos de éxtasis, llegara desde la cúspide más elevada de los coros angélicos hasta la miseria más baja; que lo militar sólo desempeñara un papel de policía...: de eso no quieren saber nada y uno no haría más que ponerse en ridículo recordándolo. Se ha apoderado de ellos un falso concepto de héroe; el que introdujo el Renacimiento. Sus avillanados sentidos ya no pueden captar, en absoluto, la lengua esencial de la Edad Media, por no hablar ya de comprenderla. El milagro lo consideran una ilusión; la ternura, debilidad; la pobreza, una vergüenza. Tratan los grandes, los eternos documentos de la conciencia de la Edad Media como si no hubieran sido más que desvaríos y quimeras supersticiosas.

Con respecto a Hegel y a sus seguidores (Bauer, Strauss, Marx) tal vez sería necesario y debería estar permitido substituir el principio de la autoconciencia de la Historia por el principio del autorreconocimiento. La His-

toria como «un proceso dialéctico que se desarrolla independientemente de la voluntad del hombre» no deja, de todos modos, mucho espacio para la autoconciencia. Sin embargo, este proceso no será interrumpido por la auto*conciencia*—esto es un error de pensamiento de la teoría del conocimiento—, sino por la auto*crítica*.

22.IV. El «progreso» del liberalismo no es más que el siniestro efecto de los heréticos principios de la Reforma. Este proceso, que tal vez es el mayor engaño al que Europa ha sucumbido, aspira a la supresión universal de la ley y la conciencia, y a ello se ha llegado ya, precisamente, en Alemania. El progreso es el intento de buscar una justificación para la revuelta de la Reforma. «Sólo a agudizar el sentido moral», dice D'Aurevilly en su libro sobre De Maistre y Bonald, «se le puede llamar progreso; en ello se encierra todo. Sólo la suma perfección moral, a la que uno se aproxima con esfuerzo, pero que nunca llega a alcanzar, merece este nombre [...] y los pueblos podrán disfrutar de este progreso en la medida en que el individuo se vuelva más santo, como la Iglesia dice, porque el progreso no existe fuera de la conciencia de cada hombre...»

24.IV. La Reforma también es un *corpus mysticum* y sería un esfuerzo vano si se quisiera considerar exclusivamente su aparición, sin atender además a sus efectos. Pero así ocurre en Alemania, donde todavía no ha sido considerada nunca como una articulación religioso-político-filosófica.

27.IV. ¿Cómo voy a marchar
con tus muertos?
¿Cómo seguir
ante tus vivos?
¿Cómo debo gritar
a estas tumbas?
¡Ah!, sólo un eco
llega a tus escalones.

Soy devorado
por el espanto.
Tú, el vulnerable,
me has dominado.
Aliento
que brotas de la descomposición,
¿eres el vapor
que se inflama?

¿Eres la tierra
que echa llamaradas de fuego?
Tu boca nos arrebata,
como su pan de cada día.
Eres la fiebre
que nos recorre,
cuando al otro lado
la nostalgia se despeja.

Mírame,
cómo me marchito por ti.
Refuerza el grito
que gime en mí.

Suspende, indescriptible,
tu consideración.
Concédeme, insoportable,
un piadoso manto de tinieblas.

De día déjanos
reposar en los ataúdes,
pero, por la noche,
obra tu milagro.
Otórganos en la luz
la misericordia.
Llámanos en la obscuridad,
solitaria trinidad.

28.IV. Empiezo a comprender por qué la renuncia se hizo soberana en Alemania; por qué una agonía paraliza los espíritus; por qué las pocas cabezas que todavía están vivas, en parte, caen víctimas de un esteticismo estéril; en parte, de una fe fatal en el desarrollo. Empiezo a comprender todo esto. Uno sucumbe, quiera o no, a un sistema de profanación demasiado poderoso, del que es difícil escapar, porque fuera de él apenas hay ya posibilidad de existencia material y espiritual. Sé también que las capacidades de un individuo, incluso las de una generación entera, no bastarán para encontrar una salida a este infierno y recorrerlo con alguna autoridad; sé que levantar el velo que cubre estas cuestiones tal vez sea un sacrificio estéril. Tal vez haría mejor dejando las cosas en paz, que, también por mi parte, se quedaran como están, gritar hurras y dirigirme al consulado más cercano para ser evacuado a primerísima línea. Me retuerzo de horror y ante

mi propia vanidad. El poeta idealista de Suabia sabía por qué se apartaba del deseo de contemplar lo que los dioses cubrían de horror clementemente. ¿Soy un poeta, soy un pensador? Soy un «diletante camino del destierro». Y, sin embargo, por mucho que me lo diga me sirve de poco: yo también estoy comprometido, no puedo decapitarme a mí mismo. También lo mío pasará al otro lado, como lo de cualquier otro. La burra de Balaam ha hablado, y el profeta dice que no se debe amordazar la boca de la bestia de carga. Ha escogido a los pequeños, ha despreciado a los grandes. Yo no quiero saber si soy pequeño o grande. Quiero reconocer y dar testimonio de lo pequeño y de lo grande, en la medida de mis fuerzas y sin consideración por el estado, la clase, el cargo, la dignidad y el resto de las cosas que se consideran respetables.

«Tú, que das tu vida y tu muerte a los hombres y amas a aquellos que lloran, escucha la oración del desdichado que padece a imagen tuya. Libérale de la carga que le oprime, sé para él el Cirineo que te ayudó a llevar tu cruz hasta el Gólgota» (Chateaubriand rezó así).

3.V. Frente a ese espíritu de casta ajeno al pueblo, que en el período de esplendor absolutista enseñaba el desprecio al hombre corriente, frente a él, hay que decir que todos estamos *bautizados*. Kant, Fichte, Humboldt, Schelling, Hegel querían levantar el Estado según la receta maquiavélica, sobre la maldad y la vanidad que se les suponía a los súbditos. Se funda en el absolutismo el que se trate a los súbditos *en canaille*, se rompa su moral y se les considere una herramienta sin voluntad.

En esta convicción, Prusia transfirió la disciplina monacal del monasterio al cuartel. La bibliografía correspondiente lo revela punto por punto. Sin embargo, en la misma medida en que la ascética, digamos de los caballeros del hábito prusianos, se hizo profana, cuartelaria y popular, desapareció de la conciencia disciplinaria del resto de Alemania. Aquella suerte de instrucción diabólica que se practicaba en Prusia del gran príncipe elector abajo, merece este nombre porque sirve inequívocamente a la degradación y al aniquilamiento. Una frase como la de Scharnhorst: «Si la Providencia le ha inspirado directamente al hombre alguna de las instituciones modernas, ésa es la disciplina del ejército permanente. Ella es la única que impide la aniquilación de su obra, que, de otra forma, sería inevitable; y el hombre que intenta hacer sospechosa a esta institución sagrada, no sabe lo que hace o no merece el nombre de ser humano»...: una frase así tiene toda su justificación, palabra por palabra, si se coge y se traspasa del ejército prusiano al ejército permanente de la orden de los jesuitas. Y esto no lo digo con dolor, sino con la seriedad más contenida, intentando dar a entender que este tipo de ascetismo prusiano no se puede combatir y quebrantar con oratoria liberal, sino con una disciplina de igual condición, espiritual. La fuerte aversión que siente nuestro Görres[53] contra Prusia, aquel Görres que redescubrió la mística medieval, sólo puede haber estado motivada, en

[53] Joseph von Görres (1776-1848), simpatizante alemán de la Revolución Francesa.

lo fundamental, por su fino olfato para las blasfemias prusianas.

5.v. Si uno busca los vestigios de la doctrina de los santos, los encuentra en Baader, Novalis, Schopenhauer, Wagner; incluso en Nietzsche. Pero, sobre todo, en el Romanticismo. Curiosamente, aquí presenta una impronta hindú, lo que tal vez indique que, bajo la presión de la Ilustración, no se logró erradicar, es cierto, pero tuvo que buscar una coartada. Arnim escribió una vez: «Creo que todos vosotros procedéis de la India oriental, de la casta de los brahmanes; porque en todos vosotros hay algo sagrado.»

Las fuerzas secretas de la nación se movilizan. Una crítica de la inteligencia no debe olvidar la música. Al final, la teología popular alemana se ha escondido por completo en la música, y las misas y oratorios tal vez digan más que los sistemas filosóficos.

La música alemana comienza con la Reforma. A alguna parte tendrían que haber huido los ángeles y los santos. Están bien escondidos en la música alemana y cabe esperar que algún día salgan de este cielo en el que han encontrado refugio, cuando sea reconstruido el anterior. Entonces se podrá rebautizar el título de aquella obra de juventud de Nietzsche como *El renacimiento del Reino de los Santos del espíritu de la música.*[54] «Las palabras es-

[54] Ball juega con el título de Nietzsche *El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música.*

tán prohibidas, los sonidos son libres»: ésta es la explicación por la que la música alemana es tan grande y la prosa alemana tan menesterosa. En la música alemana está enterrado el Sacro Imperio Romano, una instancia sagrada, que no se quería dejar atrapar ni torturar, vejar ni deshonrar. Todavía nos quedan algunos rasgos de aquella timidez que calla en lo visible y se oculta en lo invisible. Ésta es nuestra *Civitas Dei* interior. Tenemos que hacerla efectiva en el exterior y, de esta forma, todavía podríamos ser una de las primeras naciones.

12.VII. Es curioso que no se puedan encontrar socialistas entre los emigrados o, por lo menos, ningún socialista de renombre. La cuestión jurídica actual apenas les interesa; penden de la rocalla de la teoría catastrofista y de su partido. Se oponen hostilmente a la utopía y, en efecto, sería la utopía de todas las utopías el mantenerse en el extranjero, cuando, dentro de no mucho tiempo, se repartirán cargos en Alemania. El círculo de juristas de Berna apenas mantiene vinculación con los socialistas revolucionarios de Berlín. La política interior y la exterior están completamente aisladas; tampoco nadie percibe siquiera la necesidad de que lleguen a entenderse.

17.VII. La autoridad sólo se puede garantizar ascéticamente. En su lucha contra la teocracia o, mejor dicho, en sus esfuerzos por el Estado teocrático reformado, Manzini quería vindicar la ascética para el *pueblo*. Su noble carácter era un ejemplo resplandeciente de cómo concebía él el sacrificio en la democracia. Tenía muy presente una teocracia popular y, tal vez, en la Italia de entonces

hubiera una base para ella. Bakunin, con su objeción de que no se podía eliminar la miseria perpetuándola, no hace del todo justicia al pensamiento de Manzini; sólo descubre la paradoja. Manzini, como Platón, era de la opinión de que tenía que gobernar una clase sin fortuna, pero—y esto oponiéndose a Platón de la forma más extrema que cabe imaginar—transfiriéndole ahora al pueblo todas las esperanzas que originalmente había puesto en el clero. Una clase sin fortuna como soberana: es una gran idea. No es absolutamente necesario que el soberano dirija los asuntos públicos; podría bastar con que los controlara. La condición previa desde la que se entiende este pensamiento de Manzini es la fatal unión del clero de su tiempo con la plutocracia, en el Estado feudal, en el latifundio; una unión que, a mediados del pasado siglo, en la época de la más estricta centralización, enardece a toda Europa y, tanto en Italia como en Rusia, lleva del mismo modo a levantamientos religiosos. La antigua forma feudal de la teocracia se erigió sobre la extrema miseria de las masas populares y ofrece las flaquezas más palpables. En aquel entonces, en Italia todavía existían los Estados Pontificios y sus dignatarios, como latifundistas, eran un motivo constante para el escándalo religioso y político.

La propiedad violará las leyes del Estado en tanto que una clase sin fortuna no decida sobre lo que es justo. Éste es el auténtico motivo de la revolución proletaria. Sin embargo, ahora hay que añadir algo más, y son los apetitos, expresados por el antagonismo del caudillo proletario respecto al sacerdocio. En realidad, existe una se-

gunda clase que carece de fortuna, además del proletariado: la de los ascetas; pero esta clase carece de fortuna voluntariamente, incluso se considera superior por esta misma renuncia. Como es natural, la pura existencia de esta clase supone la refutación de las pretensiones proletarias. La hostilidad entre proletariado y sacerdocio se reduce, por tanto, a una rivalidad por el gobierno de dos clases sin fortuna. No puede ofrecer duda alguna que, si realmente han de primar los intereses espirituales y no los materiales, la conciencia cultural se decidirá por el ideal ascético contra el proletario en esta disputa en ciernes. El proletariado quiere alcanzar el máximo provecho posible, precisamente en la medida en que es *proles*; los asuntos de la humanidad y de la cultura pasan a un segundo plano. El sacerdocio, por su parte, no aprecia las ventajas de su libertad respecto a la propiedad y, como la falta de fortuna no es en modo alguno un don natural (contradice la naturaleza), sino que exige ser conquistado cada día, el resultado final de esta lucha será que en un futuro, tal vez no muy lejano, los ascetas gobernarán, efectivamente, pero bajo el más estricto control por parte de los celosos gobernados. De todos modos sería un ordenamiento distinto al que conoció la Edad Media; la teocracia, sin embargo, se mantendría intacta.

19.VII. Léon Bloy conoce una forma inusual de separación entre Iglesia y Estado. Ve cómo León XIII lanza el interdicto sobre todas las ochenta Iglesias de Francia, un interdicto absoluto «omnia appellatione remota», hasta el día en que «todo este pueblo pida misericordia entre sollozos». Es como Jehová con Israel.

31.VII. A los defensores de las teorías de la raza se les podría recomendar el ejemplo inmortal de los judíos, para probar que la raza sólo se garantiza mediante la ley y, en concreto, mediante la ley religiosa. Tal vez los católicos ortodoxos y los judíos formen algún día una alianza que saque a Alemania del pantano en el que se encuentra. Un antisemita como Marx, que niega directamente el carácter religioso, es lo peor que se puede imaginar.

La recepción del Antiguo Testamento y, además, su falsa interpretación por parte de la Reforma, es una cuestión de la máxima importancia. Sirvió de base a una alianza del mesianismo judío con el chovinismo protestante; pero todo lo que los antiguos judíos entendieron espiritualmente, lo invirtieron muy pronto sus discípulos germanos en el orden material. Cuando la Reforma fue soldada a Prusia por la filosofía idealista, el judaísmo alemán también se vio unido en esta línea. Con el desmoronamiento de las ideas de la Reforma como pensamiento guía de la nación, el mesianismo judío recobrará su libertad. Podría darse el caso de que, algún día, los judíos en Alemania se vean solicitados insistentemente por dos poderosos partidos, el proletario y el prometedor partido católico. Harán bien en unirse a su debido tiempo al partido que cuente con la victoria y, con su fina sensibilidad, es de creer que no vacilarán mucho antes de decantarse por lo definitivo y lo absoluto.

7.VIII. La resistencia sigue siendo el más importante de los derechos humanos. Se podría decir que los demás no

tienen sino un significado antropológico y caracterizan al Estado que los convierte en base de su ordenamiento, según su índole natural, según su temperamento nacional. Es así como D'Aurevilly concibe las democracias, si lo he entendido bien (p. 55, *Les prophètes du Passé*). «Les droits des peuples, vis à vis les uns des autres, seraient leurs facultés (naturelles) et l'on sait de quoi cette notion de facultés se compose!»[55] Sin embargo, el derecho a la resistencia constituye una excepción y, por lo tanto, D'Aurevilly se equivoca cuando, al final de todas sus filosofías, sólo ve la contraposición entre el sistema papal de De Maistre y el *Leviatán* de Hobbes. Es evidente que el derecho a la resistencia que se ha introducido en la *Déclaration* francesa procede de la antigua teología por mediación de los jesuitas. Éste es el punto en el que los derechos humanos se encuentran con los divinos; Mercier lo ha probado. Y, en el futuro, toda constitución podrá y habrá de unirse a este párrafo 34 de la *Déclaration*. En cualquier caso, este derecho es el que hoy mismo ya distingue la lucha entre la pura fuerza y las democracias fundadas sobre la resistencia. Por lo demás, para mi sorpresa, me encuentro con que Bonald ya había manifestado la idea de complementar los derechos humanos con los derechos divinos, un pensamiento del que, en realidad, me sentía un poco orgulloso. «La Révolution», dice, «a commencé par la déclaration des droits de l'homme, elle ne sera finie que par la déclaration des droits de

[55] «Los derechos de los pueblos, cara a cara los unos con los otros, serán sus facultades (naturales), ¡y sabemos en qué consiste esta noción de facultades!» *(N. del T.)*

Dieu.»[56] Por tanto, también él es de la opinión de que no es posible negar, sin más, la evolución, sino que es preciso defender el bien alcanzado y desarrollarlo.

3.

BERNA, 12.II.19. Entretanto ha aparecido mi libro *Para una crítica de la inteligencia alemana*. Salió aproximadamente el día del asesinato de Liebknecht.[57] El primer ejemplar se lo llevé a Emmy por su cumpleaños al hospital, donde yacía postrada por una grave neumonía. Tenía fiebre alta, casi no me reconoció, pasó su mano acariciando el libro que le llevaba y sonrió de una manera dolorosa, como si se despidiera para siempre. Fue pocos días antes de la crisis. El médico apenas me permitió pisar la habitación unos minutos.

Lamento mucho no haber anotado más cuidadosamente los hechos de actualidad durante mi trabajo literario. Mientras estoy produciendo prácticamente no puedo hacer otra cosa. Además, era obligado ser cauteloso con unos apuntes que habrían podido poner en peligro a no pocas personas que viven en este y del otro lado de la frontera. En aquellos días, no era nada raro que entraran en casas particulares, incluso en suelo suizo, robaran es-

[56] «La Revolución (...) ha comenzado por la declaración de los derechos del hombre y no acabará más que con la declaración de los derechos de Dios.» *(N. del T.)*

[57] El 15 de enero de 1919.

critos, hicieran incautaciones o fotografías. Una vez, el redactor del *F. Z.* [*Freie Zeitung*] me aseguró con total seriedad que una mañana se encontró en su redacción con un cenicero completamente lleno de ceniza de los cigarros de otros, resultado de una sesión nocturna de sus adversarios. Otra vez, la policía de Berna le presentó un buen número de fotografías que tenían como objeto el interior de los despachos, carpetas de documentos, escritos y similares. La policía afirmó que habían encontrado estas fotografías flotando en el Aar.

Deus ex machina. La cabeza de Cristo rebosante de sangre resurgirá de improviso de la máquina hecha pedazos; rebosando de sangre aún en su resurrección y extendiendo un obscuro terror en su majestad...

17.II. Una interesante carta de Brupbacher. Califica la *Crítica* de libro piadoso escrito en un bello estilo profano. El libro le recordó a Ronsard, Rabelais, Brantôme. Vendría a ser un sermón de Pascal con el estilo de Helvetius, y confía en que este estilo, el estilo del libro, acabe con mi religión. ([San] Agustín buscaba lo contrario, adquirir un buen estilo mediante un mejor conocimiento.)

Ahora todos los aventureros han salido para Rusia. Radek ha sido detenido en Berlín. A los bolcheviques les trae sin cuidado el artículo 2 del tratado de Brest-Litovsk, que les prohíbe la propaganda en Alemania.

19.II. Con Emmy, cansado y abatido en la tumbona. Es hermoso quedarse dormido poco a poco mientras ella se

dedica a sus pequeñas labores. Me pone un cigarrillo en la boca que ya ha encendido ella; acerca el cenicero, incluso sacude la ceniza. Me arropa con su abrigo marrón de pana inglesa porque entra frío por la rendija de la puerta y hace crêpes. Es muy hermoso. En estos días tengo a menudo la sensación de una profunda ausencia. Me encuentro con que me siento extraño y solitario; que estoy triste e incluso desesperado, sin que pueda decir por qué. Me gusta mucho el color blanco, banderas blancas. De chaval seguramente habré leído cincuenta veces, una tras otra, la historia de la Cruzada de Godofredo de Bouillon. Las guerras santas me embriagaban. ¡Cómo amaba a Tancredo y Reinaldo, cómo amaba a [san] Bernardo de Claraval!

Quien liquida su yo, no puede ser sensible a la alabanza o a la crítica, a una buena o a una mala fama, así como a cualquier cuestión de poder. Hará bien en llevar una máscara que se ajuste en cada caso a las ambiciones y opiniones del entorno. Se ahorrará muchas contrariedades.

Emmy me ha regalado un poema:

> Todavía nos cogemos de las manos.
> El tiempo brilla resplandeciente en largas series.
> Mira, quiere nevar lirios blancos,
> los corazones quieren prodigarse.
>
> Ahora tú eres yo y yo soy tú,
> la calle es un sueño blanco.
> Continuamente nos recreamos paseando,
> nos confundimos uno con otro en la lejana linde.

Y, un día, se producirá una blanca dispersión.
Entonces quiero correr a refugiarme en tu rostro.
Soñando—¡oh, suave decaer!—
que alrededor de nosotros juguetea la luz más clara.

Me gustaría leer *Los demonios* de Dostoievski. ¿Qué estará haciendo ahora la señora Ketty? Salvo Dostoievski no había nada ni nadie en el mundo que le gustara. ¿Cuántas veces se muere uno sin saberlo? A más de uno lo tomamos por una persona cuando no es más que un fantasma, un muerto de vacaciones.

A todos los muertos de esta guerra que ha acabado, como saludo: «Dales, Señor, el descanso eterno y brille para ellos la luz eterna; descansen en paz...»

21.II. Hacer política significa realizar ideas. El político y el ideólogo son tipos contrapuestos. El primero doblega la idea; el segundo, la impulsa interponiéndose constantemente en todo esfuerzo práctico. Pero se complementan entre sí, aventurándose a una distancia de todo punto inconmensurable y que, por tanto, no estaría en absoluto al alcance de la sociedad, por amor a las ideas mismas, sin tratar constantemente de que fructifiquen, sin la prueba de su valor social. La única política digna del ideólogo tal vez sea la realización de su idea en carne propia y en su propia vida.

23.II. En sueños veo a Emmy con las manos levantadas, llevada a través de la nave central de la Frauenkirche de Múnich hasta el altar. Yo me encuentro entre la muche-

dumbre del pueblo, que se agolpa empujando desde atrás entusiasmada y emocionada. Está de espaldas al altar. Vi mucha gracia, alegría y vida próspera: amantes que se sacrificaban; muertos que contestaban con una sonrisa a un réquiem que se ofrecía por ellos.

Con el título de «El alma alemana enferma», el *Frankfurter Zeitung* trae una colaboración del Secretario de los Trabajadores Erkelenz, en la que se encuentran las siguientes frases: «El pueblo alemán ha perdido su alma. Hasta ahora, el alma se asentaba sobre el orden, el conocimiento y la obediencia. El vergonzoso abuso que nosotros mismos y el antiguo directorio ejercimos sobre ella ha matado esta alma. Evidenciaba constantemente la falta de una conciencia cívica responsable, manifestándose, en cambio, con la mayor decisión, a favor del pensamiento y la actividad comercial. La usura de la guerra, el espacio de las potencias mundiales malogrado, el cierre de la válvula de seguridad de la palabra libre durante la guerra, la represión de toda conciencia personal en el ejército y en la patria, el ensalzamiento del asesinato como crimen nacional durante cuatro largos años, millones de pecados personales contra la conciencia individual de los subordinados en el ejército...: todo esto y mucho más, amplificado hasta la desmesura por el inaudito desmoronamiento de todas las esperanzas, ha matado nuestra alma...»

27.II. «Cuanto mayor me hago», escribe Tolstói a Berta von Suttner, «y cuanto más reflexiono sobre la cuestión de la guerra, tanto más me convenzo de que la única so-

lución a dicha cuestión estaría en que el ciudadano se negara a convertirse en soldado. En tanto que todo hombre de veinte, veintiún años abjure de su religión—no sólo del cristianismo, sino también del mandamiento de la ley mosaica "¡No matarás!"—y se preste a prometer que abatirá a tiros a todos los que su jefe le ordene, incluso a sus hermanos y a sus padres, mientras esto ocurra, durará la guerra y se volverá cada vez más espantosa. Para que la guerra desaparezca sólo es precisa una cosa: la restauración de la verdadera religión y, con ella, de la dignidad humana.»

(Pero mientras, y en tanto que impere un Estado indiferente u hostil a la religión, habrá que enfocar la cuestión jurídica de tal forma que, si este Estado conculca los derechos divinos, no se le tenga que prestar juramento alguno. Es un hecho inadmisible que en un Estado así exista un servicio militar obligatorio. Y es francamente monstruoso que un Estado que no sólo no reconoce los derechos canónicos sino que ni siquiera reconoce los derechos humanos exija a sus ciudadanos el cumplimiento de sus obligaciones militares.)

28.II. Ahora acostumbro a pasar las tardes con Emmy en su cuartito de Marzili. Me cuenta o me lee partes de la biografía de [san] Francisco [de Asís], de Tomás de Celano; fragmentos de Tomás de Kempis o de Ana Catalina [Emmerich]. ¡Se toma tantas molestias para conmigo! Le cogí prestada la *Amarga Pasión de Nuestro Señor* y le eché una ojeada fugazmente. En el acto me llamó la atención una frase que me da la idea suprema de todo el libro y que he vuelto a leer una y otra vez. Está en la página 42

de esa edición. «Todo esto», se dice allí, «sucedió con un prodigioso orden y con solemnidad, y se consumó simbólica, luminosa y prontamente; y lo que se pone o se planta en una intención persevera muy vivamente en dicha intención y se extiende según conviene a su destino.» (Lo dice, sin ese acento, de un suceso que le cuenta a Brentano estando en éxtasis.)

Más difícil todavía que ofrecer resistencia a esta época es no preocuparse de ella. Si todavía puede afectarnos, es que todavía seguimos estando unidos a ella. Es el castigo por nuestro intelecto y un símbolo de que la corrupción todavía participa de nuestra naturaleza. Tal vez la pureza a la que aspiramos no sea más que una nostalgia; y ésta, un símbolo de nuestra implicación en la decadencia.

I.III. Dos libros raros. Número 1: un libro de dibujos cabalísticos, con ilustraciones demonológicas. Demonios que muestran una deliberada banalidad, para engañar, fingiendo que no son diablos. Mozas campesinas de rollizos mofletes, que acaban en cuerpo de lagarto. Engendros de la esfera ígnea, de una cebada insolencia. «¡Esto ya lo he visto yo!», exclama Emmy y señala a un tipo bizco con pechos caídos y pezuñas de cerdo. Las figuras recuerdan a las sotas de la baraja de cartas. También están coloreados así. Jóvenes que llaman mucho la atención, con fuertes ojeras; la banalidad agradable y rechoncha, subrayada, para inducir a error.

Número 2: el libro ilustrado de Basedow,[58] con los

[58] Johann Bernhard Basedow (1723-1790), pedagogo prusiano.

colores japoneses más tiernos. Fantásticas vistas de peces, volcanes, marsopas y ciudades. Las ilustraciones hablan por sí mismas; son formas del pensamiento, percibidas directamente y asentadas como tales.

3.III. Recibí la promesa de un pasaporte por parte del profesor Foerster.[59]

No obstante, todavía pueden pasar algunos días hasta que me lo expidan.

Mientras tanto, leo las *Cartas a los jesuitas*, de Pascal. Estas cartas conducen al corazón de la disputa sobre la gracia y, por tanto, sobre la libertad y la responsabilidad. Discuten el problema de la gracia tal como se refleja en [san] Pablo, Pelagio, [san] Agustín, Lutero y Jansenio. Al mismo tiempo, se puede comprobar, una vez más, que el concepto de libertad tiene muchos significados y permite interpretaciones de la más diversa especie. Los jesuitas, en particular [san] Ignacio, tan pronto figuran como implacables destructores de la autonomía individual, o como los apóstoles de una nueva moral más laxa. Probablemente, la verdad sea que en teología moral fueran más estrictos; pero, en el gobierno de las almas, más dispuestos a concesiones que la época anterior a ellos. Pascal tampoco podía probar otra cosa sin reservas.

¿Qué sería la crítica a la nación más que un acto continuado del más despreciable afán de censurar si no fuera

[59] Friedrich Wilhelm Foerster (1869-1966), autor de *Mi lucha contra el nacionalismo y militarismo alemán* (1919) y colaborador de *Die Freie Zeitung.*

porque uno confía en llegar, en y con la nación, a un conocimiento de sí mismo, a una responsabilidad y una libertad cada vez mayores? ¿Qué podría importarle a uno atribuir una y otra vez a su propia nación en particular una culpa y un compromiso cuestionados por su amor propio, si no fuera porque uno confía en llegar, con tales medios, a una unión más auténtica y a una conciencia más libre?

24.V. Durante este tiempo he estado dos veces en Alemania, a principios de marzo y a principios de mayo, en concreto en Múnich, Berlín, Frankfurt y Mannheim. En Berlín encontré la acogida más calurosa por parte de Witting y Persius, Gerlach y Ströbel. También estuve repetidas veces con Elisabeth Rotten. En Frankfurt escuché una conferencia de Beerfeld; en Mannheim hablé yo mismo, a invitación de Lederer, sobre *Setenta documentos*. También volví a ver a algunos viejos conocidos. Una tarde también me dejé caer de improviso (de incógnito, eso creía yo) por una actuación Dadá; tuve que acompañar al doctor Lubasch a su casa, donde pasaban las cosas más variopintas: había aproximadamente veinte parejas bailando con la música de un gramófono.

Resultado: que la acción política de Suiza ya no tiene sentido alguno y que es pueril resistirse a esta corriente sobre la base de la moral. Estoy profundamente desengañado, ahora también de la política, después de haber abandonado ya antes el esteticismo. Es necesario recurrir todavía más estricta y exclusivamente a la base individual; vivir sólo de la propia identidad, renunciar por completo a cualquier actuación corporativa.

También Landauer ha sido asesinado; ¡qué digo asesinado!, fue cogido por la espalda, luego derribado al suelo, y pisoteado y aplastado después. Toda la prensa alemana lo celebra con júbilo. En su *Llamamiento al socialismo*, concretamente en la conclusión, escribió: «¿Qué importa la vida? Pronto moriremos, todos moriremos. No vivimos en absoluto. No hay nada vivo más que lo que nosotros hacemos de nosotros mismos; la creación vive; no la criatura, sólo el creador. No hay nada vivo más que la actuación de unas manos honradas y el gobierno de un espíritu puro, auténtico.»

A mi regreso me encuentro con dos nuevas entrevistas: del doctor Grba[60] en *La Serbie* y del doctor Saager[61] en el *Nationalzeitung*. La serbia me agrada especialmente, aunque me muestra que mi inclinación por esta nación seria, sacrificada, es motivo de polémica. Sé que la entrevista es un gesto, pero no deseo, de ninguna manera, restarle importancia a este gesto. Ítem: me alegro sinceramente y también se lo he hecho saber así al profesor Markowitsch.

28.v. Johann Georg Forster (París, 1793): «Ah, desde que sé que no hay virtud alguna en la revolución, ésta me produce repugnancia. Excavar las sucias alcantarillas en las que estas salamandras agitan los ánimos incitando a

[60] Milovan Grba, periodista serbio. *La Serbie* era una revista serbia en el exilio.

[61] Alfred Saager (1879-1949), escritor suizo.

la rebelión no merece el esfuerzo de ningún historiador. Para no encontrar más que interés personal y pasión donde se espera y se exige grandeza, para no encontrar más que palabras y sentimientos, nada más que fanfarronadas en lugar de auténtico carácter y hechos..., ¿quién lo puede soportar?»

Desde hace algunos días vuelvo a dedicarme a mi *Novela fantástica*, para la que no había vuelto a mirar desde Ascona. Es curioso cómo el libro se sigue entretejiendo con los acontecimientos. Ahora acabo de escribir un nuevo capítulo para él y lo he titulado «El director de la descomposición». En este capítulo se asume que el último en ser enterrado será un comerciante de productos cárnicos. Más tarde, sin embargo, resulta que hay algunos más que también han sobrevivido a la gran muerte. Los deudos son aparecidos y cadáveres de tres meses. El entierro adquiere la forma de un desfile similar a aquel que tenía lugar en los misterios de Eleusis. A la derecha del escenario, se mete en cajas una obscuridad que provoca una sensación opresiva. A la izquierda, se muestra un ateneo literario que también ha sobrevivido y que se ocupa afanosamente de registrar la descomposición y atenuar de modo conveniente la realidad. Choque entre el maestro de la descomposición y ese ateneo literario que, sorprendentemente, se eleva desde el erotismo al humanismo. El director de la descomposición se hace informar con detalle por su fámulo y compra el desfile con algunos amables donativos.

31.v. La tentación de tomar parte en revoluciones y re-

vueltas es siempre muy grande para la gente joven y, en especial, para los idealistas. La perspectiva de poder llevar a la práctica, de inmediato y de un solo golpe, el programa más hermoso y bienintencionado es demasiado tentadora. Incluso Baudelaire y Wagner, dos personas tan metafísicas, no pudieron resistir tal tentación. Naturalmente, ambos desistieron con la mayor rapidez de sus inclinaciones filantrópicas.

Curiosas vivencias en Berlín. Había ido allí a discutir demandas políticas. Y al final me vi asediado por todas partes con encargos para Suiza; encargos que, dicho sea de paso, no tenían nada que ver con la política, sino con la moneda extranjera.

5.VI. Todo aquello en lo que, según Hermann Bahr, tengo fe: en un nuevo Romanticismo según el espíritu de Franz von Baader; en una conspiración en Cristo; en una sacra revolución cristiana y una *unio mystica* del mundo liberado; en una nueva unión de Alemania con la espiritualidad de Europa; en una rebelión, no *contra* los fundamentos naturales de la sociedad y de la conciencia, sino *por* esos fundamentos de la conciencia universal; en una *Civitas Dei* social; en una reunificación de la Iglesia Occidental con la Oriental, que está dispuesta a hacerlo; y, no en último lugar, en un germanismo que colmará de sentido esta guerra: la toma de posición de una nación que se rebela contra la sociedad.

Por esta nómina, veo que me he esforzado en encadenar juntos los distintos discursos europeos de ayer y de hoy y que, con ello, he cometido el error patriótico de desear

que todos juntos se hicieran realidad en Alemania, y además de un solo asalto.

Pero ¿cuál fue el motivo último de la revuelta de Lutero? Situó al individuo religioso tan alto que, por su causa, cargó sobre sí con una doble violación del derecho. Hoy habría podido tener de su lado a ambos, al derecho canónico y al derecho profano.

9.VI. Empieza a cundir el interés por *Prisión*, de Emmy. El libro hace mención al nombre de la época y a sus pesares. Un recensor berlinés lo llama «memorias modernas de una casa mortuoria» y sólo puede comparar la impresión que le ha producido con la que tuvo al leer *Hambre*, de Hamsun. Una revista de Múnich escribe: «Un tercio de niña, un tercio de mujer, un tercio de golfilla; la que ha escrito este libro sobresaldrá por encima de los muchos que se asemejan a ella, porque lo originariamente humano se inflama de compasión en sus tiernas manos con el fulgor rojo y vivo de un rubí, junto al que todo lo demás se deshace en grises cenizas.» Estilísticamente, el libro es un limar y desgastar ininterrumpido de las férreas rejas. No conoce ni capitulación ni compromiso. Es inconmovible en su exacta rectitud.

«Oh, Señor, toda mi fe, toda la nostalgia de mi existencia ha perecido hoy de una muerte violenta...»

«Hoy te he engendrado...»

11.VI. Emmy prepara un nuevo libro. La primeras sesenta páginas ya están listas y yo las he leído. Este libro

también será un símbolo de la época. El comienzo, en el que una pequeña compañía de actores se disuelve y todos se dispersan a los cuatro vientos; la estéril oración en la catedral, el hambre, la deshonra: ¿qué es todo eso más que el desamparo? Pero luego: el cielo se abre y las estrellas salen tiernamente. Un pájaro tempranero canta..., su trino es tan blanco. Un niño atraviesa la noche y llora... ¡Una luz cae sobre el niño! ¡Una sonrisa por el niño que canta! El alma quiere levantarse del lodo y del dolor...

17.VI. También yo he empezado con los estudios para un nuevo libro. Una obra del profesor Karl Sell (*La religión de nuestros clásicos*, Tubinga, 1910) me ha venido muy a propósito, porque me doy cuenta de que en mi *Crítica* ha quedado una laguna en lo que se refiere a este aspecto.

Los clásicos prácticamente no conceden validez a ninguno de los dogmas fundamentales del cristianismo (verdad divina objetiva, Trinidad, divinidad de Cristo; reconciliación del mundo con Dios por su Pasión y su sangre; Fin del mundo y Juicio Final; pecado, salvación o condenación).

La ausencia de una mística que conmine a la unidad y a la libertad es una constante; no se va más allá de la línea marcada por el humanismo. Su religión permanece dentro de las fronteras de una humanidad en el sentido antiguo, no en el cristiano. Los elementos e ideas muy contradictorias se poetizan. Incluso el paganismo encuentra una expresión entusiasta.

Clausuran la época humanista de una manera poco

original. Si hubieran sido profetas de un futuro, dice Sell, habrían tenido que ser enérgicos opositores del presente (lo que no era, en absoluto, el caso).

Su humanidad todavía no tenía que superar pruebas tan difíciles como las que hoy se nos imponen a nosotros. Su interpretación poética ocultaba el carácter nocivo de una filosofía que buscaba la disolución. Les faltaban (siempre según Sell) aquellas fuerzas de la religión que son propias del gran legislador y organizador, del director y pastor espiritual de *muchos* hombres; aquellas fuerzas desbordantes del amor que llevan a la compasión, al sacrificio, a la misericordia.

Sería interesante seguirle la pista a las causas del esteticismo en Schiller y Herder, a las ideas masonas y a la dependencia de Spinoza en Lessing, Herder y Goethe.

LESSING

Pertenece, como *todos* nuestros clásicos, a excepción de Schiller, y también como Claudius, Voss, J. Müller, el conde Stolberg, el conde Bernstorff, entre otros, a la Orden del Temple, «tan influyente entonces». En sus *Conversaciones para masones* se encuentra la idea fundamental de que esta alianza secreta de las fuerzas espirituales y morales de todos los individuos ha de evolucionar hacia una humanidad libre, pero ha de actuar en contra del nacionalismo y del sometimiento de todos bajo el Estado. También Reimarus, que lo publicó, es masón en im-

portantes pasajes. Por eso cuenta la antigua fábula gnóstica del robo del cuerpo de Cristo «aparentemente muerto» para explicar la resurrección.

L. se declara partidario de Spinoza con motivo de una visita de Fr. H. Jacobi. Jacobi es uno de los mejores conocedores de Spinoza de su tiempo y supera en este conocimiento a los clásicos de mayor renombre. Entiende a Spinoza, muy acertadamente, como el representante de un ateísmo y un fatalismo que aniquila cualquier religión personal. «Hen kai Pan», le confiesa Lessing, «no conozco otra cosa.» En común con Spinoza tiene la inclinación al *fatum* y la aversión frente a un Dios que se opone a la naturaleza como algo ajeno; la aversión frente a una concepción dualista, a la que acaso le gustaría mantener separados el mundo de aquí y el del más allá.

HERDER

Pasa por ser el teólogo del período del *Sturm und Drang*; de una época, por tanto, en la que el culto al genio, el culto a lo original, a lo creador, la Shakespearemanía pasó de Inglaterra al continente. Su llamamiento a Schaumburg-Lippe le introduce en un mundo de delicados contrastes. El conde que le llamó es una figura paralela a Federico II; inspirador de Scharnhorst y Gneisenau. La condesa, por el contrario, es una estricta pietista. Herder intenta encontrar su sitio entre lo militar y el pietismo. Como literato representa la crítica más dura a la Iglesia y al dogma, al rito y a la constitución; como guardián (obispo) del pequeño condado aboga por una Igle-

sia nacional rigurosa como columna vertebral de la cultura popular alemana. Esta escisión personal entre obispo y libertino caracteriza su actividad; una escisión esencial como (según Sell) nunca más se ha vuelto a ver, ni siquiera con Schleiermacher. Así es como Bückeburg se convierte en el auténtico lugar natal de la «cosmovisión moderna»; «también se podría decir que fue entonces cuando nació el Romanticismo» (!).

La colaboración con Goethe en las *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*, por lo común, no se aprecia en lo que vale. Según Herder-Goethe, la Historia tiene una meta inmanente. Dios se basta a sí mismo. Se trata de que el hombre llegue a ser por completo aquello a lo que le llaman sus fuerzas. El gran pensamiento de [san] Agustín sobre una meta universal en el Juicio Final se desprecia. La Historia es un conjunto único de evolución *natural*. Sólo existe una némesis individual. La redención se encuentra en la «cultura que progresa». La humanidad es una máxima del conocimiento creador de todo «lo auténticamente valioso» de la Historia.

Sus «Cinco diálogos sobre Spinoza», aparecidos en 1787 bajo el título de *Dios*, también surgieron del vivo intercambio con Goethe, motivados por el descubrimiento de Jacobi del spinozismo de Lessing. Con todo, Herder estaba muy alejado del auténtico Spinoza de Jacobi; sólo acepta la doctrina del panteísmo, exclusivamente. Dios es un Reino en el que nada malo puede haber.

1919

SCHILLER

Vacila entre el seminario de Tubinga y la academia militar; situación semejante a la de Herder y semejante resultado: esteticismo como huida hacia una tercera posibilidad. Aficionado a predicar en la adolescencia, de jovencito se interesa por el «delincuente sublime». En *Don Carlos* esboza el programa del partido liberal nacional: la reforma, llevada a cabo a su debido tiempo y voluntariamente desde arriba, doblegará, sin duda, cualquier revolución. «De ahí», dice Sell, con su estilo inocente, «el prodigio que obró incluso en nuestros mayores hombres de Estado y generales.»

En su *Teosofía de Julius*, Schiller muestra un panteísmo lleno de vida, en forma de una combinación de Leibniz y, de nuevo, Spinoza, como Herder por la misma época. «No he tenido ninguna escuela filosófica y he leído pocas publicaciones», reconoce. Tras la lectura de Kant, que Körner le facilita, el dualismo, la duplicidad del mundo de aquí y del más allá, queda abolido para Schiller. En este punto surge la contraposición entre el mundo aparente y el real.

La filosofía de la Historia de Schiller: la humanidad tiene una causa final de índole moral; la libertad (¡aunque sólo la inteligible!) se hará realidad en la Historia y, en concreto, de la manera siguiente: las disposiciones naturales aspiran inconscientemente a la libertad, por la discordia de los intereses. El objetivo de la libertad no ha de ser fomentado de una forma meramente física por el instinto de autoconservación (Spinoza) y el fomento de los intereses, sino que ha de ser reconocido racional-

mente (en ello reside la libertad) y liberado del sentimiento y de la intuición intelectual.

Como ciudadano de la Revolución Francesa, Schiller planea una apología para el desdichado rey. El intento del pueblo francés de tomar posesión de sus derechos humanos más sagrados, no hizo más que sacar a la luz su propia incapacidad e indignidad. La tarea que hay que acometer consiste en poner en lugar de la razón de Estado, que, por de pronto, todavía queda muy lejos, el modelo de un Estado estético de almas hermosas, es decir, hacer realidad la igualdad y la libertad, primordialmente, por la vía estética.

En Schiller no se encuentra ningún juicio relevante sobre Cristo. El genio crea según leyes autónomas, a partir de la *intuición* de una realidad divina de naturaleza superior.

GOETHE

Llama a Spinoza «theissimus y christianissimus». En 1813 reconoce ante Fr. H. Jacobi: «A las variadas orientaciones de mi ser no les basta con tener una forma de pensar. Como poeta y artista soy politeísta, como naturalista soy panteísta, y tan resuelto para lo uno como para lo otro.» De Spinoza admira la piedad «desinteresada»; en los escritos de Giordano Bruno, la naturaleza divina (o, si se le da la vuelta, un dios natural). Alimenta contra el cristianismo un «odio juliano» (y, prácticamente, todavía no se ha investigado en sus pormenores hasta qué punto influyó este odio en su actuación). Mefistófeles es la síntesis final de toda la literatura diabólica europea, en la medi-

da en que está viva y rebosa vitalidad. En el *Fausto* predomina lo demoníaco (Margarita y Fausto-Mefistófeles: ¡qué espantosa contraposición! Estos dos demonios juegan con la pobre como grandes gatos con un ratón). Con lo cual, Fausto ha de ser una «Teodicea»: el mal, lo maligno tiene su fin en el mundo; por tanto, combatirlo, indignarse contra él está fuera de lugar.

La mayoría de los héroes del joven Goethe son titanes humanos: César, Sócrates, Prometeo, Mahoma, Cristo. «Nemo contra deum, nisi deus ipse»,[62] escribe como lema de la segunda parte de *Poesía y verdad*. La religión es una demanda humana, no una demanda de Dios. La piedad no es un fin, sino un medio cultural. Sólo la plena posesión de toda la actividad creativa intelectual (éste es un axioma capital goethiano) nos pone en contacto con la deidad. Lo que uno intenta ser, puede serlo, e incluso ha de serlo. Naturaleza y espíritu humano son, *de igual manera*, reflejo de la luz original (el espíritu, por tanto, sólo es un fenómeno de la naturaleza; o la naturaleza, un principio espiritual). En Herrenhutertum, entre los moravos, Goethe aprendió a apreciar el cristianismo original (acaso por la encarnación individual de Cristo, que aparece en Zinzendorf y Lavater). A partir de 1817, G. considera que la Iglesia es una institución necesaria para el pueblo (esoterismo cultural, como también en Herder). Como «hijos de Dios» podemos adorar a Dios en nosotros mismos.

Goethe es un autodidacta religioso, que sólo quiere seguir el testimonio de su propia conciencia. Donde la

[62] «Nadie contra Dios, si no es Dios mismo.» *(N. del T.)*

Iglesia tiene a Cristo como fuente de la Revelación, es donde él tiene a la naturaleza como principio que se revela. Quiere tributar a Cristo una respetuosa veneración, pero lo mismo que al Sol (equiparación de santificación espiritual y naturaleza, y, por lo tanto, o bien, profanación, o bien, sacramentos naturales). En lo sagrado ve la divinidad que se anuncia al hombre; pero el criterio de lo sagrado es la experiencia: lo sagrado se encuentra allí donde no hay más que vivencias, cosas y hombres frente a la aprobación general, el asentimiento y la abnegación. Entre los atributos de lo sagrado aparece también el ser lo «más tranquilizador».

El concepto bíblico del «Dios vivo» lo interpretan Goethe y Herder en el sentido del motor del mundo aristotélico-spinoziano. Contra el escrito de Jacobi sobre las *Cosas divinas y su revelación* (1812), en particular contra la frase de Jacobi: la naturaleza oculta a Dios, siente G. una profunda aversión. Una y otra vez aparece la equiparación de Dios y naturaleza (una idea grotesca, si se compara con las nuevas teorías económicas, darwinistas y psicoanalíticas). Salva para sí, frente a Jacobi, en su antiguo asilo, la ética de Spinoza: la naturaleza actúa según leyes eternas, necesarias, inquebrantables; precisamente en esto se confirma Dios.

De la época de su emancipación del cristianismo proviene el descubrimiento de Goethe de lo *demoníaco*, como un polo opuesto al orden moral del mundo. No obstante, para él, lo demoníaco no supone un poder que niega, sino uno que se cruza. En el hombre está lo titánico (Fausto); en la naturaleza, lo carente de reglas, lo desmesurado, lo irracional (Noche de Walpurgis). No quie-

re equiparar lo demoníaco con el diablo, sino que se atiene más a lo antiguo, al heroísmo y al endiosamiento de uno mismo, no al sentido exclusivo de la palabra.

Son tres las cosas que, en particular, le escandalizan del cristianismo: 1) el carácter provisional del mundo, que a él le gustaría ver reemplazado por una concepción definitiva de la inmanencia; 2) la doctrina del pecado original con todas sus consecuencias, también la ascética; 3) la doctrina de la encarnación única, que parece condicionar un reino exclusivo de la figura histórica de Cristo (no hay manifestación alguna sobre la idea del Corpus Christi). Frente a los conceptos cristianos de culpa, arrepentimiento, pecado, surge la frase: «Un hombre bueno, en su obscuro afán, siempre es consciente del camino correcto» (es decir, el principio de desarrollo y evolución).

«Aquella creatividad en grado sumo», dice Goethe en alguna parte, «está emparentada con lo demoníaco, que, demasiado poderoso, hace de ella lo que se le antoja, y a la que se entrega inconscientemente mientras cree que actúa por propio impulso.» En tales casos, la mayor parte de las veces, hay que considerar al hombre una herramienta de un poder universal superior (es decir, de un poder universal demoníaco); un recipiente que es hallado digno de recibir una influencia divina (demoníaca). «Yo digo esto», añade, «sin pasar por alto cuántas veces un único pensamiento ha cambiado el aspecto de siglos enteros y cómo ciertos hombres concretos, a base de tesón, imprimieron un cuño a su época que sigue siendo reconocido en las sucesivas generaciones y sigue actuando beneficiosamente.» (En esta declaración está expresada la completa equiparación de Dios y daimon, un

pensamiento al que tiende la filosofía de la naturaleza de Goethe entera y en el que su «odio juliano contra el cristianismo» se ha convertido en filosofía y actuación por excelencia.)

Personalmente, me gustaría añadir que al final habrá que renunciar a ver los motivos de nuestros males nacionales únicamente en causas externas y que vienen de fuera, a la manera spinozista. Cuando el profesor Sombart intenta deducir todo el amoralismo de los marxistas como efecto de la Enciclopedia francesa únicamente, se está engañando a sí mismo.

19.VI. ¡Cuánta fuerza se sigue empleando en construir la historiografía, cuando, en realidad, habría habido ocasión de controlar *de facto* el curso histórico y, así, hacer incluso un poco de Historia! No se podrá constituir la Historia sin estar uno mismo constituido y penetrar en el entorno con su correspondiente constitución.

La determinación del hombre se produce a partir del mundo espiritual, no a partir del tiempo, y hay que esforzarse por que esto siga siendo así. Hay que elevar la imagen del hombre tan alto como sea posible y velar por que esta altura no sea vea amenazada ni destruida. Así, cualquiera puede convertirse individualmente en una roca alrededor de la cual arde la Historia. Sin embargo, todas las rocas de esta naturaleza están garantizadas por la roca Petri.

Nosotros, los modernos, en los que todo ha acabado mezclándose, porque ya no conocemos la justicia, no te-

nemos más elección que acostumbrarnos a enumerar todo lo positivo y lo negativo. La constatación de todo aquello que nos resulta desagradable ocupa la mayor parte de nuestro espacio; prevalece como actuación defensiva. También podría ser de otra forma, porque en épocas anteriores lo fue. Podríamos tener tanta unidad y armonía en nuestro pensamiento, tanta pureza, que ni siquiera prestáramos atención a los hechos desordenados, molestos y brutales, que se nos presentan como Historia, sino que los entregáramos al olvido. Pero entonces tendríamos que reconocer, para nuestra vergüenza, que sólo somos capaces de caracterizar nuestros conceptos de orden y razón exponiendo cómo no han de ser las cosas. Además, si quisiéramos ser estrictos, nos encontraríamos muy rápidamente frente a un desierto que, o bien, nos consumiría de indiferencia, o si no, nos aniquilaría por la acción diabólica de su exagerada transparencia.

22.VI. Lo específicamente católico, dice Unamuno, es la inmortalidad, no la justificación a la manera protestante. El protestantismo tiende a caer en una anarquía confesional: una vaga religiosidad estética, ética o cultural. El más allá se va apagando cada vez más a favor de este mundo, y esto, a pesar de Kant, que quería salvarlo, pero que lo destruyó.

Las declaraciones de Unamuno sobre la muerte, la resurrección y la inmortalidad introducen en la discusión un catolicismo heroico y se remontan a la doctrina de los primeros siglos.

En cambio, lo que dice sobre Don Quijote en la tragicomedia europea contemporánea me parece arriesga-

do. Con la forma tan simpática que tuvo de tocar el quijotismo en la novela, al considerarlo como religión llega, en cambio, a consecuencias ridículas. Es cierto que hay una filosofía quijotesca. Todos y cada uno de nosotros le hemos ofrecido alguna vez un sacrificio, voluntaria o involuntariamente. Pero si además se puede caracterizar la filosofía de la Contrarreforma, la de Loyola y los místicos, como quijotesca, eso ya no lo sé...

¿Qué fue, pregunta Unamuno, la mística de san Juan de la Cruz más que una caballería *andante* de los sentimientos según el plan divino? El quijotismo meditativo o especulativo...: ¿no es una locura al igual que el práctico? ¿Una loca variante de la locura de la cruz? En el fondo, la filosofía siempre ha sentido horror ante el cristianismo; incluso el delicado Marco Aurelio lo confirmó...

Aquí es donde choca el lector; porque, en este punto, el cristianismo se convierte en auténtica locura, precisamente, porque Don Quijote fue un auténtico loco, y un pagano no puede ser testigo de la verdad. La locura de la cruz... ¿la consideró Tertuliano una auténtica locura? Apenas. Ironizaba con sus oponentes. La cruz es una realidad, no una ilusión.

Este quijotismo de la cruz se vuelve todavía peor cuando Unamuno define la tragicomedia irracional contemporánea como «la passion pour la blague et le mépris».[63] El quijotismo viene a ser el último reducto en la lucha de la Edad Media contra el Renacimiento. El Quijote interior, que tiene conciencia de su carácter tragicómico, es reclamado como *désespéré*. «Un aventurero, sí,

[63] «La pasión por la broma y el desprecio.» *(N. del T.)*

como Pizarro y Loyola.» La desesperación es la dueña de lo imposible, enseñaba Salazar y Torres, y de la desesperación y sólo de ella nacerá la esperanza heroica, la esperanza absurda, loca.

Toda esta cadena de pensamientos me parece un enorme error. Porque, en el fondo, contiene precisamente la capitulación de aquel mundo que nos gustaría dejarle al quijotismo, con su ridículo furor contra los molinos de viento y los sacos de harina; contra molinos de viento y sacos de harina en los que cree encontrar el más allá y la muralla de los dogmas. [San] Ignacio [de Loyola] no fue en modo alguno un Don Quijote; [san] Juan de la Cruz, [santa] Teresa [de Jesús] y [sor] María [Jesús] de Ágreda no hicieron honor, en modo alguno, al diletantismo, al romanticismo, al absurdo, a la desesperación. Sería confundir el más real de todos los entusiasmos con el más fantástico el querer equiparar entre sí ambos heroísmos (el de la cruz y el del autoengaño).

24.VI. Hay hombres que fueron cubiertos con fango y sangre, y la corrupción les penetró hasta el alma. ¿Quién podría atreverse a hablar con ellos? ¿Quién encontraría las dulces palabras, las palabras más delicadas y tiernas, que todavía fueran capaces de penetrar en ellos? ¿Quién se podría hacer entender como símbolo y bandera para que todavía considerasen que merece la pena aguzar el oído y entiendan el torrente de lágrimas como la consecuencia de una emoción? Tal vez Dios mismo les visitará, en lo profundo de la noche; cuando sólo los ladrones y los locos enamorados no están en casa; en sueños, en una sonrisa, en un vago recuerdo.

25.VI. De la vida de Suso, contada por él mismo. Comienzo del capítulo XVII: «Fue de una naturaleza viva en su juventud; cuando empezó a cobrar conciencia de sí mismo y se dio cuenta de que estaba lastrado por su propia naturaleza, le resultó duro y amargo. Recurrió a alguna astucia y a mucha penitencia, ya que quería someter el cuerpo al espíritu. Durante algún tiempo llevó un cilicio y una cadena de hierro, hasta que hicieron que le brotara sangre y, por eso, tuvo que quitárselos. Hizo que, en secreto, le confeccionaran ropa interior, y que en la ropa interior le pusieran tiras de cuero; en ellas había clavados ciento cincuenta clavos punzantes, que eran de latón y estaban agudamente afilados, y las puntas de los clavos estaban vueltas contra la carne en todo momento. Se hizo el vestido muy estrecho y cosido por delante, para que se ciñera más al cuerpo y los clavos punzantes se clavaran en la carne, y lo hizo de un largo que le llegaba hasta la cabeza; por la noche dormía con él. En verano, cuando hacía calor y se encontraba muy cansado y enfermo de tanto caminar, o cuando leía y estaba cautivo de grandes trabajos y las sabandijas lo atormentaban, había veces que se echaba y gritaba y gruñía para sí mismo y daba vueltas y vueltas de aflicción: como hace un gusano cuando se le pincha con agujas afiladas. Muchas veces era como si estuviera acostado en un hormiguero, temeroso de los bichos, porque cuando le apetecía dormir o se había quedado dormido, le mordían y le chupaban la sangre insidiosamente. Así que dijo con todo su corazón a Dios Todopoderoso: «¡Ay de mí, Dios clemente, qué muerte es ésta! A quien los asesinos o los violentos ani-

males matan, acaba pronto: mientras yo yazgo aquí entre bichos detestables y voy agonizando y, sin embargo, no puedo morir...»

Ha habido tantas y tan repentinas muertes en esta época, se ha aniquilado y destruido tanta vida, que en los hombres sensibles se han amontonado verdaderos campos de cadáveres. Hemos comido y bebido la muerte a grandes tragos. ¿Sería tan extraño que se hubiera adueñado de todos nuestros sentidos? ¿Que hubiese dejado su huella profundamente en nuestros corazones, en nuestra conciencia, en nuestras ideas, en nuestra alma? Tal vez nuestro Señor y Creador no fuera crucificado más que por tantas muertes y tantos muertos. Igual que los estigmatizados, tanto de épocas anteriores como de hoy, que reciben de las imágenes del Dios verdadero crucificado heridas interiores y exteriores en la frente, manos y pies. Depende de cuánto se haya amado a los hombres y de su grandeza.

30.VI. La búsqueda del rostro de Dios.
La huida a la última reserva.
El santo está por encima y fuera del tiempo.
Los santos son los censores de este mundo.
Están liberados de la maldición y del encantamiento.
Captar la vivencia del tiempo en un libro sagrado.

Sólo el rechazo de la Iglesia podría llevar a semejante predominio de lo puramente animal y a la concepción de toda metafísica y de todo el más allá como ilusiones. La Iglesia no es una ilusión; ni siquiera puede parecer

una ilusión; pero Dios sí que puede. Habría que empezar a sentirse más responsable ante el sacerdote que ante Dios; no se debería poner en cuestión el nombre de Dios. Las ridículas blasfemias con las que la gente da una apariencia piadosa a sus deseos personales, cuando no a sus locuras y chiquilladas, desaparecerían. La Iglesia es el cuerpo de Cristo. A la cabeza cauta y previsora no se le puede ocurrir pensamiento alguno que no haya surgido del cuerpo en su conjunto y haya llegado, por él, a su realización. Los deístas y los abstractos son los que han rebajado a Dios al nivel de una ilusión, de un recurso para casos de urgencia, de una concesión humana. Creer en un Dios abstracto, supone más supersticiones que acudir a la Iglesia para que nos dispense su gracia. Pero es la Iglesia y los santos que hay en ella la prueba última y definitiva, la más concluyente de la existencia de Dios.

3.VII. No puedo quedarme en lo privado y vuelto sólo hacia mi persona. Todas las ideas deben acompañarme, todo el entramado que he ido tejiendo al crecer y que puede contener mi pensamiento. Se arranca y se rasga y sangra por cien heridas. Quiero coincidir con toda la nación o no vivir.

«Resurrección de la carne.» No quiere decir: resurrección en la carne. ¿Qué dicen a esto los ascetas que no tienen interés alguno en la carne, que incluso se muestran hostiles a ella? Aquí aparece una contradicción. Y, sin embargo, incluso en el «judaísmo revelado» se dice: quien no cree en la resurrección de toda carne, no tiene

parte alguna en la vida eterna. «Ésta es mi carne, ésta es mi sangre», dice Cristo, y el cáliz de la misa sigue reservado al sacerdote. ¿Pertenece la «carne» a la comunidad, es tal vez la comunidad misma? ¿Quién no cree en la resurrección de toda carne, es decir, de la comunidad entera?... ¿Depende la dicha eterna de la unión íntima de los escogidos con la comunidad? ¿Es una condición de la resurrección personal que también resucite todo el pueblo? Si sólo resucitara el espíritu, sería un pobre espiritismo, una doctrina fantasmagórica. Los demás también deben participar; el individuo sólo existe con y en la colectividad. ¿Cómo iba uno a poder sufrir por su nación si no? Aunque sólo depare tormentos e injurias...

5.VII. Lo demoníaco en la historia alemana desde 1517. Siempre que alguien se hizo grande, casi siempre fue un demonio o surgió aliado con el demonio. En el mejor de los casos, en el sentido antiguo, heroico; en el peor de los casos, en el sentido cristiano. El gusto alemán por la naturaleza, por el llamado «texto original» (en la medida en que se entendía físicamente), es un gusto por el demonio. Tal vez la historia alemana al completo desde 1517 sea sencillamente romanticismo, un demonismo, una fantasmagoría. Prueba: el señor Cementerio en su conjunto.

9.VII. He leído entera la *Ética* de Spinoza y me he sorprendido, una vez más, de cómo Goethe le puede llamar *theissimus* y *christianissimus*. Los dos términos goethianos se refieren, evidentemente, a la «causa» y el «efecto»

en el sistema de Spinoza. Al principio motor, actor, seguramente, Goethe lo llama *theissimus*; al pasivo, expuesto al efecto: *christianissimus*. De ser así, se podría decir que del concepto de causalidad de Spinoza se extrae una contraposición entre el motor más divino de todos (Jehová) y el paciente más cristiano de todos (Jesús), y, de hecho, me parece que es así como está caracterizada la estructura más profunda de Spinoza, que, aunque en una lengua abstracta, geométrica, es judía, no cristiana; porque la ética de Spinoza *aboga* por el principio motor, conservador-actor, y *rechaza* el afecto y la pasión. Compárense las siguientes frases:

1. El placer en sí y por sí no es malo, sino bueno; el descontento, por el contrario, es en sí y por sí malo (p. 297).

2. La comodidad siempre es buena; la incomodidad, por el contrario, siempre es mala (p. 298).

3. La compasión en un hombre que aspira a regirse por la razón es en sí y por sí misma mala e inútil (p. 305).

4. El arrepentimiento no es ninguna virtud y no brota de la razón; antes bien, aquel que se arrepiente de un hecho está doblemente oprimido o incapacitado (p. 310).

5. Como todo aquello de lo que el hombre mismo es causa eficiente es necesariamente bueno (?), al hombre no le puede sobrevenir ningún mal más que por causas externas (p. 334).

6. Según el derecho natural supremo, a cualquiera le es lícito hacer aquello que, en su opinión, redunde en su provecho (p. 335).

7. *Dios está libre de toda pasión*, y ningún afecto le mueve al placer o al descontento (p. 364).

(En esta última frase se declara que no existe un Dios que padezca; por tanto, se rechaza el cristianismo.)

Al final, la ética de Spinoza desemboca en que el «activo» prima sobre el «pasivo», cuando no ha de excluirlo por completo. Aquel que mayor activo ha registrado en su contabilidad ética, cuya balanza anímica consta sólo de activos, es Dios. El otro, que necesariamente tiene todo el pasivo de su lado, es un pobre diablo y no vale nada. Nunca habría que conceder mucho valor a cosmologías y fundamentaciones. La mayoría de las veces tienen éxito *a posteriori*, aunque demasiadas veces pueda parecer lo contrario.

No existe un motor abstracto, como el que asume Spinoza. El movimiento que nos impele, sólo lo puede conferir una persona. *Personare* significa «resonar». En el ámbito humano, la lengua es la substancia y, a decir verdad, la lengua es Dios. Alcanza el máximo efecto empleando la mínima fuerza (por medio del aliento y del símbolo). La pasión y el movimiento se producen por una profunda conmoción. Como Dios nos llama criaturas e hijos suyos, hemos de amarlo a él, que nos ha llamado así. Él nos ha tocado en lo más noble de nuestro interior. La palabra divina es una conmoción en lo más íntimo. La consecuencia es un movimiento hacia Dios, una pasión por Dios. Quien más padece, más se conmueve. Cuanto más profundamente sentimos la llamada, más profundamente padecemos. Es una pasión bienaventurada, aunque puede ser una llamada desventurada. La nostalgia es el anhelo de ver cara a cara a Quien nos llama desde su esfera sobrenatural.

12.VII. *Wissen und Leben*, del 15 de marzo, contiene un interesante artículo titulado «Psicoanálisis y mística». El informe se refiere a un libro de Louis Morel, *Essai sur l'introversion mystique*, en el que se trata, de una manera nueva para mí, a Dionisio Areopagita, [san] Bernardo de Claraval, [san] Francisco de Sales, Madame Guyon y Antoinette Bourignon. «Analizar en bloque las cuestiones místicas como *confusions pseudohallucinatoires avec la réalité*, como meros ensueños que se pueden reconducir a la histeria y a anormalidades sexuales», según dice el autor, «ya no es posible hoy en día. Y es así, por el mero hecho de que sigue sin explicarse por qué estos medios patológicos llevan a todos los místicos a vivir un mundo de fenómenos espirituales.» En el centro del ensayo de Morel está el depositario de Plotino, Dionisio Areopagita. Sus síntomas, dice el informe, son ascesis y ensoñación; rechaza lo terrenal y aspira al uno, a lo divino, mediante la ignorancia mística. Los grados de su introversión se expresan en la doctrina de las jerarquías celestiales.

19.X. Estuve bastante tiempo en el Tesino (Melide) y lo que más me hubiera gustado habría sido vivir para siempre en este paisaje paradisíaco. Por el paso de Naret se bajaba al valle de Maggia. Sambuco: un sueño esmeralda; con larga caña, entre cabañas abandonadas, había un pescador en la tarde. El lago de montaña, cerca de las cumbres cristalinas: transparente en su profundidad de hielo. A la bajada, los pastores: holgazaneando tendidos entre cerdos y cabras de color negro en una soledad faunesca...

Cuando fui a Berna entonces, ¿cómo hubiera pensado que iba a entrar en política de una manera tan intensa? Me entusiasmo con facilidad y entonces no conozco medias tintas, ni consideración alguna.

5.XI. *Les Bolschewiki (1917-1919)*, de Étienne Buisson, contiene el texto oficial de la nueva Constitución rusa.

Lo que sorprende es sencillamente que se haya establecido una ley fundamental. Debido a toda su tradición marxista, a los bolcheviques no solían importarles mucho los derechos y deberes. La dictadura del proletariado que rige ahora como fundamento de derecho se apoya en principios jacobinos y terroristas; así que apenas se podrá valorar lo suficiente la fuerza articuladora de esta Constitución. Incluso contra la plusvalía, la auténtica base del capitalismo, Marx nunca planteó objeciones jurídico-morales a la manera de Bray y Proudhon; sólo discutió la plusvalía, según ha acabado demostrando Pierre Ramus [pseudónimo de Rudolf Grossmann], como un hecho económico nacional a la manera de Smith y Ricardo. (cf. *La doctrina herética del marxismo*, Viena, 1919, pp. 142-151). Se trata de principios de autoridad, no de principios jurídicos.

Luego, el capítulo II de la Constitución, en virtud del cual se suprime definitivamente la división de la sociedad en clases. Para abolir el antiguo Estado clasista, se formulan siete puntos que, en conjunto, tienen un significado revolucionario, pero que en modo alguno logran abolir la diferencia de clases entre la administración centralista y el trabajo nacional. Una fuerte burocracia por una parte, una masa de ilotas asalariados por

otra, ésta parece ser la consecuencia histórica inmediata.

Queda por dilucidar qué dimensión tendrán los réditos que se cobre la burocracia del Banco Nacional, en qué sentido se regularán los controles laborales y las cuestiones salariales, y de qué naturaleza es la responsabilidad fáctica de la persona dirigente. Los materialistas más destacados y convencidos, como los bolcheviques, también son siempre los más destacados..., y si ahora la palabra «bandido» desempeña un papel incluso en el lenguaje jurídico y administrativo de la diplomacia, esto podría indicar que, para los señores, esta palabra siempre sirve de pretexto ante su conciencia. De entre los seis hombres del comité ejecutivo hay, por lo menos, cuatro judíos. A decir verdad, no hay nada que objetar a ello; al contrario, los judíos llevaban reprimidos en Rusia mucho tiempo y muy cruelmente. Pero, al margen de la ideología de la que participan, indiferente desde el punto de vista jurídico, y de su forma de pensar programáticamente materialista, habría de ser muy extraño que en estos hombres que deciden sobre la expropiación y el terror, no se acabaran agitando antiguos resentimientos de raza contra la Rusia ortodoxa y progromista.

Si se compara la nueva Constitución rusa y la nueva Constitución de Weimar, no se le puede negar a la primera, por lo menos, la primacía estilística. En la Constitución soviética las relaciones estatales están repartidas enérgica y claramente. Todo lo substancial y capital está distribuido con gran precisión según su jerarquía objeti-

va. Estilísticamente, esta Constitución es una obra maestra, y eso es lo que me hace pensar si mi juicio precedente no será completamente injusto. Los actuales miembros de la ejecutiva no son inmortales; sin embargo, el golpe contra el poder del dinero, evidente a nivel generacional, perdurará. Otros hombres relevarán a los primeros; les será prácticamente imposible volver a borrar de la conciencia de la humanidad el derrocamiento que ha tenido lugar, que, al fin y al cabo, sólo fue una liquidación del desorden anterior. El principio anticapitalista puede ser reformado y adquirir formas más humanas. Este principio, sean cuales sean los métodos con los que se manifieste, es un enorme paso hacia el futuro. No es una consecuencia del marxismo, sino de los inicios socialistas humanitarios y filantrópicos de entre 1780 y 1850, un movimiento profundamente cristiano.

18.XI. Reviso los apuntes que tomé durante mi última estancia en el Tesino. Ya no contienen nada de política; al contrario: contienen un rechazo a ella. De libros sólo me había llevado la *Historia de la filosofía cristiana de la Edad Media*, de Bäumker, y *Quatre ans de Captivité*, de León Bloy. Este último título me recuerda mi estancia de cuatro años en Suiza.

Dandy e Iglesia. La argumentación es la siguiente: un eclesiástico que no escriba mejor que nosotros, ¿puede ser objeto de nuestra admiración y de nuestro reconocimiento como autoridad? Escribir mejor: eso supondría escribir con una total disciplina, con una mayor conciencia de la época y de la eternidad; y no comprender

la disciplina, por ejemplo, como simple disposición externa, sino en el sentido inmediato, personal, idéntico de la palabra (logos), cuyo sacerdote y pregonero ha de ser el teólogo, el hombre de Iglesia. Al dandy le parecería una disciplina demasiado simplista y, en consecuencia, sólo decorativa: insistir, por ejemplo, en una virtud y una corrección externas y dejar desatendido, en cambio, todo lo demás, la unidad anímica y la pureza lingüística.

Lo que subyace aquí es más que una querella. Los grandes poetas y artistas del lenguaje ya no se pueden encontrar dentro de la Iglesia; están fuera de ella, y ello no puede ser simplemente una consecuencia de su maldad. Cuando compiten con los eclesiásticos, tienen más sentido y conciencia de la palabra, en su significado original, que aquellos que habrían de tenerlos *ex officio*, y que anuncian la palabra absoluta. Pero ¿cómo se puede, pregunta el dandy, tener un acceso vivo a la palabra eterna, cuando se brutaliza la palabra temporal y relativa? Ésta es la objeción más profunda del esteticismo contemporáneo frente al sacerdote y frente a la Iglesia.

25.XI. El teólogo es un filósofo de lo maravilloso y, como tal, el más encantador.

Sin la infalibilidad, todo esfuerzo queda simplemente en un intento de inducir a opiniones subjetivas, es decir, parciales, limitadas, cuando no particulares e interesadas. Hasta el concepto más elevado que los hombres se puedan hacer de Dios está sujeto, necesariamente,

a la Iglesia que lo controla, y ¿qué sería este control si ella no fuera infalible? ¿Quién soy yo para poder exigir a un igual que crea en la veracidad de lo que yo pienso?

30.XI. Emmy siente nostalgia de Alemania. Estamos planeando viajar a Flensburg, pasando por Berlín y Hamburgo. Desgraciadamente, no puedo decir que yo sienta esa misma nostalgia. Al hojear distintos versos de jóvenes poetas, cobro conciencia de lo ausente que vivo y de que prácticamente he matado al poeta que había en mí.

7.XII. Hoy por la tarde me puse a cantar el credo de repente, tal y como se me había estado pasando por la cabeza una y otra vez en estas últimas semanas.

Credo in unum Deum,
Patrem omnipotentem,
Factorem coeli et terrae,
Visibilium et invisibilium...

Las palabras me embriagan. El mundo de la infancia se levanta. Lucha y se desenfrena dentro de mí. Me inclino profundamente, temo no estar a la altura de esta vida, de esta exaltación. Antes no lo hubiera podido creer. Poder creer, poder creer. Tal vez deberíamos creerlo todo: lo que a uno le colocan delante para que crea, lo que a uno le inducen a creer. Y uno mismo habría de obligarse todos los días a creer en las cosas más increíbles.

Et in unam sanctam
Catholicam et apostolicam
Ecclesiam...

¡Pero qué maravilloso es este canto! Todas las vocales se dan cita aquí, en la Iglesia, susurrantes, eternas.

Morir de un tipo de sentido común latente o buscar el milagro.

12.XII. Estoy como ebrio de tedio y desesperación. «No se muere aquí», dice Emmy; pero yo me siento tan mortal. El cuerpo es una función del alma. Si ahora el alma se atrofia, ¿qué será entonces del cuerpo?

5.I.20. Leí el Libro de Jeremías en la Biblia. Luchó contra reyes, sacerdotes y profetas, con el éxito de que todos se hundieron en la nada, salvo él mismo. Sus lamentaciones dan testimonio de sus heridas. «¿Qué tiene que ver la paja con el grano?», dice el Señor. Sí, seguramente eso sea lo peor, cuando el profeta ya no se vea ante hombres, sino sólo ante cascabillo trillado.

También leímos *Los demonios*, de Dostoievski. Una psicología como la suya, que proviene de la infinitud del corazón, una capacidad de motivación tan ilimitada, tiene sus peligros. Los límites entre lo lícito y lo ilícito se quiebran; el crimen parece plausible; el prodigio, natural. Una psicología semejante podría suponer la abolición de todas las leyes, un anarquismo de la índole más sublime. Nietzsche sabía bien por qué triunfaba. Para el ortodoxo Dostoievs-

ki apenas habría tenido un elogio; él alaba a los psicólogos. Pero la psicología como norma es antinómica.

Dostoievski podría ser más que un simple psicólogo. Podría ser el poseído que intenta ser su propio exorcista. Es decir: que su psicología ilumina lo último y lo más recóndito de los obscuros rincones del sofismo contemporáneo. Al fin y al cabo, su obra, con todos sus napoleónidas criminales, ateos y rebeldes, tal vez sea la confesión más universal del pasado siglo, que en él aparece aferrado con cadenas a la Iglesia, como Prometeo a la roca del Cáucaso.

12.II. Crear una autoridad astringente. Si de verdad la idea del héroe nos resulta sagrada—se trata de la extradición y entrega de los delincuentes de guerra—, entonces nuestro héroe ha de ser el santo como vivificador y protector, pero no el asesino, que transgrede la ley y la destruye.

Crear una autoridad astringente...: es decir, recuperar la fe y hacer posible un nuevo orden.

22.II. Ayer fue el enlace nupcial de Emmy y mío en el registro civil de Berna. También ayer acabó la transcripción de *Estigma de fuego* de Emmy. Hoy cumplo treinta y cuatro años. En los próximos días emprenderemos un viaje.

LA HUIDA A LO FUNDAMENTAL

I.

FLENSBURG, 19.V.1920. Con esfuerzo hemos logrado que nos dieran un par de habitaciones en casa propia. Al llegar, nos sentamos formalmente en la escalera. La gente nos miraba como intrusos. Tratamos de adaptarnos a las caprichosas circunstancias y, como Suiza no nos ha acostumbrado a malos hábitos, incluso lo lograremos. En el jardín todavía está el antiguo saúco exactamente igual que Emmy lo veía de niña y me lo solía describir. Hemos visitado la tumba de esta patria extraña y le hemos llevado flores.

3.VI. Aquí, en esta pequeña ciudad portuaria, yerma, dispongo ahora de tiempo suficiente para reflexionar y para ordenar mis papeles. Hay tanta calma aquí, casi placidez. Emmy como señora de la casa; es un pensamiento agradable; en cierto sentido, me encuentro aún como si no estuviera más que de visita. Cae en mis manos un manuscrito comenzado ya en Berna. Quiero sintetizar lo esencial de él y anotarlo aquí:

Los héroes de la conciencia alemana (desde Eckhart a Nietzsche) están todos al margen de la jerarquía, con la única excepción de Suso; sin embargo, fue precisamente él quien escribió el libro alemán más a conciencia de todos: su vida.

El placer de cualquier desenfreno, también en el caso de la guerra, se apoya en una venganza contra la cultura. Consideremos impropio de nuestra dignidad divertirnos de tal modo. Pero prohibámonos igualmente quedarnos parados a medio camino y quedar convertidos al momento en estatua de sal, como la mujer de Lot, es decir, convirtiéndonos en amargo monumento.

La humanidad se parece al noble fruto de la parra, que necesita rodrigones y ligaduras, para poder crecer. Abandonada a sí misma se deforma y asilvestra. Ésta es la gran enseñanza de la historia alemana de los últimos cuatrocientos años. Se ha vuelto ridículo querer defender aún la autonomía del individuo y de la nación, teniendo presente el resultado al que ha conducido dicha autonomía.

No hay que hacer demasiado caso de la mayoría y del pueblo en esta época; lo mejor es no prestarle oídos. Cincuenta años de materialismo no son una escuela preparatoria adecuada para juicios dignos de consideración sobre la naturaleza propia y ajena.

Goethe y Nietzsche trabajaron tan conscientemente sobre la figura de la nación, como sólo lo puede hacer un alfarero sobre una forma que deja que corra cien veces por sus manos, que la ponderan, que la modelan. Las decisiones de estos dos intelectuales hay que aceptarlas con el máximo respeto y sólo se pueden rechazar tras el más cuidadoso examen. Ambos se declaran, una y otra vez, a favor de penetrar en la realidad para obtener algo de luz sobre ella. Ambos se declaran contra las abstracciones,

contra la transcendencia, contra la embriaguez de la música. Y se declaran a sí mismos aristócratas y psicólogos. Eso pone de manifiesto la existencia de potencias malignas de naturaleza contrapuesta, de un rasgo plebeyo, irreal, huraño, en la nación. Ambos abogan, en cambio, por la belleza de la figura suspendida entre el cielo y la tierra, y por un carácter cosmopolita.

7.VI. Sobre la filosofía de la Edad Media:

1. Con Duns Escoto, estoy por el primado de la voluntad sobre la razón. La razón es una facultad pasiva, cuantitativa y económica de gran importancia. Por encima está la voluntad, que tiene a la razón como condición previa y trampolín.

2. El carácter plástico del conocimiento sólo lo podría discutir una época que, o bien, ya no logra armonizar su conocimiento con su vivencia, o bien, su formulación lingüística de la esencia de las cosas ha sido superada y refutada. La separación de la razón respecto de los objetos, esta orientación intelectual antipoética y gramatófoba, que triunfa en las obras de Descartes, Spinoza y Kant y ya está configurada en Durandus en el siglo XIII, produce una catástrofe extraordinaria. Separando la palabra de las cosas, la naturaleza se desata de una manera inaudita hasta entonces y, substrayéndole la forma a la materia, se confiere a esta última toda aquella monstruosidad original a la que nos vemos expuestos, indefensos, en todas partes, hasta el punto de sudar sangre.

3. Contra la consideración simbólica de las cosas, como la que fomentaba la temprana Edad Media, está un

intento de evitar la clasificación predicativa de los objetos. En realidad, no se querría clasificar las cosas, sino a uno mismo en las cosas. Ésta es una gran diferencia. Por ello, a la Edad Media no le fue ajeno un furioso realismo. Las gentes no fueron, de ninguna manera, simples soñadores; se apercibían de las cosas hasta el armazón. Sólo renunciaban a la parcelación en forma útil de sus observaciones. Fueron cien veces más elegantes que nosotros hoy. Tenían respeto por los fenómenos, incluso por los animales y los objetos inanimados como prodigios de Dios. Intentaban hacer que sus análisis fueran provechosos para el alma, en lugar de para la bolsa de dinero. Intentaban ganar el oro del alma, no el de la bolsa.

4. Eckhart habla de la contemplación, carente de imagen, de Dios en la chispa del alma. Como si la «chispita del alma» no fuera una imagen; como si uno pudiera escapar a las imágenes, no siendo en él mismo más que una imagen. Cuando la ley mosaica prohíbe hacerse una imagen de Dios, en realidad, sólo lo hace porque Dios mismo es una imagen y porque ya no se honra toda la persona divina cuando, humanamente, se hace una imagen de una imagen.

5. Como el hombre no logra huir de lo plástico, toda abstracción, como intento de manejarse sin la imagen, sólo conduce a un empobrecimiento, a un enrarecimiento, a un sucedáneo del proceso lingüístico. La abstracción alimenta el orgullo; hace que los hombres parezcan iguales o semejantes a Dios (aunque sólo sea una ilusión). *De facto*, debilita su cercanía a Dios, su inocencia, su fe; aquella autoridad pegadiza, absorbente, que es condición previa de toda acogida y de toda entrega. Es

difícil de comprender cómo habrían de concordar la abstracción y la imagen que conforma la cultura.

10.VI. Por la tarde leemos *Lourdes* de Zola. La pequeña Bernadette Soubirous nos gusta mucho. El desfile de enfermedades monstruosas, inverosímiles, la marcha triunfal de taras físicas que Zola describe, no se me va de la cabeza desde hace días. En esta anormal exhibición de úlceras y tumefacciones sobrenaturales pasa achacosa, cojeando y bamboleándose, nuestra época al completo. Por el contrario, la sencillez de la niña visionaria: ¡qué flor del cielo! Nunca toma a la Virgen que se le aparece más que por una simple dama distinguida y no se pregunta en absoluto si acaso es posible tener tales encuentros en una húmeda gruta de los Pirineos.

12.VI. Post scriptum sobre la filosofía de la Edad Media: para el filósofo, el pecado contradice la razón y es la negación de la razón; de modo que lo que es la razón es determinado por propia estimación y por la experiencia. Para el teólogo, el pecado es algo distinto; para él es una ofensa a Dios y una vulneración de los derechos objetivos. Con razón: porque Quien ha dotado al hombre mortal de alma inmortal, también tiene derecho sobre ella; y a Quien ha hecho una alianza con el hombre, se le debe fidelidad. El derecho divino circunscrito aquí se establece en los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación. Por ello se podría ser de la opinión de que conviene que el hombre reciba estos dos sacramentos en pleno uso de razón y con toda responsabilidad, y que, de hecho, los conversos tienen una cierta preeminencia. No

obstante, la Iglesia sabrá por qué persevera en el Bautismo y en la Confirmación de los niños.

Una vez hablé y escribí muy mucho sobre la vulneración del derecho y la culpa. Y, sin embargo, he de reconocer que he roto la promesa de fidelidad que hice entonces a la Iglesia. Naturalmente que era un niño cuando recibí la sagrada Confirmación; pero fue una llamada especial a mi intuición y a guardarme a mí mismo. Ahora intento volver a la Iglesia y una vida llena de faltas se interpone ante ello. A cualquier incrédulo se lo habría podido ocultar; pero ante el sacerdote no pude seguir adelante. Yo era uno de los que más celosamente defendían la moral y ahora tengo que reconocer que yo también formo parte de ello, que yo también soy uno de ellos. ¿Cómo podría borrar mi traición y salir airoso ante mí mismo? ¿Cantando las alabanzas de Aquel a quien he ofendido? ¿Qué sería y qué significaría mi canto de alabanza? Así es como canta una corneja con voz enronquecida. *Domine, peccavi.*

15.VII. Hoy acabo de terminar también la *Novela fantástica*. Se llamará *Tenderenda*, por Laurentius Tenderenda, el poeta de la Iglesia, del que se trata al final del libro. Sólo puedo comparar el librito con aquella arca mágica, bien ensamblada, en la que los antiguos judíos creían haber encerrado al Asmodeo. Durante estos siete años, me he pasado el tiempo jugando con estas palabras y frases entre tormentos y dudas. Ahora, el libro está listo y ello supone una dulce liberación para mí. En él pueden quedar enterrados todos aquellos ataques de la maldad de los que san Ambrosio dice:

Procul recedant somnia
Et noctium phantasmata,
Hostemque nostrum comprime...[64]

Entretanto, he pasado unos días en Berlín y me he traído a casa una impresión desvalida, indefinible de ella, como después de un carnaval salvaje en el que todo estaba dispuesto para la sangre, el crimen y la vergüenza. Con tanta gente como conozco allí, no he encontrado a nadie con el que haya podido entenderme abierta y humanamente. Por lo que respecta a mi propia conciencia, la supero con más rapidez de la que podría describir, y esto basta para hacerme pensar que también se anuncian rápidos y profundos cambios en mi entorno.

21.VII. *Le Latin mystique. Les Poètes de l'Antiphonaire et la Symbolique au moyen âge* par Rémy de Gourmont. Préface de J. K. Huysmans (París, Mercure de France, 1892).

Ahora también tengo algo que agradecerle a la Biblioteca del Estado de Prusia, por esto. En esta obra, sobre la que Szittya me llamó la atención y sobre la que Bloy ha escrito de una manera formidable, encuentro una conclusión para todos mis afanes y nostalgias, tan dispares. ¡Qué rodeo tan largo ha sido necesario dar, para llegar hasta aquí!

Es curioso: todos los intelectuales que presenta este libro siguieron siendo prácticamente desconocidos co-

[64] «Que se alejen los sueños / y las fantasmagorías de la noche, / y contén a nuestro enemigo...» *(N. del T.)*

mo poetas. Sus versos pasaron de boca en boca a través de los siglos, surgieron de la tradición y, en parte, se perdieron con ella. Pero apenas se hizo mención a sus nombres; ni siquiera en la Iglesia.

Todos estos poetas son ascetas, monjes y sacerdotes. Desprecian la carne y todo lastre. El mundo de aquí no tiene ninguna magia para ellos. Sólo conocen a la mujer como María y Magdalena.

El verso es para ellos la expresión última de la esencia de las cosas, y es, por tanto, himno y adoración. Su poesía es la de los nombres divinos, los sellos misteriosos, las esencias espirituales.

Aunque quiero resumir un poco, no voy a escatimar espacio en esto.

CLAUDIUS MAMERTUS

Es orador, filósofo, poeta, comentarista, músico, cantor y antifonista; el espíritu más notable del siglo v. En su tratado *De statu animae* defiende, sorprendentemente, teorías idealistas y altamente subversivas. Luego compone el *Pange lingua gloriosi*.

RABANUS MAURUS

Como obispo de Maguncia, nunca comió sin invitar a la vez a su mesa a cientos de pobres. Como poeta, escribió el *Veni, creator spiritus*, uno de los documentos imperecederos de la época carolingia.

[SAN] ODÓN DE CLUNY

No es específicamente un poeta; su espíritu, dice Rémy, era demasiado preciso, estaba demasiado lleno de teología positiva; demasiado ocupado con reformas prácticas, con las utilidades de la moral, como para aproximarse con finura y asombro a las palabras e ideas que son esenciales para toda poesía. Quince palabras le bastaron para resumir simbólicamente la historia entera de santa Magdalena:

Post fluxae carnis scandala
Fit ex lebete phiala,
In vas translata gloriae
De vase contumeliae.[65]

(Tengo que traducírselo a Emmy.)

TOMÁS DE KEMPIS

Encuentra en la «secuencia» el secreto principio que domina el estilo de su *Imitatio Christi* y de sus otros tratados místicos. [San] Gregorio [Magno], el Papa, y Pedro el Venerable le habían dado el consejo: «Ve por el cami-

[65] «Tras el tropiezo de la carne caída / la olla de los sacrificios paganos se convierte en frasco de esencias, / pasando de vaso de ofensa / a ser vaso de gloria.» *(N. del T.)*

no de la pobreza, y más aún de la espiritual que de la corporal.» Así surge la secuencia del Aleluya de la misa, que pone de manifiesto «la impotencia del hombre para expresar la lengua de Dios y el anhelo de la patria eterna». Al principio desarrolla el Aleluya simbólicamente, con coros de niños que iban balbuciendo vocales según se les iban ocurriendo. Luego introduce en su lugar la forma artística de la secuencia.

SAN PEDRO DAMIÁN

Quiero citar unos versos suyos que me gustan especialmente:

Ego sum summi Regis filius
Primus et *novissimus*
Qui de coelis in has veni tenebras
Liberare captivorum animas
Passus mortem et multas iniurias...[66]

Así será, ahora y por los siglos. Más versos del mismo Damián:

Hora novissima, tempora pessima sunt, vigilemus.
Ecce minaciter imminet arbiter ille supremus.[67]

[66] «Soy hijo del Rey supremo, / el primero y el último / que del cielo viene a esta tiniebla / a liberar las almas de los cautivos / tras padecer la muerte y muchas ofensas...» *(N. del T.)*

[67] «Es la hora final, el peor de los tiempos; permanezcamos vigilantes. / El juez supremo está al venir amenazante.» *(N. del T.)*

MARBODIO [DE RENNES], muerto en 1125

Es el poeta para el que todo es símbolo, analogía y concordancia. Su libro *De las piedras preciosas* (*Liber de gemmis*) trata de las virtudes mágicas y de los poderes de los diamantes (también la vidente de Prevorst y Kerner sabía de ello). Pero para que las piedras muestren su efecto, su portador ha de ser muy puro, es decir, disponer de una sensibilidad extrema. Marbodio enumera las propiedades de cada una de las piedras preciosas, luego dice que la Jerusalén celeste está construida sobre ellas y pone a los doce apóstoles en una relación sorprendentemente profunda con las doce piedras. De ello surge un comentario a los versículos 19 y 20 del capítulo XX del Apocalipsis.

[SAN] BERNARDO DE CLARAVAL

El autor del libro profesa una particular devoción por él, y es bien cierto: incluso la imagen de un Goethe palidece junto a él. [San] Bernardo es descrito de la siguiente manera: «Grande por la palabra; orador, poeta y creador verbal en latín y francés, inventor de nuevas formas, ritmos y cifras; hombre de acción, fundador de más de ciento sesenta monasterios de la orden de san Benito reformada por él, auténtico Papa de Occidente bajo el pontificado de diez Papas nominales; teólogo y director espiritual; santo, y esto hay que decirlo: universal en palabras, hechos y amor; una criatura tan comprehensiva y

amplia que infunde respeto y conmueve, como una prenda visible que da muestras de la gracia de quien es el arte absoluto.»

O vous, messeigneurs et mesdames,
Qui contemplez ceste painture,
Plaise vous prier pour les âmes
De ceulx qui sont en sépulture.[68]

Así es como redacta su propio epitafio. Nada de Eones, en los que no se pierde el rastro.

De morte n'eschappe créature
Allez, venez, après mourez,
Ceste vie c'y bien petit dure,
Faictes bien et le trouverez.[69]

ADÁN DE SAN VÍCTOR

Y su absoluta euritmia en las frases. Esta euritmia de Adán hubo de ser inventada y desarrollada antes de que [santo] Tomás de Aquino pudiera cantar la eucaristía. Y, ahora, el prodigio, el propio:

[68] «Oh, señoras y señores / que contempláis esta pintura, / dignaos a rezar por las almas / de los que yacen en sepultura.» *(N. del T.)*

[69] «Ninguna criatura escapa de la muerte / vais, venís, después morís, / esta vida de aquí dura bien poco, / actuad bien y le encontraréis.» *(N. del T.)*

[SANTO] TOMÁS DE AQUINO

El mayor filósofo de la Iglesia es también su mayor poeta. Se impone una observación que Gourmont ha dejado escapar: que todos estos poetas están tanto más elevados según el arte y el símbolo, cuanto mayores filósofos y más importantes intelectuales son. En ellos se cumple una ley segura y absoluta: en la palabra culminan forma, intelecto y persona. Pero no se encuentra una quiebra semejante a la que padece el conjunto de los autores modernos, el hecho de que alguien pueda ser un gran poeta pero carezca de relevancia como intelectual, o que sea un importante filósofo pero un hombre seco e insignificante. [Santo] Tomás compuso entero el oficio del Santo Sacramento, a petición de Urbano IV. Para ello, escogió pasajes de las escrituras y de los Padres, redactó entera la parte que había de ser nueva: himnos, prosas, oraciones, algunos versos y responsorios. Así se convirtió en el poeta del «Lauda, Sion» y del «Tantum ergo».

23.VII. Mientras el Estado no reconozca la suprema autoridad de una Iglesia infalible y no obligue a sus ciudadanos a pertenecer a tal Iglesia o a abandonar el país, hay que contar con una situación de rebelión latente; porque no se puede entender que a la colectividad le esté permitido rebelarse contra la autoridad espiritual, pero el individuo no pueda hacer lo propio contra el consorcio general de intereses.

La libertad en su formulación alemana: en eso hubo un

tiempo en que fui muy alemán. Prácticamente nadie ha superado mi tesón, auténticamente implacable, llevado hasta el extremo. Políticamente llegaba hasta la anarquía y artísticamente, hasta el Dadaísmo, que, en realidad, fue mi creación, o mejor dicho, mi carcajada. La atmósfera moral de Suiza, que muchas veces me resultó muy opresiva, esta atmósfera en su conjunto me ha hecho bien. Aprendí a comprender los síntomas de la disolución y su origen; comprendí que el mundo entero, que se estaba pulverizando en la nada a nuestro alrededor, clamaba por ser complementado con la magia, con la palabra, como sello y esencia última de la vida. Tal vez algún día, cuando las actas estén cerradas, no se le pueda negar algún reconocimiento a mi esfuerzo por la esencia y la resistencia.

31.VII. Lo que más me interesa de la patrística (según Bäumker) es:

1. Su sumaria discusión de la filosofía antigua, en particular del platonismo. En este sentido, confieso mis simpatías por los más estrictos de entre los Padres, que se enfrentaban a la filosofía antigua escépticamente, despectivamente incluso.

A Atenágoras le parece que, seguramente, los filósofos antiguos habrían sospechado la unidad de Dios; pero luego cayeron en contradicciones porque no querían aprender de Dios, sino sólo de sí mismos.

Minucio Félix, educado con Cicerón y Séneca, se aparta finalmente de la filosofía, incluso del «ático burlón Sócrates», y estalla de júbilo en la conciencia de per-

tenecer a una comunidad que no habla de grandes cosas, sino que vive de grandes cosas.

Tertuliano no quiere saber nada de un cristianismo estoico, platónico o dialéctico; Platón le parece el patriarca de los heresiarcas, el «especiero» del que todos los herejes se han servido para crear sus doctrinas. «¿Qué tienen en común», pregunta, «Atenas y Jerusalén, la Academia y la Iglesia, los heresiarcas y los cristianos?»

[San] Epifanio cuenta las escuelas filosóficas griegas entre las herejías gnósticas. Y para Teodoredo [de Ciro] la filosofía es una «enfermedad helena».

2. La posición respecto al libre albedrío. Eusebio [de Cesarea], Diodoro de Tarso, Lactancio combaten el fatalismo estoico. El gnóstico Bardesanes o uno de sus discípulos redacta un escrito propio en el que intenta refutar la forma astrológica del determinismo. Por delante de todos, [san] Agustín se enfrenta contra el «hado». Pero también mantiene firme la fe en que la Providencia divina ha ordenado todo de antemano en el curso del mundo. A quien permite que sólo impere la casualidad, quiere combatirlo con más rigor de lo que hacían los estoicos.

3. El Logos es quien quiebra el hado. Está abierto a diversas interpretaciones. En [san] Justino es la Palabra creadora y la Revelación de Dios al espíritu humano, hablando en todo hombre como simiente, poniéndose de relieve en Cristo como sol. En Orígenes es el Creador del mundo, el que ha engendrado un «mundo sobrenatural inteligible». En [san] Agustín es quien encierra en las ideas los pensamientos ejemplares de la Divinidad, en los que se expresa exteriormente la capacidad de imitar la esencia divina.

4. El gran golpe universal contra el racionalismo y la dialéctica, contra el culto al saber y las abstracciones es la encarnación: las ideas y símbolos se han hecho carne en la persona divina y humana; han padecido, sangrado y sido crucificados en y con la persona. Ya no es el intelecto, sino la persona entera la portadora del cielo espiritual. Como dice Minucio, ya no se hablará más, sino que se vivirá.

Algunas cosas más de índole menor:

5. Que, según Proclo, una causa llega más profundo cuanto más alta está (por lo que Plotino y Dionisio [Areopagita] no pueden exaltar lo suficiente las causas últimas). Y

6. que [san] Agustín se convierte por el poder retórico de san Ambrosio (es decir, por el poder de la lengua cristiana, por la palabra). La palabra contiene todos los tesoros de la sabiduría y la gnosis.

5.VIII. Sé que Münzer, Baader, el Romanticismo y Schopenhauer no son contrincantes de Lutero, Kant, Hegel y Bismarck. ¿Qué influencia tuvieron? En realidad, ninguna. Pero es importante resaltar precisamente eso. Todavía no estaba demasiado preso del nacionalismo.

Desgraciadamente, la transcendencia se entiende muchas veces de modo que la superación del mundo corpóreo es un pasar por encima del cadáver.

Los crímenes del mundo inferior sólo son posibles por la extrema debilidad del pensamiento general y el nuestro propio. Sólo el extremo recogimiento y la devoción a lo

más alto lograrán paralizarlos y suspenderlos, incluso los harán inadmisibles.

9.VIII. Quien se ocupa de nosotros, ya sea positiva o negativamente, toma parte en nuestro ser y, por ello, pasa a formar parte de nuestro ser. Por eso habría que salirle al encuentro con curiosidad y respeto, aun cuando fuera el enemigo más acérrimo o el elogista más inofensivo. Con mi *Crítica* he involucrado en mi sistema al conjunto de los alemanes. Su silencio no les servirá de nada. Los he tomado en mi corazón. No me resulta agradable; no les resultará agradable a ellos. Pero hemos de aprender a apreciarnos y discutir unos con otros. No me importa demasiado tener razón; pero sí me importa Alemania y nuestro nombre común.

Sólo hay un poder que esté a la altura de la tradición disgregadora: el catolicismo. Pero no el catolicismo del período de preguerra y de los años de la guerra, sino uno nuevo, más profundo, un catolicismo integral, que no se deja intimidar; que no respeta los intereses; que conoce a Satán y defiende los derechos, cueste lo que cueste.

17.VIII. Donde los filósofos, e incluso Plotino, ponen el concepto de causa original y de Revelación inteligible, a mí me gustaría poner el concepto de persona original y de lengua original. Una causa no puede estar al comienzo de toda existencia. De la causa nunca puede surgir una persona, porque la persona ya existía en el corazón de la causa. La interpretación causal del mundo sólo tiene una importancia conceptual y viceversa.

La creación sólo se puede entender por medio del lenguaje y como una lengua. La sola perfección del ser original no basta para producir otros seres a su imagen y semejanza. Para ello, se precisa de un acto de voluntad que lo produzca.

De la misma manera que [san] Juan de la Cruz conoce palabras substanciales que, como son puros pensamientos de Dios, poseen toda la realidad y, por ello, producen inmediatamente en el alma que las ha alentado todo el bien que nombran, así es como también Plotino conoce verdades substanciales, toda vez que, según él, sólo es real aquel pensamiento que posee enteramente su objeto. De modo que las ideas no son sólo imágenes originales del ser individual, sino además causas de su aparición; en otras palabras, el intelecto tiene poder para engendrar (lo cual, claro está, es completamente falso o, por lo menos, muy cuestionable, porque es cierto que el intelecto genera un impulso crítico y receptivo, verificador y separador, pero no ama ni infunde).

Aquella frase suya según la cual siempre es el ser superior el que comprende, sostiene y soporta al inferior supone un completo asentimiento frente a ello. De la misma manera que aquella otra que afirma que todos los efectos del mundo son de índole espiritual o anímica, en cambio, la presión y el choque no son más que su última consecuencia material y apéndices no esenciales de decisiones que se tomaron mucho tiempo atrás en la esfera suprema, sublime, espiritual.

Además, así se resuelven muchas sospechas y dificultades, ya que distingue entre virtudes civiles, purificadoras y extáticas. Las primeras competen al Estado;

las segundas, a la Iglesia; las terceras, a Dios mismo. Si entiendo bien, en este escalafón una virtud precede a la otra y no sería posible sin ella. Plotino declara expresamente que la praxis se da por voluntad de la teoría y no, por ejemplo, como parece hoy tan evidente, que la intuición intelectual sólo tenga en cuenta la praxis. A la unidad última ya no se puede llegar por medio del pensamiento (incluso según el racionalista Plotino), porque esta unidad se encuentra más allá de todo lo pensable; sino sólo mediante el éxtasis. En él desaparece de la conciencia toda la diversidad de nuestras percepciones y el alma, en la unión mística, entra en contacto inmediato con el uno.

En conjunto, Plotino representa un mundo conceptual místico que se eleva a la causa última a partir de las cosas; no es un mundo de la expresión, que se cree y rija a partir del ser personal, resuelto. En este sistema, el bien no es más que un deseo, un postulado. En un mundo conceptual, objetivo, la moral, consecuentemente, no tiene sitio alguno (eso lo demostró Kant) y no resulta apropiada ninguna valoración. Es diferente cuando se trata de personas y de fuerza creadora. Siempre me pareció un comienzo arbitrario y sentimental que, por ejemplo, Spinoza, empleando un ordo geométrico estricto logre levantar una ética, es decir, se dedique a hacer valoraciones. Tales valoraciones echan por tierra el ordo entero, algo fatal en sí mismo, tan fatal como ha de ser una conclusión lógica y el principio formalista siempre que hayan de tener alguna existencia real.

2.

AGNUZZO, 18.IX.20. Ahora vivimos en el pueblecito más pequeño y apacible del Tesino que uno se pueda imaginar. El cartero, el señor Donada, que regenta un antiguo Palazzo campestre, abrió las contraventanas que hacía años que no se tocaban y de ellas salieron en desbandada arañas y polillas al aire del estío. Sobre el mar se extiende un jardín y hasta el jardín lleva una ancha escalera de glicinas. Tenemos golondrinas pintadas en el techo y fuera, sobre el hinojo. La mirada se extiende más allá del agua verde, en la que se reflejan los abedules, mucho más allá de Caslano y Pontetresa, hasta la frontera italiana.

20.X. Lo primero que hice al llegar aquí fue profundizar en los *Acta Sanctorum* y rodearme de vidas de santos. Ahora puede venir lo que quiera: tendré una posición inconmovible. Recorro la leyenda mes a mes y me detengo donde resuena el eco de una experiencia familiar, un pensamiento análogo, un sentimiento remoto. La primera fecha en la que me detuve fue el 17 de enero. Ahora me dedico, echando mano a todas partes y tanteando, a [san] Antonio, el abad anacoreta. No tengo la sensación de que, por ello, sea un mendigo. Por sus cargas y su saber, nuestra época no le va a la zaga a ninguna de las que hayan existido ni vayan a existir jamás.

29.X. También tenemos una pequeña capilla de pueblo que está dedicada a san Andrés. [San] Justino dice que, en Platón, la X es el símbolo del alma universal. Así que

Andrés se retuerce atado al alma universal; a la *psychologia universalis*.

En esta nuestra capilla de pueblo he encontrado además la solución a la cuestión de la culpa. *Mea culpa, mea maxima culpa*. Ya no más «crítica de la conciencia», sino examen de conciencia.

18.XI. En este nuevo círculo de gente, todos los que vivimos aquí abajo estamos muy aislados, no quiero saber nada más de crítica de una época y de problemas culturales. Prácticamente me ha sido imposible leer el nuevo libro de Sternheim. El *Almanaque de los dadaístas* también lo he dejado tirado. Parece que todo el continente se desmorone; pero, cuando vuelvo a encontrarme uno a uno con los intelectualismos y logaritmos en su monstruosidad, es como si rascaran una chapa.

El opúsculo de Hesse sobre Dostoievski todavía lo puedo leer bastante bien. Parece más sencillo, más tranquilo, aunque también en su caso todo está determinado a la decadencia. La caracterización de Mishkin es lo que mejor define su punto de vista. Mishkin se diferencia de todos los demás porque, como idiota y epiléptico, aunque al mismo tiempo sea un hombre extraordinariamente inteligente, tiene relaciones más cercanas e inmediatas con el *inconsciente* que cualquier otro. Y así es: «el idiota, pensado hasta el final, introduce el derecho matrilineal del inconsciente; con ello deroga la cultura».

21.XI. Ha aparecido *Estigma de fuego* de Emmy. Aquí no

hay más debate. Aquí está la época vivida y padecida en carne propia.

Siempre resulta sintomático que haya poetas que ocupen el lugar de los filósofos y los teólogos. No se puede percibir lo singular en el entorno, si uno no lo lleva en sí mismo. A Sternheim le gustaría mantener unas relaciones fluidas mediante metáforas figuradas; saber que el pensamiento europeo se ha disuelto a favor de la visión europea. Eso es lo que le ocurre también a Hesse, en un estrato más profundo, con torrentes de pensamiento, fantasía e imaginación que ansían volver a la luz.

Hay que asombrarse por entero y por cosas más finas cada vez. Así es como la eternidad se asombra ante el tiempo y lo transforma. Hay que asombrarse ante lo maravilloso. E incluso ante las heridas más profundas y extremas; asombrarse porque nos elevan por completo a lo maravilloso.

4.XII. Acabamos de conocer al autor de *Demian* en persona. Llamaron a la puerta a mediodía y entró un hombre pequeño, de apariencia juvenil, de cara afilada y carácter dolorido. Recorre las paredes con la vista, luego nos mira detenidamente a los ojos. Le ofrecemos una silla, enciendo fuego en la chimenea. Así es como nos sentamos y, al momento, estamos charlando como si nos conociéramos muy bien desde hace mucho tiempo.

10.XII. Ahora voy prácticamente a diario a Lugano, a la biblioteca cantonal. Allí es donde han confluido varias

librerías antiguas de monasterios, que están al cuidado del profesor Chiesa. Estudiantes de bachillerato, jóvenes educados, le sacan partido a Orígenes y sacuden las polillas a los grandes tomos infolio llenos de polvo. Siempre que vengo, el plumero desempeña un papel gracioso, despertando el recelo de la concurrencia.

29.XII. Cuando en el mundo interior y en el exterior ya no hay nada seguro, sólo queda la soledad del desierto. [San] Antonio elige lo que se impone a su espíritu como la realidad de su siglo: el retorno a los orígenes. «Al principio creó Dios el cielo y la tierra; la tierra era soledad y caos.» [San] Antonio se familiariza con las ideas de la Creación.

Aquí comienza su auténtica vida; la vida del hombre que no quiere haber nacido en vano y que experimenta el triunfo de las alturas en su propio espíritu, incluso en su propia carne. El desierto sólo es una hipérbole para expresar el vacío absoluto que se abre a nuestro alrededor, una terrible soledad. No se le puede llamar huida del mundo. Este hombre penetra muy consciente, muy audaz y decidido en el dominio de la tumba, incluso hasta la cámara funeraria más profunda.

La verdadera fe (dice Welling) no es más que la pura irradiación de nuestra imaginación inmersa en la luz divina; como una firme aprehensión de las cosas invisibles por medio de una fuerte impresión de la fantasía, por cuya irradiación el objeto se comprende en toda substancia y se encarna en nuestro ánimo. Pero cuanto más se llena y cubre de vanidad la imaginación del hombre (añade él),

menos capaz será éste de irradiar en las cosas espirituales y, por tal irradiación, sumergirse en las mismas y unirse inextricablemente con ellas.

3.1.21. La *fuga saeculi* ya aparece consumada en Nietzsche, por motivos estéticos, a manos de burlones y ateos. En el monacato cristiano de los primeros tiempos viene a concurrir una fuga más consecuente aún. De ahí habría de proceder el contragolpe que se siguiera contra el mundo que nos rodea y que parece poseído y sin esperanza de salvación. Las épocas tienen una notable similitud. Hoy no percibimos la Academia de manera diferente a como Tertuliano y [san] Antonio Abad pudieron haberla percibido. Desde que el hombre de vistas culturales limitadas se ha hecho, sucesivamente, poeta y filósofo, rebelde y dandy, el tacto exige que nos opongamos a él con la pobreza voluntaria, la abstinencia más rigurosa, cuando no con la desaparición deliberada, en la que él vería el mayor de los prodigios.

El socialista, el esteta, el monje: los tres están de acuerdo en que la moderna cultura burguesa es responsable de la decadencia. El nuevo ideal tomará sus nuevos elementos de ellos tres.

7.1. Según [san Juan] Crisóstomo, los comerciantes no deben pisar la Iglesia. Según Lactancio, un cristiano piadoso no puede ser ni soldado, ni *erudito*, ni hombre de negocios. No hubo ningún comerciante o matemático que haya sido canonizado. No se le puede reprochar a la Iglesia que haya elevado a la dignidad de los altares al

que inventó la pólvora o al que creó la tabla de multiplicar.

El artista experimenta la fealdad; el filósofo, la mentira; el moralista tiene que ver con la corrupción; el santo, con Satán.

22.II. Hay hombres que se ocupan continuamente del problema de la muerte. En épocas de guerra o de levantamientos, donde toda vida se ha vuelto insegura, tal ocupación es muy natural. En tales épocas se puede volver a decir que el monje es un hombre que ha tratado tanto con la muerte que la lleva consigo en su cuerpo y en su alma por donde quiera que va. El monje perfecto, el sacerdote perfecto, hablan y actúan a partir de la muerte. Ya han muerto como hombres, se han anticipado a la muerte. El que tiembla o se aflige ante la idea de la muerte, no será un buen filósofo, un filósofo fiable. Así, en épocas pasadas se llamaba «filósofos» a los monjes con todo derecho y, así es como, en aquellas épocas, los filósofos eran monjes. La muerte es el único estado en el que se puede creer en un perfecto desinterés, pero ésta es la condición previa de todo filosofar.

Aquellos tormentos que se padecen en el espíritu no pueden ser superados por ningún tipo de tormento que se padezca fuera del espíritu. Ésta es la gran enseñanza de la Edad Media, con la que justificó la supremacía del espíritu y la mantuvo firme.

8.III. Hoy leí a Hesse el *Simeón Estilita*. Estoy tentado a

pensar que la conclusión del libro se me ha ocurrido a mí antes. No estoy del todo contento con la primera versión de *Antonio*.

II.III. Cuando la vida nos ha corrompido,
hemos muerto por completo.

No rehuimos la vida, la buscamos. También esto es un camino hacia la renuncia. Un interior rebosante de decepciones provoca automáticamente un distanciamiento. Se necesita estar aislado, para volver a encontrarse y comprender lo que ha ocurrido, lo que a uno le ha podido suceder.

De la *Secuencia onírica* de Hesse, que me gusta mucho:

«Volvió a recrearse la plasticidad a partir del turbio vapor del infierno, la luz creadora del recuerdo volvió a iluminar un pequeño tramo del tenebroso sendero, y el alma salió del mundo primitivo al ámbito natural de la época.»

O esta otra frase:

«La tristeza crecía en mí y me llenaba hasta reventar, y las imágenes que me rodeaban eran de una claridad, de una elocuencia sugestiva, conmovedora, más claras de lo que es cualquier realidad; un par de flores otoñales en el vaso de agua, una dalia de un marrón rojizo obscuro debajo de ellas, refulgían en una soledad dolorosamente hermosa; todas las cosas, también el pie de latón de la lámpara, que lanzaba destellos, eran tan encantadoramente hermosas y se amontonaban a su alrededor en una soledad tan fatal como la de los cuadros de los grandes pintores.»

30.III. Entretanto he ido leyendo algunas cosas sobre Dionisio Areopagita. Son muy pocas las referencias de los manuales que vienen a coincidir con las obras mismas. La inexactitud de la bibliografía especializada es una nueva experiencia para mí. De entrada tengo que aplazar el capítulo, eso supone esperar un tiempo hasta que yo mismo me haya procurado un acceso a la lectura. A veces, cuando contemplo el estilo de estas colecciones de materiales, no puedo reprimir una sonrisa.

Carta del prelado Mathies de Niza. Ha pasado el invierno en Túnez y se congratula por mis nuevos estudios. Ésta es la única amistad y correspondencia de Berna que todavía atiendo.

6.IV. La mayoría de las veces, los defectos que descubrimos en el otro son sencillamente los propios. Quien se ha familiarizado con esta idea saca algún gran provecho de ella.

La vida se escribe sin cesar, exagera sin cesar. Reinventamos a los demás a diario; todos nos movemos en medio de la ilusión. Por lo común, se trata de una copla de carácter popular que se hila atropelladamente, de una moralidad o, a lo sumo, de un melodrama sentimental. Pero también podría ser un epigrama y una tragedia con mensaje divino. Esto depende del talento de los actores, del favor del escenario y, no menos importante, de la gracia de quien provee la representación y la dirige.

9.IV. Cada tarde leo el *Infierno*, de Strindberg. Es un infierno muy personal, genial, muy activo en lo privado. En realidad, uno no llega a compadecerse del autor, porque percibe en él cierta obstinación y se da cuenta además de que está dispuesto a alimentar su vanidad incluso con sufrimientos reales. Swedenborg lo ha hechizado. Y como ocurre con aquél, también aquí, Job, Saúl y Jacob acaban sirviendo como ejemplo para todo tipo de ocurrencias y extravagancias. ¡Qué sutilezas emplea para parecer interesante! ¡Qué vanamente se esfuerza en darles una luz demoníaca a todas sus damas, tías y suegras! Su libro es una constante llamada a que lo aceptemos, por medio del espanto y la admiración. Pero ¿qué le importa? ¿Qué son nuestros sufrimientos personales (por no hablar de los particulares)?

10.IV. «Temed a aquel que después de haberos matado, puede además arrojaros al Infierno» (Lucas 12, 5).

Ésta es una terna hacia abajo. Francisca Romana percibió esta jerarquía infernal y la desarrolló. Léase la página 107 de *Physiognomies de Saints*, de Hello, y compárese luego el infierno de Strindberg con aquel que nos presenta el santo. «Les démons», dice Hello, «ils attaquent au moment *où elle se défie de la Providence*.»[70] No hay nada similar en Strindberg. No sabe y ni siquiera sospecha por qué se encuentra en el infierno. Sólo se retuerce en sus obsesiones.

[70] «Los demonios (...) la atacan en el momento *en que ella desconfía de la Providencia.*» (N. del T.)

15.IV. Emmy me ha leído hoy el comienzo de un nuevo libro. Este libro comienza de la siguiente manera:

«Benditos sean todos los nombres que ocultan la vida. Todo nombrar que aspira al nacimiento de lo innombrable, sea alabado.

»En toda palabra que anhela la ausencia de palabras habita la consumación...»

Vamos a un *canvetto*.[71] En un pequeño rincón del bosque, donde tuerce el sendero, está la imagen de [san] Francisco estigmatizado, con la corona de espinas; en ese momento pasa volando por encima un pájaro blanco inusualmente grande. Uno dice: fue un pato salvaje; otro: una garza, un águila marina y así sucesivamente. Annemarie dice muy tranquila y silenciosa: «Fue el Espíritu Santo.»

Agnuzzo tiene siete letras y el siete es una cifra hermética.

17.IV. Cuando desperté, pensé: sólo se podría escribir una vida a través de sueños que son relatados como verdad. Cada vez más, empiezo a concebir el sueño como un apoyo y una amable referencia a los estados y disposiciones de mi vida interior. Estas dos son mis ocupaciones preferidas: leer los *Acta Sanctorum* y mis sueños.

Dionisio Areopagita es la refutación anticipada de Nietzsche.

[71] Casa de comidas de campo

Y ya sólo aludir a la vida por medio de los sueños.

19.IV. He empezado con *Clímaco* y Notker Balbulus...
Mientras me dedico a investigar en Lugano la etimología del nombre de Notker, Emmy, en casa, tiene un sueño con toda una serie de pormenores etimológicos. A un hombre llamado Polvo le van a imponer el nombre de Polvo de Dios en un consejo medieval (él es molinero). Pero él no quiere tomar ese nombre, porque le desagrada una relación tan estrecha entre el nombre de Dios y la palabra «polvo». Al final, le dan el nombre de «Polvo del Molino». Algunos días más tarde, me escriben diciendo que el bibliotecario de Sankt Gallen (el monasterio de donde procede Notker) debe de llamarse Staub [«polvo»] o Staupp [pulvu].

La alegre fe en los milagros de los *Acta Sanctorum* simplifica mi pensamiento, me hace volver a ser un niño. Eso me hace bien: el rigor, el celo de santidad, unido con todo el gusto por el juego y la fabulación del espíritu.

El obispo de Grenoble es mi patrón. Las lágrimas de mi infancia vienen a suplicar por mí.

21.IV. Ahora también he perdido el gusto por mi *Crítica*. ¿Quién se preguntaría aún por las disputas políticas? ¿A quién le interesan ya?
No sabía que el cuerpo de Cristo crece en su vida y en su muerte; que siempre echa nuevos miembros y abre

nuevos ojos. Hoy, cuando iba por un camino de vides, resonó en mí: el cuerpo de Cristo impulsa en vosotros un nuevo nacimiento, nuevos órganos, nueva vitalidad...

[San] Juan Clímaco y Tomás de Kempis tenían sesenta años cuando escribieron la *Scala Paradisi* y la *Imitatio Christi*. Ante Dios seguían siendo lo suficientemente niños.

22.IV. En su tratado sobre los «ideales ascéticos», Nietzsche cree que el cristianismo convierte la verdad, la ciencia en absolutos. Esto no es cierto en modo alguno; o, si no, se trata de una verdad y de una ciencia que tienen un sentido distinto al que se les supone. Tal vez el cristianismo sólo convierta en absoluto la imagen incorrupta (como cuando se dice de san Lucas que fue pintor). O convierta en absoluto la palabra (logos), como se puede leer al comienzo del Evangelio de san Juan. Palabra e imagen: pero eso no es la ciencia, sino el arte. Naturalmente, una religión que está enteramente orientada por su carácter más profundo hacia la vida y la muerte, tendrá otro arte (y otro arte de vivir) que una época que retrasa la muerte hasta el final.

A la poda moral del Nuevo Testamento está unida una defensa de la ignorancia, frente al culto alejandrino al saber. Esto también contradice la afirmación de Nietzsche. La Iglesia es, necesariamente, adversaria de la Academia. No puede haber dos ciencias objetivas de las cuales una crea y la otra dude. La duda sólo puede servir como etapa previa.

23.IV. El confesor de Emmy en Múnich, cuando ella le habla de su tifus: «¡Qué buena suerte!» (Fue en la época de su conversión.) En su nuevo libro es una fiebre la que abre las esferas superiores.

¿Cómo he de esperar signos cuando yo mismo estoy tan lleno de ellos? Así que tampoco quiero coquetear con esto.

24.IV. ¿Cómo fue mi infancia? Por la tarde reunía a toda la familia alrededor de mi cama, temiendo que al día siguiente les pudiera haber perdido. Cuando, con nueve años, escuché la historia de san Laurencio, estuve a punto de desmayarme. Fui corrompiéndome abnegadamente; intentando adaptarme. En mi naturaleza tímida, la brutalidad me resultaba insidiosa. Intenté eliminar con todas mis fuerzas lo más noble, lo más tierno. Así, el entusiasmo se convirtió en perversión.

De los nuevos poemas de Emmy:

> ¡Canto lo infinito!
> Oh, tiempo, ¿tan marcado estás?
> ¡Tono rosa, blancamente cantado!
> ¡Tú, fruto del amor, sangre de la muerte!
> ¡Escucha mi canción que conjura la noche!
> ¡Aviva la claridad de la noche en lo profundo del día!
> ¡Qué llorosa estás, qué sonriente despiertas...!

25.IV. «Non convenit lugentibus de rebus altis et theo-

logicis tractatio seu cogitatio, extinguit enim luctum» ([san] Juan Clímaco).[72]

Es una escuela dura.

Mi carácter fastidioso, descorazonado, impaciente, parte de mi desidia. Luego, además, digo frases mal acentuadas y mal conformadas. Falta el gusto por la forma.

«Uno podría pasarse llorando día y noche...» Pero ¿quién dijo eso? ¿No fue en Zúrich..., Daniello?

27.IV. «Nihil est pauperius et miserius mente quae caret Deo et de Deo philosophatur et disputat» ([san] Juan Clímaco).[73]

En una revista de Múnich, Carl Sternheim llama la atención sobre mi *Crítica*. Me llama uno de los «Doce precursores». (Me tendría que haber llamado el Director del coro de la nada.)

Me he roto los dientes mordiendo la época y, como consecuencia de ello, también he echado a perder mi estómago.

28.IV. Con motivo de un sueño, leo de principio a fin mi antiguo diario de los años 1913-1915 y, en la siguiente no-

[72] «No conviene a los que lloran la consideración o pensamiento de asuntos profundos o teológicos, pues hace cesar el llanto.» *(N. del T.)*

[73] «No hay nada más pobre y miserable que el alma que carece de Dios y sobre Dios filosofa y discute.» *(N. del T.)*

che, sueño con una clara imagen sintetizada de él. Sería demasiado prolijo repetir el sueño. Pero no era ni lisonjero ni desacertado. Un sueño al que tengo todos los motivos para estarle agradecido.

29.IV. «Est qui in rebus adversis operatur vitam in sapientia Dei et est qui in peccato perpetrando tamquam in conspectu Dei occupatus est» ([San] Serapio, abad).[74]

Si con el signo de mi vida interior pudiera convencer a mi entorno de que puedo llevar una vida sin signos. ¡Quién pudiera!

4.IV. Esta noche ha muerto nuestro párroco. Ayer vino el obispo a darle la extremaunción. Llegó en coche y regaló medallas. Sólo se le podía distinguir del resto de los sacerdotes por un cordón rojo en el bajo de la sotana. ¡Qué conmovedora sonaba la campanita del pueblo! Mañana es la Ascensión.

Un día antes de su muerte le regalamos al párroco una pequeña virgen de filigrana. Dijo que éramos buenas personas. La habitación en que murió sólo estaba separada por una delgada pared de la habitación de Emmy.

5.V. «¡Oh, cruz milagrosa! ¡Oh, cruz anhelada! ¡Oh, cruz que iluminas a todo el mundo! ¡Recibe sobre ti al discí-

[74] «Los hay que en la adversidad conducen su vida en la sabiduría de Dios, y los hay también que al cometer sus pecados lo hacen como si estuvieran dedicándose a la contemplación de Dios.» *(N. del T.)*

pulo de Cristo! ¡A través de ti me ha de recibir Aquel que muriendo en ti me redimió! ¡Oh, querida cruz, que recibiste adorno y belleza de los miembros del Señor, recibe sobre ti al discípulo de Cristo!» (san Andrés).

La imagen del Cristo de Limpias. Una muchacha de doce años fue la primera que vio que los ojos de Nuestro Señor se movían. Luego, una muchachita de seis años vio la sangre que fluía a su lado. Los niños fueron los primeros en ver que Jesús abre los ojos, sufre, sangra y sonríe. Es curioso y bello.

Emmy y Annemarie regresan de la tumba del párroco.

8.V. Ayer por la tarde, conversando con Hesse, me salió el carácter de [san] Juan Clímaco. Está claro que la gente ya conocía entonces el psicoanálisis. Simplemente le daban otro nombre. Es evidente que los terapeutas de los que habla Filón [de Alejandría] eran analistas. Sólo que interpretaban de otra forma y su terapia estaba comprendida en el exorcismo.

Algo en mí llora sin cesar. Tal vez es un amigo que llora, o un enemigo. Me transforma por completo.

10.V. El *Frankfurter Zeitung* saluda a Emmy como poeta alemana, y lo hace de la siguiente manera:

«E. H., nómada por toda una serie de efímeras tribunas a lo largo y ancho de nuestra patria, se ha establecido, definitivamente y sin duda alguna, en el distrito de la poesía con el *Estigma de fuego*.

»Flagelante es el afán de verdad de este libro...

»El respeto y el éxtasis de la mirada armonizan perfectamente con una minuciosa observación...

»Sonámbula y sin nada más que apetecer, pierde cuerpo en el crepúsculo de la gran catedral católica...

»En este sentido, la solidaridad de H. con estas criaturas es completa. En su deleite de humildad le iría bien, como título de honor, llamarse *Prima inter... Parias.*»

11.V. Englert me envía reseñas del nuevo libro de Papini. El *Corriere della Sera* opina que, seguramente, el libro entrará pronto en el *Index*. Él, Papini, considera al apóstol [santo] Tomás como «protettore e presidiatore»[75] de todo el ejército de chusma fanfarrona de esta época: «Tutti i posapiani dello spirito, tutti i pirronisti da tre un quattrino, i cacastecchi delle cattedre e dell'academia, i trepidi cretini im-bottiti di pregiudiziali, tutti i casosi, i sofistici, i cinici, i pidocchi della scienza e i vuotacessi degli scienziati, infine tutti i lucignoli gelosi del sole, tutti i paperi che non ammettono i voli dei falchi, hanno scelto a protettore e presidiatore Tommaso.»[76] Hermosa clientela para un santo, opina el recensor. Pero siempre es lo mismo: si uno señala anomalías, logra poner en pie

[75] «(como) protector y defensor.» *(N. del T.)*

[76] «Todos los figurones del espíritu, todos los pirrónicos (escépticos) del tres al cuarto, los pusilánimes de las cátedras y de la academia, los temblorosos cretinos embebidos de prejuicios, todos los puntillosos, los sofistas, los cínicos, los piojos de la ciencia y los limpialetrinas de los hombres de ciencia, en definitiva, todas las luciérnagas ahítas de sol, todos los tontos que no admiten vuelos de halçón, han escogido como protector y defensor a Tomás.» *(N. del T.)*

a toda la jauría; pero no contra la anormalidad, ni pensarlo, sino contra sí mismo.

«Quien escandalice a uno de estos pequeños...» Uno de estos pequeños... querría que éste fuera su siglo infantil.

12.V. Los hombres no sufren tanto por las cosas que existen, como por las cosas que faltan. Crear espacios para corazones humanos. La corrupción es una carencia de posibilidades de desarrollo.

«Nada hay más corruptible que un artista» (Nietzsche). Pero ¿por qué? Porque precisamente los medios están especialmente expuestos a la corrupción, sobre todo cuando ya no existe una atmósfera que los soporte y los reafirme.

14.V. Hesse defiende a los analfabetos. Aboga por que se haga pedazos la imprenta. «El profeta», dice, «es un enfermo tan patológico, que ha perdido el bueno, el sano, el beneficioso sentido de la autoconservación, que pone en cuestión todas las virtudes burguesas.»

Por la tarde nos sentamos en el *grotto*, bajo una gran haya. El árbol ofrece dos hojas mustias. Emmy y Hesse echan mano de ellas. Resulta muy sorprendente que ocurra en mayo, parece evidente que se trata de un acto simbólico del árbol: hay que desprenderse de ambos, de lo que está marchito y de lo que es deforme.

Distanciarse de todo, arrancarlo y apartarlo de uno. No sólo el cuerpo, tal vez también el corazón y el espíritu.

¿Debería uno tatuarse un corazón sobre la frente? Entonces, todo el mundo vería que el corazón se le ha subido a la cabeza. Y si fuera un corazón con tinta azul, un azul de muerte, un corazón agónico, uno también podría decir que la muerte se le ha subido a la cabeza. No necesitamos más que anotar lo profundamente que nos llegó el terror.

17.v. *Klingsor* está profundamente inmerso en la naturaleza vista desde una perspectiva muy cristiana. Bañado en ella y maternalmente envuelto y arrullado por ella. El desconsolado niño y su madre.

18.v. ¡Pero qué cosas más asombrosas pasan! En el presupuesto inglés se requieren mil libras para la construcción de una mezquita en Mesopotamia como reparación por un árbol que soldados ingleses han derribado. Según la tradición, este árbol habría sido el auténtico «Árbol de la Ciencia» del Jardín del Edén, del que en su día bajó la serpiente para seducir a Eva. Bajo el peso de los soldados que se hacían fotografías subidos a sus ramas, el Árbol de la Ciencia acabó desplomándose.

19.v. Esta mañana temprano, con cuidado y en silencio, llegaron amigos, colocaron sobre la chimenea roja una virgen bizantina y pusieron tres rosas debajo. Luego se hicieron notar llamándonos a voces. Fue una gran alegría.

23.v. El Suso dionisíaco: «En esta incomprensible montaña, en este lugar por encima de lo divino», eso es lo que

él dice, «hay un abismo que se manifiesta en todos los espíritus puros. Y en él, el alma llega al escondido anonimato y al prodigioso distanciamiento. Y éste es el profundo abismo sin fondo de todas las criaturas [...] Allí es donde el espíritu universal vivo muere ante los prodigios de la Divinidad» (Denifle, pp. 289 ss.).

Las lágrimas junto a una tumba extraña son un signo angelical.

24.V. Omnis mundi creatura
Quasi liber et pictura
Nobis est et speculum
Nostrae vitae, nostrae mortis
Fidele signaculum...[77]

Mi *Crítica* es una renuncia, una huida, según la mención *aproximada* de los motivos que determinan esta huida.

Con Emmy a las flores de mayo, en Loreto. Allí, los monjes franciscanos—son como mucho cuatro o cinco los que viven pobremente en este rico entorno—tienen una virgen negra detrás del altar. Sobre la peana está escrito: «Tota es pulchra». Entonces se me ocurrieron algunos versos a propósito de ello:

Virgen negra, eres toda bella.
Eso es lo que vi escrito en la peana.

[77] «Toda criatura del mundo / es como el libro, el retrato / y el espejo nuestro: / un signo fiel / de nuestra vida y nuestra muerte.» *(N. del T.)*

Eres toda bella, toda dulce y toda delicada.
Una corona de oro lleva tu niño...

Luego, en el camino de vuelta, compramos un pez en Bernadone, que, una vez en casa, echamos al agua. Emmy es auténticamente la dama del lago. Los peces son los únicos animales que puede tomar y llevar en sus brazos.

25.V. La obediencia es la renuncia a la propiedad. Sólo puede escuchar quien no se escucha a sí mismo. No tiene mérito alguno que yo lo diga; da igual: sólo puede escuchar quien no posee nada y ni siquiera se escucha a sí mismo.

Emmy me ha regalado cuatro nuevos poemas. ¡Como si eso no fuera un patrimonio y una fortuna!

No nos quedaba elección. Era como si se hubiera abierto un abismo en el que los sentimientos eran martirizados y cualquier intuición escarnecida y vilipendiada. Intentábamos prevenir y cada cual procuraba exorcizar su propio cuerpo. Pero existía un poder invisible amenazador, que decía «no» categóricamente. Lo que se podía infectar, se manchó; lo que era inflamable, ardió en llamaradas.

27.V. En el compás ternario de la música dionisíaca, el acento cae sobre el elemento central. Es un acento dolorido.

Coros heroicos. Un fragor, una marcha y un júbilo contenido.

29.v. El hermoso cuadro de Annemarie: una mujer, vista desde atrás, con su manto azul celeste extendido. Por encima, arriba a la izquierda, la figura alada de un niño con la figura sinuosa y ondulante de la Devoción. A la derecha, al otro lado, rodeada por las estrellas y el sol, una mujer arrodillada con el rostro del color de la luna. Rodeado por estas tres figuras (el Entusiasmo, la Devoción y la Profecía), en medio de un círculo blanco, se alza el Sacerdote, una sombra sobrenatural con las alas igualmente extendidas, pero más cortas; la cabeza oculta con una máscara, nada parecido a un hombre, una alegoría. Es el cuadro más hermoso y profundo que conozco. ¿Cómo puede una niña pintar algo así? Lo hizo en Flensburg, en junio de 1920, cuando tenía catorce años. Ahora cuelga con sus brillantes colores azules, amarillos, rojos y blancos sobre mi cama y puedo sumergirme largo tiempo en su contemplación.

1.vi. Este cuadro es casi más hermoso de lo que he dicho. Las puntas de las alas de aquella figura que representa el Entusiasmo, rozan a la izquierda con la Devoción y, a la derecha, con la Profecía. En el círculo blanco que ocupa el sacerdote, sólo se elevan las cabezas, alas y emblemas de las otras tres figuras. Una quinta figura, muy apretada en el margen, esquilmada, magra, la señora Tierra, tiene una fantástica sombrilla abierta. Encima se arrodilla el muchacho que representa la Devoción de la forma más exaltada. Dos columnas amarillas figuran un templo. Pero las columnas están pintadas de forma que también pueden representar los troncos de dos po-

derosas palmeras que cortan el cuadro. El cuadro tiene una impronta absolutamente hierática. Los colores recuerdan a los antiguos mosaicos y pinturas de las catacumbas. Incluso las figuras recuerdan a ellos. Es admirable desde cualquier punto de vista.

«Dormierunt somnium suum et nihil invenerunt in manibus suis»: durmieron su sueño y no encontraron nada en sus manos. Éste es el sonambulismo del amor.

Emmy ha rezado conmigo por mi cansancio. Luego he reformado los apartados 3 y 5 del capítulo de *Clímaco* y he dejado listo el conjunto. Trabajo en estas cosas como si tuviera que morir por ellas. Incluso he escrito un pequeño testamento ante el que ya me vuelvo a sonreír.

5.VI. Tengo la ventaja de no tener ningún cargo. Si fuera profesor, tal y como están las cosas en Alemania, tendría las manos atadas. Pero soy independiente y espero serlo cada vez más. Debo poner toda mi atención en no ser incluido en ningún partido o clase, para que pueda decidir libre de todo interés y consideración.

11.VI. *Léon Bloy devant les cochons*. Se ha hecho fotografiar delante de algunos cerdos (véase *Quatre ans de Captivité*), y con un gesto ciertamente reservado y huraño. Podría decirse que se trata de un penoso orgullo y que, en tales casos, el cristiano está obligado a aprender la lengua de los cerdos y a ganarse su confianza. Conocí a un hombre de los Vosgos que era porquerizo. Conversaba con sus cerdos en un idioma particular; le iba muy

bien. Cuando a [san] Francisco le dijeron que podía irse a predicar su nueva regla a los cerdos fue al *poverello* y ofreció su discurso seráfico a los cerdos. Sin embargo, me parece que lo hizo más por obediencia que por convencimiento y propio gusto. No ha quedado escrito cómo recibieron los cerdos al seráfico y si quedaron satisfechos. Hay que asumir que lo tomaron por su igual.

12.VI. Tachado de *Clímaco*: «Éste es el himno de todos los que sufren de melancolía. Así es como canta el alma herida de épocas que sienten las ideas como una burla. Así es como se queja el desgarrado grito de angustia del interior, que se hunde en la silenciosa profundidad de la compasión divina. Porque el sentimiento humano ya no existe, no encuentra más crédito o reconoce avergonzado su impotencia.» (Tachado y recuperado, y otra vez tachado y vuelto a recuperar. ¡Qué importa! Si en realidad lo tomarán por una simple frase.)

16.VI. Los paraísos personales...: puede que sean errores. Pero volverán a dar color a la idea del paraíso y la potenciarán.

Ahora Hesse viene con más frecuencia, con útiles de pintura y caballete. Luego tomamos juntos una taza de café. Unas veces vamos a bañarnos, otras se marcha a pintar. Luego se sienta en alguna parte sobre la pradera y apenas se le puede ver, porque el sol deslumbra. Los pájaros pían a su alrededor y las cigarras zumban.

«¡Paraíso, paraíso!», le gritaban los golfos en las calles al

hermano Egidio de Asís. Luego siempre caía en un éxtasis espiritual y permanecía inmóvil una amplia parte del día.

18.VI. Cuando me encontré con la palabra «Dadá», fui llamado dos veces por Dionisio [Areopagita] D. A. – D. A. (sobre este nacimiento místico escribió H...k [Huelsenbeck]; también yo mismo, en notas anteriores. Entonces me dedicaba a la alquimia de las letras y las palabras).

22.VI. [San] José, el patriarca de la ascética, es el padre nutricio de Jesús, del Sumo Sacerdote.

Y los esenios comparaban la escritura con un ser viviente, cuyo cuerpo son las palabras; cuya alma, el sentido que se esconde en las palabras.

2.VII. La jerarquía celestial y eclesiástica son las pruebas divinas de Cristo, cuya muerte tiene como consecuencia su ascenso y triunfo.

Hoy dijo misa un capuchino de Lugano, alto, fuerte, con barba ondeante. En el Evangelio se hablaba de la advertencia de Cristo sobre los falsos profetas. Por sus frutos los conoceréis.

Giuseppe, cuya segunda ocupación es hacer de acólito en la misa, está apoyado en la puerta de la sacristía, justo enfrente de mí, con las piernas y los brazos cruzados. Me mira y me hace señas. Como es sordomudo no sabe, naturalmente, lo que está diciendo el capuchino. Pero yo estoy cada vez más desconcertado. Luego viene

con la limosnera y se ríe de mí amablemente. Le indico que podría dejar de hacer gestos. Pero está de muy buen humor: ha heredado el jardín del preste fallecido.

6.VII. Hoy he acabado el primer esbozo de *Dionisio*. Son setenta y seis páginas en cuatro apartados. Pero sé que no es bueno. Todavía sigue habiendo capas históricas que me han quedado vedadas. La esencia de los misterios y la gnosis dan la clave última de forma absolutamente inequívoca. Incluso sobre las «jerarquías eclesiales».

Me he quedado atascado en cuestiones que tal vez no sean asunto mío. Pero me siento impotente frente a ello; hace y deshace en mí a su antojo. Hasta el día de hoy ni siquiera tengo idea de dónde aparecerá el libro. ¿Quién puede querer publicarlo? Trabajo completamente a la buena de Dios. Hesse se sorprende, como buen practicón, y sacude la cabeza. Emmy, en cambio, opina que los santos, a los que está dedicado el libro, ya procurarán también que se encuentre una editorial.

14.VII. En las antiguas liturgias, el Bautismo es un revestirse de incorruptibilidad; una nueva ordenación de los elementos, un renacimiento. Lo corrupto (según Atanasio) se vuelve incorrupto; lo mortal, inmortal. Por la gracia del Bautismo, cada cual ha recibido el fruto de la salvación. El bautizado posee el Espíritu Santo y sólo necesita conservarlo para ir ascendiendo cada vez más alto. Cristo entero, el conjunto de la Revelación está impreso en él.

Éste también es el camino que conduce hasta [san] Antonio. El pneuma del Bautismo consume en el fondo más íntimo de su alma los gusanos y demás ralea. Los espíritus expulsados le sitian e intentan hacer saltar el sello. Con ello encuentro y retorno también a mi interés particular y personal. Soy un católico bautizado.

La abstinencia sexual, que es calificada por los Padres como una innovación cristiana y representa para ellos una virtud sobrenatural, me parece que es una consecuencia de la experiencia de muerte. «Muero cada día», dice [san] Pablo. Al moribundo no le importa el acto carnal. Quien graba en sí mismo la Pasión divina o la experimenta como mártir, se transforma, no puede morir. Y si es así, entonces, las turbias aguas del tiempo no pueden tragárselo. Regresa.

15.VII. «Casi todos los investigadores contemporáneos carecen por igual, tanto de la comprensión de las causas más profundas, como de la dimensión de la esencia de los misterios. Abrir camino a este conocimiento es un objetivo capital de mi libro» (Horneffer, *El simbolismo de los misterios*, p. 12).

En este libro, el simbolismo teatral adquiere una visión particularmente clara. Ya no se trata de la ascética individual, que se justifica mediante la consagración de la alianza, sino de la muerte y la resurrección de la comunidad, del pueblo, de la nación. El objetivo de los misterios es la acumulación y unión de todas las fuerzas; su aumento y exaltación. El novicio es declarado asesino de

Dios y entregado a la propia condena. El pecado de asesinato es la consagración de la alianza. Pero para ello no basta con que ya no respire ni se mueva; ha de disolverse por completo. Luego volverá a nacer. Ya no es un hombre adulto, sino un niño. Le dan leche y miel como a los niños pequeños. Ha de estar desnudo ante todas las personas que le rodean. Ya no puede hablar; ya no puede entender la lengua común. Le corresponde la lengua de los ángeles y espíritus: series de palabras obscuras, incomprensibles. La muerte se convierte en punto central del pensamiento; la hora de la muerte, en nacimiento. El más enfermo se convierte en guía y orientador hacia Dios. Pero el auténtico arte de los misterios, el auténtico arte del sacerdocio es el del hacer humano.

18.VII. «Hágase la luz y la luz se hizo» (Génesis 1, 3). Pero ¿de dónde se hizo la luz? De la nada. Porque no está escrito de dónde se hizo, sino sólo que se hizo *por la voz del que hablaba* (Basilides Schultz, *Documentos de la Gnosis*).

19.VII. Revela una escasa inteligencia de la cuestión que Nietzsche se sirva de la «salud» contra la Iglesia y contra los santos. El saber de las condiciones previas de la iluminación no se conmueve por una objeción tan fútil. Al fin y al cabo, ¿qué importa la salud? Todo depende de los resultados de la conmoción, no de la salud. Quien quiera escoger esta última, lo puede hacer. La vida del filósofo de Naumburg no es precisamente una prueba de que la inteligencia de las cosas proceda de la salud. Tal vez nunca se equivocó más que en los años en los que

disfrutaba de su «salud». La salud es la ley espiritual. Pero por qué caminos se llega a la inteligencia es una cuestión indiferente.

24.VII. Los sueños en que se vuela parecen ser sueños de huida. Deduzco esto de los dogos que me perseguían en uno de ellos. Si miro hacia arriba fascinado, asciendo; si hundo la vista hacia abajo, me hundo.

[San] Gregorio de Nisa sobre la encarnación de Cristo: «Una vez que la enfermedad del mal (que es algo diferente a la enfermedad nerviosa y a estar físicamente enfermo) se hubo apoderado del hombre, el médico, que quería sanar el conjunto, esperó hasta que ya no se ocultara en nuestra naturaleza ninguna forma más de maldad. Pero, entonces, después de que la maldad hubiera alcanzado su máxima expresión y de que los hombres no hubieran dejado de probar ninguna forma de perversidad, curó la enfermedad completa, para que la sanación se extendiera a toda flaqueza.»

Nos levantamos tal y como fuimos engendrados (paradisíaca y espiritualmente), no tal y como fuimos heridos.

5.VIII. Una cosa es el Bautismo, otra es lo demoníaco. Ahora empiezo a creer que he entendido a [san] Antonio, del que todavía me ocupo. Lo que me atrajo hacia él fue, por un lado, mi problema personal como converso que ha perdido la gracia del Bautismo y encuentra en él su suprema defensa. Por otro lado, fue el demonismo, al que hoy se mima en todas partes.

Durante estos días he rastreado un poco el origen de la palabra «demonio» y me gustaría explicar alguna vez, si llega la ocasión, lo que se entiende por él. Según [san] Atanasio, que fue quien escribió la historia de aquellas tentaciones, los demonios incitan a la veneración de la criatura (idolatría) y, en concreto, de lo animal. La veneración de la criatura, se extienda al hombre, al animal o a la naturaleza, la explica como consecuencia de la apostasía de lo metafísico, lo espiritual, lo divino (de la gracia del Bautismo). El «engaño demoníaco» es el estado del caído; eso es lo que es. Este estado impide el verdadero conocimiento de Dios. Y así es como la cruz expulsa a los demonios (y pone fin a los coqueteos con lo demoníaco). No sufren. Todo lo que no sufre, pero que sí inflige sufrimiento es demoníaco.

10.VIII. He tomado prestado del doctor M. el *Bagavadgita*, en el que hasta ahora no he encontrado nada nuevo, de modo que se lo devolveré inmediatamente.

Y en Carona me regalaron una fotografía muy curiosa de Hesse. En ella aparece como un mandarín chino, indiferente y ausente.

Debéis morir radicalmente, para resucitar radicalmente.

17.VIII. Se preguntará: ¿cómo se compaginan la música negra y los santos coptos? Creo haber indicado cómo se compaginan o, más precisamente, cómo no se compaginan. En los textos antiguos, «el negro» es el símbolo del mismo mal.

Los dos prodigios infantiles: la palabra y la imagen. Quiero decirlo con la voz más suave: el niño ha sido crucificado. La imagen es la madre de la palabra.

Blandir las espadas de la sapiencia flameante.

4.IX. Ahora bien, ¿qué representan aquellas vivencias de las que nos ufanamos porque fueron dolorosas? Hoy leo sobre [san] Ignacio de Antioquía y encuentro allí las siguientes palabras: «Al nacimiento, a la historia de la formación del espíritu, a las diversas relaciones y circunstancias de la vida personal no merecía la pena prestarles siquiera atención, pues el renacimiento, la formación de Cristo en el hombre y la relación con él le parecían lo único importante.»

8.IX. La relación de san Basilio con santa Tecla no deja de ser hermosa. Ella cura a este gramático y sofista. Él escribe sus milagros y mantiene con ella una relación semejante a la de Arístides con Asclepio. Si retrocede en su celo piadoso, entonces la santa lo castiga con la enfermedad, luego lo vuelve a curar y así sucesivamente.

Transcripciones y copias en limpio.

Mi madre, la muerte; mi padre, la luz.
Mi sustento, el pan; mi tumba, un poema.

24.IX. En el fragmento de *Gawan* hay hermosas palabras:

«Una purificación del alma es una experiencia pecaminosa»,

o:

«... quiero viajar a la tumba

... devorar en este baño de lágrimas el cadáver de Dios...

Yacer en el polvo, confuso por el arrepentimiento, implorando el cáliz.

El pecado mortal de la ceguera recobrará la vista por el amor.»

(Final del segundo acto.)

29.IX. Emprendemos viaje a Alemania.

Als ich das Cabaret Voltaire gründete, war ich der Meinung, es möchten sich in der Schweiz einige junge Leute finden, denen gleich mir daran gelegen wäre, ihre Unabhängigkeit nicht nur zu geniessen, sondern auch zu dokumentieren. Ich ging zu Herrn Ephraim, dem Besitzer der „Meierei" und sagte: „Bitte, Herr Ephraim, geben Sie mir Ihren Saal. Ich möchte ein Cabaret machen." Herr Ephraim war einverstanden und gab mir den Saal. Und ich ging zu einigen Bekannten und bat sie: „Bitte geben Sie mir ein Bild, eine Zeichnung, eine Gravüre. Ich möchte eine kleine Ausstellung mit meinem Cabaret verbinden." Ging zu der freundlichen Züricher Presse und bat sie: „Bringen sie einige Notizen. Es soll ein internationales Cabaret werden. Wir wollen schöne Dinge machen." Und man gab mir Bilder und brachte meine Notizen. Da hatten wir am 5. Februar ein Cabaret. Mde. Hennings und Mde. Leconte sangen französische und dänische Chansons. Herr Tristan Tzara rezitierte rumänische Verse. Ein Balalaika-Orchester spielte entzückende russische Volkslieder und Tänze.

Viel Unterstützung und Sympathie fand ich bei Herrn M. Slodki, der das Plakat des Cabarets entwarf, bei Herrn Hans Arp, der mir neben eigenen Arbeiten einige Picassos zur Verfügung stellte und mir Bilder seiner Freunde O. van Rees und Artur Segall vermittelte. Viel Unterstützung bei den Herren Tristan Tzara, Marcel Janco und Max Oppenheimer, die sich gerne bereit erklärten, im Cabaret auch aufzutreten. Wir veranstalteten eine RUSSISCHE und bald darauf eine FRANZÖSISCHE Soirée (aus Werken von Apollinaire, Max Jacob, André Salmon, A. Jarry, Laforgue und Rimbaud). Am 26. Februar kam Richard Huelsenbeck aus Berlin und am 30. März führten wir eine wundervolle Negermusik auf (toujours avec la grosse caisse: boum boum boum boum — drabatja mo gere drabatja mo bonooooooooooooo —) Monsieur Laban assistierte der Vorstellung und war begeistert. Und durch die Initiative des Herrn Tristan Tzara führten die Herren Tzara, Huelsenbeck und Janco (zum ersten Mal in Zürich und in der ganzen Welt) simultanistische Verse der Herren Henri Barzun und Fernand Divoire auf, sowie ein Poème simultan eigener Composition, das auf der sechsten und siebenten Seite abgedruckt ist. Das kleine Heft, das wir heute herausgeben, verdanken wir unserer Initiative und der Beihilfe unserer Freunde in Frankreich, ITALIEN und Russland. Es soll die Aktivität und die Interessen des Cabarets bezeichnen, dessen ganze Absicht darauf gerichtetet ist, über den Krieg und die Vaterländer hinweg an die wenigen Unabhängigen zu erinnern, die anderen Idealen leben. Das nächste Ziel der hier vereinigten Künstler ist die Herausgabe einer Revue Internationale. La revue paraîtra à Zurich et portera le nom „DADA". („Dada") Dada Dada Dada Dada.

ZÜRICH, 15. Mai 1916

Manifiesto Inaugural de la primera velada dadá. 15 de mayo de 1916.

MANIFIESTO INAUGURAL DE LA PRIMERA VELADA DADÁ

Dadá es un nuevo estilo artístico. Se nota en que hasta la fecha nadie lo conocía y mañana todo Zúrich hablará de él. Dadá procede del diccionario. Es terriblemente sencillo. En francés significa «caballito de madera». En alemán: «¡adiós, fin de trayecto, hasta que nos volvamos a ver!». En rumano: «sí, efectivamente, tiene razón, así es, claro que sí, de verdad, de acuerdo». Etcétera. Una palabra internacional. Sólo una palabra y la palabra como movimiento. Es terriblemente sencillo. Cuando a partir de ello se crea un estilo artístico ha de significar que se quiere evitar toda complicación. Dadá psicología, dadá literatura, dadá burguesía y vosotros, muy respetados poetas, que siempre habéis hecho poesía con palabras, pero nunca habéis poetizado la palabra misma. Dadá Guerra Mundial sin fin, dadá revolución sin principio. Dadá vosotros, amigos y poetas como yo, evangelistas sumos. Dadá Tzara, dadá Huelsenbeck, dadá m'dadá, dadá mhm'dadá, dadá Hue, dadá Tza.

¿Cómo se alcanza la eterna bienaventuranza? Diciendo dadá. ¿Cómo se adquiere fama? Diciendo dadá. Con ademán noble y refinadas maneras. Hasta la locura, hasta perder el sentido. ¿Cómo se puede desmontar todo lo escurridizo y periodístico, todo lo agradable y pulcro, todo lo moralizado, embrutecido, afectado? Diciendo dadá. Dadá es el alma universal, dadá es la sensación del momento, dadá es el mejor jabón de leche de azucena

del mundo. Dadá señor Rubiner, dadá señor Korrodi, dadá señor Anastasius Lilienstein.

Significa en suma: valorar la hospitalidad de Suiza por encima de todo y considerar que la clave de lo estético es la norma. Recito versos que aspiran nada más y nada menos que a renunciar a la lengua. Dadá Johann Fuchsgang Goethe. Dadá Stendhal. Dadá Buda, Dalai Lama, dadá m'dadá, dadá m'dadá, dadá mhm'dadá. Afecta al contacto, que en principio queda algo interrumpido. No quiero palabras que otros hayan inventado. Todas las palabras las han inventado otros. Quiero zascandilear por mi cuenta con las vocales y consonantes que me convengan. Si una vibración mide siete varas, quiero palabras que, consecuentemente, midan siete varas. Las palabras del señor Schulze sólo miden dos centímetros y medio.

Así se podrá apreciar bien cómo surge el lenguaje articulado. Simplemente dejo salir los sonidos. Las palabras surgen, hombros de palabras; piernas, brazos, manos de palabras. Au, oi, u. No hay que dejar que salgan demasiadas palabras. Un verso es la ocasión de manejarse sin palabras y sin la lengua lo máximo posible. Esta maldita lengua, pegada a la suciedad como en manos de cambistas que han sobado las monedas. Quiero tener la palabra, donde acaba y donde empieza. Cualquier cosa tiene su palabra; la misma palabra se ha convertido en cosa. ¿Por qué no se va a poder llamar Pluplusch al árbol y Pluplubasch cuando ha llovido? ¿Y, en realidad, por qué ha de llamarse de alguna manera? ¿Es que tenemos que meter nuestra boca en todas partes? La palabra, la palabra, el malestar en este punto precisamente,

la palabra, señores míos, es un asunto público de primer orden.

HUGO BALL

Zúrich, 14 de julio de 1916